JOSHUA T. CALVERT
EL
METEORO
4
THRILLER DE CIENCIA FICCIÓN

EL METEORO 4

Joshua T. Calvert

Traducción: Tomas Ibarra

Prólogo

Branson oyó el estruendo de los disparos como una sonora orquesta formada por cientos de instrumentos asesinos, lo que le puso los pelos de punta, no por miedo, sino por las emociones contradictorias que desencadenaban. Por un lado, le entristecía la terquedad y la ceguera de quienes se oponían a la verdad y, por otro, se alegraba de su redención. De cualquier modo, servirían a un propósito esencial, ¿y no era eso una bendición? Vivos o muertos, cada uno servía a la consecución del Paraíso en la tierra. No debía quedar voluntad que se opusiera al futuro mejor. Nadie, una vez que lo viera, podría olvidarlo, y nadie, una vez muerto, podría desestimar su humilde contribución.

—La resistencia es mínima —dijo Zeek, de pie junto a él en la terraza, con el rifle al hombro y observando cómo varias personas más, entre ellas un hombre con bata blanca, salían a la noche, en su dirección.

—¿Y es todo como nuestro hermano dijo que sería?

—Eso parece. No tenemos muchos expertos en nuestras filas, pero los que tenemos parecen respaldarlo hasta ahora.

—Todo este tiempo lo han mantenido en secreto para el público. ¿Por qué crees? —preguntó Branson, negando con la cabeza con decepción.

—Quieren esperar el mejor momento para atacar y destruir nuestro futuro —aseveró el gigante, sombrío. Había conocido a Branson, quien les había guiado hasta aquí durante su éxodo de Los Ángeles, y había sido uno de los primeros en darse cuenta de la verdad y no desesperarse ante la magnitud de las visiones. Ahora estaban aquí, acabando con la última resistencia en el gran complejo subterráneo de la costa del Pacífico, y sin embargo, solo habían encontrado una prueba más de que el Estado Profundo tramaba el mal y jugaba con el futuro de todos.

—Luego, actúan como salvadores y ganan mucho dinero —continuó Zeek con el ceño fruncido—. Mientras tanto, no hacen más

que destruir el glorioso futuro que podría esperarnos a todos, si *todos* pudiéramos discernir la verdad.

—Habrá entendimiento, no te preocupes. Una vez que hayamos expuesto a suficientes de nuestros congéneres al Velo, entenderán de qué se trata.

—¿Prendemos fuego a todo lo que hay aquí?

—No, todavía no. Primero tenemos que averiguar si lo que sea que estén incubando o almacenando aquí funciona. Si es así, tenemos un problema mucho mayor y necesitamos también las otras localizaciones. Si *no*, hemos dado un gran paso hacia una era mejor, amigo.

Zeek se alegró, y sus dientes brillaron al esbozar una gran sonrisa.

—Es un gran éxito... entonces, ¿por qué pareces tan triste?

Branson se volvió hacia el Pacífico nocturno y suspiró.

—Tuve que dejar atrás a alguien que me importaba mucho, y tuve que confiar en otra persona para que la encontrara por mí. Ah... —dijo con un gesto desdeñoso—. Es solo mi antigua vida, ¿sabes? Hay cosas que no puedo olvidar, aunque me doy cuenta de que palidecen ante la importancia de nuestra misión.

Para entonces, sus hombres habían arrastrado hasta ellos al hombre de la bata blanca y lo habían puesto de rodillas. Tenía la cara ensangrentada, pero los ojos claros y la mirada obstinada.

—Hola, doctor... —Branson miró la manchada etiqueta con su nombre—: Farrington.

—¡No sabéis lo que hacéis! —gruñó el hombre arrodillado.

—Creo que sí. Pero también queremos saber qué haces aquí exactamente, y nos lo vas a decir.

—¡Prefiero morir!

—Eso piensas ahora, pero cambiarás de opinión. —Branson sonrió y asintió a sus hombres—. Llévenlo con los que ya están a punto de partir y luego muéstrenle la verdad. Si sobrevive, quiero hablar con él.

Los despidió con un gesto de la mano y se volvió hacia el mar.

«El mundo pronto será un lugar diferente», pensó. «¿No son

buenas noticias?»

Tunguska, 2 de julio de 1908

El meteoro arrastraba una larga cola de fuego, dibujando una desvaída línea roja en el cielo nocturno. Las estrellas que había detrás se desvanecieron hasta convertirse en destellos lejanos, apenas distinguibles en la profundidad de la negrura.

Yuri Golgorov estaba sentado en el tejado de su dacha de caza cerca de Vorogovo, donde podía oír el gorgoteo del caudaloso Yeniséi mientras observaba el espectáculo celeste a través de su telescopio. Todavía hacía mucho frío para ser principios de julio (incluso para los estándares siberianos), así que podía ver su aliento como vapor delante de su lente, como si el brillo de la Vía Láctea descendiera sobre él.

Sin cesar, aparentemente despacio, pero en realidad inimaginablemente rápido, el meteoro atravesó a toda velocidad el vasto territorio, en su mayor parte despoblado, donde había más osos que los nativos Evenki que habitaban esta tierra.

—Echa un vistazo, Oleg —le dijo a su joven ayudante, quien se frotaba los dedos y soplaba aliento caliente. Impaciente, Yuri le hizo señas para que se acercara al telescopio, y Oleg, de solo 19 años y en su segundo semestre en la Universidad de Omsk, obedeció.

—Eso parece un ángel.

—Sí, pero somos científicos. No nos dejamos llevar por supersticiones. Como astrónomo, tienes que poner las cosas en un contexto claro. Todo lo demás es cosa de revistas y libros.

—Pero al Zar le encantan los libros.

—Sí, supongo que sí. —Yuri se obligó a no poner los ojos en blanco, aunque el joven no podía verlo, y optó por no decir en voz alta, *el zar te meterá en la cárcel si no le gusta tu investigación*—. Mira esa larga cola. ¿Qué conclusión sacas?

—El meteoro está hecho de un material muy suelto que, por fricción con la atmósfera, se disuelve y arde. Por eso dibuja una larga estela de fuego.

—Así es —confirmó Yuri, apartando a Oleg para poder seguir observando lo que ocurría. Cuando volvió a mirar por el ocular, se oyó

un fuerte estampido que le estremeció las rodillas—. ¡Vaya! —Yuri ni siquiera se había dado cuenta de que se había sobresaltado lo suficiente como para encontrarse encorvado.

Su ayudante tenía las manos en las orejas y ponía cara de dolor.

—¿Qué ha pasado? —gritó.

—¡Ha explotado! —respondió Yuri, sin dejar de observar el meteoro.

Solo pudo comprender lo que veía tras parpadear varias veces: La capa exterior del objeto (cuyo diámetro había calculado en 50 metros, aunque no podía determinar el tamaño exacto) había cambiado. Al principio pensó que había explotado bajo las enormes fuerzas que actuaban sobre él, pero en el telescopio vio claramente que estaba ocurriendo algo más. El impacto era inminente, los trozos se desprendían por toda la superficie del meteoro y caían. Eran uniformes en forma y tamaño, revelando un cono mucho más pequeño y negro como el carbón que solo podía distinguir en el cielo nocturno debido a los remolinos de vapor en el aire frío.

Cuando impactó (sin que él lo viera, detrás de los árboles y a varios cientos de kilómetros de distancia) todo terminó, salvo el rastro de fuego que se desvanecía lentamente.

—¿Ha terminado? —preguntó Oleg, como si esperara que la observación nocturna hubiera concluido y por fin pudiera volver a dormir.

—No —respondió Yuri pensativo, separándose a regañadientes de su telescopio. Lo había hecho fabricar especialmente en la Academia Imperial de Ciencias de Voronezh, para disgusto de su esposa, quien probablemente habría preferido invertir los ahorros en un nuevo tejado para su edificio de apartamentos en Omsk—. Al menos no nuestro trabajo.

—¿Qué quiere decir, profesor?

—Tendremos que echar un vistazo. Un objeto celeste de ese tamaño va a dejar una marca.

Mientras decía esto, el suelo tembló bajo sus pies. Poco después, el estruendoso sonido del impacto los envolvió. Era como estar en medio de una violenta tormenta.

—¡Un terremoto! —chilló Oleg y salió corriendo despavorido del tejado, pero Yuri se quedó quieto y siguió mirando hacia el norte, donde había visto la extraña estructura.

Era real, se amonestó, mientras la duda surgía en su interior. También podría haber sido una confusión de sus ojos, una percepción errónea en su mente debido a las malas condiciones de iluminación, una neblina en la lente. «No. Sé lo que he visto».

El temblor cesó y se acercó con cuidado al borde del tejado de madera. Oleg estaba entre el pequeño retrete y el banco de sierra, avergonzado, mirándolo.

—Recoge tus cosas. Tenemos que ver esto —le gritó desde arriba.

—No entiendo, Pochetnyy. ¿Qué quiere decir?

—El lugar del impacto. ¡Debemos investigarlo!

—¿Ahora? Pero está a cientos de verstas, ¿no?

—Sí. Por eso tenemos que llegar primero a Krasnoyarsk. Necesitamos el equipo y los ayudantes adecuados. Conozco al decano de la facultad de astronomía. Seguro que nos deja algunos porteadores y estudiantes para que nos ayuden. —Yuri dio una palmada y asintió —. Puede que hayamos sido las únicas personas cultas de todo el mundo en presenciar este acontecimiento. No podemos dejarlo pasar.

—Pero Pochetnyy, a Krasnoyarsk, el viaje en barco fluvial durará al menos ocho días.

—Por eso deberíamos ponernos en camino lo antes posible.

Empezó a guardar su caro telescopio en su funda de piel, y, mentalmente vio una y otra vez el objeto negro de forma cónica que se estrellaba en la noche, después de que el supuesto caparazón de piedra se desprendiera y cayera como granizo gigante.

Se aferró a la imagen para no perderla, y así sucedió. Nunca perdió el recuerdo hasta el final de sus días.

Capítulo 1: Jenna

—Me encantan estas cosas, sean lo que sean —murmuró Xenia, relamiéndose los labios.

—Pirozhki.

Jenna levantó uno de los panecillos fritos, seis más de los cuales yacían en una pequeña cesta, que tenía el mismo aspecto que el resto de la oscura cafetería: como si un carpintero borracho la hubiera pegado. Además de la suya, otras dos mesas de las diez estaban ocupadas, bañadas por la cálida luz amarilla de lámparas de cristal lechoso.

—Ah. Ya me siento deprimida por tanta grasa, pero este sabor vale cualquier sufrimiento. —La estudiante puso los ojos en blanco con entusiasmo—. Cuántos rellenos. Kapusta, measa, ¿y cómo se llamaba ese otro?

—Kartoshka.

—Sí, kartoshka. ¡Celestial!

—En realidad, es solo puré de patatas.

—No, es una revelación.

—No has comido en un tiempo, eso es todo. —Jenna hizo un gesto desdeñoso.

—¿Estás de mal humor porque los abandonaste?

—No puedo descartar que estuvieran trabajando para la Iniciativa. Fue una decisión racional y no me arrepiento, si te refieres a eso.

Xenia se metió el resto del bollo en la boca y se lamió la grasa fresca del pulgar. Luego, dio un sorbo a su café antes de levantar la vista.

—Puede que tengas razón. La llamada al móvil de Anton no pudo ser una coincidencia. Pero podría tener razón: alguien podría haber hackeado su teléfono.

—No los dejé por eso. Hay dudas residuales y no podíamos permitirnos ignorarlas. No ahora, y no en estas circunstancias.

—Por un momento, en esa cabaña, algo me hizo pensar que ibas

a matarla.

—No soy una asesina a sueldo, a pesar de lo que puedas pensar.

—Pero tienes licencia para matar.

—No existe tal cosa. Simplemente hay autoridades que miran para otro lado porque estás haciendo el trabajo sucio necesario en el que nadie distinguido quiere ensuciarse las manos —Jenna resopló—. Es como la guerra: los viejos hablan, los jóvenes mueren. Lo mismo ocurre con los servicios de seguridad, solo que el lema debería ser «Los hombres importantes piden deseos, los bien entrenados los hacen realidad». Rara vez acaba bien.

—Entonces ¿por qué haces este trabajo?

—Porque se me da bien.

—¿Eso es todo?

—No.

Jenna se alegró de que su compañera de viaje notara su reticencia a hablar de ello y no indagó más.

Xenia cambió de tema un momento después, sorbiendo su café.

—Una cosa me hace dudar.

—¿Y esa es…?

—Si Natalya, Anton y Kolya forman parte de la Iniciativa, me sorprende que les impactara tanto ese laboratorio con tanques espeluznantes y que arriesgaran sus vidas para averiguar más.

—No lo sé. O no trabajaban con los conspiradores, o formaban parte de una unidad de información diferente.

—¿Qué es una unidad de información?

—En las organizaciones secretas (incluidas las agencias de inteligencia) una mano no sabe lo que hacen las otras para mantener la estructura secreta. Es como un barco. Hay varios mamparos de seguridad que impiden que entre el agua para que no se hunda. La persona A sabe lo que sabe. La persona B, lo que sabe, y así sucesivamente. Y solo una entidad por encima de ellas sabe todo lo que saben las personas A a D, y así sucesivamente. Así se protege la información de una difusión incontrolada, y se puede intervenir con rapidez y precisión si hay una filtración.

Se quedaron un rato en silencio y comieron el resto de sus

pirozhkis. Jenna tuvo que admitir que le sentó muy bien meterse algo caliente y tan energético en el estómago. Incluso el café, que en realidad no merecía ese nombre, le calentó las extremidades y le despejó la cabeza.

El camino hasta allí había sido agotador, pero no como ella esperaba. Al final del camino forestal que llevó de la cabaña a un aparcamiento habían encontrado una mochila, tal como Feyn les había prometido por teléfono. Llevaban más de dos horas acechando entre los arbustos, después de haber dejado a Anton, Natalya y Kolya atados donde habían salido del pozo. Bajo el tejado estaban protegidos por ahora y acabarían liberándose, pero no lo bastante pronto como para acortar la ventaja que tenían ella y Xenia, y eso era lo que importaba.

Después de asegurarse de que nadie vigilaba la mochila, lo registró todo y, para su propia sorpresa, no encontró explosivos ni micrófonos, sino unos cuantos miles de rublos, ropa de paisano, una navaja, un bote de gas irritante que, al parecer, ayudaba contra los osos, así como agua y galletas. Después de llegar a la carretera principal, que presumiblemente llevaba a Irkutsk, no había sido difícil hacer autostop. Al parecer, dos mujeres bastante atractivas no tenían muchos problemas para encontrar quien las llevara.

Primero les llevó un pescador que volvía de una excursión por la orilla sur del lago Baikal y se pasó horas despotricando contra el Gobierno y los estadounidenses, que debían ser los culpables de la ruina de Ulan-Ude. Una joven estudiante les llevó a Tulun, que también estaba en la autopista Vladivostok-Moscú. Hicieron que las dejara cinco kilómetros antes de la siguiente parada de descanso, donde al parecer Feyn quería reunirse con ella. Reflexionó. En la mochila había una nota con la dirección y la hora.

—¿Estabas enamorada de ese tipo? —preguntó Xenia en algún momento del silencio, mirándola con curiosidad por encima de la taza humeante que tenía en las manos.

—¿Perdón?

—Este Feyn que quieres matar.

Jenna negó con la cabeza.

—¿De dónde sacaste una idea tan absurda?

—Bueno, porque dijiste que no eras una asesina a sueldo. Pero quieres matarlo. Así que o te asusta, o te ha hecho algo. De cualquier manera, sigo captando ciertos sentimientos.

—No —respondió ella con firmeza—. Es un criminal que se infiltró en una agencia de seguridad y mató a mi colega. Tengo que acabar con él.

—Entiendo. —Xenia no parecía convencida, pero a Jenna no le importó—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Iremos por el bosque hasta la parada. Tú te esconderás y vigilarás el perímetro. Yo esperaré a que se muestre y entonces lo eliminaré.

—¿Así de sencillo?

—No será nada sencillo.

—Pero ¿por qué se mostraría?

—Esperará que primero me asegure de que está allí y de que no va a tenderme una emboscada. Un profesional sabe cómo van este tipo de cosas, y aunque probablemente pensará que soy manipulable, al menos confiará en mí hasta ese punto —explicó Jenna, engullendo el resto de su café.

—¿No es mejor que le ignoremos?

—Tal vez, pero necesitamos un teléfono y refuerzos de todos modos. Tenemos que averiguar dónde deberíamos ir. Tunguska es una región fluvial, y está bastante aislada dentro del área de asentamiento de un pueblo primitivo, los Evenki.

—¿Así que allí no hay carreteras?

—Bueno, hay muy pocas, pero toda la zona es un parque nacional casi deshabitado que está bajo protección especial. Está extremadamente lejos de Krasnoyarsk, y no podremos simplemente caminar hasta allí y encontrar lo que buscamos.

—¿Qué hacemos en su lugar?

—Solicitaré refuerzos.

—Pero tú misma has dicho que las agencias de seguridad han sido infiltradas. A menos que sepas hasta qué punto, es un gran riesgo el que corremos, ¿no?

—Sí, lo es. Pero una organización que infesta ciudades enteras, se

infiltra en agencias de inteligencia, y pasa desapercibida durante más de cien años va a esconderse y protegerse lo suficientemente bien como para que no podamos simplemente marchar hasta allí y llamar —replicó Jenna—. Tenemos que hacerlos salir y luego... —Hizo ademán de sostener un rifle y disparar a algo en el aire.

—Ya veo.

—Pongámonos en marcha.

Se acercó al mostrador y pagó el desayuno a la anfitriona, que tenía el ceño fruncido, antes de echarse la capucha de su chaqueta encerada por encima de la cabeza y salir del destartalado café. La «carretera» a la que se aferraba como un forúnculo era una ancha pista de tierra dura que conducía a los pueblos menos frecuentados al norte de la carretera de Siberia.

Durante su caminata de apenas cuatro kilómetros desde la carretera principal, habían visto varios caminos forestales que llevaban más al oeste, y se encaminaron hacia ellos bajo la ligera llovizna que les había traído el otoño. No pasaron más coches mientras caminaban, por lo que se sintió bastante agradecida. Aunque no creía que Feyn o la Iniciativa estuvieran vigilando toda la región (la zona a cubrir era demasiado extensa y boscosa para ello), quería llamar la atención lo menos posible, y los peatones en medio de la nada siempre llamaban la atención.

Así que, a la primera oportunidad, giraron a la derecha por un camino forestal enlodado que no había visto neumáticos en mucho tiempo. Amplios tramos estaban siempre cubiertos de hierbas pajizas y enredaderas nudosas que se retorcían por la tierra carcomida por los hongos.

—Caminando por aquí... —comentó Xenia al cabo de un rato—, ...uno no pensaría que a ochocientos kilómetros de distancia está teniendo lugar todo este horror.

—*Tuvo* lugar —la corrigió Jenna despreocupadamente—. Ulan-Ude está destruida, tú misma lo oíste en las conversaciones con nuestros compañeros de viaje, si tus propios recuerdos no te bastan.

—¿Conversaciones? Fingimos ser sordas.

—Aun así, hablaron, incluso intentaron hablar inglés en un

momento dado. ¿Y de qué hablaban? De Ulan-Ude y de cómo los militares la incendiaron tras un peligroso brote de enfermedad. Como suele ocurrir, cuanto más dura el silencio, más te cuenta la gente corriente.

—¿Haces todo por consideraciones analíticas?

—Sí. Es mi trabajo. En eso soy buena.

—¿Por eso me salvaste?

—¿Originalmente? Sí.

Xenia guardó silencio y Jenna la miró de reojo. La joven parecía decepcionada.

—Originalmente. ¿Por qué?

—Porque quería utilizarte para acceder a tu capitán. Sabía que me había ayudado a escapar específicamente para poder salvarte —explicó pacientemente por encima del repiqueteo que la lluvia hacía sobre su capucha.

Xenia empezó a sorber.

—Lo siento, no quería abrir viejas heridas.

—No son viejas —murmuró la estudiante, frotándose la nariz antes de exhalar un largo suspiro—. Los echo tanto de menos. Branson, Joe, Marv y Johnny. Eran mi familia.

—Aún no es seguro que estén muertos.

—Oíste lo que dijo la mujer del coche. Los Ángeles es un infierno.

—Probablemente tengas razón, y las posibilidades de que tus chicos sigan vivos son extremadamente escasas.

Al notar la mirada sombría de Xenia, levantó una ceja.

—¿Qué?

—Tu fría honestidad puede doler bastante, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho. Pero, para empezar, nunca he entendido qué valora tanto el homo sapiens de mentirse a sí mismo y a los demás, mientras sus ojos les cuentan otra historia. Por otra parte, la honestidad es eficiente.

—Pero una amistad, por ejemplo, no es eficiente.

—Por desgracia, no. La mayoría de las veces es falaz. Cada uno solo muestra la imagen de sí mismo que le gustaría que vieran los

demás. «Vean lo que quiero que vean, no lo que soy». Si la gente no se despreciara tanto a sí misma, no tendría tantos problemas para decir lo que piensa abiertamente y no hacer perder el tiempo a los demás. ¿Qué es la amistad si solo digo lo que la otra persona o personas quieren oír para que se imaginen junto a mí en un cálido confort? —Negó con la cabeza—. No, entonces es cuando me alegro de no necesitar amigos.

—Soy tu amiga.

Jenna se quedó perpleja por un momento, pero rápidamente se sacudió la sorpresa.

—Eh, ya veo.

—¿Qué? ¿He conseguido ponerte nerviosa?

—No.

—Pero te gusto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque eres honesta. Honesta contigo misma y con tu sufrimiento, contigo misma y con tus miedos. Veo lo que haces, y que es auténtico. Pero también veo que eres fuerte y que sabes qué hacer cuando importa. Eso es útil.

—¿Útil? ¿Eso es lo que soy para ti? —Xenia resopló.

—Sí. El 99 % de los que conozco en mi vida no pueden decir eso de sí mismos.

—Branson solía decir: «Conviértete en un hombre honesto, y habrá un canalla menos en el mundo». Creo que era una cita de Thomas Carlyle.

—Bueno, ¿lo era?

—¿Qué?

—Honesto.

—Oh. Creo que sí… a su manera.

La estudiante hizo una pausa y Jenna pudo oír en su voz ligeramente temblorosa cómo tenía que contenerse para no llorar.

—Era muy emocional. *Es* muy emocional. Y protector. Pero no se le da muy bien hablar de sentimientos, creo. Sin embargo, cada uno de nosotros siempre sabía lo que pensaba. Lo hacía un mentiroso

increíblemente malo.

—No le conocía y me ponía bastante de los nervios.

Xenia rio con tristeza.

—Oh sí, es un natural en eso. Pero amable.

—Parecía haber cuidado muy bien de ti. Respeto eso. Y me ayudó a escapar.

—También se aseguró de que Darya no dejara que te mataran.

—Razón de más. —Jenna se encogió de hombros.

—Sin embargo, lo que más me impresionó fueron sus convicciones. Siempre creyó que el Triton One, su «pequeñaja», era su destino. Nunca renunció a ella porque creía que era especial. ¡Y tratar de vencer a Branson McDee en su firme creencia en algo! ¡Ja! Renunció a todo lo que podía renunciar, incluso a su familia de sangre, para dedicarse a nosotros, y se sacrificó por nosotros, siempre. Quería hacer lo correcto para él y para nosotros, y nadie podía disuadirlo. Terco como un Capricornio.

—¿Se preocupaba mucho por ti? —dijo Jenna, notando en el lenguaje corporal y la cadencia del habla de Xenia que estaba en una encrucijada emocional momentánea y que un poco de charla nostálgica probablemente podría mejorar las cosas.

—Sí, siempre tuvo miedo. Miedo de que no hubiera suficiente dinero, miedo de tomar decisiones equivocadas, miedo de que los demás le hicieran daño. Lo que, al final, hicieron.

Mientras caminaba, Jenna puso una mano en el hombro de Xenia y lo apretó ligeramente, sin darse cuenta hasta después de que lo había hecho sin premeditarlo.

El camino a través del bosque las llevó junto a unos cuantos montones de madera podrida que olían a mosto y humedad, y a través de una maleza desolada que había adquirido el color gris del cielo nublado. Una y otra vez Jenna creyó ver manchas blancas entre los árboles, en los arbustos, en las hierbas. Pero a segunda vista no existían, o eran simplemente telarañas, que reflejaban la escasa luz del día de un modo extraño porque estaban llenas de gotitas diminutas.

La embrujada ciudad fantasma de Ulan-Ude había dejado una huella en su memoria, y no precisamente agradable. Había

reflexionado largo y tendido sobre qué era exactamente lo que le producía escalofríos, y había llegado a la conclusión de que era lo desconocido que había contemplado a la cara. A lo largo de su carrera en la Agencia, había tratado con cosas que entendía: las personas y el mal que vivía y se tramaba en sus mentes. Sin embargo, Ulan-Ude la había empujado a un mundo completamente nuevo en el que ya no se aplicaban las reglas que la habían salvado a lo largo de su carrera como agente de campo.

Los humanos ya no eran humanos, sino infectados que ya no controlaban sus cuerpos. Los rostros inexpresivos que había contemplado seguían atormentándola cuando cerraba los ojos. Nunca había tenido pesadillas, pero se hacía muchas preguntas sin respuesta. ¿Seguían existiendo las personalidades de los infectados? ¿O eran zombis sin alma bajo el control de aquellas esporas? ¿Y qué pensaban las esporas? ¿Pensaban? ¿O solo estaban formadas por instintos? ¿Era instinto la palabra adecuada? Los hongos eran más como plantas, ¿no?

¿Cómo podía una criatura tan simple controlar algo tan complejo como un ser humano? Todo aquello estaba tan lejos de sus conocimientos y su experiencia que se sentía cada vez más inquieta, una situación tan desconocida como incómoda que hubiera preferido superar rápidamente. Aunque se sentía aliviada de volver a un entorno familiar y de seguir unas reglas que había interiorizado profundamente, el mundo había cambiado. Probablemente para siempre, y esa constatación caló en sus pensamientos y en sus huesos como aceite quemado.

Llegaron a la parada aproximadamente una hora después, justo cuando la oscuridad del atardecer que se aproximaba descendía sobre el paisaje ahogado por la lluvia. Consistía en una gasolinera moderna, con brillantes luces azules y un amplio aparcamiento, y un edificio que era un cruce entre un restaurante y un hotel que parecía tener al menos 50 años a sus espaldas, en claro contraste con la flamante gasolinera. La estructura de dos plantas estaba revestida de listones de madera oscura, la mayoría negros por la humedad, y parecía una madriguera de termitas carcomida por las plagas. Había varios camiones alineados en diagonal detrás de ella y varios turismos viejos

delante, hasta donde alcanzaba la vista desde el linde del bosque.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Xenia.

—Esperamos —respondió Jenna, sin detenerse en su observación de la zona. Se agachó y apartó la rama de un denso arbusto que le bloqueaba la vista.

—¿Solo eso?

—Solo eso. El que quiere algo de ti es siempre el primero en impacientarse. Una regla de oro.

—Pero Feyn también lo sabe, ¿no?

—Sí. Eso significa que puede estar seguro de que no haré el primer movimiento, porque *él* quiere algo de mí.

Jenna tuvo que admitir que la idea de eliminar al agente británico desertor despertó en ella una sensación de anticipación que le produjo un breve escalofrío.

—¿Qué pasa? —preguntó Xenia, alarmada.

—Nada. Solo estoy... concentrada.

—Te vi...

—¡Shh! —le espetó Jenna, agachándose un poco más—. ¡Ahí está!

Capítulo 2: Lee

—Dima, ¿me recibes? —suplicó Lee por la radio de banda ancha, bajando el pequeño micrófono-bolígrafo para limpiarse la frente y tomar aliento—. Estáis bajando demasiado rápido, ¿me oyes?

—Nada —dijo Markus, sentado a su lado y quien controlaba las comunicaciones.

En los sensores se podía ver cómo la Soyuz de sus colegas rusos giraba y, al parecer, iniciaba un enorme impulso de frenado, al tiempo que reducía considerablemente su velocidad. Pero, contrariamente a lo que cabría esperar, no salió disparada en dirección contraria (de donde había venido), sino que continuó hacia el asteroide, que colgaba como un trozo de barro de forma irregular en el vacío entre la Tierra y la Luna.

«¡Demasiado rápido, demasiado rápido, demasiado rápido!», pensó Lee consternado.

—Están reduciendo la velocidad —comentó Sarah, suspendida junto a la ventana con los prismáticos y probablemente sin ver nada más que una brillante llamarada en la distancia que descendía sobre el asteroide. A las distancias que se consideraban cercanas incluso aquí fuera, no se veía nada a simple vista y nada más que impresiones sombrías con los prismáticos. Se hacía más para intentar hacer algo con la alienación sensorial de no poder ver realmente nada aparte de los datos procesados de los sensores y los números que eran tan atractivos y realistas como los primeros videojuegos de Atari.

Se alegró de que fueran tres, lo que significaba que Markus y él se cubrían las espaldas mutuamente cuando volaban. Sarah se había tomado muy a pecho la destrucción de la EEI. Al principio se había disculpado varias veces. Sus cálculos habían sido erróneos, quizá solo por un decimal, pero ese pequeño error había bastado para que el fragmento golpeara una de las velas solares. El impulso había bastado para desencadenar la espiral de destrucción que casi la mata.

Pero su dolor por la pérdida de su querida estación no había sido duradero, y se había tranquilizado con el argumento de que todos

habían sobrevivido, y que nada más que eso importaba. Sin embargo, estaba el hecho de que ella había puesto en peligro a Lee y Markus al no obedecer la orden de Lee de evacuar de inmediato. Si hubieran desembarcado dos minutos antes, no se habrían enredado en el cable que había atrapado su cápsula Dragon como un lazo y los había arrastrado por la vorágine de destrucción.

Había sido necesario persuadirla para que respirara hondo y lo olvidara. Probablemente le había servido de ayuda asegurarles que nunca volvería a desobedecer órdenes, y que Lee le había hablado de su descenso de emergencia tras la misión del satélite, y de cómo había olvidado o ignorado a propósito varios pasos del protocolo. Cierto, eso solo era parcialmente cierto, ya que habían sido cosas que se consideraban insignificantes en una emergencia, pero no tenía por qué mencionarlo.

—¡Ha desaparecido! —gritó Sarah de repente—. ¡El fulgor del escape! ¡Se ha apagado!

—¡Joder! —Lee también lo vio. La velocidad de la Soyuz a diez kilómetros por segundo era muy lenta, pero ya estaba aumentando lentamente.

—No lo entiendo. —Markus hizo algunas entradas y luego pulsó el vector de aproximación calculado de los rusos—. Están aumentando la velocidad sin acelerar. ¿Cómo es posible?

Lee se acercó a él y miró los datos.

—Podrían ser los propulsores de maniobra.

—No. —El alemán negó con la cabeza—. No van a frenar a lo bestia, solo para acelerar de nuevo con sus suministros de gas frío.

—Control de Misión, ¿estáis viendo esto?

—Sí. Ahora mismo estamos analizando los datos, pero tampoco podemos entenderlos a la primera —respondió Lena.

Lee dejó escapar un comentario del que se arrepintió de inmediato:

—Casi parece que Cassandra los esté atrayendo.

Seguían bajo el escrutinio de los casi mil millones de espectadores de la retransmisión en directo, que no necesitaban asustarse más. Los comentarios que no tenían nada que ver con la

exactitud científica (los que se basaban en los sentimientos) no servían de nada.

—Estamos muy atentos —le aseguró Lena.

—Gracias, Control de Misión. Sugiero que entremos en órbita alta por ahora y no aterricemos hasta saber qué pasa.

—Aprobado, comandante.

Lee asintió para sus adentros y empezó a introducir los datos necesarios en el *software* de pilotaje. A veces deseaba conducir un coche o, mejor aún, pilotar un avión de combate, que era complejo pero no tan abstracto. Para eso no necesitaba cálculos complejos ni datos informáticos, sino un mando de vuelo y una palanca de empuje. Podía ver adónde se dirigía y las consecuencias de sus acciones de control, desarrollando un sentido intuitivo del vuelo que le convirtió en un buen piloto. Sin embargo, en la cápsula espacial dependía de los sistemas para ejecutar correctamente sus órdenes. Si calculaba mal, pronto surgiría un problema, que solo podía preverse en los casos más raros.

Así que se concentró y eligió un punto a 20 kilómetros por encima del cráter donde iban a aterrizar, para que la IA les maniobrara hasta allí y diera prioridad a conservar el combustible. Cuando hubo completado todas las entradas, pidió a Markus que las comprobara y se deslizó bajo las consolas hasta el espacio abierto de la cápsula para revisar el vendaje de Sarah.

—No discutas —le dijo cuando su expresión se ensombreció. Le quitó los prismáticos para guardarlos en una de las redes de sujeción de las ventanas.

—Soy médica. Sé que todo está bien.

—Maravilloso. Entonces no te importará que eche un vistazo.

Ella refunfuñó algo ininteligible y se lo permitió mientras él la ayudaba a quitarse la chaqueta del traje. Metódica y tranquilamente, le quitó el brazalete de la parte superior del brazo y comprobó el ajuste del vendaje de presión. Había enganchado los pies bajo una de las cajas de carga selladas para que no saliera flotando.

Luego, asintió con satisfacción.

—Parece que vas a sobrevivir un poco más.

—Qué tranquilizador —respondió ella lacónicamente, sonriendo con satisfacción mientras volvía a vestirse—. Por cierto, ¿qué tal la cámara exterior?

—Subiendo ahora mismo. Pero parece que por ahora tendremos que confiar en los telescopios en órbita de la NASA y la ESA.

—Tus cálculos parecen buenos —anunció entretanto Markus. Desde la perspectiva de Lee, parecía que las armaduras de control estaban cortando el torso de su compañero astronauta, dejando solo las piernas colgando por el borde de los asientos.

—Muy bien, actívalos.

—Bien, activando.

Lee cogió los prismáticos tras un gesto de Sarah y se colocó en la zona que ella había despejado frente a la ventana. Podía ver a Cassandra a través del cristal reforzado si inclinaba la cabeza para mirar hacia arriba. La masa de roca cósmica era oscura y gruesa, aunque en ese momento estaba iluminada por el sol. Un asteroide normal brillaría intensamente debido al regolito suelto y al hielo de su superficie, pero, por el contrario, Cassandra estaba bastante opaca.

El cráter prominente estaba en el centro como la pupila de un ojo y era aproximadamente circular. En realidad, no podía ser un cráter, ya que un impacto de la magnitud necesaria habría hecho que Cassandra se partiera en dos. Los asteroides son entidades extremadamente frágiles, sin un núcleo sólido y unidos únicamente por sus propias masas, que a pesar de su pequeñez siguen siendo más que la nada que los rodea. Sus densidades son tan bajas que las colisiones importantes pueden acabar con ellos rápidamente.

Sin embargo, eso no significa que no se observen cráteres en ellos; al contrario, la mayoría tienen muchos, como las cicatrices de acné que algunos humanos tienen en la piel. Pero estos cráteres son en su mayoría muy poco profundos y fueron causados por objetos relativamente pequeños y también de baja densidad. Así, los asteroides pueden absorber su energía, mientras que los cuerpos compactos y monolíticos (denominados «asteroides escombro» en astronomía) se romperían a causa de las ondas de choque creadas por tales impactos.

Desde la posición de su Dragon, a unos 100 kilómetros de distancia, Cassandra parecía francamente pequeña a simple vista, a pesar de su forma corpulenta y sin perder su poderío. Le recordaba a la primera vez que, de niño, cabalgó con su padre hacia las Montañas Rocosas, y cómo estas se perfilaban en el horizonte como una enorme muralla, más una promesa en la distancia que una visión imponente. Teniendo en cuenta que el asteroide que tenían delante tenía un diámetro tres veces mayor que la altura del Everest, la comparación lo hacía todo más claro. Una vez había escalado este último, y sabía muy bien lo enorme que era.

—Oye, Lee. Tenemos una solicitud de Control de Misión aquí —dijo Sarah desde detrás de los controles—. Tenemos dos horas hasta que la *Verdad* alcance la órbita, y tenemos más de ochenta millones de preguntas de los espectadores acumulándose en Vandenberg. ¿Te gustaría responder a algunas de ellas?

«No», pensó, pero dijo:

—Claro.

Mientras ella preparaba el micrófono-bolígrafo y estiraba el cable, él miró por última vez la silueta mate de Cassandra, buscando la Soyuz, un único destello metálico quizá, pero no pudo detectar ninguno, ni siquiera con los prismáticos. A sus ojos no había más que una negrura infinita y una mancha algo menos oscura con un agujero negro en el centro, cuyos bordes brillaban.

«Los telespectadores no están aquí arriba, pero se merecen estar en esta misión tanto como los demás», se reprendió, dominando sus reticencias a jugar a comentarista de televisión. Siempre había huido de la mirada pública y disfrutaba de la privacidad de la EEI, aunque «privacidad» pudiera parecer paradójico para muchos, ya que siempre habían estado bajo observación, pero solo por parte de profesionales sobre el terreno. No obstante, aceptó el micrófono con una sonrisa y apartó el cable adicional, que describía curvas sinusoidales en gravedad cero.

—Hola, congéneres humanos —saludó a la audiencia invisible de millones de personas, cogiendo la cámara con la mano izquierda para sostenerla donde pudiera mirar al objetivo—. Sarah y Markus tienen

que ocuparse de supervisar el piloto automático, pero tengo un momento para responder a algunas de vuestras preguntas.

En la tableta pegada a su muslo bajo una funda protectora, el Control de Misión le reprodujo una tras otra.

—Bien, Sabrina de Traunstein en Alemania pregunta si no tuvimos mucha suerte de que Cassandra no nos golpeara.

Lee levantó la vista y sonrió.

—Esa es una muy buena pregunta inicial, que nos muestra que definitivamente hay algunas cosas positivas en las que deberíamos estar pensando en este momento. Lo que está pasando en casa da miedo, ¡pero no debemos olvidar que hemos tenido una suerte increíble! Cassandra 22007 mide veinticuatro kilómetros de diámetro, o tres veces la altura del Monte Everest. A modo de comparación, Chicxulub, que acabó con los dinosaurios y casi toda la vida en la Tierra en su día, solo tenía unos quince kilómetros de diámetro. El cráter que dejó tras de sí tiene 180 kilómetros de diámetro. Así que no seríais capaz de ver de un lado a otro debido a la curvatura de la Tierra. Este asteroide nos ha perdonado, y por eso debemos estar muy agradecidos.

» La siguiente pregunta viene de Mike Walfort de Phoenix, Arizona: ¿Qué es lo que más temes? Uf, no me esperaba una pregunta así. Se supone que los astronautas no tenemos miedo a nada, pero puedo deciros que eso no es cierto. No somos seleccionados por nuestra capacidad de no tener miedo, sino por nuestra capacidad de trabajar con concentración y enfoque incluso bajo estrés, precisamente cuando sentimos miedo. Esto desencadena una de dos reacciones en las personas: Luchar o huir, y nosotros somos de las primeras. Sin embargo, aprendimos pronto, y seguimos aprendiendo, a proceder de forma estructurada, siguiendo reglas específicas y utilizándolas para solucionar problemas. Esa es la única diferencia. No somos mejores ni más fuertes, simplemente estamos bien preparados para este tipo de trabajo, mientras que no podríamos hacer lo que muchos de ustedes hacen ahí fuera.

—Pero no has respondido a la pregunta —dijo Sarah.

Asintió con una sonrisa.

—Ella tiene razón. Entonces, ¿qué es lo que más temo? —Lee pensó un momento y se vio a sí mismo flotando solo en un velero frente a la costa de Maine, mirando las olas que se habían llevado a su padre... al menos en su memoria—. Yo... tengo miedo al agua.

Tras un suspiro, sonrió de nuevo y guiñó un ojo a la cámara.

—Era piloto, y ahora voy a volar donde no hay ni una gota de agua líquida en kilómetros a la redonda. Me parece un buen negocio.

» Muy bien, siguiente pregunta. Es de Jakob, de Hannover, Alemania. Parece que nuestros amigos alemanes están muy curiosos hoy. Jakob pregunta: Lee, ¿crees que Cassandra es una IA enviada por extraterrestres? Uf.

Respiró hondo y se frotó la barbilla.

—No tengo pruebas para creer que sea una IA. Una IA es un algoritmo, después de todo, y eso es un gran trozo de roca. Quizá también te referías a si era una nave espacial alienígena robotizada. Tendría que responder con sinceridad: no lo sé. Lo que sí sé es que Cassandra se comporta de forma diferente a como lo hacen normalmente los cuerpos celestes comparables.

Pensó en el fragmento que había destruido la EEI.

—Así que no podemos descartar la posibilidad de que sea un objeto artificial. Pero, y este es un *pero* importante, a menudo encontramos explicaciones lógicas a posteriori para cosas que son ilógicas a primera vista, e incluso a la segunda. En cuanto ampliamos nuestros horizontes de conocimiento, lo místico se convierte en científico. Así parecen ser las cosas, y los tres que estamos aquí arriba esperamos aportar nuestra contribución. Muy bien, creo que podemos responder a una pregunta más. ¿Qué tenemos aquí?

Lee hojeó la lista en su tableta.

—Ah. Siti Nurbaya Bakar, de Medan, Indonesia, pregunta: ¿Hay un plan establecido para explorar Cassandra? Dado que sabemos poco sobre el asteroide, es posible que no se pueda hacer nada más que pasear, ¿no?

Lee se permitió una risa amistosa ante la cámara.

—Bueno, desde luego espero que podamos hacer algo más que pasear. Primero tenemos que explorar la superficie y encontrar el

punto desde el que los fragmentos cayeron sobre nuestro planeta. Ese parece un buen punto de partida, así que iremos a comprobarlo primero. Pero también tenemos equipos para tomar muestras del suelo, por ejemplo. Así que no va a ser un simple paseo caro, eso seguro. Pero también es cierto que nuestro plan es bastante vago, pues establece prioridades más que procedimientos fijos, de modo que podamos responder a lo que se nos presente. Es un poco como saber que hay una fuga de agua en una habitación de la casa pero no hay luz. Así que tenemos que empezar por encender la linterna antes de poder evaluar los daños y encontrar una solución. Espero que tenga sentido. Lo importante es que...

—¡Lee! —gritó Sarah, interrumpiéndolo—. ¡Tenemos un problema aquí!

Soltó la cámara y el micrófono y se sentó con los demás. Miró la pantalla y vio el problema.

—¡Pónganse los cascos! —ordenó sin vacilar, pero sus compañeros, obviamente, habían pensado lo mismo, y le entregaron el suyo, que se puso y fijó a la anilla del cuello. Rápidamente se comprobaron unos a otros que todo estaba asegurado como debía, y luego, él repasó los datos en detalle.

—Esto dice que estamos usando menos combustible de lo esperado, a pesar de que el empuje ha sido constante y exactamente dentro de lo que habíamos calculado. ¿Estamos seguros de que no se trata de un error de medición de los instrumentos?

Lee sabía lo improbable (virtualmente imposible) que era, pero se aferró al proceso de eliminación prescrito.

—Sí. Podemos confirmarlo desde aquí, y la NASA nos ha enviado los mismos datos de telemetría —respondió el Control de Misión, en la persona de Lena, en su oído derecho—. Estáis acelerando, pero no vemos que aumente la potencia ni el consumo. Al contrario, está disminuyendo. Por lo que parece, estáis alcanzando la velocidad objetivo, con menos necesidad de masa de reacción.

—El sistema no muestra ningún error —aportó Markus con su habitual calma.

—Igual que pasó con la Soyuz. —Lee ordenó al piloto automático

que se detuviera y abortara el vector de aproximación actual. A continuación, inició una breve ráfaga de frenado para detenerlos. Antes de confirmar la orden, miró a Sarah y Markus, que asintieron rápidamente, y entonces Lee pulsó el botón correspondiente.

El silencio se extendió por su pequeña cápsula, y la luz azul bajo las ventanas pareció hacer que las paredes blancas palpitaran y vibraran. Giraron una vez sobre su eje transversal para que el motor apuntara hacia el asteroide, y entonces se encendieron los motores Raptor. En primer lugar, una turbobomba succionó metano líquido hacia la cámara de precombustión, donde fue llevado a alta temperatura. Simultáneamente, una segunda turbobomba extrajo oxígeno líquido del depósito para la preignición.

Desde ambas cámaras, los líquidos hirvientes salieron a chorro hacia la cámara principal, situada sobre la góndola de escape, creando una potente reacción química que dio vida a una llamarada detrás de la *Verdad* varias veces más larga que la nave espacial. Todo esto ocurrió en una fracción de segundo, presionando suavemente a los tres astronautas en sus acolchados asientos.

Lee notó que los reposabrazos vibraban ligeramente y miró las pantallas que tenía delante con el ceño fruncido. Tuvo que parpadear un par de veces para asegurarse de que no se había equivocado: el consumo de combustible estaba aumentando enormemente a medida que el *software* del piloto automático trabajaba para detenerlos.

—¿Tú también lo ves?

—¡Sí! ¡Es casi como si intentáramos aterrizar en la Tierra! —confirmó Sarah.

—¡Si seguimos así, consumiremos demasiado! —intervino Markus.

—¡Control de Misión! Parece que estamos tratando con un pozo de gravedad —dijo Lee por radio a Vandenberg—. Sé que es una locura, pero no tengo otra explicación.

—No sería la primera vez que Cassandra pone patas arriba lo que creemos saber sobre los cuerpos celestes —replicó Lena—. Seguimos pensando que tenéis reservas suficientes para aterrizar.

—Vamos a tener que desconectar el propulsor de reserva —dijo

Lee, sobre todo para sí mismo—. De acuerdo. Markus, prepárate para desacoplar, vamos a bajar. Sarah, tú haz los cálculos de datos para el piloto automático, y yo me encargaré de los controles manuales, por si acaso.

La vio mirarle de reojo. «Sí, confío más en ti que en nadie, Sarah, para que no calcules mal».

—Entendido —confirmaron los dos, y entonces iniciaron la secuencia de aterrizaje.

Tunguska, 10 de agosto de 1908

—¡Son unos malditos salvajes, Yuri! —le espetó Svetlana Ivanova. La rectora de la Universidad de Krasnoyarsk lo miraba desde detrás de una pila de expedientes, con los puños apoyados en el tablero de su antigua mesa de madera de roble.

—¡Ya le he dicho que no son historias de fantasmas de los Evenki, sino observaciones con mi propio telescopio! Un meteorito ha impactado en Tunguska, y puedo demostrarlo. —Su expresión de enfado le inquietó, así que rápidamente añadió un murmurado—: Su Excelencia.

—¡Llevas dos semanas faltando a tus clases y tus compañeros echan chispas!

—Tuvimos problemas con el barro en el Yeniséi, y nuestro capitán no pudo...

Ella desechó su intento de defensa.

—No me importa nada de eso. Esta es tu última oportunidad, Yuri. Perdiste tu puesto de decano porque sigues complaciendo tus fantasías. Pero esto no es un colegio de escritores, ¡es una universidad! Aquí valoramos la fiabilidad y la precisión científica, ¿entiendes? Eso incluye puntualidad y dar ejemplo, cosa que hacen todos nuestros profesores. ¿Quién te ha dado permiso para llevarte a un alumno?

—¿Oleg? Es mi asistente, y yo...

—¿Qué? ¿Un asistente es tu esclavo?

—No, solo quería decir que...

Ivanova volvió a interrumpirle.

—Oleg Rashkin procede de una acaudalada familia textil cuyas donaciones suponen casualmente alrededor del cinco por ciento de nuestro presupuesto anual. ¿Qué crees que dirán sus padres cuando se enteren de que su hijo no se ha ido de expedición, sino que ha seguido a un joven profesor confundido en una fantasía, incitado por las historias de nómadas salvajes?

—Soy un buen ejemplo para él —resopló Yuri, quien seguía negándose a sentarse en una de las dos sillas para visitantes del despacho de su Excelencia. Se sentiría como un chico reprendido por

su madre.

—¿Entonces? ¿Un buen ejemplo a seguir, sin permiso de la universidad, saca a un estudiante como asistente para ir a observar las estrellas en la zona de asentamiento de los salvajes, y luego no se presenta a trabajar durante dos semanas con excusas endebles y fantasías tan salvajes como los Evenki?

—Hubo un meteoro, e impactó el...

—Podría ser cualquier cosa —le espetó de nuevo—. Estrellas fugaces las hay a montones, pero difícilmente una que, como has descrito, haga brillar el cielo y estremecer los huesos. Tu financiación será denegada.

—Svetlana, yo... —Vio que sus ojos se entrecerraban ante el tratamiento informal, como la mirada de un ave rapaz que hubiera avistado un animal pequeño, y se aclaró la garganta—. Su Excelencia, solo pido una oportunidad para probar lo que he visto.

—No.

—Pero...

—¡No! La respuesta es *no*, y siempre será *no*. Intentaste pasar de mí y acercarte directamente al decano Trofimov. El hecho de que esté hablando contigo es solo porque constantemente tengo que justificar por qué he contratado a alguien de tu edad. Apenas tienes unos años más que tus alumnos mayores. Si supieras lo que es ser una mujer en un puesto como el mío, podrías entender la presión. Pero claro que no lo sabes, ¡porque no piensas en las consecuencias de tus fantasías! —Su Excelencia se recostó en su silla y suspiró cuando sonó el timbre de su puerta y su secretaria asomó la cabeza por una estrecha y chirriante abertura.

—Los Raschkins han llegado.

—De acuerdo. —Ivanova se arregló el traje e hizo un gesto hacia la puerta con la barbilla—. Hemos terminado.

—¿Esta conversación, o...?

—No habrá más conversaciones. Creo que eso debería ser una respuesta lo suficientemente clara para ti.

Yuri respiró hondo y soltó el aire mientras salía del despacho de su superior antes de volver al suyo y empezar a recoger sus cosas.

—¿Pochetnyy? —oyó la voz de Oleg al cabo de un rato y levantó los ojos de las tres cajas de madera que tenía sobre el escritorio, llenas hasta los topes de sus libros favoritos.

—Hola, Oleg.

—He oído que...

—Es verdad. Me despidieron y ya no soy tu Pochetnyy, supongo.

—Pero la expedición continuará, ¿no? —preguntó atónito el joven estudiante.

—Para mí, *sí*. Para ti, *no*.

—¡Oh, no, Pochetnyy, iré contigo! ¡No solo lo prometí, sino que vi lo que tú viste!

—Es muy amable por tu parte, y aprecio tu sed de investigación, pero esto es una universidad, y toda universidad es un lugar impregnado de política y de voluntad de poder. Tal vez incluso antes que la voluntad científica de saber. La gente ya no quiere que viajemos y recojamos pruebas.

—Pero aquí incluso hay cámaras que podríamos utilizar —objetó Oleg, consternado.

—Tus padres acaban de estar aquí.

—Lo sé. —El estudiante se vio abatido—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya. Pero no puedo llevarte conmigo. Tengo que intentar salir adelante solo —insistió Yuri—. Nadie me cree, así que nadie me ayudará. Sabes, Oleg, a la mayoría de la gente no le importa lo que *es*, sino lo que *podría ser*, y eso suele estar relacionado con su propio futuro. Lo filtran todo basándose en sus necesidades y puntos de vista personales. A su Excelencia no le gusta que ponga en peligro el trabajo de su vida de ser un buen modelo a seguir como primera mujer al frente de una universidad y de pasar a los libros de historia rusos. En primer lugar, no debería haber hablado con ella cuando no pude reunirme con Trofimov.

—Sé dónde está.

—Probablemente desapareció en una de las tabernas de los armadores para beber hasta perder la cabeza, pero... ¡Espera! ¿Qué has dicho?

—He dicho que sé dónde está —repitió Oleg, asintiendo con

entusiasmo.

—¿Dónde?

—Mi amiga Lukerya me dijo que se había marchado a un simposio en Schelesnogorsk, junto con algunos estudiantes.

—Ella ni siquiera me lo dijo —refunfuñó Yuri—. Así que tendré que ir allí. Me creerá.

—¿Quieres que coja una de las cámaras?

Yuri tenía una réplica en la punta de la lengua, que se tragó tras pensarlo un momento y sonrió.

—Es una buena idea, mi querido Oleg. Nos vemos en el puerto civil... Ah, eso me recuerda que tenemos otro problema.

—¿Qué tipo de problema? —Era evidente que el estudiante se sentía decepcionado por la repentina vacilación, ya que había estado a punto de mostrarse esperanzado y entusiasmado.

—Equipo. Necesitamos ropa de abrigo y todo lo que es importante para una expedición como esta. Pero sin los fondos de la universidad... —Yuri suspiró abatido.

—No te preocupes, Pochetnyy. Mis padres se enfadarán conmigo de todos modos si desaparezco, pero ya soy mayor de edad y es hora de que tome mis propias decisiones.

—¿Seguro que quieres hacer esto?

—Muy seguro, Pochetnyy. Tendremos suficiente dinero para comprar todo lo que necesitamos. Te lo prometo.

—Eres un buen estudiante, Oleg. Te agradezco tu confianza. Reúnete conmigo en la taquilla del puerto civil, ¿quieres?

—¡Por supuesto! —El hijo del empresario sonrió de oreja a oreja antes de que su sonrisa se disolviera de repente—. Pero seguro que tú también estarás allí, y no te irás sin mí, ¿verdad?

—¡Lo prometo!

De todos modos, no habría podido hacer nada sin los fondos del joven, excepto sacar sus últimos rublos del banco y morir de frío, o de hambre, en algún lugar de camino a Tunguska.

Capítulo 3: Jenna

Casi no reconoció a Feyn porque ahora lucía barba. Bien recortada y veteada de blanco, parecía más una moda que una elección de vida. Seguía siendo guapo y tenía ese aire abierto y divertido que ella no sabía a que atribuir. Las personas que tenían que mentir y ocultar cosas a los demás las 24 horas del día en su vida cotidiana tenían la misma mirada en los ojos en algún momento. Por lo general, sus párpados se cerraban demasiado y el resplandor de las ventanas del alma, como se suele decir, desaparecía. «En el caso del británico es diferente», pensó, se parecían más a un niño o a un adolescente que lo hacían todo por un profundo entusiasmo.

También estaba el recuerdo de cómo se había limitado a disparar en la cabeza a su colega de Seguridad Nacional, Paul Levendale, como si aquella traición asesina no fuera más que una nimiedad. Aunque no parecía que lo hubiera disfrutado, su despreocupada determinación había sido escalofriante. Necesitaba recordar quién y qué era él en realidad, y ver detrás de su máscara para comprender lo que ocurría en su interior.

«No vuelvas a dejarte cegar», se amonestó mientras observaba al ex agente del MI-6 de pie en los escalones de la entrada del hotel, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de bombardero y los ojos recorriendo el aparcamiento. Alguien pasó a su lado y él saludó con un gesto de la cabeza.

Jenna seguía todos sus movimientos, intentando adivinar hacia dónde miraba y leer en su lenguaje corporal lo tenso que estaba. Si no fuera Feyn quien estaba frente a ella, adivinaría una tensión extrema y esperaría que algo malo ocurriera en cualquier momento. Pero él era quien era, y probablemente el primer oponente al que se había enfrentado ante el que se sentía inferior, así que reevaluó todo lo que veía. Si suponía una cosa, la convertía en su contrario y prefería contar con ello.

—Sabe que le vigilo —murmuró.

—¿Crees que sabe dónde estamos?

—No. Al menos, no necesariamente. Creo que se da cuenta de que no pude resistir la tentación de venir aquí. Ahora se preguntará si me gana mi curiosidad profesional o mi sentido de la venganza.

—¿Y cuál es?

—Aún no estoy segura. Preferiblemente ninguna, para que no se lo espere.

—¿Cómo te conoció?

—Resuelta, decidida y leal.

—Bien, así que debes ser transigente, errática y desleal.

—Hmm.

—Entonces... ¿qué hacemos ahora?

—Nada. Nos apartamos hasta que vuelva a entrar y esperamos hasta que vuelva a salir. Mientras tanto, daremos una vuelta por el bosque. Quiero saber si hay algún equipo de observación, cámaras o drones cerca.

—De acuerdo.

Jenna se alegró de no oír objeciones e hizo un gesto a la estudiante para que la siguiera.

Moverse entre la maleza mientras se desvanecía la última luz del día, que de todos modos no había servido de mucho, no era fácil. Más difícil aún por el hecho de que todo estaba mojado y resbaladizo, además de que la acompañaba un civil que nunca había aprendido a moverse con eficacia en este entorno, y mucho menos a no llamar la atención. Se recordó a sí misma que debía ser paciente y lenta, señalando troncos aquí y allá que estaban entrecruzados, otros que no tenían corteza ni musgo, por lo que era fácil resbalar, o ramas de matorrales espinosos. Aun así, intentó vigilar la parada lo mejor que pudo.

Para su sorpresa, muchos de los camioneros salieron uno tras otro, al parecer aprovechando la noche para hacer la mayor distancia posible. Eso explicaría también por qué todos habían colocado enormes barras parachoques delante de las fornidas cabinas de los conductores. El hotel no podía tener más de un 10 o 20 por ciento de ocupación, lo que probablemente se debía al desastre de Ulan-Ude. Al fin y al cabo, la autopista había quedado destruida y ya no había

camino fácil a Vladivostok. Esto significaba que más de un tercio de la ruta ya no era transitable.

Además, seguramente muchas empresas eran reacias a llevar sus cargamentos al este cuando las noticias estaban llenas de noticias terroríficas sobre algún desconocido accidente químico o médico que había justificado el arrasamiento de toda una ciudad. Que un acontecimiento sin precedentes de este tipo no provocara la abdicación del gobierno y que toda la población del país tramara una insurrección probablemente solo fuera posible en un sistema autocrático como este, que controlaba el flujo de información a través de los medios de comunicación.

Solo contó un camión y cuatro turismos, uno de ellos un minibús Lada como los que habían utilizado en Ulan-Ude. No parecía que los utilizara ningún equipo táctico, así que al parecer los conducían profesionales.

Tras su ronda de reconocimiento, quedo claro que no había grandes concentraciones de hombres armados, ni helicópteros, ni drones, ni cámaras; al menos, ninguna que ella pudiera detectar en la oscuridad en unas pocas horas. Así que, o Feyn había pasado mucho tiempo preparando este lugar con mucho dinero y esfuerzo, o se sentía lo bastante superior como para manejarlo sin gran circo. Supuso que él tenía la capacidad de monitorizar la red de telefonía móvil local, y que había asumido que si ella no estaba usando ya el *smartphone* de la mochila que había preparado, conseguiría un teléfono móvil, ya fuera para pedir refuerzos o para organizar un viaje más seguro que hacer autostop. Pero ese era un riesgo que Jenna estaba dispuesta a correr, porque él no esperaba que lo hiciera.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Xenia cuando llegaron cerca de su posición original, escondidas de la gasolinera.

—Vamos a conseguir una manera de hacer una llamada telefónica.

—¿Y cómo lo hacemos?

Jenna señaló en dirección a los surtidores de gasolina como respuesta, donde en ese momento se encontraba un ruso adinerado con su todoterreno Porsche, introduciendo la boquilla de la gasolina.

—Debe tener un *smartphone* con suficiente cobertura.

—Pero si hacemos una escena, Feyn nos descubrirá enseguida.

—No haremos una escena. Esperaré detrás de la caseta de la gasolinera, tú le atraes hasta allí, y luego yo me encargo del resto.

—Pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque entonces seré cómplice de asesinato.

—¿Qué? ¡No voy a matarlo! ¡Es un civil inocente! —Jenna resopló. «¿Qué piensa ella de mí?»

—¿Y cómo lo atraeré detrás del pequeño edificio?

—Los humanos somos como los monos. No más listos, pero sí más imaginativos, por eso nos creemos nuestros pensamientos y las ficciones más disparatadas que nos cuentan. Por eso podemos creer que un ser invisible y omnipotente sin cosas asquerosas como el esperma y el orgasmo engendró un hijo terrenal, pero no entender qué podemos y qué no podemos comer en el bosque, o cómo suena el crujido en la maleza cuando viene un tigre. ¿Qué te dice eso?

Jenna había reflexionado un poco más de lo previsto, recordando algo que Tony le había inculcado una y otra vez.

—¿Que los hombres también son monos, solo que extra estúpidos? —ofreció Xenia—. Todas esas locuras siempre se las inventan los hombres.

—No voy a discutir eso. Al menos, no a menudo. Y los monos que se ponen cadenas de oro para parecer gorilas son los más fáciles de poner anillos en la nariz. Siempre que sean de oro.

Xenia esbozó una sonrisa mientras se arreglaba el pelo en una trenza y asentía.

—Estoy lista.

—Muy bien. Nos vemos detrás de la gasolinera.

Jenna se escabulló, deslizándose entre las sombras más allá del borde de la luz del tejado plano sobre los surtidores de gasolina y avanzando hacia la pequeña caseta de ventas con el minimercado. Salvo el cajero, al que vio a través de la ventana de cristal actuando aburrido y jugando con su *smartphone* mientras mascaba chicle, solo estaba el ruso rico de barriga robusta y abrigo de piel que le habría

sentado bien a una mujer. En efecto, hablaba por teléfono y sonaba extremadamente engreído. Como era de esperar, no prestaba atención a lo que le rodeaba y no se fijó en Jenna, aunque ella no hizo grandes esfuerzos por pasar desapercibida.

Cuando llegó detrás de la estructura de hormigón, se asomó por la esquina y vio a Xenia caminando con pasos medidos hacia la zona de las bombas, llevada como por una isla de luz. Quería ver qué hacía la joven y cómo lo hacía. Pero tanto el coche como su dueño se encontraban en ángulos imposibles desde su posición actual, por lo que no le quedó más remedio que retroceder y esperar en la oscuridad detrás de un generador diésel que, afortunadamente, no estaba en marcha. Como hacía mucho frío por la humedad del aire y la falta de luz diurna, se frotó las manos y sopló aire caliente.

«Esto está llevando mucho tiempo», pensó. «¿Le he pedido demasiado? Quizá no debería haberla involucrado, aunque mi intención fuera buena. Pero aprender a actuar y a ser eficaz le ayudará a no identificarse con el papel de víctima».

Pasaron casi diez minutos hasta que por fin oyó voces y reconoció el alivio que sentía.

—*Chto ty khochesh' pokazat' mne, dorogaya*? ¿Qué quieres enseñarme, querida? —oyó que el ruso repetía en inglés marcado para el bien de Xenia, y su profunda voz se hizo más fuerte y se propagó por la esquina hasta la oscuridad personal de Jenna—. Te pagaré, pero no seas avariciosa.

Xenia soltó una risita maliciosa.

—Oh, no te preocupes. Tu depósito está en buenas manos conmigo.

—Bien. Yo... ¿Cómo se dice? Solo invierto en... negocios que valen la pena —respondió.

Luego, ambos doblaron la esquina y él se apoyó en la pared mientras Xenia le desabrochaba el cinturón y le bajaba los pantalones. El hombre gemía satisfecho, sin oír siquiera a Jenna. No fue hasta que la estudiante le guiñó un ojo y se apartó que frunció el ceño. Antes de que el shock le hiciera abrir los ojos de par en par, Jenna ya le había atravesado la garganta con el canto de la mano y le había arrebatado

el móvil de las manos.

Mientras él se sujetaba la garganta, jadeando y hundiéndose en el suelo contra la fría pared, ella desbloqueó su teléfono forzando su pulgar sobre el botón de inicio. Abrió la aplicación de la cámara y le hizo una foto en ese estado.

—No es precisamente el mejor momento en la vida de un primate pervertido —comentó sobre la escena, modificando los ajustes de idioma que podía encontrar incluso a ciegas en un iPhone.

El hombre se limitó a jadear, con los ojos desorbitados.

Jenna cambió el teléfono a inglés antes de desactivar el bloqueo de pantalla, utilizando de nuevo su pulgar para confirmar.

—Bien. —Inició Google Translate y dijo—: Probablemente no quieras hablar de lo que ha pasado aquí. Con nadie. En su lugar, debes actuar como si nunca hubiera sucedido. Si cambias de opinión, tenemos esta foto y acceso a Internet. Respira hondo y despacio.

El teléfono respondió con un largo chorro en ruso. Por muy inexacta que hubiera sido la traducción, pareció entender y empezó a respirar más despacio.

—Vamos —le dijo a Xenia, quien observaba la escena, fascinada.

Juntas retrocedieron para llegar al bosque por una línea directa, y luego describieron un semicírculo de diez minutos hasta llegar a una nueva posición desde la que podían ver mejor el hotel.

—¿Crees que llamará a la policía?

—Creo que no —dijo Jenna marcando un número—. Peor que el control del impulso sexual (que al menos es natural) es su vanidad. Especialmente en especímenes ricos.

—¿A quién llamas?

—Necesitamos un elemento con el que Feyn no cuente, ¿y quién mejor que los que intentaron deshacerse de mí?

—¿Qué? No lo entiendo.

—Águila Negra —dijo una voz al otro lado de la conexión, que se abrió solo después de muchos tonos. Tenía un acento ruso audible, pero relativamente indistinguible.

—Es cierto, sigo volando, aunque querías cortarme las alas.

—El espacio aéreo sobre Rusia es peligroso —respondió la voz

sin el menor rubor.

—Me he dado cuenta.

—¿Qué quieres? No creo que hayas llamado para decirme dónde planeas aterrizar.

—Algo así.

—Me alegro de que estés manejando esto de manera profesional.

—Corriste un riesgo que no podías permitirte cuando perdiste el control sobre mí. —Jenna se encogió de hombros, aunque su interlocutor no pudiera verla—. Yo habría tomado una decisión similar.

—Bien. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo una propuesta para ti. Obviamente sobreviví a Ulan-Ude, y pude llevarme algunas ideas que seguro que te interesarían.

—¿Cómo qué? —El hombre del FSB no parecía muy convencido.

—¿Qué tal las coordenadas de la base de la Iniciativa Tierra Alienígena? —preguntó, sonriendo con satisfacción cuando el silencio le respondió por un momento—. Puedo oír tu interés.

—¿Qué quieres?

—Un asiento en la mesa y seguridad.

—No puedo dar seguridad, pero puedo darte mi palabra.

—Ibas a hacer que me mataran.

—Entonces no te di mi palabra de que no lo haría —objetó—. Además, el trato era que aparecieras en Vladivostok con tu equipo y fueras a la Zona de Contención con nuestra gente. Entonces apareciste de repente en la zona. Así que dime, ¿en qué me equivoqué?

—Yo te llamé. Debe haber una razón.

—¿Qué quieres exactamente?

—Dos cosas. Un objeto y un favor.

—¿Un favor? —La voz sonaba divertida.

—Por un favor a cambio, por supuesto. Sé a lo que nos enfrentamos con esta infestación, y cómo se relaciona con Cassandra.

Xenia la miró irritada pero Jenna levantó una mano tranquilizadora.

—Ya veo. Tenemos un trato si me gusta lo que tienes que decir. No me voy a dejar engañar.

—Lo sé. Por eso no hice esta llamada a la ligera.

—Bien por ti y bien por mí. Dime qué quieres.

Le dijo.

Después, hizo otra llamada.

Capítulo 4: Lee

—¡Lee, tenemos las imágenes telescópicas del accidente de la Soyuz! —anunció Lena por radio mientras ultimaban los preparativos para el aterrizaje. Su propulsor de reserva, que habían llevado con ellos en el viaje en órbita terrestre, ya se había separado, confirmando lo que temían: Cassandra estaba formando un pozo gravitatorio donde no debería haberlo. Aunque el asteroide estuviera hecho de algo tan denso como el iridio, no debería estar atrayéndolos con tanta fuerza.

«Un enigma más de los muchos que dejan claro lo mucho que necesitamos llegar hasta allí abajo», pensó Lee, leyendo por encima la entrada de Sarah para el *software* piloto.

—¿He oído que se ha estrellado, Control de Misión? —preguntó tenso. No había lugar para la consternación en su mente mientras miraba con gran concentración los números y vectores que le presentaba la pantalla. El sistema los comentaba con un símbolo verde parpadeante de OK, y él tampoco veía ningún error.

—Sí. Os enviaremos las grabaciones. Aseguraos de que vuestro patrón de aterrizaje esté lo suficientemente lejos.

Lee miró la primera imagen que transmitieron desde California. Al principio, tuvo que orientarse para reconocer lo que estaba viendo: una imagen de asombrosa alta resolución de la región del cráter donde estaban a punto de aterrizar. Lo que parecían colinas ondulantes rodeaban un agujero negro redondo con bordes inclinados, y en uno de esos bordes la roca formaba una meseta sobre la que se extendía un objeto blanco en la dirección de la exposición. Debido al gran *zoom* y a la distancia, no pudo distinguir ningún detalle, pero no cabía duda de que los rusos se habían estrellado, ya que había varios objetos reflectantes más, esparcidos por la zona.

«Joder», pensó, rezando para que los cosmonautas hubieran sobrevivido, aunque tenía pocas esperanzas.

—Hay más de seiscientos metros entre nosotros y su... zona de aterrizaje —dijo finalmente, aclarándose la garganta—. Todos los cálculos están completos y verificados. ¿Tenemos luz verde, Control

de Misión?

—Sí, luz verde de nuestra parte, *Verdad*. Estamos contigo.

—Gracias, Control de Misión. Iniciando patrón de aterrizaje. —Lee tocó el punto apropiado en su pantalla táctil y luego puso las manos en los controles manuales por si necesitaba intervenir.

La cápsula Dragon, liberada de su propulsor, descendió como un toldo blanco resplandeciente sobre el asteroide, que se hinchaba en las cámaras exteriores como un gigante oscuro. Pronto no eran más que la cabeza de un alfiler cayendo sobre un campo de fútbol.

—Presión nominal de la cámara —informó Markus—. Empuje constante.

—Afirmativo.

—Dragon maniobrando propulsores a máxima potencia. Estabilización exitosa.

—¡Se ve bien!

—Consumo de combustible nominal.

—Quinientos metros —dijo Sarah—. Cuatrocientos, trescientos cincuenta, trescientos…

Lee encendió las cámaras inferiores que había por todo el borde, a su disposición además de los datos de los sensores en caso de aterrizaje manual, alerta y preparado para intervenir en cualquier momento. Las imágenes en directo parecían tomas en blanco y negro, aunque por supuesto no era el caso. Pero las impresiones monocromáticas de la superficie del asteroide recordaban a la Luna, al menos bajo el resplandor de su motor Raptor, que había sido reequipado específicamente para esta misión.

El regolito suelto ascendía de la superficie, una llanura gris apagada en la oscuridad, y se extendía en forma de anillo como si un objeto invisible hubiera impactado su centro.

La *Verdad* inició la última ráfaga de frenado, provocando violentas vibraciones en los mandos que se prolongaron por todo el cuerpo de Lee. Comprobó que coincidían con los guijarros voladores que levantaban, los cuales volvían a caer al suelo en la distancia.

—Extendiendo puntales de aterrizaje.

Pulsó uno de los botones manuales con el símbolo apropiado y

exhaló aliviado cuando no se indicó ningún error y vio la confirmación en su pantalla.

—¡Vertical estable! —informó Markus, con una calma que contrastaba con el caos provocado bajo ellos por la llamarada de escape del motor Raptor. La lectura del contador se desvaneció, anotada por la cuenta atrás de Sarah, y entonces la *Verdad* se tambaleó violentamente una sola vez. El motor se apagó y reinó un silencio sepulcral, tras el prolongado rugido.

—Aterrizaje completado —anunció Sarah con naturalidad, y solo entonces se permitió un largo suspiro como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—¡Control de Misión, hemos tocado tierra!

—Entendido, *Verdad*, y adelante —fue la respuesta de Vandenberg. Lena mantuvo la transmisión el tiempo suficiente para que oyeran los bulliciosos vítores de todos los presentes en el centro de control.

Lee levantó una mano, y Sarah y Markus hicieron lo mismo, a su vez, sonriendo aliviados como corredores de maratón que acaban de cruzar, tambaleantes, la línea de meta.

—Vale, chicos. Podríamos haberlo conseguido —dijo con una sonrisa—. Pero ciñámonos al protocolo y completemos el análisis de los sistemas. ¿Control de Misión? ¿Pueden ayudarnos a calcular el pozo de gravedad? Deberíamos poder deducir a qué nos enfrentamos a partir de los datos de vuelo, ¿no?

—De acuerdo. Ya estamos en ello, *Verdad*.

Lee se dio cuenta de que estaba *sentado* en su asiento y no solo sujeto por los cinturones. También tenía los brazos apoyados en los reposabrazos y necesitaba fuerza, aunque poca, para levantarlos. En contraste con los días de ingravidez a los que habían estado sometidos hasta entonces, la diferencia se notó de inmediato.

—No estoy recibiendo ningún error —dijo Markus—. Consumo, tiempo de combustión, presión de la cámara, propulsión Dragon, todo ha ido según lo previsto.

—Lo mismo aquí. Los sistemas de soporte vital funcionan como deberían, no estamos perdiendo atmósfera, los niveles de oxígeno y

nitrógeno son estables. Las baterías están completamente cargadas, y todo en el exterior está como debería —explicó Sarah—. Vacío.

—Al menos una cosa es como debería ser. —Lee hizo que los asientos se replegaran pulsando un botón, alejándolos de la consola de control y dándoles más espacio—. No es que me hubiera opuesto a que apareciera milagrosamente una atmósfera respirable.

Se desabrocharon los cinturones de seguridad y bajaron (literalmente se agarraron y bajaron) al espacio libre de la cápsula entre las cajas de transporte y las redes de carga.

—No me lo puedo creer. Aquí sí que hay gravedad —comentó Sarah mientras los tres permanecían de pie en el suelo, notando lo estrecho que resultaba al no poder separarse y moverse en todas direcciones. Se miró las manos, que levantó y volvió a bajar, fascinada.

—Supongo que media *g*. Quizá un poco menos —coincidió Markus, cogiendo a su mascota, una pequeña figura de acción del comandante Shepard, de su soporte sobre una de las ventanas, levantándola y dejándola caer. El gallardo héroe de N7 cayó sobre la rejilla de goma entre sus botas, aunque no de la forma que ella habría esperado, sino como si alguien hubiera ralentizado una grabación de vídeo.

—No sé cómo es posible tanta gravedad. —Sarah recogió al comandante Shepard del tamaño de una mano y, casi con reverencia, lo volvió a colocar en su soporte.

—No lo es —respondió Markus—. Incluso si este trozo estuviera hecho de iridio puro, no podría proporcionar ni de lejos este tipo de atracción gravitatoria. La masa y la densidad no serían lo suficientemente altas.

—Siete *mili-g* —escucharon el informe de Lena por los altavoces —. Ralph hizo los cálculos. Si Cassandra estuviera hecha completamente de iridio, estaríais tratando con una aceleración gravitacional de siete *mili-g*.

—Sí, eso es. —El alemán asintió—. Una gota de agua tardaría cinco segundos en recorrer un metro. Hay algo de vudú aquí que yo, como físico, no puedo entender.

—Esperemos a ver qué pasa. Estamos aquí para encontrar respuestas, y si no existen aquí, ¿entonces dónde? —preguntó Lee—. Control de Misión, Sarah y yo saldremos.

—Entendido, *Verdad*. Me gustaría recordaros que lleváis más de dieciocho horas despiertos, y que sería conveniente que durmierais unas horas antes.

—Sugerencia admitida —respondió Lee, mirando a sus dos colegas y amigos que, como él, permanecían con los visores levantados, mirándole—. Pero tenemos compañeros ahí fuera que han tenido un accidente. Tenemos que salir a ver si podemos ayudar.

Markus y Sarah asintieron con decisión.

—Entendido, *Verdad*. Esperamos que podáis hacer algo por ellos.

—Muy bien. Markus, eres nuestro control de casa. Todo lo que está pasando ahí fuera y a nuestro alrededor y en el espacio, nos lo transmites a nosotros.

—Entendido.

—Yo saldré primero, Sarah, y tú vienes detrás de mí. Ayudaremos a Markus a ponerse el traje presurizado. Luego, será nuestro turno.

Se dispusieron a ponerse los recién desarrollados biotrajes que SpaceX había creado, que utilizaban látex y nanomateriales para generar su presión a través de la presión real sobre la piel. Esto les ahorraba la armadura rígida que tenía que llenarse de aire, dejando poco espacio para moverse. Como tantas otras cosas en esta misión, era la primera vez que se utilizaba esta tecnología, pero eso no asustó a Lee. Había trabajado con los desarrolladores, mostrándoles lo que era importante para él como astronauta, y la eficacia y precisión con que habían procedido los hombres y mujeres de Hawthorne le habían impresionado.

Los trajes parecían de lycra blanca con refuerzos negros en las articulaciones, y cada persona tardaba media hora en ponérselos. No podía haber arrugas ni pliegues: todo tenía que encajar a la perfección para mantener la presión necesaria para sobrevivir ahí fuera. El casco era una campana cónica, transparente por delante y cubierta por detrás por un grueso trozo de material compuesto que albergaba los

sistemas de control accionados por las tabletas que cada uno llevaba sujetas al antebrazo izquierdo con una hebilla. A esto se añadía la mochila angular, que sujetaban por delante sobre el pecho y el estómago con dos correas para los hombros y dos piezas de conexión. Después conectaron las mangueras entre el suministro de oxígeno y nitrógeno y el casco, y lo comprobaron todo.

Cuando terminaron, una hora y media más tarde, Lee sintió que había perdido un día entero. Pero los cosmonautas del otro lado de la meseta probablemente no tenían tanto tiempo. El hecho de que aquí hubiera una gravedad imprevista causaba varios problemas a la vez. Ahora no podían utilizar el morro de la cápsula Dragon sobre sus cabezas para salir, que formaba una pequeña esclusa de aire, porque tenían que trepar para hacerlo, y trepar significaba que podían caerse o quedarse atascados en algún sitio y luego tener que saltar al exterior: demasiado riesgo de lesiones, incluso para sus trajes.

Solo quedaba la puerta lateral, por la que había entrado en Vandenberg. Estaba justo por encima del suelo, lo que significaba que tendrían que drenar de antemano toda la atmósfera del interior de la *Verdad* para no provocar una descompresión espontánea al abrir la puerta, un desperdicio de valiosa atmósfera que no podían evitar. El único punto positivo era que podían salir andando y no tenían que utilizar nitrógeno para maniobrar en gravedad cero.

Así que esperaron durante largos minutos mientras el vacío sustituía la atmósfera que les rodeaba.

—Menuda sensación con estos trajes, debo confesar —dijo Sarah, con la que esperaba junto a la puerta lateral que habían tenido que despejar porque allí había una caja de transporte—. Me siento casi desnuda.

—En algún momento, hay una primera vez para todo. Pero la ciencia que hay detrás es lógica, y las pruebas ya llevan un año con éxito.

—Me gustaría recuperar el traje de cangrejo —insistió.

—No con esta gravedad.

—Touché.

—Faltan dos minutos —anunció Markus desde su asiento en las

consolas, y el hecho de que Lee solo pudiera oírle a través de sus auriculares de radio ya demostraba que apenas quedaba atmósfera a su alrededor. Al comprobarlo, apretó los puños y movió los brazos y las piernas. Coincidía con Sarah en que era una sensación desconcertante, de desnudez, salir así a la nada del espacio.

Cuando recibieron el visto bueno de su colega, llegó el momento. Sarah abrió los dos pestillos de la puerta y la empujó sin esfuerzo.

Lee miró la brecha completamente negra que se estaba formando. No vio titilar ninguna estrella, ya que la parte delantera de Cassandra estaba iluminada por el sol. Es cierto que eso solo se aplicaba de forma limitada al cráter en el que habían aterrizado. La cresta de las colinas occidentales les protegía de la radiación directa y se encontraban en una zona de reflexión. Aquí, los rayos reflejados desde las laderas iluminadas por el sol hacia el este seguían siendo lo bastante intensos como para que hubiera tanta luz como en un día algo apagado de noviembre en la Tierra. Es cierto que podían caminar bajo la luz directa del sol a 150 grados porque sus trajes eran extremadamente reflectantes y tenían varias capas de material aislante, pero eso solo costaría más energía para enfriarlos.

Lee salió con cuidado, sujetándose al borde superior de la puerta, y bajó de un salto al primer suelo no terrestre que pisaba. Era casi como el primer alunizaje, salvo que el suelo no estaba tan polvoriento y suelto como en las imágenes de la misión Apolo 11. Curiosamente, no sintió ninguna diferencia con respecto a caminar por la Tierra, salvo por su menor peso y esfuerzo.

Vio las laderas grises a su alrededor y el profundo abismo que comenzaba a unos 100 metros de distancia, una visión espeluznante. Si se trazaba una línea directa, en algún lugar más allá estaba la Luna, la antigua meta de los sueños humanos y del espíritu de todo explorador. A su alrededor orbitaba la nueva estación de la NASA y la ESA, que debería haber sido la puerta de entrada a un nuevo siglo de exploración humana, pero que ahora no era más que una obra en construcción en el espacio, abandonada y olvidada. Ahora todo giraba en torno a este asteroide que había enterrado con su llegada todos los sueños y fantasías de futuro. Una mirada al cielo ya no le ponía la piel

de gallina, sino que le producía un escalofrío.

Lee se sacudió y apartó los ojos del agujero. La región del cráter medía cuatro kilómetros de diámetro, de los cuales unos 400 metros eran muy oscuros, lo que significaba que esa parte era más profunda. Una pequeña sección no había sido detectada por ninguno de los instrumentos de la NASA. Estaba justo en el centro, y era el punto de origen de los fragmentos... incluyendo los dos que casi habían destruido la *Verdad* y la Soyuz. Alrededor de los bordes crecían colinas sin contorno, suaves y tan grises como todo lo demás. El cráter propiamente dicho no empezaba hasta más abajo, donde habían aterrizado, insinuando escabrosas marcas de arrastre, como si docenas de trineos se hubieran precipitado al mismo tiempo.

Se dio la vuelta y ayudó a Sarah a salir.

—¿Aún podéis oírme?

—Fuerte y claro —respondió ella, pero había un sutil crepitar en la conexión que antes no existía.

—Sin problemas desde aquí —dijo también Markus.

—¿Tú también oyes ese crepitar? —preguntó Lee—. Suena como cuando estás buceando.

—Sí, pero no veo cuál puede ser el problema. Nuestro equipo de transmisión y recepción funciona perfectamente.

—Muy bien, vamos a controlar esto con controles regulares de comunicaciones a medida que avancemos.

La respiración agitada resonó en su casco cuando Lee se paró frente a la puerta y aceptó el cinturón de herramientas de Markus. Era pesado, tosco y estaba lleno de bolsillos y trabillas, con todas las herramientas necesarias para trabajar en el vacío. Se lo ajustó rápidamente a Sarah y luego repitió el proceso consigo mismo. Solo cuando la puerta volvió a cerrarse se sintió tan apartado y aislado como realmente estaba. La Tierra se erguía como una canica azul en el cielo, tan grande como un platillo. Parecía preciosa con sus bandas de algodón blanco extendiéndose por los océanos, un cálido oasis en el frío. ¿Por qué iba alguien a abandonarla voluntariamente?

—Aquí no se puede esconder detrás de un pulgar extendido —comentó Sarah al ver su lejana patria.

—No, no puede —susurró, agitando una mano delante de las cámaras de su casco, que se extendían desde los laterales del mismo como dos oculares que podían moverse libremente en cualquier dirección—. ¿Cómo vamos con las cámaras?

—Un ligero ruido blanco —respondió Markus por radio—, pero se puede ver todo. El Control de Misión también está contento. ¡Buena suerte, y vuelvan sanos y salvos!

—Gracias. —Lee hizo un gesto a Sarah y juntos rodearon su cápsula, que parecía aún más pequeña y tosca por fuera. Era un objeto extraño y frágil que no pertenecía a ese lugar.

Lee dejó a un lado la sensación de desasosiego que sentía en sus entrañas y corrió con paso ágil hasta el borde de la meseta. A medio salto, tuvo que adaptarse a las nuevas condiciones de gravedad, lo que le hizo estar a punto de caerse varias veces cada vez que tropezaba con sus propios pies.

—¡Te tengo! —dijo Sarah cuando se deslizó por una roca un poco más grande y se tambaleó.

—¡Gracias! —Se detuvo y miró hacia atrás. Habían recorrido unos 100 metros en poco tiempo y, sin embargo, respiraba con dificultad. La Soyuz estaba a 322 metros en línea recta, según las lecturas de su tableta de antebrazo, aunque parte del negro abismo los separaba. A pesar de la distancia, era evidente que debía de tratarse de un accidente, y sus peores temores eran ciertos. La cápsula estaba clavada en el suelo en un ángulo, y había trozos de escombros esparcidos por todas partes. Un surco en la ladera de la colina gris justo al lado servía de indicio de que la nave se había deslizado hasta allí con cierta fuerza.

—Esto tiene mala pinta, Lee —observó Sarah.

—Lo sé —contestó, ensimismado y cavilando sobre el camino que tenían por delante para llegar a los rusos. Entre las dos mesetas que crecían de las laderas como setas arbóreas había un tramo de pendiente semicircular de unos 300 metros de longitud, que no tenía un ángulo muy pronunciado, pero parecía resbaladizo—. Iremos con cuerdas de seguridad y garfios.

Sarah asintió detrás de la visera de cristal de su casco y aceptó el

cierre de seguridad de un extremo de la cuerda de alta resistencia que él le tendió para que la sujetara al soporte de montaje designado en su cinturón. Él hizo lo mismo antes de que se examinaran mutuamente, y cada uno cogió uno de los garfios de su colección de herramientas y lo desplegó. Recordaban vagamente a los ganchos de escalada alpina que los alpinistas utilizan como anclajes en el hielo, pero ligeramente más largos y curvados.

Lee miró a su alrededor por última vez en el impenetrable silencio que se tragaba cada paso y cada movimiento como si todo fuera una película muda en blanco y negro. Luego, bajó de un salto desde el borde de la meseta aproximadamente un metro hasta el borde del cráter sin mirar la negrura que se tragaba su mano como una sombra voraz unas decenas de metros a la izquierda, debajo de él. Después de que sus botas resbalaran unos centímetros, se agarró y dio dos pasos de prueba antes de levantarle el pulgar a Sarah.

—El subsuelo está suelto, pero no es arena, y la capa es lo bastante gruesa como para que no empiece a rodar enseguida.

—De acuerdo.

Sarah siguió su ejemplo, bajando de un salto hasta él antes de caminar unos cinco metros por delante para que la cuerda que los separaba se tensara ligeramente y no provocara un traspié. Él separó un poco los brazos para ayudarse con el equilibrio, el garfio en la mano derecha para poder agarrarse en caso de resbalar.

Avanzaron a buen ritmo, hicieron otra comprobación de comunicaciones con Markus (positiva, aunque el ruido había aumentado ligeramente) y, por lo demás, avanzaron concentrados y en silencio. Entonces llegaron a la siguiente meseta, que parecía más bien una terraza, una hendidura en la ladera de la colina. Era más pequeña que la suya y estaba ligeramente más alta, por lo que apenas podían ver por encima del borde. Gracias a la escasa gravedad, no le costó subirse y luego, de rodillas, ayudar a Sarah antes de que se sacudieran el polvo de los biotrajes y se volvieran para mirar la Soyuz.

Su estado era incluso peor de lo esperado: La parte inferior con el motor parecía haber sido rasurada, con la mitad de una góndola clavada en el suelo y la otra mitad perdida en el surco del accidente.

Las antiguas velas solares no eran más que varillas de metal dobladas, con sus paneles esparcidos por todas partes en forma de astillas azul pálido como afiladas piedras de granizo. El flanco de la Soyuz estaba arañado y perforado por tres agujeros del grosor de un puño, a través de los cuales se veía una luz roja parpadeante.

Lee miró a lo largo de los cien metros de rastro de destrucción y tragó saliva antes de captar la mirada de Sarah y asentir.

—Venga. Vamos a ver.

A grandes zancadas se acercaron al otro extremo del pecio.

—El módulo de servicio está destruido —dijo Sarah a través de la radio llena de estática—. Es un milagro que no haya explotado.

—Probablemente se quedó sin combustible. Tiene muy mal aspecto. —Lee señaló la abertura redonda sobre el suelo a través de la cual podían ver la luz roja intermitente y el revestimiento de la cabina —. ¡Ahí, la puerta lateral está abierta!

Juntos se acercaron y comprobaron la libertad de movimiento de la puerta, que parecía la escotilla de un submarino, ligeramente curvada hacia fuera y hecha de metal oscuro con un pequeño ojo de buey. Lee se agarró con ambas manos al borde engomado y trepó al interior.

A primera vista, el interior del módulo de aterrizaje apenas presentaba daños. Los tres asientos estrechamente apiñados frente a la pared de mandos e interruptores de palanca de aspecto antiguo, con sus pequeñas pantallas encima, estaban vacíos, y la escotilla situada encima de las cabeceras colgaba hacia abajo y abierta, como un trapo rígido. Los caracteres cirílicos del interior reflejaban el parpadeo de la alarma roja. Aunque el módulo de servicio, con sus velas solares y su motor, había sido destruido, quedaban los módulos de aterrizaje y orbital situados encima. Lee echó un vistazo a este último, que normalmente era una bodega de carga y para los cosmonautas cuando querían estirar las piernas en los viajes más largos a la EEI.

—Se han ido —dijo, sin saber si sentirse aliviado o disgustado. Esperaba encontrar tres cadáveres y ya se había preparado mentalmente para la conmoción de verlos. Pero ahora que no veía a nadie, el terror era mucho mayor.

—¿Dónde pueden estar? —preguntó Sarah.

Lee se volvió y la vio de pie detrás de él en el páramo gris. Negó con la cabeza.

—No lo sé. Comprobaré el módulo orbital. El borde está doblado, pero el pasadizo está despejado.

Con movimientos cuidadosamente elegidos, se subió a uno de los asientos y miró las pantallas. Una de ellas estaba rota y solo parpadeaba. De vez en cuando se distinguían columnas verdes de números sobre un fondo negro, pero parecían más bien imágenes borrosas. En otra había un mensaje de advertencia en ruso: *Fallo del motor del CP-233*.

—Iré contigo y veré qué puedo averiguar en los registros de errores —sugirió su colega, y él aceptó con un «Ajá».

La cápsula de carga no estaba iluminada, y las pocas luces intermitentes no bastaban para revelar más que un tubo rojo difuso en la oscuridad a la que subió. Con la ayuda de las luces de su casco, miró a su alrededor, examinando las cajas de carga, algunas de las cuales estaban atornilladas a las paredes, o atrapadas en redes trincadas. Si había tenido alguna esperanza de encontrar aquí a uno de los cosmonautas, se sintió decepcionado. Estaba a punto de retroceder cuando, por el rabillo del ojo, se fijó en algo que no era de los mismos tonos grises y marrones por los que se conocía a los astronautas rusos.

—¿Qué es eso? —murmuró, agarrando una de las correas de amarre, detrás de la cual había una caja rectangular con una bandera rusa, para subir más, apoyando los pies en el borde de la escotilla abierta. Lo que había visto era una caja del tamaño de un brazo, con los cierres abiertos. Los dos soportes metálicos colgaban de ella como gusanos flácidos.

Levantó con cuidado la tapa desplazando su peso para poder utilizar la mano derecha sin caerse. Debajo había una forma fresada con precisión que descansaba sobre espuma amortiguadora, de forma aproximadamente cónica y tan larga como el brazo de un adulto, pero de un diámetro no superior al de un balón de fútbol. En la parte delantera había varios pestillos de seguridad abiertos.

Lee bajó la tapa para buscar una inscripción y reprimió una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Sarah por la radio.

—Tenemos un problema.

—¿Otro?

—Sí.

Bajó la mirada hacia el cartel amarillo y negro de advertencia contra materiales radiactivos o radiaciones ionizantes, que a la fría luz de las lámparas de su casco parecía un letrero de neón compitiendo por su atención.

—Un verdadero problema.

Tunguska, 20 de agosto de 1908

—¡Delfines, Yuri! ¿Te lo imaginas? Ella estudió a los delfines. Un año entero. El pez más grande que vi en mi vida fue un salmón, ¡y un oso me lo robó del sedal! —Jakob Trofimov era dos décadas mayor que Yuri, pero seguía siendo uno de los profesores más jóvenes de la Facultad de la Universidad Imperial de Krasnoyarsk. A ojos de Yuri, eso decía todo lo que había que saber sobre la mojigatería que reinaba dentro de las togas de los profesores. Jakob era el único de sus antiguos colegas al que habría llamado amigo, de mente abierta, curioso y poco convencional. Yuri podía soportar el hecho de que le gustara hablar demasiado.

—Es bióloga, no geógrafa —señaló Yuri—. Ahí es donde se ven criaturas marinas interesantes.

Yuri observó a uno de los marineros en su enorme barco, arrastrado por el Angará como un coloso de acero y madera. Durante los primeros kilómetros hasta Krasnoyarsk habían sido remolcados por caballos, pero luego izaron las velas. Estas les llevaron hacia el norte sorprendentemente rápido contra la corriente, un cambio agradable respecto al tortuoso viaje de ida que les había costado varias semanas. Los estudiantes (una docena de ellos que, salvo Oleg, formaban parte del personal de Jakob) estaban sentados en la proa, entre los grandes rollos de cadenas de ancla enrolladas, jugando a las cartas y fumando cigarrillos liados a mano.

No era la primera vez que Yuri tenía la sensación de haberse perdido algo durante su empinada carrera universitaria, que apenas le había ofrecido otra cosa que mucho estudio y casi nada de contacto social. Siempre había conectado más con los libros que con sus compañeros, porque no podían responder a muchas de sus preguntas. Bueno, los libros tampoco habían podido, en su mayor parte, pero al menos le habían enseñado a hacer las preguntas adecuadas y dónde podía encontrar las respuestas.

—Eres químico y no ves nada interesante —replicó Jakob, sonriéndole de lado al ver la mirada irritada de Yuri.

—Solo quería ver si me estabas escuchando. Aparentemente no.

—Soy un polímata.

—Sí, a todos nos gusta decir eso de nosotros mismos. *Studium Generale*. Pero afrontémoslo, ¿quién de nosotros lo sabe todo? Nadie. Pero los estudiantes lo quieren así, y nosotros también, así que nos obedecen y nos consideran sus dioses omniscientes.

El geógrafo se recostó en su silla, que el equipo y Yuri habían colocado en el tejado del almacén delantero para poder escapar de los apestosos camarotes de debajo de la cubierta. Así que disfrutaron del sol, del gorjeo de los pájaros y de la preciosa vista de las profundas orillas verdes a derecha e izquierda del ancho río.

—¿Qué es lo que te fascina tanto de los delfines?

—Mucho. —Jakob formó un anillo con el pulgar y el índice de la mano derecha y miró a través de él—. No hace mucho descubrimos que los rayos X no son para atracciones de feria, que cambian las moléculas, incluso patológicamente. Descubrimos que el uranio se desintegra con el tiempo, por lo que podemos calcular la edad de los yacimientos rocosos y los fósiles. Esto es tan disparatado que cuesta creerlo, y los incultos deben desesperarse ante tales hallazgos. Pero mi mujer me aseguró que nada de esto era tan emocionante como un delfín. Está segura de que estos mamíferos tienen su propio vocabulario, con un lenguaje complicado, y también su propia personalidad.

—Me lo imagino —dijo Yuri, asintiendo.

—¿Cómo dices? —Jakob parecía sorprendido.

—¿Esperabas algo más?

—Sí. Todos a los que se lo cuento se ríen de mí, o al menos ponen los ojos en blanco.

—Hay muchos animales en el mundo que demuestran una inteligencia asombrosa. Lo único increíble no es que sean inteligentes, sino que seamos demasiado estúpidos para comunicarnos con ellos. No hay ni uno solo con el que podamos hablar, ni siquiera después de miles de años de convivencia. Me opongo a la idea de que todos los animales se limitan a emitir sonidos sin sentido.

—Te resistes a todas las normas. Por eso eres nuestro hijo problemático en la universidad —replicó Jakob, poniendo los ojos en

blanco—. A mi mujer le gustarías.

«Ya no soy tu colega», quiso decir Yuri, pero se contuvo en el último momento. Mentirle al profesor le había resultado difícil, pero cuanto más duraba el viaje, más seguro estaba de haber hecho lo correcto. Cuando Jakob viera con sus propios ojos lo que había ocurrido, ya no estaría enfadado, sino agradecido.

—No quiero limitarme a diseccionar un delfín, quiero descifrar su lenguaje, entenderlo, comprenderlo. —Yuri se encogió de hombros y se ajustó el sombrero para el sol, del que la tripulación no tuvo especial reparo en burlarse—. Creo que tu mujer piensa lo mismo.

—¿Así que estás diciendo que a nuestros estimados doctos colegas no les interesa llegar al fondo de lo que hay detrás de las cosas?

—Tú lo has dicho.

—¿Y tu solución salomónica a este problema es tomarte un mes de excursión para encontrar un meteorito en la mayor zona boscosa de la Tierra? —Jakob no hizo ningún esfuerzo por ocultar la burla en su voz.

—¿Quién es más tonto? ¿El tonto o el tonto que le sigue? —replicó Yuri.

—Uy, «El tonto, o el tonto que le sigue» —repitió su colega con una sonrisa—. ¡Vale la pena citarlo!

—Buena esquiva.

—Debería haber sido filólogo. Pero entonces no me habría metido en tu juerga, supongo. ¿Dónde hay geógrafos que no disfruten adentrándose en la naturaleza para atormentar a unos cuantos estudiantes mientras arrastran sus pertenencias por el barro?

—El meteorito está ahí de verdad —insistió Yuri, sofocando un comentario mordaz que habría dado forma a su enfado.

—Solo te estoy tomando un poco el pelo, mi jovencísimo amigo. —Jakob le dio un codazo en el hombro y señaló hacia un embarcadero que empezaba a emerger de las aguas turbias que tenían delante—. Ese debería ser nuestro destino. Kezhma.

—Los marineros parecen pensar lo mismo.

Indicó a los hombres del barco, que ahuyentaron a los jóvenes de

la proa y empezaron a preparar las eslingas que utilizarían para arrastrarse hasta el embarcadero.

En cuanto atracaron y los estudiantes prepararon sus cosas, Yuri bajó a tierra con Jakob y fue recibido por el «capitán del puerto», un tipo calvo y con sobrepeso que los miró, malhumorado.

—Hola.

—Buenos días, señor.

—Tasa de atraque.

—No atracaremos, solo estamos de paso.

El hombre chasqueó la lengua y metió los pulgares en las correas de su mono, más bien mirando más allá.

—Me parece que ahí es donde está amarrado ese barco.

—Solo para que nuestros alumnos puedan desembarcar el equipaje —aclaró Yuri.

—Eso cuenta como atracar —le aseguró el capitán del puerto, mirándole desafiante.

—Bueno, solo somos los pasajeros, no los dueños del barco. Por lo tanto, no estamos obligados a pagar —intervino Jakob, señalando hacia el barco, donde el corpulento capitán corría con el torso desnudo por la cubierta, gritando a su tripulación, que se apresuraba a atar las velas—. Ese es. Puedes hablar con él.

El geógrafo pareció alegrarse cuando el otro hizo una mueca, pero Yuri se limitó a poner los ojos en blanco con impaciencia.

—Nos dirigimos al norte.

—Por supuesto que sí. Eso es lo que los otros querían hacer.

—¿Qué otros?

—Un grupo de exploradores. Parecían tan estirados como tú —respondió el capitán del puerto.

—¿Qué intentaban explorar?

—¿Qué sé yo? Probablemente para determinar los daños de la tormenta en el bosque.

—¿Daños por tormenta? —preguntó Jakob.

—Sí. Derribó todos los árboles. —El residente de la aldea de cuatro casas pareció descongelarse y puso los puños en las caderas—. Una verdadera locura, te digo. La tormenta solo duró unos minutos.

Nunca había visto nada igual, pero arrasó con todo. Todo el cielo estaba en llamas.

Yuri dirigió una mirada cómplice a su colega, quien asintió pensativo.

Capítulo 5: Jenna

—¿De verdad crees que es una buena idea? —preguntó Xenia, dubitativa.

Jenna miró el reloj del *smartphone* robado y esperó, sin apartar la vista del hotel.

—Cuando estás en una situación perdida y sin salida, ¿qué haces?

—¿Acepto que esto es así y no busco algo que no puedo encontrar?

Jenna la miró con el rabillo del ojo, sorprendida.

—No pierdes el tiempo. Claro. ¿Y qué?

—Yo tomaría el camino a seguir y me arriesgaría un poco. Después de todo, no hay forma segura de salir de una situación complicada.

—Correcto —respondió Jenna—. Así que respondiste a tu propia pregunta.

—¿Cuál?

—Si creo que mi plan es una buena idea.

—Tengo miedo. ¿Y si sale mal?

—Hay una posibilidad. Y es bastante alta —admitió Jenna—. Pero no podría convencerte de que te quedaras.

—No lo intentabas.

—No. ¿Por qué debería? Eres adulta y puedes tomar tus propias decisiones. Pensar que sabes mejor lo que es mejor para otra persona es presuntuoso y muy poco realista.

—¿Crees que él, o ellos, nos matarán ahora mismo?

—No, no lo creo. Si ese fuera el plan habría actuado de otra manera. Más directo. Podría haber escondido suficientes explosivos en esa mochila para volarnos en pedazos desde una distancia segura, incluso cincuenta metros.

—Entonces, ¿qué quiere de nosotras?

—Respuestas, supongo. Cuánto sabemos, cómo lo averiguamos y qué sabe mi agencia.

La estudiante guardó un silencio reflexivo.

De nuevo, Jenna miró la pantalla de su *smartphone* y esperó. Cuando el reloj marcó la 01:30, asintió y enderezó los hombros.

—Vámonos.

Abandonaron su escondite en la linde del bosque y caminaron hacia la entrada principal del hotel. La grava crujía bajo sus botas de goma y el barro anunciaba cada uno de sus pasos con sonidos húmedos. Ya no había nadie fuera, e incluso la iluminada gasolinera parecía desierta en medio de la noche siberiana.

Dos farolas situadas frente al hotel acababan de apagarse. El edificio se alzaba a unos 100 metros a la derecha, y todas las luces estaban apagadas salvo la solitaria lámpara que parpadeaba sobre el vestíbulo. Esto creaba ante ellas una penumbra inestable a la que sus ojos no querían acostumbrarse. No era suficiente para distinguir más que el contorno del edificio y las ventanas que formaban cuadrados ligeramente más oscuros, pero seguía siendo demasiado para que sus pupilas se ajustaran adecuadamente para ver mejor.

—Esto no me da buena espina —susurró Xenia, tensa.

—Las emociones no tienen cabida ahora mismo —respondió Jenna con calma.

—Aquí solo quedan dos coches.

—No son buenos tiempos para los hoteles. —Con un gesto, mandó callar a la estudiante.

Uno de los vehículos restantes era un viejo Toyota Landcruiser que, incluso en la oscuridad, parecía que iba a derrumbarse por su propio peso en cualquier momento. El otro era el minibús Lada. Un vistazo por la ventanilla de la zona de carga le mostró un montón de cajas de herramientas y equipos para jardinería. Parecía bastante desordenado y no parecía que allí pudiera esconderse un equipo de asalto.

«¿Qué trama este tipo? ¿Y qué ha preparado?»

—¿Segura que sigue aquí? —siseó Xenia—. ¡Podría haberse escabullido sin ser visto hace mucho tiempo!

—¡Shh!

Jenna la ignoró y subió las resbaladizas escaleras cubiertas de

verdín hasta la entrada principal. La luz parpadeante creaba una atmósfera espeluznante que habría encajado bien en una cámara de los horrores, con el hotel enmarcado en listones de madera carcomidos por el moho negro. La puerta estaba dividida en dos mitades, una con picaporte y timbre y otra que parecía estar cerrada con llave y rara vez se abría. Pudo darse cuenta de esto último por el hecho de que había marcas de arrastre semicirculares en el lado derecho del porche de madera y no en el izquierdo.

Ninguna luz ardía tras los cristales a la altura de la cabeza. Para sorpresa de Jenna, la manilla no solo cedió, sino que la puerta se abrió sin esfuerzo. Así que tiró de ella y se asomó a un corto pasillo que conducía a una amplia sombra que probablemente era el mostrador de recepción desocupado.

En el inquietante silencio, cada uno de sus pasos parecía resonar solo en sus mentes. Siguieron caminando con cautela hasta llegar a las sombras. Sus ojos se estaban adaptando un poco a la oscuridad, que resultó no ser tan densa como había pensado. Un suave resplandor caía sobre la mesa de madera del fondo del pasillo y la silla que había detrás. Procedía de dos ventanas blanquecinas situadas en anchos portales, que conducían a derecha e izquierda a nuevos pasillos evidentemente iluminados.

Jenna intentó mirar a través del cristal derecho, pero no pudo ver nada excepto una zona pálida. Este pasadizo tampoco estaba cerrado y la condujo a un vestíbulo escueto con paredes de paneles de madera. La moqueta manchada del suelo le recordó que no era solo la falta de luz lo que le daba una impresión destartalada de este establecimiento.

Al abrirse una de las puertas, se sobresaltó e instintivamente se puso en posición defensiva antes de ver el rostro carnoso de una mujer mayor que la miraba con furia.

—¿*Chto vy zdes` delayete*? —preguntó, saliendo al pasillo con un camisón desteñido de estampado floral que abrazaba su corto pero macizo cuerpo como una envoltura en un pilar publicitario—. ¿*Chto*?

—Lo siento, no le entiendo —respondió Jenna en voz baja, mordiéndose el labio inferior. ¿Cómo les había oído aquella mujer?

—¿Qué quieres? ¿Quieres que llame a la policía? —respondió la rusa en un inglés entrecortado—. ¡Fuera de aquí!

—Eso no es necesario —dijo una voz que hizo que Jenna se quedara helada. Feyn estaba de pie al final del pasillo, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros a la moda. El cuero de su ajustada chaqueta brillaba como la cera, y su expresión alerta revelaba que ciertamente no se había despertado del sueño, aunque ella no lo esperaba. La mirada que le dirigió a Jenna dejó claro que las palabras iban dirigidas a ella. Dirigiéndose a la presunta dueña del hotel, añadió—: *Oni prinadlezhat mne*.

Tras un último ceño fruncido y un despectivo «Hmmf» la matrona se retiró tras su puerta y la cerró, dejando una vez más el silencio. El pasillo desde cuyos extremos se enfrentaban Jenna y Feyn parecía alargarse cada vez más, expandiéndose y estrechándose incómodamente al mismo tiempo. A la par, el aire parecía demasiado cercano para respirar y la luz como si se filtrara por las paredes.

El británico se sacó las manos de los bolsillos y las levantó para que ella pudiera verle las palmas antes de hacerse a un lado, abriendo paso a su habitación.

—¿Puedo invitarlas a pasar? —preguntó con su encantadora sonrisa, en la que ella ya no veía nada genuino. Probablemente ya no reconocería la autenticidad aunque estuviera ahí.

Jenna empezó a caminar. Cada paso era como si vadeara un lodazal espeso que intentaba estancar sus movimientos. Todo en ella se resistía a acercarse a aquel hombre y, sin embargo, se veía a sí misma haciendo exactamente eso con una compostura externa. Mientras tanto, lo escudriñaba, buscando un bulto en su chaqueta que indicara la presencia de un arma, y luego ya lo había pasado, oliendo su discreta colonia, cuyo aroma lo rodeaba como una nube invisible.

Xenia la siguió de cerca mientras entraba en una gran habitación con una cama, un armario y una ventana con cortinas, frente a la cual había un escritorio sobre el que descansaba una tableta. Aparte de eso, no había nada que indicara que alguien se alojaba aquí.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Feyn mientras cerraba la puerta tras ellas. El chasquido del cerrojo en la cerradura sonó

hueco y pesado al mismo tiempo, como algo definitivo—. Espero que no hiciera mucho frío.

Jenna vio su sonrisa y reprimió el impulso de saltar y arremeter contra él, un pensamiento estúpido, predecible y tácticamente imprudente. En lugar de eso, se percató de sus palabras, reconoció el cálculo que había detrás de ellas como un patrón claro, destinado a hacerle suponer que la había estado observando y que sabía más de lo que en realidad sabía.

—Fue agradablemente cálido —respondió, observando cómo él intentaba descifrar el significado de sus palabras. Pero no le haría el favor de decir nada estratégico o, bueno, orientado a un objetivo, no fuera a ser que él tuviera la oportunidad de deducirlo. Ella sabía cuáles eran las reglas del juego y él le había ganado. Tenía que romper las reglas para desequilibrarle. Él, por supuesto, seguiría adelante y juzgaría todo según las normas. Por lo tanto, no le correspondía a ella dar pistas falsas, sino a él asumirlas.

—Xenia —se volvió hacia la estudiante que estaba en diagonal detrás de Jenna—, me alegro de volver a verte.

—Asesinaste a mis amigos. A mi familia.

—No. —Feyn negó con la cabeza, con cara de tristeza. Era un actor excepcional—. Los *utilicé*, y no te voy a mentir: No me arrepiento porque hay algo más importante en juego que todos nosotros. ¿Toleraría más muertes? Sí. ¿Preferiría que tus amigos no estuvieran entre las bajas calculadas? Sí.

—¡Esta charla es repugnante! —Xenia casi escupió las palabras.

—Se basa en el cálculo frío —la corrigió Jenna, sin apartar los ojos del británico cuando este se sentó en la cama y le indicó que tomara asiento también.

Cuando ella no se movió, él se encogió de hombros.

—Todavía no me has entendido, Jenna. Nada de lo que has visto u oído de mí ha sido mentira. Ni que pertenezco al MI-6, ni mi nombre, ni mis simpatías por ti.

—Asesinaste a un agente federal.

—Trabajaba para el otro bando. ¿Qué haces con las personas que, en tu opinión, entran en esa categoría? —contraatacó.

—Quédate quieto un minuto y te lo enseñaré.

Feyn negó con la cabeza y sonrió. Parecía relajado, sentado así, encorvado sobre la cama, con un hombro apoyado en la pared. Pero no se le pasó por alto que tenía la planta de un pie en el suelo y que el centro de gravedad de su cuerpo estaba cerca del borde, por lo que podía cambiar fácilmente de posición con un movimiento de caída lateral.

—Jugamos en equipos diferentes, pero los dos somos profesionales.

—No parece que quieras morir. Entonces, ¿de qué se trata? —respondió ella con frialdad—. Si quisieras borrar tu mayor error, obviamente no me habrías atraído hasta aquí.

—¿Así que crees que debería haberte matado?

—Oh sí, eso es lo que pienso. Honestamente me pregunto por qué me dejaste acercarme a vuestra estación secreta de pruebas de abducidos. Eso no fue muy inteligente.

—Necesitaba saber lo seguros que estábamos y lo cerca que estabais. —Feyn se encogió de hombros—. Además, eres demasiado buena en lo que haces como para no correr al menos algunos riesgos.

—Ya no tienes que adularme. Sé lo que eres. ¿Recuerdas?

—¿Y qué sería eso? ¿Un traidor? —Resopló—. ¡Por favor! Sabes que nuestro negocio se nutre de la traición, de las lealtades cambiantes. Jugamos en la oscuridad y tratamos en las sombras.

—Muy poético. ¿Me has atraído hasta aquí solo para comerme la oreja? —preguntó, aparentemente aburrida.

—No. Quiero hacerte una oferta.

—Declino.

—Te ofrezco algo a cambio como señal de que voy en serio.

—¡Qué amable! ¿Y qué se supone que es eso?

—Te daré las coordenadas de nuestro cuartel general en Tunguska. Si me matas después de eso, todavía habrías conseguido algo.

Jenna soltó una carcajada y se dio cuenta de que, de repente, la habitación parecía muy estrecha. Estar sentada en una habitación con Feyn era surrealista. La última imagen que había tenido de él había

sido cuando disparó a Paul Levendale. Desde entonces, se había preguntado a menudo si volverían a verse, si tendría otra oportunidad de eliminarlo y acabar con sus maquinaciones. Ahora se encontraba en una situación extrañamente normal, como si no hubiera pasado nada y solo estuvieran charlando.

—Dudas de mí —continuó él.

—Sí, creo que sí.

—Las coordenadas te llevarán al lugar donde alguien como tú encontrará lo que busca. Si estás pensando en pedir un ataque con misiles, puedes olvidarlo. Ya tendrás que llegar hasta allí tú misma para alcanzar tu destino, aparte de que no conseguirías nada con misiles.

—¿Así que se supone que debo creerte?

—Sí.

—No tengo motivos.

—Bien.

Feyn sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo (tan rápido que ella se tensó involuntariamente) y anotó algo. Luego, arrancó el papel y se levantó para tendérselo. Jenna no hizo ademán de aceptarlo, pero al final Xenia se lo arrebató de las manos y él volvió a sentarse en la cama, sonriendo.

—Haz de eso lo que quieras. Solo quiero que podamos hablar.

Jenna miró las coordenadas en el papel y sacó su *smartphone*. Las tecleó y levantó la vista cuando él se tensó.

—Yo también soy olvidadiza. Y no voy a confiar en que esta nota sobreviva.

Rápidamente, envió el mensaje al subdirector y adjuntó otra idea táctica que solo necesitaba una frase. Luego, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar?

—Sobre tu futuro. Quiero que te unas a nosotros.

—¡Ja! —rio, negando con la cabeza. Sentía algo parecido a la diversión en su interior, a pesar de la tensa situación—. Me lo esperaba. ¿Qué es esto? «¿Ven al lado oscuro y gobernaremos la galaxia?» Eres un buen actor, pero aparentemente un mal perfilador.

—Eso es porque no sabes nada.

—Oh, sé algunas cosas. Sé que infectasteis deliberadamente Ulan-Ude, Los Ángeles y Shanghái. Sé que cientos de miles (quizás incluso millones de inocentes) están en vuestra lista, que habéis secuestrado a ciudadanos inocentes de varios países durante décadas para que vuestra gente pudiera realizar experimentos con ellos. ¿Es suficiente, o debo continuar?

Para sorpresa de ella, él respondió:

—Todo eso es cierto. Hemos hecho muchas cosas que personalmente no me gustan, pero no había alternativa.

—¿No había alternativa a infectar varias ciudades importantes con un hongo mortal que mata a la gente o la convierte en zombis? —preguntó Jenna, con la boca abierta de asco—. No, gracias. No acepto.

—¿Por qué crees que le di la espalda al MI-6? —preguntó el británico—. Tú misma conoces el examen de conciencia y las pruebas psicológicas a las que nos someten durante la formación, y después anualmente, para garantizar la lealtad y la idoneidad. Sabes muy bien que solo se utiliza a cierto tipo de personas como agentes de campo. ¿Qué crees que puede hacer que alguien como yo quiera unirse a una organización como la Iniciativa?

—Me interesaría conocer esa parte.

—Elegí este bando porque no había alternativa viable. Esa es mi motivación. Vi la falta de alternativas a sus objetivos. Necesitamos las zonas contaminadas, y las necesitamos rápido.

—¿Y eso por qué?

—Porque si no, *todo* está perdido.

Jenna enarcó una ceja.

—El mundo cambiará para siempre si no intentamos crear zonas controladas de territorio infestado —afirmó con contundencia, inclinándose un poco hacia delante. Dicho eso, cambió su equilibrio de tal manera que perdería al menos un segundo en ponerse de pie, ella lo notó de inmediato. Esto la asombró.

—¿Y qué pasa si no es así? ¿Si el mundo sigue sin contaminarse, de alguna manera eso es peor que tantos mueran o se conviertan en zombis sin voluntad? —preguntó Jenna, empujando un poco el pie

derecho hacia atrás.

—Sí.

—¿Qué pasa si no?

Feyn respiró hondo e hizo un gesto hacia arriba. Parecía abatido, notó ella con una oleada de irritación. O tal vez no era más que otra de sus máscaras, una a través de la cual ella no sabía cómo ver.

—¿De qué estás hablando? —continuó—. No serás uno de esos teóricos de la conspiración de Cassandra, ¿verdad?

—No tiene nada que ver con conspiraciones. Nosotros...

El británico calló y se puso rígido. Fueron solo pequeños movimientos de los tendones de sus manos y cuello, pero el ojo entrenado de Jenna los vio de inmediato. Decepcionado y enfadado, lo que revelaba un tic en las comisuras de sus labios, su mirada se dirigió hacia ella y apretó los labios hasta dejarlos sin sangre. Su mano derecha se metió en la chaqueta, pero Jenna ya había saltado y le había alcanzado antes de que pudiera volver a sacarla con la pistola. El breve momento de descuido por su parte fue suficiente para ella.

Con brusquedad, le golpeó con el codo en las costillas y se estrelló contra la cama con él. Su impulso la hizo deslizarse lateralmente sobre él y chocar con el cabecero, pero cuando vio el destello del arma, su pierna derecha quedó libre y le dio una patada en la muñeca con todas sus fuerzas, haciéndola salir despedida en un arco elevado. La oyó repiquetear en alguna parte.

Rodando hacia atrás, esquivó un puñetazo y se agachó de un salto. Feyn se irguió junto a la cama, sin apartar los ojos de ella mientras Jenna levantaba los puños y se acercaba a él como un depredador. Xenia, por su parte, se mantuvo apartada junto al armario mientras negaba con la cabeza para indicar a Jenna que retrocediera.

—Eso fue un error —gruñó el exagente—. Yo...

No le dejó terminar y se abalanzó sobre él. Con una cadena de puñetazos y una patada, se estrelló contra él, cubriéndole con una serie de golpes rápidos, la mayoría de los cuales él esquivó. Pero algunos le alcanzaron en el cuello y la barbilla, rompiéndole la piel.

Sin embargo, no pudo llegar más lejos, ya que la puerta saltó de sus goznes al mismo tiempo y ambas ventanas se hicieron añicos con

un ruido ensordecedor. Unos soldados vestidos de negro, con el rostro enmascarado y equipo de combate completo, entraron corriendo y se abalanzaron sobre ambos, justo cuando se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¿Has hecho un trato con el FSB? —jadeó Feyn mientras yacía en el suelo junto a ella, con una rodilla en la espalda y la sangre de la boca empapando lentamente la alfombra—. ¿Estás loca?

—No contabas con eso —respondió ella con frialdad, sin ocultarlo mientras sentía el peso en la parte baja de la espalda y las ataduras de cables apretándole dolorosamente las muñecas para mantenerle las manos a la espalda.

—No —admitió entre dientes, apenas inteligible a causa de las órdenes rusas que llenaban la sala—. ¡Eso fue un error!

—Acepta tu derrota con dignidad. —Jenna giró la cabeza hacia el otro lado y vio cómo Xenia se rendía sin oponer resistencia y era atada también.

Cuando Feyn y ella se pusieron en pie, entró una persona sin máscara, algo más pequeña que los seis Spetsnaz que compartían con ellos la mísera habitación del hotel, pero con el mismo uniforme.

—Agente —la saludó, y ella comprendió de inmediato que era él con quien había estado hablando por teléfono. El contacto de la Agencia en el servicio de inteligencia nacional FSB—. Me alegro de verte bien. —Señaló con la cabeza a uno de sus soldados—. ¡*Vynesi muža*!

El británico fue llevado al pasillo, aparentemente sin resistencia.

—No es el saludo que tenía en mente —respondió Jenna con frialdad, levantando los hombros para indicar que tenía las manos esposadas a la espalda.

—Tú y tu protegida seguís vivas, y el terrorista ha sido neutralizado.

—A mí me parece que sigue vivo.

—Está fuera de circulación. Por cierto, me llamo Popov.

«¿Por qué me dice su nombre?» No era una buena señal.

—Ya veo, y ahora que te has aprovechado de tu superioridad, como era de esperar, ¿qué es lo siguiente?

—Recogeremos los cuerpos de sus cuatro camaradas que estaban escondidos en el hotel, y luego tomaremos un vuelo a Moscú.

Capítulo 6: Lee

—¿Una cabeza nuclear? —preguntó Markus horrorizado.

—Eso parece. No veo qué otra cosa podría ser. —Lee se quedó mirando la cuna vacía en la caja de seguridad oblonga—. No puedo creer que hayan puesto una ojiva radioactiva en órbita. Si el lanzamiento hubiera fallado...

—Pero no lo hizo —le recordó el alemán, viendo la señal de la cámara de Lee en directo desde su cápsula Dragon en la meseta vecina.

—Quieren hacerlo explotar.

—Eso parece.

—¡Es una locura! —intervino Sarah, que estaba buscando en los sistemas de a bordo, en el módulo de aterrizaje de los rusos.

—Los riesgos del transporte son demenciales, sí —coincidió con ella Markus. La estática del enlace distorsionaba su voz—. Pero la idea básica, no necesariamente. Los asteroides son estructuras bastante sueltas, así que uno podría ser destruido por una bomba nuclear bien colocada.

—Pero aquí, en el vacío, ni siquiera hay una onda de choque, solo calor liberado.

—Eso es cierto. Los asteroides están formados por muchos escombros y polvo, pero también contienen hielo de agua, que se derretiría y comprometería la integridad de todo el objeto. Combinado con la breve explosión, podría ser suficiente para que se rompiera.

—Pero ¿hasta qué punto es probable que estemos sobre un montón de rocas cubiertas de hielo? —preguntó Lee retóricamente, cerrando la tapa del recipiente antes de cerrar los ojos por un momento.

—Nada probable.

—¡Aun así, es obvio que sacaron la cosa de esta nave! —declaró Sarah—. ¿Seguro que saben lo que sabemos? Entonces, ¿qué quieren hacer con él?

—¿Cuál es nuestra máxima prioridad en esta misión? —

respondió Markus.

—Evitar que más fragmentos impacten contra la Tierra. —Lee suspiró y volvió a abrir los ojos—. Quieren destruir el centro del cráter.

—¡Ajá! Eso no es locura, sobre todo porque podemos decir con bastante certeza que estamos tratando con una inteligencia. Después de todo, Cassandra disparó dos de los objetos, uno directamente contra nosotros y el otro contra la Soyuz. Eso no puede haber sido una coincidencia y pone su comportamiento anterior en una luz cristalina.

—Lanzar piedras a naves espaciales no es muy inteligente, siempre que estas puedan esquivarlas —objetó Sarah.

—Pero muestra sistema y, por tanto, inteligencia. En qué forma o en qué grado permanece, por ahora, en lo desconocido. Sin embargo, son hechos que no podemos ignorar.

—Sin embargo, todos estamos de acuerdo en que no vamos a permitir que se detone una bomba nuclear aquí, ¿verdad? —Lee quiso asegurarse, bajando al claustrofóbico módulo de aterrizaje para unirse a su colega.

—Antes de entender a qué nos enfrentamos, ¿traer el peor invento de la humanidad y destruir algo que nos asusta pero que es lo más fascinante con lo que nuestra especie ha tenido que lidiar? Por supuesto, ¡detengámoslos! —dijo Sarah.

—Exactamente.

—Hablaré con Control de Misión —prometió Markus.

—De acuerdo, seguiremos nuestro camino mientras tanto. —Lee trató de no pensar en el hecho de que podrían llegar demasiado tarde, y en cualquier momento podría aparecer un destello de luz y evaporarlos.

Como no quería poner en peligro su traje, se sentó con cierta incomodidad junto a Sarah y observó cómo ella tecleaba los menús del ordenador con una rapidez envidiable. Todo en la cápsula parecía anacrónico: los aburridos interruptores de palanca, la diminuta pantalla de cristal blindado, los tonos terrosos y el confinamiento. La Soyuz era como la antítesis de la futurista Dragon y parecía un salto atrás en el tiempo.

Como ella seguía ocupada mirando la pantalla, él se asomó por la puerta abierta, donde la mitad del cráter destacaba sobre el cielo negro, para volver a quedar profundamente oscuro debajo, donde las sombras de las profundidades eran insondables para la vista. Cuanto más contemplaba la nada de aquel extraño paisaje, más irreal le parecía.

—¿Y bien? —preguntó después de lo que pareció una eternidad, aunque no había pasado ni un minuto.

—Se quedaron sin combustible, como temíamos. —Sarah frunció la boca bajo su casco acampanado de cristal—. Pero, de todos modos, se trataba de una misión de ida. Tenían suficiente combustible para llegar hasta aquí, pero no tenían ningún plan para el viaje de vuelta.

—Ya me lo imaginaba. Si no, nunca habrían venido en una Soyuz.

—Se vieron atrapados por la gravedad igual que nosotros, y el contraempuje no fue suficiente para evitar que se estrellaran. A mi modo de ver, sacaron lo mejor de una mala situación, al menos no explotaron.

—¿Dejaron algo en la grabadora de vuelo?

—No puedo acceder a eso. Pero tuvieron algunos fallos en el sistema cuando se acercaron a Cassandra, sin que el ordenador encontrara una causa para los mensajes de error.

—Muy bien, entonces no perdamos más tiempo aquí, no es probable que aprendamos nada nuevo. Vamos a ver dónde están atascados.

Lee salió de la nave espacial dañada. Fue un alivio salir de las intermitentes luces rojas y adentrarse en la quietud visual y auditiva del espacio. La visión de esta inmensidad no le recordó, como lo habían hecho los restos del incidente, los peligros a los que se enfrentaban aquí (incluso sin armas nucleares) y la distancia a la Tierra y, por tanto, a las personas más cercanas que podían ayudarles. Todo aquí era hostil para la vida: los 70° Celsius de la penumbra, al igual que los 180° bajo cero que se esperaban en las profundidades del cráter, o la falta de presión y de aire para respirar, por no mencionar los altos niveles de radiación reinantes.

Esperó a que Sarah bajara rebotando a su lado sobre la roca desnuda y la ayudó a descender los últimos metros. Los trajes eran extraordinariamente elásticos y estaban hilvanados con nanomateriales, lo que hacía extremadamente improbable una rotura, pero cuando un agujero del tamaño de una microaguja podía acarrear la muerte, era mejor no correr riesgos.

—Es imposible ver huellas aquí —dijo ella, mirando el suelo pedregoso. Los bordes de la terraza natural sugerían que el escape del motor había barrido todo el regolito.

—Desde el borde que da directamente al centro del cráter, es una caída empinada de varios metros —respondió él, señalando con un gesto hacia la línea negra que había sobre el gris de la roca, una línea que era tan recta como si la hubiera dibujado allí un dibujante técnico —. Con la gravedad reinante, quizá no sea gran cosa, pero sí un riesgo evitable, sobre todo porque no tienen trajes que faciliten el movimiento como los nuestros.

—Cierto. Además, llevan algo pesado.

—Sí. —Se volvió hacia la transición entre la pendiente y la terraza, que daba a la puerta abierta—. Yo en su lugar habría ido allí. ¿Por qué rodear el accidente y perder tiempo?

Sarah miró su antebrazo y la pantalla brillante.

—Deberíamos darnos prisa.

—Aquí, *Verdad* —informó Markus en ese momento.

Siguió una larga ráfaga de estática.

—Control de Misión está de acuerdo con vosotros y ha contactado con Roskosmos. Sin embargo, afirman que no saben nada de una cabeza nuclear, y dicen que es solo un instrumento que trabaja con radioisótopos.

—Sí, claro —refunfuñó irónicamente el astronauta—. Esa mierda tampoco pasa nunca de moda.

—Pero hay una buena noticia —continuó el alemán.

—Nos vendría bien —respondió Lee mientras daban largas zancadas hacia el borde de la terraza, acompañadas por el siseo de cada respiración que resonaba tanto en sus cascos como en la radio.

—La NASA y los chinos lanzaron con éxito hace dos horas y se

unirán a ustedes pronto.

Suspiró aliviado.

—¡Eso son muy buenas noticias!

—¿Pronto, dijiste? —preguntó Sarah—. ¿Qué tan pronto?

—La Luna (y por extensión Cassandra) están relativamente cerca de la Tierra ahora mismo, y ambos grupos han escatimado en gastos. Cinco horas.

—Eso es muy rápido —se maravilló—. Espero que hayan podido incorporar a tiempo a sus planes nuestras advertencias sobre el sumidero de gravedad que hay aquí.

—Lo han hecho, o al menos así se lo han asegurado a Control de Misión. Siguen en estrecho contacto para nuestra misión, también. Hay algo más. Parece que hay mucha controversia pública sobre el arma nuclear que sospecháis. Mucha gente espera que los cosmonautas tengan éxito si se trata efectivamente de una ojiva.

—¿Qué? —preguntó Lee, incrédulo.

—Sigue siendo una minoría, pero la discusión está en pleno apogeo. La gente se asusta cuando mira al cielo y ve a Cassandra, supongo. —Markus sonaba neutral, pero Lee comprendió que su amigo y colega no hacía más que recomponerse en su papel de astronauta y estaba tan incrédulo como él.

—Razón de más para no perder el tiempo.

Lee y Sarah llegaron al final de la terraza, detrás de la cual la pendiente era un poco más pronunciada que en el otro lado. De nuevo, la pendiente recordaba a las rampas llenas de surcos de un pozo de construcción, salvo que su punto más bajo no podía verse. La oscuridad más abajo cortaba el monótono gris con un borde aparentemente sólido, como si se tratara de un sólido cristal tintado.

Lee tendió una mano a Sarah, y ella la sostuvo mientras él comprobaba el material de la superficie con una bota.

—Suelto y de grano fino. También veo pocas piedras más grandes que una pieza de cincuenta centavos.

—Han estado aquí un tiempo antes que nosotros.

—Claro, pero primero tuvieron que aceptar que se habían estrellado, darse cuenta de que seguían vivos y acordar un curso de

acción. Eso debería reducir un poco su ventaja —replicó él, sintiendo que su propia esperanza le abandonaba. Tenían que ser más rápidos. Podía sentir la sensación de urgencia en su interior como una corriente eléctrica que recorría sus venas. El tiempo apremiaba. Lo sentía.

Entonces se le ocurrió una idea.

—¡Un trineo!

—¿Un qué?

Sarah le miró frunciendo el ceño, pero él no se dejó disuadir y señaló el rastro de escombros en el surco que había dejado la Soyuz en la colina tras chocar con la cima de la misma.

Se lo pensó un momento y luego asintió.

—Ah, sí. Con la gravedad reducida y el bajo ángulo de inclinación, podría funcionar.

—Ven, vamos a ver si encontramos un objeto adecuado —sugirió, pero se detuvo cuando ella no se movió.

—Eso llevará demasiado tiempo, comandante. Además, es poco probable que encontremos algo lo suficientemente grande para los dos, y necesitaremos algún medio para reducir la velocidad en el peor de los casos. Todavía no sabemos lo que hay ahí abajo, y si vamos demasiado rápido, podríamos chocar con quién sabe qué.

Lee hizo una mueca y miró a un lado y a otro entre el desordenado lugar del accidente a sus espaldas y el largo tramo de ladera frente a ellos antes de ceder y asentir.

—De acuerdo entonces, a la oscuridad.

Le tendió la mano para que le diera el gancho de su cuerda de seguridad y pudiera enganchársela al cinturón. Luego, con el pulgar levantado, se aseguró de que ella estaba lista y dio amplios pasos por la pendiente. Se deslizó unos centímetros y se agarró con una mano antes de resoplar y ver cómo la pequeña avalancha de regolito se hacía más grande hacia el fondo, y finalmente desaparecía.

—No pasa nada —le aseguró a Sarah, esperando a que estuviera con él antes de seguir bajando por la pendiente. Se movían ligeramente desplazados para no formar una línea recta, y ninguno de los dos derribaría al otro como un boliche en caso de caerse. Sintió

como si el material de guijarros crujiera bajo sus botas, aunque, por supuesto, continuaba en absoluto silencio en su entorno sin aire, donde probablemente no había ni una molécula de gas en un kilómetro cúbico.

Reprimiendo las ganas de correr, se concentró en realizar movimientos bien meditados, tratando de captar cada textura de su entorno. Lo que parecía tierra aburrida y despojada de todo color posiblemente había viajado por el espacio durante millones de años, había visto lugares y épocas que ni siquiera podía imaginar en su imaginación más fecunda, y ese conocimiento le hacía ver todo lo que le rodeaba con otros ojos.

Claro, todo en la Tierra también formaba parte de un cuerpo celeste de mil millones de años. Pero cada lugar que había pisado había estado sujeto a la erosión y había estado alguna vez en otro sitio, mientras que esto tenía exactamente el mismo aspecto según los estándares humanos desde hacía siglos. El aburrimiento que irradiaba Cassandra en su proximidad no hacía sino acentuar aquella grandeza, como si el asteroide no tuviera necesidad de competir con los conceptos humanos y jugara en una dimensión de la existencia completamente distinta.

Al cabo de unos minutos, se detuvo al notar algo llamativo.

—¡Una huella de bota! —gritó, frenando su descenso, que era mitad deslizamiento, mitad marcha.

Entre todas las marcas de patinazos dejadas por las pequeñas avalanchas desencadenadas por sus pisadas, vio algo que sin duda debía de proceder de la pisada de una suela. Era un poco más ancha que una mano y mostraba un dibujo ondulado. Y, estaba a menos de un metro de distancia.

—Así que vinieron por aquí. —Sarah sonaba distraída y, cuando levantó la vista hacia ella, se dio cuenta de que estaba mirando fijamente la negrura que tenían delante, a menos de diez metros. Un lago de nada en el que no se perdía ni un fotón—. Parece... impresionante.

«Aterrador», pensó.

—¿Estás lista?

—¡Ajá!

—Bueno, nos vamos, a la oscuridad.

Lee se deslizó con cautela, acercándose al negro nítidamente definido, que (cuanto más se acercaba) parecía menos falso. Los bordes entre la ladera indirectamente iluminada por el sol y aquel lugar donde ni siquiera llegaban los reflejos eran en realidad zonas de penumbra bastante más largas que mudaban con el cambio de perspectiva.

Primero se hizo más oscuro, como si estuviera en el Círculo Polar Ártico. Durante su formación como astronauta en Alaska, había experimentado los días de invierno allí, cuando el sol nunca subía más de un dedo por encima de la línea del horizonte y permanecía allí durante ocho horas. Cuando se ponía, siempre lo hacía muy deprisa, y la escasa luz se convertía en una especie de resplandor de transición. El gris pálido de su entorno actual se convertía en un gris pálido y mórbido, y se volvía cada vez más azulado hasta que se volvía tan oscuro que solo podía ver con la ayuda de los amplios conos de las lámparas de su casco, rodeado de una negrura natural.

Su respiración entrecortada se hizo aún más insistente, lo bastante fuerte como para que le zumbaran los oídos... ¿o se lo estaba imaginando? Una mirada hacia atrás le hizo entrecerrar los ojos, los dos puntos brillantes del casco de Sarah convirtieron sus pupilas en círculos puntiformes y las imágenes de su silueta se grabaron a fuego en sus retinas. En cuanto ella se dio cuenta, giró ligeramente la cabeza y él pudo distinguirla como una estatua, con las laderas elevándose majestuosamente tras ella.

—¿Todo bien?

—Sí, ¿y tú? —respondió ella, y él deseó poder distinguir su rostro. Como una figura luminosa y sombría en la oscuridad, parecía tan sola e irreal como cualquier otra cosa.

—Estoy bien.

Lee enderezó los hombros y volvió a girarse hacia delante. Sus dos luces, que estaban diseñadas más para el trabajo de campo, es decir, de alta intensidad a corta distancia pero sin demasiado resplandor al reflejarse, le permitían ver quizá 15 o 20 metros. Era

suficiente para ver que seguía cuesta abajo, que no le esperaba ningún precipicio escarpado y que el terreno tenía exactamente el mismo aspecto que en el camino de ida.

Lo cierto es que el cráter era muy profundo aunque la pendiente no fuera especialmente pronunciada.

Siguió caminando en silencio, escuchando el ritmo de su respiración como un mantra y dejando que le aliviara a través del silencio.

—¡Ahí! —oyó gritar a Sarah, y se sobresaltó violentamente. Se detuvo, clavado en el sitio, buscando el peligro entre las sombras, con las manos extendidas como un vaquero antes de desenfundar su Colt 45.

—¿Qué? ¿Dónde?

—¡Apaga las luces!

Lee obedeció y pulsó el botón correspondiente de la pantalla de su antebrazo con el dedo índice. De inmediato, todo se volvió negro a su alrededor: al parecer, Sarah también las había apagado.

Sus ojos tardaron unos instantes en adaptarse a las nuevas condiciones, y entonces también lo vio. Delante de ellos, más abajo, había luces en movimiento. Por la zona gris iluminada, estaba claro que debía de ser el centro del cráter. Apenas podía distinguir los contornos de tres figuras en trajes espaciales blancos de pie alrededor de algo negro como si lo examinaran.

—¡Ahí están!

—¿Qué hay en medio de ellos? No puede ser un objeto natural. ¡Un círculo perfecto!

—No creo que sea un objeto, creo que es un agujero —respondió Lee cuando, de repente, el suelo empezó a vibrar. Podía ver motas de polvo flotando y pequeños guijarros bailando entre sí, aunque el temblor no era muy fuerte. Pero definitivamente se expandía como si algo se estuviera construyendo, hasta que de repente desapareció.

Uno de los cosmonautas (era difícil distinguirlo desde la distancia) parecía estar trepando por el agujero cuando, de repente, algo salió disparado de él. El cuerpo del astronauta quedó destrozado en docenas de pedazos blancos. Lee creyó ver una neblina rojiza a la

luz de las lámparas rusas.

—¡Un fragmento! —gritó Lee, inclinándose tanto hacia atrás que cayó. El objeto, de forma aproximadamente cónica, era solo un destello en la distancia, que solo distinguió porque uno de sus lados estaba iluminado por el sol, y volaba directamente frente al disco azul de la Tierra en el cielo. Tres segundos más tarde, ya estaba tan lejos que no podía distinguirlo.

—¡Dios mío! —De repente, Sarah estaba a su lado, ayudándole a ponerse en pie. Señaló hacia delante, donde los dos cosmonautas restantes parecían gesticular salvajemente. Uno de ellos corrió ladera arriba, pero fue atrapado y retenido por su camarada. Tardaron un momento. Luego, volvieron a estar juntos, recogiendo algo.

«¡La bomba!», pensó Lee alarmado, indeciso sobre qué hacer a continuación. Estaban demasiado lejos para intervenir (al menos a 100 metros), pero no podía quedarse de brazos cruzados. Sin embargo, antes de que pudiera hacer o decir nada, los rusos saltaron al agujero negro como si nada. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, como si el agujero se los hubiera tragado.

—Markus, ¿has visto eso? —preguntó Lee por radio, agradeciendo con la cabeza la ayuda de su colega. La única respuesta fue estática.

Sus ojos se encontraron con los de ella y tragó saliva.

—¿Markus? ¿Control de Misión? ¿Alguien puede oírme?

Tunguska, 4 de septiembre de 1908

El momento en que vieron la destrucción fue como una descarga eléctrica, al menos para Jakob y los estudiantes. Estaban en la cresta de la gran cadena de colinas que protegía el asentamiento, con el embarcadero a pocos kilómetros al norte de los vastos bosques del norte de Siberia. Los árboles que antes eran innumerables se habían derrumbado hasta donde alcanzaba la vista. Incluso con el sol de otoño en su cenit, la interminable extensión ante ellos parecía tan desolada que durante un tiempo nadie dijo nada.

—¡San Isidro! —murmuró el geógrafo, quien se había quitado el sombrero—. ¿Una estrella fugaz, dijiste?

—Un *meteoro*, dije.

—¿Cómo de grande?

—No lo sé. ¿Cincuenta metros? ¿Quizás más? Imposible saberlo, incluso con el telescopio que tenía. En cualquier caso, el rastro de fuego era tan largo que partía el cielo por la mitad —explicó Yuri, dejando vagar la mirada por lo que parecía un paisaje irreal. La magnitud de la destrucción era aún mayor de lo que había esperado. ¿Qué tipo de fuerza debió de impartir el impacto para crear una onda expansiva tal que todos los árboles habían sido arrancados de raíz en decenas de kilómetros a la redonda del lugar del impacto?

—Esto es increíble. Realmente increíble. —Jakob se frotó las manos—. ¿Dijisteis que habíais traído una cámara...? Tenemos que grabar esto porque de lo contrario nadie en la universidad nos creerá. Por el Zar, ni yo mismo me lo creería si no lo viera.

—No era una tormenta, eso seguro. —Yuri señaló la vasta llanura —. Puedes hacerte una idea muy buena desde aquí de que la destrucción está alineada con un punto central. Una tormenta provocaría una destrucción mucho menos simétrica.

—Está bien, te creo. Igual deberíamos hacernos una foto.

—¡Oleg!

Tras unas breves instrucciones sobre cómo quería Jakob la foto, los alumnos se pusieron a montar el aparato. Rápidamente se hizo evidente que ignoraban educadamente las instrucciones del geógrafo y

que, en cambio, lo hacían bien porque sabían hacerlo mejor. A Yuri no le importaba demasiado, pues le parecía más bien un molesto retraso para su expedición. Quería investigar el cuerpo celeste, o lo que quedaba de él. Tenía que averiguar qué había visto aquella noche cuando las partes más pequeñas se habían desprendido del cono negro. Tenía que saber que no se lo había imaginado, que era real.

Las noches anteriores había soñado con encontrarse cara a cara con el objeto que se había estrellado en Siberia desde las profundidades del espacio. Era científico hasta la médula, no le interesaban las fantasías ni las imaginaciones, como habían acusado algunos en la universidad, pero había algo que le hacía dudar. ¿Por qué, precisamente él, había observado aquel suceso en aquel preciso momento, aunque solo había estado allí por casualidad para probar su nuevo telescopio y escapar de dos aburridas clases?

—¿Tienes idea de cuál es el origen de esta locura?

—Eso es fácil —respondió Yuri—. Los árboles son las agujas de la brújula. El impacto de un meteorito envía una onda expansiva que se extiende en anillos, en círculos excéntricos. Lo único que tenemos que hacer es seguir la alineación de los troncos hasta el epicentro.

* * *

Unas horas más tarde, estaban haciendo exactamente eso. En una larga columna, con Yuri a la cabeza, seguido por un Jakob que no paraba de maldecir, se abrían paso entre la vegetación destruida en la dirección que les indicaban los árboles. Su avance era lento y extremadamente tedioso, aunque había mucho espacio entre los distintos troncos y la alineación uniforme de la madera muerta formaba algo parecido a caminos despejados.

Se había formado barro por las lluvias de los últimos días, y el agua apenas podía escurrir, sobre todo porque la cantidad que había bajado no había sido restringida por el dosel de hojas y agujas. Pronto les llegó el barro hasta las rodillas, y cada pisada y cada paso que daban chapoteaba.

—Sé que no te gusta su Excelencia, y en gran medida también desprecias la universidad —dijo Jakob en un momento dado, jadeando mientras seguía a Yuri y maldiciendo a los mosquitos que zumbaban a

su alrededor como lo hacían con todos los demás—. Pero para hacerles daño de verdad, hay que conformarse con ellos, ¿entiendes?

—¿Quieres que me vuelva como ellos para hacer algo al respecto? —preguntó Yuri sin detenerse, trepando por el tocón de un árbol—. Eso no me parece muy lógico.

—Eres uno de ellos, pero un cuerpo extraño. Eres mucho más joven, tienes un aspecto diferente, no procedes de la nobleza ni de una rica familia burguesa, probablemente eres más inteligente que ellos y te importan un bledo las convenciones académicas. Lo más probable es que quieran rechazarte como tu cuerpo rechaza una enfermedad. Si estuvieras en su lugar, pensarías y actuarías de forma muy parecida. Pero con tu actitud rebelde, solo estás reforzando su rechazo y provocando que sus actitudes previas se endurezcan. Tú mismo lo sabes por los coloquios y grupos de discusión del decanato. Cuanto más acalorado es el debate, más insiste cada cual en su punto de vista. Los colegas solo cederán si su Excelencia golpea la mesa y dice: «Así es como se hace».

—Así que primero tengo que convertirme en Excelencia para cambiar algo a mejor —concluyó Yuri por lo que había oído—. ¿Adaptarme hasta entonces, convertirme en uno de ellos, revestirme de arrogancia e ignorancia antes de arrancármelo todo de nuevo y dejar salir a mi antiguo yo?

—Te preocupa no poder volver atrás, ¿verdad? Que la transformación fingida se convierta en real.

—Sí.

—No lo creo, no contigo. Eres un hombre de verdaderas convicciones, y a veces te pone tan de los nervios que no puedo imaginar que tu terquedad olvide nunca lo que la tiene tan envanecida.

—Muchas gracias. —Yuri se detuvo y levantó una mano para hacerle señas a Oleg con la cantimplora. Después de unos sorbos, se la devolvió y se quitó el sombrero para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Sin ánimo de ofender, buen hombre —le aseguró Jakob, sentándose en uno de los troncos derribados para recuperar el aliento

—. Pero cuando tienes un objetivo, debes disimular tus intenciones. Eres como un cebo que salta a un tanque de tiburones para acabar con el tiburón alfa porque crees que la manada está nadando en la dirección equivocada. Tienes que convertirte en tiburón para que no te mutilen enseguida, y si eres grande y fuerte, le arrancas la cabeza al tiburón alfa en el momento justo. Así es como funciona.

—Los tiburones son criaturas solitarias.

Jakob suspiró.

—Creo que... Te destrozarán.

Yuri reflexionó sobre las palabras de su colega y miró el barro alrededor de sus botas mugrientas.

—Quizá tengas razón. No entiendo mucho del mundo porque no me interesan sus viejas costumbres. Quiero saber qué más hay ahí fuera y a nuestro alrededor. ¿Por qué todo el mundo se toma siempre tan en serio el statu quo? ¿Dónde está la curiosidad? ¿La apertura? ¿El asombro? Gestionamos nuestro conocimiento, persiguiendo primero a fuego y espada a las mentes brillantes hasta que sus descubrimientos se convierten en la nueva normalidad, y entonces todo vuelve a empezar. A eso llamo estupidez.

—Aah, el fuego de la juventud. —El geógrafo se rio—. Aférrate a eso tantos años como aún puedas sentirlo.

* * *

Pasaron la primera noche en un pequeño claro que probablemente había estado cubierto de musgo antes de la onda expansiva, antes de que el barro y el fango se apoderaran de lo que había y lo hicieran suyo. El suelo de la tienda cedía hasta un palmo cuando caminaban sobre él, y pronto todo estaba tan sucio como nunca había imaginado. Pero en su saco de dormir, en su catre, solo podía pensar en el objeto negro y en los secretos que podría contarle. Llegarían a él al atardecer del día siguiente, pero él aún no lo sabía.

Tampoco pudo soñar aquella noche, lo que se revelaría cuando llegaran.

Capítulo 7: Jenna

El vuelo en helicóptero los llevó hacia el este, lo que irritó a Jenna, ya que se suponía que debían volar a Moscú. Que el hombre del FSB la traicionara no la sorprendió demasiado, aunque habría esperado un poco más de sutileza. Que ella, Xenia y Feyn estuvieran atados pero no amordazados no era una buena señal. Tampoco les habían colocado sacos negros en la cabeza, lo que solo podía significar una cosa: no pensaban soltarlos. Un interrogatorio en algún sótano bajo el Kremlin, seguido de envenenamiento por plomo de la marca Kalashnikov le parecía el desenlace más probable. Feyn lo sabía tan bien como ella, y Xenia no necesitaba saberlo por ahora.

Popov se sentó frente a ellos, con el subfusil colgado de las rodillas y flanqueado por un par de soldados con pasamontañas mientras ella se acurrucaba con Xenia y Feyn en los espartanos asientos de la parte trasera.

—¡Popov! —gritó Jenna, mirando directamente a los ojos del hombre que tenía enfrente. Tenía la expresión de un halcón y el cuerpo enjuto de un asceta. Por lo general, las personas como él carecían por completo de empatía y eran especialmente aptas para puestos como el suyo. Bien por su jefe, mal por ellos. El ruso se encogió de hombros y señaló los auriculares insonorizados que, a diferencia de ella, llevaba sobre las orejas.

—¡No debiste hacerlo, Jenna! —gritó Feyn. Apenas podía oírle a causa del rugido de los rotores, a pesar de que estaba sentado a su lado. Su ojo entrenado le dijo de inmediato que estaba jugueteando con sus ataduras igual que ella.

—¿Qué, exactamente? ¿Confiar en ti? ¿Aceptar tu invitación? ¿O aprender de mis errores?

—¡El FSB es una mafia legitimada por el Estado!

—¿Y? Y tu Iniciativa no lo es, supongo.

—No.

—Bueno, no la parte legitimada por el Estado, eso seguro.

—No lo entiendes. —Negó con la cabeza, decepcionado.

—¿Qué, exactamente? ¿A ti? ¿Tu Iniciativa? ¿Popov?

—Te demostraré que te equivocas conmigo.

—¿Antes o después de que nos fileteen en un sótano de tortura del FSB? —respondió con amargura. Xenia, sentada a su otro lado y mirando pensativa por la ventanilla, no podía oírla, así que se permitió un poco de cinismo, dada su situación actual.

Feyn no contestó sino que se apartó de ella y miró al frente con expresión obstinada. Por supuesto que ella no se creía nada. Nada de lo que decía él o mostraba debía considerarse auténtico.

El resto del vuelo duró una media hora. Aterrizaron junto a una pista de losas de hormigón con mechones de hierba creciendo entre ellas. Al fondo esperaba un avión turbohélice gris con distintivos de la Fuerza Aérea rusa y sus hélices ya girando.

Fuera les esperaban cuatro hombres armados que les escoltaron a ellos y a sus guardias Spetsnaz hasta el avión. Una vez más, deseó haber aprendido ruso para poder entender lo que Popov y el oficial que había estado esperando junto a la pista se gritaban. Pero no había aprendido el idioma, así que se dejó conducir sin resistencia por los cuatro Spetsnaz por la rampa de cola del avión que la esperaba y entró en la bodega. Estaba equipada con escasos bancos a lo largo de los lados derecho e izquierdo, donde normalmente los soldados se sentaban juntos cuando eran trasladados a zonas de operaciones. El avión estaba vacío, a excepción de los dos pilotos, que permanecían en la puerta de la cabina con sus grandes auriculares puestos y absortos en una discusión.

—¿Intentamos algo? —le susurró Xenia con acento paleto, como si tuviera un puñado de avena seca en la boca, mientras sus custodios la subían bruscamente al asiento derecho y la abrochaban.

—¿Intentar algo? —preguntó Jenna, resoplando. Se aseguró de hablar con claridad y de que los encapuchados pudieran entenderla—. Si por casualidad puedes hacerte con una pistola, eres bienvenida a *intentar algo*, pero supongo que a estos señores no les gustan las casualidades.

—Solo quería decir...

—Esto no es una película de Hollywood, querida. En la realidad,

la gente no se queda de brazos cruzados mientras intentas hacer algo. Te disparan en las rodillas, o directamente en la cabeza.

—Hazle caso —sugirió Popov, situándose en la rampa y pulsando el botón de control. Lentamente, la cola se cerró, aislando parte del ruido de las hélices. Las luces verdosas de la cabina se encendieron, y una luz roja sobre la puerta de la cabina, tras la que ya habían desaparecido los pilotos, avisó del inminente despegue—. Esto no es América.

—Ya he tomado nota —respondió Xenia, disgustada.

Jenna vio en los ojos de Xenia algo que ya había visto muchas veces; la petulancia de una civil abrumada que no podía aceptar ni comprender su condición de inferioridad y el hecho de que estaba a su merced, por lo que se refugiaba en actos (o en este caso, expresiones) de hipérbole. Había quienes luchaban bajo tensión y quienes huían. El primer grupo no entendía cuándo una batalla estaba perdida y era prudente emprender una retirada estratégica. Ella misma debería saberlo. Había tenido que aprender estas lecciones dolorosamente.

—Mi querida niña —se dirigió a la estudiante que tenía al lado, esforzándose por que su sonrisa tuviera algo de calidez genuina, aunque no estaba muy segura de cómo hacerlo para que Xenia percibiera que era sincera—. Si tienes la oportunidad de hacer algo, debes hacerlo, y sin dudarlo. Actuar con decisión es quizá lo más importante. Pero eso también incluye saber cuándo no tienes opciones y es mejor esperar a la oportunidad adecuada. Por si no estás segura, esta es una de esas situaciones, te guste o no.

—Escúchala —aconsejó Feyn—. Es la mejor que he conocido.

—No le hagas caso —replicó ella sin dedicarle una mirada—. Es el mejor farsante que he conocido.

—Pero me dijo que te escuchara, ¿no? ¿Y ahora qué?

Jenna refunfuñó malhumorada y miró al frente.

Popov se rio burlonamente y se sentó frente a ellos con los cuatro Spetsnaz que se estaban abrochando el cinturón, en silencio. Los ocho ojos miraban fijamente a través de las rendijas de los pasamontañas a los tres prisioneros.

—Disfruten del vuelo, damas y caballeros.

—Mi agencia no va a estar muy contenta con lo que estás haciendo aquí. Sabes que he contactado con mi supervisor, ¿verdad?

—Por supuesto —le aseguró el hombre del FSB—. Por eso lamentamos tanto el accidente del helicóptero en el que viajábamos.

Ella respondió a su sonrisa artificial con un encogimiento de hombros.

El avión empezó a rodar con el rugido de los motores, y todo el interior (incluidas las innumerables redes de transporte, ojales y correas de amarre que sujetaban numerosas bolsas de carga de color beige) empezó a traquetear y a vibrar como si la máquina fuera a desmoronarse en cualquier momento y a acabar convertida en un montón de chatarra gris. Al despegar, las vibraciones se hicieron tan fuertes que a Jenna casi se le entumecieron las nalgas, pero luego todo se calmó un poco y lo único que quedó fue el rugido de las palas de la hélice en el exterior, bajo la intensa lluvia siberiana.

«Vale, Jenna. Analiza», pensó. «El tipo del FSB te utilizó. Hasta ahora, como era de esperar. El subdirector tiene las coordenadas. Lo que hará con ellas no lo sé, pero espero que sea el hombre que conozco y respeto desde hace diez años. Feyn parecía genuinamente sorprendido de que no lo comprendiera. ¿Por qué? ¿O todo esto también forma parte de su plan? Parecía bastante disgustado».

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el reposacabezas de goma. Las vibraciones la tranquilizaban y sentía como si se le pusiera la piel de gallina. El rugido de los motores sonaba aún más profundo y pleno a través del metal de la máquina y de sus huesos craneales.

Sus cavilaciones volvieron al agente del FSB. «Le juzgué mal, esperaba que me apresara y luego me cambiara por información de la Agencia. Ese es el camino normal. Pero él o sus superiores parecen haber elegido otro camino. El de mayor resistencia. Necesitan saber que tomaremos represalias. Eliminar a un agente enemigo era parte de las reglas no escritas del juego, pero solo mientras no supieras que el otro bando sabía que habías atrapado a su peón. La negación creíble era fundamental. Si desaparezco, perderán a algunos de los suyos por esto y sentarán un precedente que estará sobre la mesa incluso en la Casa Blanca.

¿Por qué asumen este riesgo? ¿Por qué pagar un precio tan alto? Sé mucho sobre la Iniciativa y la Zona de Contención, pero ni siquiera me ha pedido que ofrezca mi información. El Kremlin podría pensar que Estados Unidos no ha movido un dedo desde que su satélite fue descubierto. Podría ser. Pero incluso en ese caso, los procedimientos son claros: coge lo que puedas, y solo saca los alicates del maletín cuando ninguna otra herramienta sea suficiente».

Jenna se permitió unos minutos de paz interior, contando sus respiraciones y dejando que su mente divagara con el pseudo silencio que se hizo.

«Rusia está planeando algo. Pero ¿qué?»

En algún momento abrió los ojos al oír un fuerte pitido. Como ni Popov ni los Spetsnaz se inmutaron y siguieron mirándola, no parecía ser nada especial. Quizá simplemente habían alcanzado su altitud de crucero de camino a Moscú.

Una breve mirada de tensión cruzó el rostro de Popov y desapareció tan rápidamente que en otra vida se habría preguntado si lo había imaginado. Pero esta no era otra vida, y Jenna había aprendido pronto a confiar en sus primeros impulsos.

Algo estaba ocurriendo. Miró a Feyn, quien también la miraba. Había comprensión en sus ojos y parecía asentir, aunque ni su cabeza ni ninguno de sus músculos faciales se movieron.

—¿Qué pasa, Popov? —dijo ella al hombre del FSB—. ¿Estás nervioso?

El ruso no contestó y parecía estar escuchando algo... o a alguien.

—¿Quién habla contigo? ¿Han cambiado de opinión tus superiores?

—¿Qué estás haciendo? —susurró Feyn—. No puedes provocar a ese.

—Lo sé. Pero él no sabe que yo lo sé.

—¿Y cuál es tu punto? —El británico resopló—. Ya veo. Quieres que piense que no tienes experiencia para que se sienta superior. Entonces harás algo que él considerará un error de novato y por lo tanto ignorará. ¿Qué tenías pensado? ¿Fingir un ataque al corazón? ¿Un desmayo? ¿Y que no venga nadie, aunque esperabas que alguien

te viera? ¿Le das un cabezazo, agarras sus llaves con los dientes, las transportas de algún modo a tu espalda y te quitas las esposas?

—Estas son ataduras de cremallera. ¿Hasta dónde crees que llegaría con una llave?

—Una llave suena más a Hollywood. Pero es un buen plan. Podría hacer algo con ello.

—¿Tú? —preguntó ella con una ceja levantada.

—Por supuesto.

—¿Y eso por qué?

—Porque puedo hacer cosas que tú no puedes.

—¿Ser leal?

Feyn puso los ojos en blanco.

Jenna le ignoró y miró a Popov.

—Mis ataduras están demasiado apretadas. Creo que se me han dormido las manos.

—Bien por ti —respondió distraídamente el agente del FSB, intercambiando una mirada con un compañero de asiento.

«Algo está pasando».

Poco después, el avión viró bruscamente a la izquierda. Los movimientos de Feyn parecían engañosamente reales. Era como si le estuvieran empujando con fuerza hacia un lado con su arnés de tres puntos, que era a la vez protección y sujeción, pero una sacudida se apoderó de él como una descarga eléctrica, y contorsionó la cara de dolor durante una fracción de segundo.

—Deberías abandonarnos, Popov —dijo en dirección al ruso.

—¿Debería? ¿De verdad?

—Sí. No creo que tengas mucho tiempo.

—La mayoría de la gente suplica por su vida, pero tú estás actuando como si tuvieras el control mientras estás indefenso; esa es una estrategia que no se da muy a menudo. Ocurre, sí, pero rara vez. Sin embargo, es... divertido.

—Oh, no estoy suplicando por mi vida. Ya estás prácticamente muerto, y yo lo estaré tarde o temprano. Tal vez dentro de poco. Aunque tengo información que revelar antes de que eso ocurra.

—Adelante.

—No creo que...

Eso fue lo más lejos que llegó Feyn, porque en el instante siguiente la cabina del avión fue acribillada por un enjambre de metralla como si fuera de chapa fina. De un momento a otro, la pared detrás de los soldados se convirtió en un queso suizo, y el viento silbó tan fuerte que Jenna apenas podía oír las hélices. Algo le tiró del pelo, que rápidamente identificó como un agujero justo encima de su cabeza.

Uno de los Spetsnaz estaba desplomado, parecía un muñeco de tamaño natural salpicado de pintura roja. Jenna sintió en los oídos como si alguien le hubiera soplado aire, e intentó evocar una descarga de presión, pero no pudo taparse la nariz, por lo que se acumuló un dolor atroz.

Xenia gritó de agonía a su lado, pero sonaba lejana y con un extraño efecto de reverberación. El vapor inundaba la cabina, pero como no olía a humo, tenía que ser un efecto de la repentina caída de presión. El turbohélice se tambaleó violentamente al arrancarse un trozo del capó situado frente a ella y, de repente, pudo ver un motor de hélice en llamas y un ala semidestruida.

Solo que ahora las máscaras de oxígeno volaban desde los diminutos compartimentos de seguridad sobre sus cabezas, colgando inútilmente frente a sus rostros como si se burlaran de ellos. Jenna apenas podía respirar, ya que el aire era demasiado escaso para proporcionarle suficiente oxígeno. Era como si algo le estuviera succionando los pulmones.

Empezó a sonar una alarma, que ella reconoció más por el rojo parpadeante que por el sonido, que debería haber sido desconcertante pero apenas le llegaba.

Popov gritó algo a su compañero de asiento, quien se desabrochó el cinturón y vino corriendo hacia ellos. Jenna pensó que ya se estaba asfixiando cuando él le puso la máscara en la cabeza y aspiró el oxígeno con avidez. Seguía sintiendo que el estómago le oprimía el corazón, por lo que seguían perdiendo altitud rápidamente. Ni siquiera el giro lateral disminuía, sino que, por el contrario, aumentaba aún más, lo que le hizo temer que solo estuvieran cayendo

en espirales más cerradas mientras se dirigían hacia el suelo.

En cuanto estuvo razonablemente lúcida (lo que apresuró sorbiendo con cuidado el oxígeno después de respirar profundamente una vez), vio cómo el soldado casi se caía cuando el avión entró en violentas turbulencias y emitió un chirrido peligroso. Cuando por fin consiguió poner la máscara sobre la cabeza de Feyn, este sacó de repente las manos de la espalda y arrebató el cuchillo de combate del Spetsnaz, de la funda que llevaba en el cinturón. El soldado aún estaba lo bastante aturdido por la caída de presión como para reaccionar, de modo que en el instante siguiente el mango estaba bajo su barbilla y el casco se levantó ligeramente por la punta de la hoja en la parte superior de su cráneo. La sangre salió disparada de la nariz y entornó los ojos.

Solo ahora vio ella que las manos de Feyn parecían extrañamente dislocadas y temblaban violentamente. Estaban cubiertas de sangre, pero no solo de la sangre del ruso que acababa de desplomarse sobre él.

«Yo puedo hacer cosas que tú no puedes», recordó sus palabras, apartándose de un tirón cuando él le clavó la cuchilla. Antes de que pudiera sentir el frío dolor del corte, sus manos quedaron libres.

Los reflejos de Jenna se apoderaron de ella antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Los dos Spetsnaz restantes ya se habían desabrochado los cinturones. Uno de ellos levantó el subfusil e hizo algo que no se debe hacer en un avión: apretar el gatillo.

«Supongo que ya no importa si nos estrellamos», pensó ella mientras las balas impactaban el cadáver tras el que Feyn se había agachado rápidamente para ponerse a salvo. Mientras tanto, Jenna se había agachado y casi había sido derribada por la violenta tormenta que la rodeaba. Posiblemente eso mismo le salvó la vida cuando una descarga, disparada por el otro soldado, primero falló por poco y luego le rozó el hombro.

Aprovechó el instante que siguió (ahora podía respirar de nuevo sin máscara, aunque superficialmente) para dar un salto en picado que la catapultó de cabeza a la boca del estómago de Popov. El agente del FSB, que acababa de desabrocharse el cinturón de seguridad, se

desplomó, y ella rodó con él, lo que le revolvió el horizonte varias veces. Jenna vio una bota, la agarró y tiró violentamente, dio una patada hacia abajo y sintió resistencia, luego rodó sobre un costado y miró la boca de un subfusil. Antes de que estallara el fogonazo, una sombra se precipitó sobre ella y la sangre le salpicó la cara y la boca.

Jadeó cuando el peso de un cadáver se estrelló en su pecho. Como una ciega, tanteó hacia abajo y por fin consiguió agarrar la empuñadura de una pistola. Apretó el gatillo, pero el seguro estaba puesto y no disparó.

Con dificultad se dio la vuelta y oyó el traqueteo de fuego automático. Como en un libro animado, vio cómo Feyn recibía un impacto en la pierna y se desplomaba, pero aun así noqueaba al tirador con una MP5 capturada.

Jenna no le hizo caso, encontró el cuchillo deslizándose por el banco junto a Xenia, lo agarró y liberó a la estudiante, quien se quedó sentada, pasmada y jadeando pesadamente, como si hubiera visto un fantasma.

—¡Concéntrate! ¡Actúa! —le gritó y le quitó la máscara de oxígeno de la cara.

Luego, miró a su alrededor en busca del británico y vio que estaba luchando con Popov, quien al parecer había perdido su pistola pero había sacado un cuchillo. Junto a la rampa, sus ojos escrutadores encontraron por fin el interruptor de palanca con el símbolo rojo de advertencia. Dos pasos, un ruido seco cuando el avión se inclinó hacia la izquierda y un último paso la llevaron hasta el interruptor. Al pulsarlo, se encendieron las luces amarillas del techo de la cabina y la rampa comenzó a descender hidráulicamente.

Volvió a sonar un disparo, lo bastante fuerte como para resaltar sobre el estruendo de la tormenta en la cabina. Jenna levantó la vista y se agarró con una mano a una de las redes de carga que había detrás de ella. Con la otra, levantó instintivamente la pistola, solo para ver a Feyn haciendo exactamente lo mismo en el lado opuesto, a menos de dos pasos de distancia, de modo que estaban cara a cara, cañón a cañón. El viento tiraba de la ropa de Jenna, haciéndola crujir violentamente, y azotándole dolorosamente el pelo en la cara.

—¿Debes hacerlo? —gritó él por encima del estruendo. La rampa estaba casi abajo, revelando un mar gris oscuro de nubes a su alrededor.

Jenna notó que sus manos debían estar fracturadas.

—¡Buen truco!

—Supuestamente debo tenerlas después de dañarlas así. Supongo que es un truco que solo puedo hacer una vez. ¡Un pequeño aplauso estaría bien!

Ella se limitó a hacer una mueca.

—¿No podemos dejarlo ya? ¿Todavía no confías en mí? —rugió Feyn, y en su rostro ensangrentado ella creyó ver algo parecido a la decepción—. Hay paracaídas bajo los bancos de estos aviones. Si somos rápidos, tardaremos un minuto en ponérnoslos. Puede que haya tiempo suficiente.

—¡No volverás engañarme! —respondió con voz ronca, rechinando los dientes.

—¡No te estoy engañando!

Sonaba desesperado. Era un actor excepcional, ella tenía que reconocerlo... ¿No?

—Necesito tu ayuda. Necesitamos tu ayuda. Y creo que tú...

—Entonces baja el arma. Tírala fuera y hablaremos en el suelo —sugirió ella, gritando para que la oyera. Por un momento, ninguno de los dos se movió. Entonces creyó ver que bajaba ligeramente la pistola. De repente, la cabeza de Feyn estalló en una nube de sangre y materia cerebral, y su corpulento cuerpo, inerte al instante, fue succionado por la popa y desapareció entre las nubes como si nunca hubiera existido.

Jenna parpadeó la sangre de sus ojos y miró a Xenia de pie sobre el cuerpo de Popov, con una mano envuelta en las correas que ondeaban. Con la otra sujetaba la pistola con dedos temblorosos. Su expresión era una mezcla de conmoción y estoicismo. Al darse cuenta de que la miraban, levantó la vista y sonrió insegura.

—¡Concéntrate y actúa! —gritó, tragando saliva visiblemente.

Jenna se deshizo de su arma y abrió el cajón que tenía más cerca, bajo el asiento. Efectivamente, dentro encontró tres paracaídas, uno

de los cuales arrancó y corrió hacia Xenia para ponérselo.

—¡Los pies a través de las correas de las piernas!

—Pero yo nunca...

—¡Cállate y hazlo! Estaré contigo y tiraré de tu cordón de apertura —gritó, apretando la correa del pecho después de que la estudiante de rostro blancuzco se hubiera colocado el equipo tipo mochila a la espalda.

El avión se inclinó bruscamente hacia un lado, haciéndoles perder el equilibrio. Jenna se agarró al cinturón de seguridad y las estabilizó. En cuanto ajustaron el equilibrio a la nueva dirección, extendió los brazos hacia los lados en un ángulo de noventa grados y echó las caderas hacia delante.

—¡Tomarás esta posición en cuanto saltes! ¿Entendido?

—Pero...

—¿Entendido?

—¡Sí!

—Bien. Cuando gires o pierdas la línea del horizonte, concéntrate en ponerte en esa posición y empuja las caderas hacia delante, con la cabeza metida hacia el pecho. Es mejor mantener los ojos cerrados tanto como sea posible.

Xenia tragó saliva y asintió con los ojos llenos de miedo e incredulidad.

—Cuando tu paracaídas esté abierto, encontrarás dos lazos de colores a la derecha y a la izquierda encima de ti en las correas. Tira hacia abajo. Tira a la izquierda y volarás un giro a la izquierda, tira a la derecha y volarás un giro a la derecha. Para frenar, tira de ambos hacia abajo tanto como puedas... Pero solo cuando estés a cinco metros del suelo. Si es posible, busca una superficie plana y rueda de lado en el impacto. Te harás daño y podrías romperte algo. Si chocas con un árbol, dobla las rodillas y pon los brazos delante del pecho y la cabeza.

—¿Qué? Yo...

—¡Solo hazlo!

Un estruendo ensordecedor enfatizó sus palabras.

Una mirada por encima del hombro de Xenia mostró a Jenna que

el ala se había desprendido, lo que hizo que el avión se tambaleara de inmediato y la arrojara contra la pared de la cabina semi destruida. Jenna se metió el paracaídas entre los dedos y se apretó rápidamente contra él, ajustándose solo la correa del pecho y no las de las piernas antes de agarrarse a Xenia, dando otra voltereta y siendo zarandeada de un lado a otro con ella. Sintió como si la pisaran unos pies invisibles, pero vio la rampa abierta en un instante y de algún modo consiguió arrastrarse a sí misma y a su carga.

De un momento a otro, se lanzaron por los aires. Al instante, Jenna sintió un frío glacial y tuvo que entrecerrar los ojos. Su cara era maltratada por las gotas de lluvia de las nubes como por una granizada. Pero no soltó los pantalones ni la chaqueta de Xenia, empujó las caderas hacia delante, abrió las piernas y sintió que se estabilizaban tras dos volteretas y un giro.

Como estaba a la derecha de la estudiante, podría alcanzar el despliegue manual para soltar el paracaídas desde su posición actual. Esa era la buena noticia. La mala era que no podía abrir los ojos. Se precipitaba a través de una nube a una velocidad cercana a los 200 km/h en caída libre, donde cada gota de agua golpeaba con tal fuerza que podía robarle (permanentemente) la vista si no tenía suerte. Así que tuvo que esperar a que desaparecieran los pinchazos en la piel y confiar en que las nubes no estuvieran demasiado bajas. La alternativa habría sido abrir el paracaídas en la nube, lo que no solo provocaría el pánico de Xenia, sino que también eliminaría cualquier posibilidad de que aterrizaran cerca la una de la otra. En el peor de los casos, podrían chocar.

Aun así, era mejor que estrellarse con el avión.

Sintió lo bajas que estaban ya, no habían transcurrido ni 15 segundos cuando, de repente, el dolor de su cara remitió y el frío mortal se convirtió en gélido. Tan rápido como pudo, deslizó y buscó a tientas su mano izquierda desde el muslo de Xenia a través de sus nalgas hasta que encontró el dispositivo de mano en forma de bola y dio un tirón. Luego, rodó inmediatamente hacia un lado y soltó el suyo.

Tardó tres segundos, y entonces una violenta sacudida forzó su

cuerpo contra las correas. Como no había tenido tiempo de ajustarse las correas de las piernas, fue castigada con un dolor agudo en el muslo derecho. Sin embargo, un momento después se encontró colgando por debajo del paracaídas y se sintió aliviada al descubrir que no se había estrellado contra el suelo como una roca.

Al menos, todavía no.

Capítulo 8: Lee

—No puede oírnos —dijo Sarah—. Estoy segura de que no puede oírnos debido a la estática.

—Sí, eso será —contestó Lee, tragando saliva y diciéndose que seguía ahí. No pasó nada. El terremoto no fue lo suficientemente fuerte como para dañar a la *Verdad*. El fragmento voló hacia la Tierra. «Tal vez la energía necesaria para expulsarlo haya provocado la interrupción de nuestras comunicaciones».

—Así que están *lanzando* desde allí —continuó su colega, pronunciando «lanzando» con especial cuidado, como si la palabra pesara mucho en su lengua. Subrayaba el hecho de que ya no podían fingir que estaban tratando con un asteroide normal, uno que solo se había desviado un poco de sus hermanos en los cinturones de asteroides.

No, Cassandra no seguía procesos naturales: había sido creado o, como mínimo, alterado por alguien o algo. Si Lee había conservado alguna duda residual hasta ese momento, ya no podía aferrarse a ella. El agujero al que habían saltado los dos cosmonautas restantes era tan perfectamente redondo que no podía darse en la naturaleza. Nada en el universo tenía ángulos rectos ni formaba círculos perfectos. No había formas geométricas matemáticamente inequívocas.

—Ya veo lo que estás pensando —dijo Sarah, y Lee ni siquiera se había dado cuenta de que había vuelto a encender las luces de su casco, pero a un nivel más tenue.

—Esto no es un asteroide.

—No. Probablemente no.

—El cosmonauta... ¿Crees que este lugar lo mató? —preguntó con cautela.

—El fragmento se lanzó en el momento en que intentó meterse en el agujero. ¿Una coincidencia? Aquí ya no creo en las coincidencias. Pero los otros dos aparentemente pudieron saltar sin provocar el lanzamiento. ¿Por qué?

—Un número limitado de fragmentos, quizá, o hay que

ensamblarlos primero, o...

—¿Maquinaria bajo la superficie? —Sarah no parecía muy convencida y empezó a morderse el labio inferior, como hacía siempre que estaba absorta en sus pensamientos.

Lee, mientras tanto, volvió a encender sus propias luces y miró hacia el agujero.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

—No me digas que tú...

—Si tuviéramos un satélite en órbita alta que pudiera proporcionarnos imágenes y mapas de alta resolución, podríamos encontrar otro emplazamiento, pero calculo que las posibilidades de que podamos permitirnos pasar días vagando por la superficie para encontrar algo prometedor son escasas.

—No sabemos a qué profundidad está —objetó ella.

—No, pero podemos echar un vistazo dentro.

—¿Y si lanzan otro fragmento?

—Se anunciará con un temblor —respondió—. Eso ya lo sabemos.

—Porque ocurrió la primera vez.

—A otra persona.

—Sí, pero ¿cuántas primicias con resultados similares podemos permitirnos?

—Una.

Cuando ella le respondió con una mueca de amargura, él señaló hacia delante, donde ya no se veía el agujero porque las luces de los cosmonautas en las profundidades ya no brillaban. Todo era negro como el carbón, salvo lo que tocaba la luz de sus cascos.

—¿Tienes una idea mejor?

—No —admitió a regañadientes—. Pero tenemos que mantener contacto por radio. Eso es lo que dicen las directrices de la misión, y eso es lo que acordamos con Markus y Control de la Misión.

—Entonces no sabíamos que tendríamos que perseguir a dos cosmonautas con un arma nuclear para disuadirles de una mala idea.

—Touché. Tu decisión, comandante.

Lee contorsionó la cara como si fuera aquejado por el dolor

físico.

—Tenemos que echar un vistazo. Markus estará preocupado, pero es razonable, es el más racional de los tres. No nos seguirá.

—Tienes razón.

Tras asentir, Lee se puso en marcha. Esta vez se apresuró un poco más, en detrimento de la precaución, pero ya había desarrollado un tacto con el terreno en el camino hacia aquí y había visto que incluso durante el terremoto las avalanchas de regolito no habían resultado ser muy fuertes, por lo que era poco probable que causara problemas con sus botas.

Mientras caminaba, el polvo y los guijarros finos ondulaban a su alrededor y hacían temer que se estuviera produciendo otro movimiento sísmico, aunque sabía que solo se lo estaba imaginando. El agujero apareció a la vista poco después. El borde delantero de los conos de luz superpuestos de su casco mostraba un semicírculo negro que parecía tragarse todos los fotones que se le acercaban. Con cada paso adicional que daba, progresaba hacia un círculo completo que, pronto vio, estaba centrado en una zona plana de unos 15 metros de diámetro.

Justo delante de él, Lee vio la tosca bota de un traje espacial, que terminaba en un muñón helado donde se había seccionado la parte inferior de la pierna del cosmonauta. Los jirones de la tela brillante y ensangrentada colgaban rígidos y congelados. Se interponía entre él y el agujero como un recordatorio de lo peligroso que era este lugar y de lo solos que estaban.

No venía ninguna ambulancia, ningún equipo de rescate. Ni ruidos, ni sirenas, ni gritos: no había nada excepto un silencio opresivo, paradójicamente amplificado por el silbido de la respiración en su casco.

Incluso el paisaje que les rodeaba (ese reino de tinieblas que no ofrecía a los ojos más que pendientes grises que se alzaban sobre ellos como el decorado irreal de una película de arte insondable) era una expresión figurada de la quietud. Nada se movía en el frío glacial acompañado de la ausencia de moléculas de gas.

El recuerdo del reciente lanzamiento del fragmento, que había

sucedido tan rápido que apenas había podido seguir el acontecimiento, no parecía más que una alucinación resonante de algo que no podía haber ocurrido en este lugar.

Lee miró su tableta del antebrazo y se aseguró de que sus sistemas de soporte vital seguían funcionando nominalmente. Mostraba que tenía el 98 % de sus suministros y que el sistema de grabación de su cámara seguía operativo. Era casi seguro que la transmisión en directo se había interrumpido, y esperaba que volviera más tarde.

Luego, siguió a Sarah hasta el borde del agujero y se arrodilló en la fina capa de regolito, apoyándose con las manos y mirando con cautela por encima del borde. Los haces de sus lámparas de casco inundaban un tubo de tres o cuatro metros de diámetro, que terminaba a una profundidad de unos quince metros. El suelo, sin embargo, no era plano.

—Las paredes son lisas como el mármol —comentó Sarah asombrada—, y desde luego, no son de origen natural.

Lee tuvo que darle la razón. Este agujero era demasiado perfecto incluso para las brocas más finas del mundo, y el material no parecía roca. De hecho, parecía más bien metal bruñido, aunque mate y sin marcas de mecanizado.

—Es casi como si se tragara cualquier luz. ¿Qué es eso de ahí abajo?

—No es regolito, eso seguro. —Su colega hizo una pausa—. Parece un ventilador con aspas estrechas.

—¡Ajá! —De hecho, la base del agujero era aparentemente la parte superior de una estructura parecida a una máquina. En el centro había una especie de grano, del que crecían cuchillas inclinadas hasta el borde, con un suave resplandor azulado de luz que sobresalía entre ellas—. ¿Ves eso en el borde?

—Sí, más oscuridad.

—Parece que continúa de lado allí.

—O la pared allí es aún más negra que el resto.

—Supongo que tendré que averiguarlo.

—Tendremos —le corrigió ella.

—No. —Lee negó con la cabeza y se puso en pie. Cuando ella hizo lo mismo, él bajó un poco la lámpara de su casco con las manos para que pudieran mirarse el uno al otro. Como dos cabezas en peceras de colores invertidas, cada uno encerrado en un microcosmos personal, una burbuja de vida rodeada de materia muerta.

—Yo bajaré y tú me ayudarás con la cuerda. Los rusos podrían haber saltado hacia abajo, pero no quiero correr ese riesgo, incluso si la gravedad aquí fuera de solo un tercio, de lo que no tenemos certeza.

—Debería ir yo. Tú eres el comandante —objetó Sarah.

—No. Te necesito aquí arriba para mantener el contacto por radio.

—¿Sí, como tenemos con Markus?

—Además —pasó por alto su objeción—, cada uno de nosotros cuenta aquí. Si vamos los dos y detonan la bomba, Markus estará solo.

—¡Si detonan esa bomba, estaremos todos jodidos!

—¿Estás segura? Si todo el asteroide está hecho de eso —señaló las paredes lisas y extremadamente densas que apenas reflejaban la luz que emitían las lámparas de sus cascos—, entonces no lo creo posible. Recuerda que sin atmósfera no hay onda expansiva. Se calentaría muchísimo, pero quizá solo ahí abajo. Además, es una ojiva que pueden llevar dos hombres. Teniendo en cuenta la baja gravedad, no puede ser una bomba muy potente, al menos no a escala de armas nucleares.

—¿Ahora sacas a relucir el optimismo? —resopló Sarah. Suspiró entonces y asintió—. Muy bien, te bajaré por la cuerda. Aunque no será lo bastante larga.

—Debería ser capaz de saltar los últimos metros ileso.

—¿Quizás ahora?

Lee miró a Sarah, frunciendo el ceño, antes de darse cuenta de que la voz era masculina.

—¿Markus?

—¡Eh! ¡Por fin!

—¿Nos oyes?

—¡Sí! Os oigo. La estática sigue ahí, pero os oigo. Pensé...

—Estamos bien —interrumpió al alemán, exhalando aliviado—.

¿Estás bien ahí arriba?

Lee se volvió hacia la meseta que crecía de la ladera sobre ellos como un crecimiento grisáceo. Creyó distinguir la parte superior de la cápsula espacial, pero también podía tratarse de una roca.

—Sí, todo va bien. Control de Misión dice que el fragmento no impactará la Tierra. Es la primera vez que ocurre.

—Mató a uno de los cosmonautas. Hay un agujero en el suelo del cráter, como esperábamos. De ahí salió disparado.

—Siento oír eso. ¿Y los demás?

—Han saltado. Voy a seguirlos. Sarah se quedará aquí y hará de puente de radio.

—Entendido —dijo Markus, sonando tan tranquilo y racional como siempre—. Ten cuidado.

—Lo haré.

Lee empezó a deslizar el cinturón para que sus ganchos de seguridad, especialmente diseñados para distribuir uniformemente la fuerza de tracción que actúa sobre ellos, quedaran a su espalda.

—Ocho metros. Ese es el máximo —dijo Sarah, tensando la cuerda como un lazo y enrollándola en bucles uniformes sobre su mano hasta que los últimos metros entre ellos estuvieron tensos—. Recuerda moverte despacio y ejercer suficiente presión para que tus pies no pierdan el agarre.

—*Si* te resbalas, me sueltas. ¿Entiendes?

—Sí —respondió ella de mala gana.

—En serio. Si yo me estrello, tengo una oportunidad, pero si tú te estrellas conmigo, no solo me arriesgas a mí.

—También podría empujarte.

Lee le sacó la lengua y Sarah sonrió con satisfacción. Sin embargo, Lee notaba la tensión en la zona de los ojos. Las patas de gallo del rabillo parecían haberse acentuado y las arrugas de la frente ganaban visiblemente en profundidad.

—Comenzando el descenso —anunció según el protocolo. Hablar de manera oficial, como si estuviera en una misión fuera de la EEI, le ayudaba a concentrarse. Tendría que descender en rápel por un agujero en una gravedad mucho menor que en la Tierra, lo que era

comparable a entre seis y diez horas de trabajo en un EMU rígido, tras las cuales, siempre se le acalambraban las manos.

Con cuidado, presionó las suelas de sus botas centradas en el borde entre el regolito y la pared lisa del agujero, de modo que todo el peso de su cuerpo se sintiera en medio de sus pies, a pesar de la firmeza de las suelas. Luego, se inclinó cuidadosamente hacia delante, hasta alcanzar un ángulo de 45 grados, e hizo una pausa.

—¿Todo bien?

—Tengo un punto de apoyo firme —le aseguró Sarah—. Puedes continuar.

—De acuerdo.

Sintiéndose mareado, se inclinó más hacia delante hasta quedar en ángulo recto a la pared, mirando en línea recta el suelo estriado que tenía debajo. Tentativamente, puso un pie más abajo, sin dejar que disminuyera la presión que ejercía contra la pared. Sarah bajó la cuerda con cuidado para que no sufriera una pérdida repentina de altura que hubiera comprometido su estabilidad y le hubiera hecho oscilar como un péndulo contra la pared.

—¡Sigue así!

—Deberías perder peso.

—Tengo los huesos pesados —bromeó, ignorando todo lo que veía en el frío resplandor de sus lámparas. Solo le importaban la sensación de altitud y la presión en los pies y las caderas. Intentó detectar y compensar cualquier desviación, por pequeña que fuera, y de repente, se detuvo.

—¡Ya está! —dijo Sarah por radio a través de la estática latente en la conexión.

—El resto es pan comido —mintió, mirando hacia abajo. Parecía que aún le quedaba la misma distancia que de aquí a la cima. Pero eso se debía probablemente a la uniformidad del pozo y a la extraña impresión de que las paredes de aspecto helado se tragaban la luz y le ofrecían pocos puntos de referencia. «¡No activemos otro fragmento, Lee! Mantén la calma».

Lentamente, con las manos estiradas hacia atrás, se dejó inclinar hacia la pared, dejando que los pies se deslizaran hacia abajo y

manteniendo la cabeza inclinada hacia delante para no golpearse y dañarse el casco. El horizonte sobre él se inclinó, y entonces sintió que sus guantes entraban en contacto con la pared, rebotaban, y luego (por fin) toda su espalda la tocaba. No sintió el frío, aunque sabía que hacía tanto frío que la más mínima humedad se habría congelado en milisegundos, dejándole helado.

—Ya puedes soltarme —dijo Lee después de respirar hondo tres veces.

No lo hizo.

Justo debajo de él había una sección en forma de anillo alrededor de las lamas. El resplandor entre ellas (unas docenas de rayas azuladas en medio de todo el negro) se había intensificado y parecía verterse en el vacío como un vapor etéreo. Parpadeó varias veces y se concentró en el borde que había divisado: parecía enorme y se unía directamente con las sombras que marcaban el comienzo del tubo, a un metro de altura. Definitivamente, no formaban parte de las paredes, de eso estaba seguro.

—¡Allí! —gritó Lee, señalando un punto en el que creía ver un resplandor de luz amarillenta que transformaba la oscuridad amorfa del suelo de lamas en contornos adivinables… al menos durante un breve espacio de tiempo.

—¿Qué? —preguntó Sarah, alarmada.

De repente, una lluvia de polvo y guijarros se filtró a través de los haces superpuestos de las luces de su casco.

—¡Un temblor! —Su colega sonaba sin aliento—. ¡Ten cuidado!

—Puedes soltarme —repitió, y al momento siguiente caía. La sensación era irritante. Sentía como si cayera, con un suave tirón en el estómago, como si le empujara el corazón. Al mismo tiempo, había una diferencia que no podía precisar, y la baja gravedad era probablemente la responsable de ello. Antes de que pudiera terminar de analizar el pensamiento, aterrizó en el suelo, amortiguando la fuerza aún enorme cediendo por las rodillas y extendiendo los brazos.

Ahora él también sintió la vibración en los pies, como si estuviera de pie sobre una placa palpitante. El resplandor entre los listones se intensificó y empezó a girar, tan deprisa que todo se

difuminó, creando un disco de luz mortecina.

En su oído solo se oían ruidos, seguidos de picos de estática. Lee reaccionó instintivamente y se agachó antes de dejarse caer hacia atrás y, para su alivio, no chocó con una pared, sino que retrocedió dando tumbos. En un instante, el resplandor azul desapareció, dando lugar a una sombra que se elevó a toda velocidad más allá de su pequeño campo de visión, tan rápido que sus ojos solo percibieron el eco óptico.

—¡La madre que...! —Lee soltó una maldición y jadeó. Nada a su alrededor se había movido. No podía haber habido ni una bocanada de aire, solo la aparición de una nueva pared que había atravesado frenéticamente los haces de luz, completamente insonora. Ahora solo había polvo goteando, bailando en la claridad. Los listones también estaban allí, brillando tenue y silenciosamente.

—Lee... (ruido)... puedo... (ruido)... cambio...

—¿Sarah? —llamó a su casco, acompañado de estática de la conexión, pero estaba empezando a disminuir—. ¿Puedes oírme?

—¿Lee?

—¡Sí! ¡Sí, te escucho!

—¡Gracias a Dios! —Sarah sonaba como si estuviera llorando, pero podría haber sido la mala conexión—. Estaba empezando a pensar que estabas...

—Estoy bien —le aseguró—. Hay una especie de hendidura en la pared, a un lado de la base del tubo, tal y como pensaba. El fragmento no me alcanzó.

—O esta cosa no está bien sincronizada, o eres un afortunado hijo de puta.

—Tal vez ambos.

Con cuidado, se puso de rodillas y sacó la cabeza, girándola para mirarla. Su casco acampanado, con dos lámparas que parecían oculares insectoides, asomaba por el borde, rodeado por la negrura del espacio. Le asintió, aunque ella no pudiera verlo, y retrocedió.

—Este piso de aquí no lo es. Es una brecha de algún tipo. Justo antes de que el fragmento fuera lanzado, simplemente desapareció, posiblemente retirándose hacia las paredes como un iris, no lo sé.

Ocurrió demasiado rápido. Creo que el pozo continúa por debajo.

—¡No te atrevas a saltar ahí!

—No te preocupes. En los días buenos me considero valiente, pero no tengo tendencias suicidas.

—¿Puedes ver a los cosmonautas?

Lee iluminó el otro lado de los listones, bajo el borde de la pared. Una depresión anular en ella se extendía hacia fuera alrededor de un metro, angulosa y del mismo material negro mate que era liso como un diamante perfectamente tallado, sin reflejos. Tras escudriñar lentamente de izquierda a derecha con sus conos de luz, se detuvo en una parte más oscura.

—Parece que hay una salida en forma de embudo que conduce al interior —dijo—. Cuando bajé, vi una luz amarilla que venía de allí. Podría ser de los otros dos tipos. Voy a echar un vistazo.

—Ten...

—... Cuidado, lo sé —respondió él con una sonrisa, permitiendo que algo de la calidez que le producía su preocupación aflorara en él. Le vendría bien tenerla aquí abajo—. Haré lo que pueda. Si no funciona la radio, daré marcha atrás y te avisaré de que todo va bien. Luego, volveré a entrar. ¿De acuerdo?

—Entendido.

Lee se enderezó y levantó el antebrazo con la pantalla delante de los ojos. Todas las lecturas seguían siendo normales. A pesar de lo frágil que parecía el biotraje, estaba demostrando ser mucho más resistente de lo que parecía. A continuación, se agachó y se movió tan rápido como le permitió su prudencia por el estrecho anillo de tierra firme que pasaba junto a los listones, entre los cuales la luz azulada había llegado a parecerle una amenaza.

Respiró aliviado cuando llegó a la zona que se estrechaba hacia la pared del otro lado. Se abrió paso entre las paredes lisas hasta una especie de pozo, a través del cual vio una corona de luz amarilla a lo lejos. Para avanzar, tendría que arrastrarse sobre manos y rodillas para evitar golpearse la mochila o el casco.

—¡Deben de ser los cosmonautas! —dijo, pero solo obtuvo estática de radio como respuesta. Se detuvo un momento y retrocedió

porque no había espacio suficiente para darse la vuelta. Repitió una y otra vez—: ¡Sarah! —hasta que por fin obtuvo una respuesta apenas inteligible.

—¿Lee?

—Sí, estoy aquí. Hay un pozo que corre horizontalmente hasta el suelo de lamas. Creo que he visto a los cosmonautas, pero la radio se corta ahí. Voy a entrar, y no estaré localizable.

—Comprendo.

—Bien.

Lee se apresuró a alcanzar a los dos rusos, esperando que la superficie se mantuviera lisa y perfecta para no tener que preocuparse por la integridad de su traje.

Tunguska, 6 de septiembre de 1908

En el borde del cráter reinaba un silencio sepulcral. Nueve figuras, alineadas como perlas en un collar, con ropas sucias y miradas cansadas e inexpresivas. Hacía horas que el cielo se había cerrado en una fea masa marrón que se había metido delante del sol como una bruma pegajosa y lo había bloqueado. La última pálida luz que aún les llegaba apenas les permitía ver más de lo que se extendía ante ellos.

El cráter tenía unos 100 metros de diámetro y una pendiente pronunciada. La tierra y la roca, destruidas y lijadas, estaban ennegrecidas por el fuego del impacto y descendían como una rampa circular hasta algo con el extremo puntiagudo clavado en el suelo como la cabeza de un hacha de gran tamaño. Su caparazón era negro mate y parecía absorber con avidez la poca luz que había. Había un zumbido subyacente en el aire, y de algún modo Yuri sabía que emanaba del objeto.

Empezó una ligera llovizna, se hizo más fuerte y mezcló un rico golpeteo de gotas de lluvia sobre sus abrigos de cuero encerado con el extraño sonido procedente del centro del cráter. Yuri se estremeció. Le sonaba como una melodía de soledad. Estaban tan cerca de lo que podría llamarse «el fin del mundo» que se dio cuenta de repente de lo indefensos que estaban aquí: dos profesores y siete estudiantes con un poco de equipo, rodeados de una atmósfera catastrofista que no habría creído posible.

Caminar durante horas que se habían convertido en días, a través de un paisaje de árboles destruidos y carbonizados en medio de un lodazal, había sido inquietante. Además, ningún pájaro gorjeaba, ningún zorro gañía, ni los osos rugían, ni los alces gruñían. Todo aquí parecía muerto, desprovisto de vida.

En un momento dado, Jakob rompió el silencio.

—¿Qué es eso, en nombre de San Isidro? —La lluvia casi se tragó sus palabras.

Yuri no contestó, incapaz de apartar los ojos del objeto, absorbiendo cada una de sus facetas, almacenándolas en su cerebro, relacionando lo que veía con lo que sabía y, sin embargo, sin

encontrar respuestas. La forma recordaba a la de una fina punta de flecha, aunque no era plana, sino que parecía redonda. Nada se movía, y el caparazón mate parecía tan muerto como antes. Aun así, supo instintivamente que algo ocurría detrás, sintió algo, una presencia, que le observaba.

—¡Yuri! ¡Yuri!

Despertó como de un sueño, y fue como si su mirada fuera atraída magnéticamente y catapultada de nuevo a sus ojos. Solo ahora se dio cuenta de que Jakob le había hablado.

—¿Eh?

—¿Qué es eso?

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Nunca he visto nada igual.

—No creo que haya algo siquiera parecido. —La voz de Jakob sonaba ronca y áspera—. No quiero parecer afeminado, pero esa cosa me da miedo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió el geógrafo, extendiendo los brazos—. ¿Por qué? Mira a tu alrededor. Es evidente que ha destruido gran parte de los bosques de aquí. Imagina si hubiera caído sobre Krasnoyarsk, Irkutsk o Moscú.

—Pero no fue así. Y estamos aquí para investigarlo, ¿no?

—Lo estamos, pero tal vez deberíamos...

—... Empezar de inmediato —Yuri se le adelantó, asintiendo—. Es una buena idea.

Dio una palmada para despertar a los alumnos de su trance y les hizo señas para que se unieran a él, lo que hicieron tras un poco más de insistencia. Formaban un pequeño grupo de rostros abatidos, con el miedo grabado en ellos como una marca oscura.

—Muy bien, ya nos hemos maravillado bastante. Esa cosa no es un meteoro. Todos podemos verlo. Pero es algo. Estamos aquí para investigarlo, y si una cosa está clara, es que somos pioneros aquí, y estamos viendo algo que nadie ha visto antes.

Yuri levantó la vista hacia el cielo apagado, más allá del borde de su sombrero encerado. Gruesas gotas caían en sus ojos como a cámara

lenta, hasta que tuvo que parpadear.

—Quizá vino del exterior, de una civilización extraterrestre como la que describió Christiaan Huygens. No lo sabemos, pero vamos a averiguarlo. Puedo ver que os asusta, pero eso es solo miedo a lo desconocido, creedme. Acampad aquí en el borde. Comenzaremos nuestra búsqueda por la mañana, al rayar el alba. Jakob dispondrá guardias nocturnas. Quiero que el sujeto esté a la vista en todo momento. ¿Oleg? Toma la cámara y haz una foto, ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto, Pochetnyy!

* * *

Unas horas más tarde, Yuri estaba sentado en su catre, terminando sus notas sobre el día de hoy y su llegada. Anotó que le preocupaba que el zar se enterara de esto y se llevara el objeto para encerrarlo en una caja de cristal gigante para su salón del trono en lugar de dejar que la ciencia se hiciera cargo, como había ocurrido tantas veces antes. Por supuesto, se trataba de un temor hasta cierto punto irracional, ya que normalmente nada ni nadie se paseaba por aquí.

Pero ¿quién podría saberlo? Esa cola de fuego en el cielo pudo verse a decenas, si no cientos de kilómetros de distancia, igual que él mismo la había visto desde las orillas del Yeniséi. ¿Y no había hablado el capitán del puerto de otra expedición? ¿Dónde estaba esa gente? ¿Quién los había enviado?

Justo cuando estaba a punto de quitarse las gruesas medias y meterse en el saco de dormir, oyó un susurro lejano y se quedó helado. Contuvo la respiración para oír mejor a pesar de la ráfaga de viento que agitaba y tiraba de la tela de la tienda.

¡Ahí estaba otra vez! ¿Voces?

Con el ceño fruncido, volvió a calzarse las botas y arrastró los pies por el suelo embarrado de la tienda. Cogió su abrigo del poste central y se lo puso junto con el sombrero antes de salir a la noche por la rendija de tela, temblando por el frío antinatural. Debía de ser muy tarde, ya que no había lámparas de aceite encendidas en las demás tiendas. Pero entonces volvió a oír los susurros. Un susurro, llevado a sus oídos por el viento, que podía recorrer sin obstáculos la llanura

recién creada sin que un solo árbol pudiera estorbarle.

Yuri miró a su alrededor, luego caminó alrededor de su tienda y vio un parpadeo por encima del borde del cráter. Con pasos rápidos llegó allí y miró hacia el objeto, viendo una lámpara de aceite parpadeante y varios rostros resplandecientes de color amarillo anaranjado. Allí había tres estudiantes, con las mejillas sonrojadas, las cabezas muy juntas y discutiendo entre ellos con voces reprimidas.

—¡Joder, les dije que no se acercaran a ese objeto!

Yuri sintió que la envidia y la rabia aumentaban al ver a los jóvenes tan cerca de aquella cosa fascinante que a él le habría encantado ser el primero en examinar. Pero a la luz del día y no bajo el manto de la noche. Al mismo tiempo, solo pudo negar con la cabeza ante tal estrechez de miras por su parte y se sintió avergonzado por ello.

Así que bajó al cráter, casi resbalando dos veces, y gracias al rugido del viento, no se dieron cuenta de su presencia hasta que ya estaba a medio camino. Al instante se pusieron rígidos y volvieron a discutir brevemente (sus palabras se esfumaron como hojas marchitas) antes de tensarse para el esperado problema.

—¡Os he dado una orden clara! —les increpó Yuri mientras avanzaba los últimos metros, como una polilla que se dirige a la única fuente de luz en la oscuridad.

—Profesor —dijo uno de los estudiantes (no recordaba sus nombres)—. Hemos oído un silbido extraño y queríamos saber si había algún peligro para nuestro campamento.

Los demás asintieron con entusiasmo.

—Es una excusa muy poco convincente —resopló despectivamente, y luego, suspiró—. Pero al menos tenéis la sed de conocimiento de los exploradores, y os importan una mierda los que se interponen en vuestro camino. Quizá algún día lleguéis a ser grandes mentes. —Mientras se relajaban, añadió con severidad—. Pero si volvéis a hacer eso, os echarán de la universidad. ¿Entendido?

Abrieron los ojos horrorizados y asintieron con sinceridad.

—¡Profesor! —El dialogante era un poco más bajo que los demás, y había llamado la atención en el barco por su constante hábito de

fumar, que había avergonzado incluso a Jakob—. Hemos descubierto algo. Hay pequeños agujeros en el casco más o menos a esta altura. —El estudiante señaló un punto a un metro del suelo.

Yuri se acercó, hizo un gesto al de la lámpara y buscó hasta que por fin divisó unas pequeñas hendiduras del tamaño de la cabeza de un alfiler. Acercó el ojo a una de ellas y retrocedió cuando se reflejó en algo que parecía mirarle. Algo estaba allí dentro y le había devuelto la mirada.

«Santo cielo», pensó, aclarándose la garganta para disimular su consternación—. ¿Hay más de estos?

—¡Sí, profesor! —le aseguró el que portaba la lámpara—. Están a su alrededor como un anillo.

Yuri retrocedió media docena de pasos e hizo un gesto a los estudiantes para que se quedaran allí e iluminaran mientras intentaba distinguir los diminutos agujeros, cosa que no consiguió. Pero algo más le llamó la atención: Algo sucedía en la corona del objeto. Un pequeño estilete sobresalía del centro como una asta, produciendo un silbido apenas audible que fue aumentando de volumen a medida que los tres jóvenes cuchicheaban entre sí e inspeccionaban el caparazón. Se oyó un breve ¡Pff! y una nube de brillante polvo blanco se elevó al aire libre, justo cuando el viento se detuvo por un momento. El polvo centelleó a la luz de la lámpara y descendió como la niebla sobre los tres desprevenidos hombres, que inmediatamente empezaron a toser y a agitar las manos delante de la cara.

Yuri retrocedió unos pasos más y gritó:

—¡No os mováis! Voy a por las pastillas.

Asintieron, ansiosos y siguieron jadeando.

Cuando regresó, estaban inconscientes, y el resto del campamento hacía tiempo que se había despertado. Yuri gritó algunas instrucciones bruscas, y media hora después, con Jakob a su lado, observó cómo los demás estudiantes, con paños sobre la nariz y la boca, aplicaban grilletes a sus compañeros inconscientes. Los unían con estacas, clavándolas en el suelo a martillazos. Otros colocaron una lona sobre el objeto.

—¿Seguro que es necesario? —preguntó Jakob—. Parecen

enfermos. Deberíamos sacarlos de aquí.

—El objeto nos ha respondido. ¿Cómo podríamos irnos de aquí? Una vez que recuperen la conciencia, tendremos que interrogarles sobre lo que vieron. Tal vez sea la forma que tiene esta cosa de comunicarse con nosotros. ¿Hmm?

Capítulo 9: Jenna

Bajo las nubes, los árboles estaban a solo unos cientos de metros, extendiéndose como un interminable mar verde bajo la brumosa cúpula de gotas de agua gris. Cerca de allí, un río serpenteaba entre los antiguos bosques de Siberia, una corriente marrón en su camino hacia el Ártico. Jenna estaba a punto de buscar un lugar adecuado para aterrizar, pero la distrajo una llamarada brillante cuando el turbohélice destruido del ejército ruso irrumpió de entre las nubes como una bola de fuego y se estrelló contra el suelo a unos kilómetros a su derecha. Le siguió una lluvia de restos en llamas, un infierno rugiente en este páramo prístino.

Jenna se dio la vuelta y tiró del cabo de control izquierdo hasta la cintura, provocando un giro brusco. Tardó unos instantes en reconocer el paracaídas gris del que colgaba Xenia, con los brazos estirados hacia arriba, pero, por lo que pudo ver, con las manos en los lazos de las bandas.

—¡Aquí estoy! —gritó Jenna tan alto como pudo. Respiró aliviada cuando vio que la estudiante miraba en su dirección. Estaban a unos cien metros de distancia, y Xenia aún tenía al menos la misma distancia de altura extra, lo cual era bueno.

—¿Estás herida?

—No —respondió con sorprendente claridad. El viento tenía que venir de su dirección, perfecto, de hecho, porque entonces tendrían viento de cola en dirección al río.

—¿Ves el río?

—¡Sí!

—Vuela hacia allí. Tira hacia abajo de la línea de control derecha, y mantén la izquierda hacia abajo hasta que estés volando directamente hacia él. Con el viento a nuestras espaldas, podemos lograrlo.

—¿Al río?

—¡Sí! Los árboles nos matarían. Si la dirección es correcta, mantienes ambas manos arriba, ¿entiendes? Así es como te mantienes

rápida. Y bajo ninguna circunstancia sueltes los lazos de las cuerdas de dirección, ¿entendido?

—¡Creo que sí!

—Bien, vuela detrás de mí. La dirección será fácil, pero no empieces hasta que yo lo haga.

Jenna inició otro giro, a lo que el paracaídas, bastante sensible, respondió con un fuerte traqueteo de la corredera sobre su cabeza. El aire frío le quemó los ojos y le hizo llorar.

Todavía quedaban unos cientos de metros hasta el río, manejables dada la enorme velocidad de hundimiento de su campana de siete celdas, que le proporcionaba una mayor velocidad. Justo delante de ella, la corriente formaba un largo meandro y corría un poco más recta en dirección norte, donde varias columnas de humo negro intenso marcaban el lugar donde se había estrellado el avión. No se trataba de aguas blancas y torrenciales en las que se habrían ahogado instantáneamente. Sin embargo, un torrente tan grande como el que tenían delante solía tener una superficie de apariencia engañosa mientras que la corriente real lo arrastraba todo sin piedad. A esto se añadía, por supuesto, el frío que reinaba en el lugar y que las congelaría rápidamente en su empapada condición.

Jenna miró hacia abajo, a lo largo de sus piernas, a los tirantes sueltos que casi le habían roto la cadera. Sus pantalones estaban rasgados, pero no sangraba, al menos no lo suficiente como para que penetrara en la tela vaquera. Cuando se acercó peligrosamente a la última hilera de árboles cerca de la orilla, desenganchó su cabo estático de reserva de la correa del hombro izquierdo, a la altura de la barbilla, para evitar que su campana de reserva tropezara, y se dirigió entre dos copas de coníferas por encima de la masa de agua marrón.

Después de esquivar las ramas por los pelos, hizo lo que una persona no debería hacer en ningún aterrizaje y tiró de la línea de control derecha para realizar un giro brusco de 90 grados que la hizo volar paralela a una pequeña playa de grava. En el proceso, perdió tanta altitud que no consiguió arrancar el asa de liberación del arnés de hombro derecho y utilizarla para desconectar el paracaídas principal. En su lugar, se las arregló para levantar las piernas y frenar

a fondo, tirando de ambas manos hacia abajo.

Entonces se zambulló con fuerza en el agua, viendo solo burbujas blancas y sintiendo como si la hubieran congelado de golpe. El agua arremetió y gorgoteó mientras ella pataleaba, asomando la cabeza por la superficie e inhalando antes de agarrar el asa, liberándose del paracaídas que ya la arrastraba hacia la corriente. Con potentes brazadas, se liberó de las correas de las piernas y llegó a la orilla, donde pudo ponerse de pie en un santiamén.

Temblando y con gotas de agua cayéndole por los ojos, miró tensa hacia la arboleda que tenía al lado y contuvo la respiración al oír crujidos y chasquidos, Xenia tronaba entre las ramas de uno de los árboles como una fuerza de la naturaleza. Dobló las rodillas y juntó los brazos para protegerse la cara cuando chocó con las ramas. Era la reacción correcta, pero tuvo el efecto automático de tensar ligeramente sus líneas de control, cambiando el ángulo de inclinación de la campana. Cuando se atrevió a retirar las manos de la cara, pareció darse cuenta de su dilema y tensó las líneas de control.

—¡No, no, no! —maldijo Jenna y echó a correr, arrancándose la chaqueta empapada y zambulléndose de cabeza en las aguas antes de nadar lo más rápido que pudo. Entre pequeñas olas que chocaban con su cara y los pulmones congestionados, observó cómo Xenia cometía un error tras otro. Cuando se dio cuenta de que había frenado demasiado pronto y se había desplomado como una piedra, soltó bruscamente los cabos. Esto la hizo entrar en un movimiento de péndulo que la llevó a golpearse la cara y el pecho contra el agua, con la fuerza de la inercia.

De inmediato perdió el conocimiento, evidente por la repentina flaccidez. Pareció detenerse un breve instante antes de que el paracaídas, que acababa de descender grácilmente como una pluma, se saturara de agua, se enganchara en la corriente como un ancla arrojadiza y arrastrara a la estudiante con ella. Jenna alcanzó los tensos cabos con el corazón palpitante y tiró de ellos hasta que Xenia chocó con ella como un torpedo. Dieron unas cuantas vueltas la una sobre la otra y se hundieron en la marea que presionaba implacablemente.

De algún modo, los dedos de Jenna encontraron el asa de liberación del paracaídas de Xenia, que agarró y tiró hacia abajo. El tirón del paracaídas atrapado en la corriente desapareció de golpe. A continuación, tanteó las correas de las piernas, aflojándolas sin concentrarse en la sensación de sus pulmones contrayéndose, cada vez más desesperados por respirar. Cuando por fin liberó a la joven, la pasó bajo un brazo y nadó de espaldas para que sus rostros quedaran por encima de la superficie del agua.

Xenia, flácida, pesaba bastante y no se lo ponía precisamente fácil, sobre todo porque ella misma tenía tanto frío que empezaba a perder toda sensibilidad en las extremidades.

«No vuelvas a estar a punto de ahogarte», pensó, casi esperando ver y oír las miradas codiciosas y los graznidos de las gaviotas que esperaban el final de su lucha. Pero en lugar de eso solo estaba el agua de sabor turbio y el horizonte partido en dos en marrón y gris.

—Aguanta, chica —dijo, temblando—. Te tengo. Te tengo.

Xenia no contestó, aún colgada del brazo, cuando Jenna sintió algo contra su espalda y no pudo moverse. Bajó los pies, esperando poder encontrar el equilibrio, siempre que los bloques de hielo en que se habían convertido no la engañaran.

Con las rodillas temblorosas, arrastró a Xenia hacia el terraplén, resbalando varias veces en la grava hasta encontrar una apariencia de equilibrio, y luego la tumbó boca arriba. Tras agacharse, Jenna separó las mejillas de Xenia con una maniobra de Esmarch. No pudo ver vómito, pero no lo esperaba, así que acercó el oído a la boca teñida de azul, pero no oyó respiración. Luego, buscó el pulso, pero no lo percibió.

—Parada circulatoria. Hipotermia —dijo en voz alta, e inmediatamente comenzó la reanimación cardiopulmonar. Tras lo que pareció una eternidad alternando enérgicas compresiones torácicas con insuflaciones de aire en los pulmones, Xenia recobró por fin el conocimiento y Jenna la puso rápidamente de lado para que pudiera vomitar un chorro de agua. Sin embargo, Xenia seguía sin reaccionar y parpadeaba peligrosamente. De nuevo Jenna comprobó la respiración de la estudiante, escuchando los traqueteos y gorgoteos, y descubrió

que tenía un pulso débil pero constante.

Jenna se agachó y se la echó por encima de su hombro para poder sujetarle el hombro con una mano y el muslo con la otra. Llevando a la joven como un saco al cuello, subió con dificultad por la orilla embarrada y avanzó lo más rápido que pudo en dirección norte, siguiendo el curso del río a través de la maleza, afortunadamente manejable.

El bosque de coníferas siberiano que la rodeaba no era muy espeso y había suficiente luz para ver por dónde iba. Una y otra vez tuvo que pasar por encima de troncos de árboles y evitar arbustos espinosos, pero podría haber sido mucho peor.

—Solo mantente viva —gimió bajo el peso de sus hombros, ignorando el ardor de sus muslos. Al menos, empezaba a entrar en calor por el esfuerzo, y justo cuando pensaba que la lactosa acumulada en sus músculos la iba a hacer desfallecer, vio las primeras llamas brillantes en la oscuridad menguante.

—¡Ya casi hemos llegado! —No obtuvo respuesta, salvo un leve gemido, pero eso fue señal suficiente de que aún no era demasiado tarde, aliento de que el calvario terminaría pronto.

Los restos del avión habían abierto un surco corto pero considerable en el bosque, de unos 100 metros de largo, dejando una masa de metal ardiendo y humeante entre los restos astillados de los árboles. Justo enfrente del borde del claro artificial, la mitad de una hélice destruida estaba clavada en un árbol como una estrella arrojadiza. La carcasa del fuselaje en llamas se había posado a poca distancia del río en una espesa onda de proa de tierra y maleza.

Jenna llevó a Xenia junto a una pierna de soldado amputada y la colocó en una postura semisentada cerca del fuego, que apestaba a queroseno y plástico. Luego, se sentó detrás de la joven y la abrazó contra su pecho.

Las llamas eran tan calientes que dolían, pero no era más que el contraste extremo con el frío glacial de su piel, que aún no se había beneficiado del flujo sanguíneo añadido por el esfuerzo.

—Me resulta familiar —murmuró, recordando el tren destrozado. Jenna seguía sin saber cómo o por qué habían sobrevivido a este

último desastre. Miró al cielo ennegrecido y resopló—. ¿Nos ha derribado la Iniciativa? Casi seguro. Pero ¿cómo? Antes de que la cabina se llenara de agujeros, recuerdo un estruendo. Una explosión, presumiblemente. La metralla podría indicar un misil Buk ruso.

La mirada de Jenna se perdió entre los árboles, que parecían bailar con las sombras en los reflejos inestables de las llamas: una vista preciosa, casi hogareña, si no fuera porque en el fondo de su mente sabía que se habían estrellado en algún lugar en medio de la nada siberiana.

«No, en medio de la nada no», se corrigió. «De lo contrario, el misil no nos habría alcanzado. Un Buk tenía que estar en tierra: era un misil tierra-aire. ¿O también se utilizan en misiones aire-aire? No. No lo creo. Pero podría haber sido metralla de otro tipo de ojiva».

Volvió a hacer una pausa y se limitó a respirar un rato, disfrutando del calor y las sensaciones que volvían a sus miembros. Sintió cómo el pecho de Xenia subía y bajaba y se permitió sonreír.

«Un Buk cuesta unos doscientos o trescientos mil dólares. No es mucho, y en Rusia se puede conseguir todo lo que las fuerzas soviéticas han producido en el mercado negro. Así que debe haber sido eso, lo que indica una batería antiaérea en algún lugar cercano. Pero ¿eso significaba que su base estaba aquí? No. Podría haber sobornado a un oficial del ejército de alguna instalación de defensa. Si al menos tuviera un GPS conmigo y pudiera comprobar las coordenadas».

Acarició el pelo de Xenia, ensimismada.

—Estuve a punto de creerle, ¿sabes? —susurró, con los ojos fijos en el espacio—. Parecía tan... convincente. Probablemente pensaste que me hacías un favor cuando le disparaste. Y quizá lo hiciste. Quizá estuvo a punto de engañarme otra vez, y tú me salvaste de ello.

«Pero ¿de verdad me lo creo?», continuaron sus pensamientos. «Estaba bajando la pistola, ¿no?» El momento había sido tan breve que ella ni siquiera estaba segura de si había sido un simple movimiento debido a la mano estropeada de Feyn, o el auténtico impulso de bajar el arma. Había parecido casi decepcionado de que ella lo amenazara y no le creyera. ¿Qué quería decirle? ¿Por qué se

había tomado la molestia de convencerla? No podía esperar tener éxito.

—No lo averiguaré ahora, así que mejor dejar de preguntármelo —refunfuñó, apartando el remordimiento, esa punzada fría en el corazón que sentía como una pérdida—. No seas una adolescente estúpida, Jenna. —Se secó los ojos con el dorso de la mano y se aclaró la garganta—. Céntrate en lo que importa. Lo que sabes hacer. Sobrevivir.

—Lo hice por ti —susurró Xenia débilmente.

—¿Qué? —preguntó más por la sorpresa que por obtener una respuesta.

—Tenías miedo de que te volviera a utilizar. Y yo temía que apretara el gatillo y te matara.

—Está bien, querida. No pasa nada.

—Yo lo asesiné.

—Actuaste en lugar de congelarte.

—Pero lo asesiné —insistió, con voz temblorosa.

—La primera vez siempre es la peor —le aseguró Jenna—. No mejora después de eso, pero hace que sea más fácil de olvidar. Además, no sé si no me habría engañado otra vez.

—Solo lo dices para hacerme sentir bien.

—Sí, lo admito, pero también es verdad. No puedo saberlo. Algo era diferente en su comportamiento, pero no sé qué. Si cometo un error una vez, es fracaso. Si cometo el mismo error dos veces, es estupidez. Cualquiera puede fracasar, pero uno nunca debe ser estúpido.

Xenia empezó a llorar en silencio. Jenna solo se dio cuenta porque el menudo cuerpo de la joven temblaba entre sus piernas y brazos envolventes. Permanecieron un rato en silencio, escuchando el crepitar de los fuegos hediondos que las calentaban mientras las envolvían en humos tóxicos. No tenía ni idea de cuántas horas habían pasado, pero no importaba, ya que no podía hacer nada.

—¿Vamos a morir aquí? —preguntó en un momento dado la estudiante con voz extrañamente pausada, como si estuviera borracha.

—Posiblemente.

—Este es el avión siniestrado, ¿verdad?

—Sí.

—Siempre quise hacer paracaidismo, ¿sabes?

«Todavía está en shock, supongo».

—No, no lo sabía. Bueno, ahora lo has hecho.

—En realidad ni siquiera lo recuerdo. Aunque creía que sería más agradable.

—Pero igual de emocionante, supongo.

Soltaron risitas, sonidos que combatían el frío y la soledad que las rodeaban como lobos hambrientos en la noche.

—Lo has hecho bien.

—Creo que tengo las piernas rotas y los antebrazos raspados. Y sospecho que en parte estuve inconsciente.

—Puede que haya algo de eso.

—No hay manera de salir de aquí, ¿verdad?

—Ninguna que sea agradable.

—¿Pero podrías...?

—Podría ser capaz de hacerlo, sí.

—Entonces deberías irte.

—Nada de «no te preocupes por mí, ¡sálvate!» —la amonestó Jenna, negando con la cabeza—. Nunca me han gustado esas cosas. Mis decisiones son mías. No querrás morir aquí sola, ¿verdad?

—No.

—Ves. Y no tengo ningún interés en rescatarte del fuego todas estas veces para nada.

Lo dijo en broma, pero la estudiante se quedó callada. «Creo que no se me da muy bien hacer bromas».

—¿Así que vamos a quedarnos aquí y morir juntas?

—No creo que eso vaya a ocurrir.

En algún lugar de la lejanía se oyó el ronco canto de un búho real, un sonido solitario en la oscuridad, a duras penas alejado por las llamas de destrucción que les rodeaban.

¿Habían aterrizado ya los astronautas de la misión SpaceX en Cassandra? ¿Tenía un aspecto tan extraño como aquí, en este profundo surco dejado por los restos del avión?

—Nos encontrarán —dijo lentamente Xenia después de que hubieran escuchado el crepitar del fuego durante un rato.

—Sí, lo harán.

—Pero ese era tu plan. Por eso vinimos aquí. A un faro en el vacío que aún se puede ver a cien kilómetros de distancia.

—Lo haces parecer como si tuviera elección.

—¿De verdad no la tenías?

—No. La regla más importante es que siempre priorices la supervivencia. Después de eso, las cosas pueden ir en diferentes direcciones. Una de ellas puede ser la muerte, pero no es la única. Una vez que estás muerta, no puedes actuar. Es tan simple como eso. ¿Nos encontrarán? Sí. ¿Nos matarán? Tal vez. Solas ahí fuera, mojadas e hipotérmicas, habríamos muerto de cualquier manera, enfrentándonos a lo que podría haber sido una extensa búsqueda durante días. No lo habríamos logrado. Te reanimé, pero necesitas encontrar un médico o no pasarás la noche.

—Siempre dices la verdad, ¿no es así?

—Lo intento.

—¿Por qué?

—Mi instructor me dijo una vez que imaginara mi vida como un indicador de batería. Ahora tengo casi cuarenta años. Si tomara la esperanza de vida media de una mujer estadounidense, ochenta, mi batería solo estaría al cincuenta por ciento. Si lo piensas, eso no es mucho. Da igual que cojas una cinta métrica y cortes la mitad. Esa es tu vida. ¿Quieres pasar el tiempo restante con mentiras, desvíos lingüísticos, inexactitudes y sensibilidades subjetivas?

—Si lo pones así, probablemente no —admitió Xenia—, pero podrías. ¿Quieres pasar el poco tiempo que tienes adormecida y con reacciones negativas de los que te rodean? ¿O quieres aportar algo de calidez y cercanía a la vida, aunque no esté basada racionalmente en la verdad, sea cual sea la verdad en ese momento?

Jenna se quedó pensativa un rato y luego se olvidó de contestar mientras le pasaban por la cabeza varias escenas de Tony intentando enseñarle la mentalidad adecuada para un agente de campo. ¿Qué era exactamente lo que seguía aflorando y qué había tirado por la borda

por el camino porque (supuestamente) afectaría negativamente a su camino? ¿De quién era el camino?

Cuando aparecieron los primeros pistoleros, lo hicieron de forma silenciosa y poco espectacular. Al menos dos docenas salieron de entre los árboles, vestidos de negro, con los rostros enmascarados con pasamontañas y pintura negra, y dispositivos de visión nocturna ante los ojos. Como sombras en movimiento, se acercaron y esperaron a cierta distancia hasta que el traqueteo de los rotores cortó la noche.

—Gracias —susurró Xenia antes de caer flácida en los brazos de Jenna, con la cabeza apoyada en su pecho.

Capítulo 10: Lee

El foso era interminable. Al cabo de más de una hora (y tras consumir el 20 % de su reserva de oxígeno, a pesar de emplear sus técnicas de respiración para un menor consumo), la luz frente a él se hizo más intensa por primera vez, y gradualmente mayor. Como era amarilla, no le cabía duda, por las operaciones de campo con rusos en la EEI, de que se trataba de los dos cosmonautas.

Según la pantalla de su antebrazo, el pozo tenía más de dos kilómetros de longitud, lo que significaba que tenía que estar en algún lugar por debajo de la elevación al oeste del cráter, quizá incluso más allá. Sarah ya debía de estar preocupada, pero él no había considerado volver arrastrándose. Cada minuto podía contar en su carrera contra el tiempo: sus colegas rusos podrían hacer alguna estupidez.

«Pero ¿es realmente estúpido?» se preguntó, no por primera vez, mientras se movía a cuatro patas y acortaba la distancia hasta la luz que tenía delante, casi hogareña en la oscuridad. La gente de la Tierra temía a Cassandra, y cuanto más tiempo pasaba aquí, más apreciaba ese miedo. Era perfectamente normal disparar impulsivamente a algo percibido como peligroso en lugar de esperar a ver con qué fuerza podía morder.

Un reflejo tan humano como este solía ser fatal. El soldado que había en él lo sabía muy bien, quería establecer los hechos en lugar de seguir tanteando en la oscuridad, asegurarse de que se deshacían de un problema para poder abordar los existentes. El científico que había en él, sin embargo, lo veía de otra manera. Aquel asteroide no se parecía a nada de lo que conocían en el universo, no le importaban las regularidades y era el primer visitante extraterrestre de origen inteligente, eso ya no lo dudaba.

¿Cuáles podrían ser las consecuencias de hacerlo estallar? ¿Y si hubieran malinterpretado su comportamiento anterior por falta de valores de referencia y se hubieran dejado llevar simplemente por el miedo al alienígena?

Antes de que pudiera responder a su propia pregunta, se dio

cuenta de que había llegado al final del pozo. Se abría a una sala iluminada de amarillo donde vio a los dos cosmonautas arrodillados sobre algo. Lo estaban manipulando con la lentitud típica de sus aparatosos EMU. Lee estaba seguro de saber lo que era sin verlo. Tragó saliva mientras recorría los últimos metros.

La sala era un paralelepípedo alargado con las mismas paredes negras y sin contorno, salvo que a través de ellas corrían intrincados patrones de líneas que brillaban débilmente en azul, muy parecidas a las lamas del pozo de expulsión de los fragmentos. En cada dirección, derecha, izquierda, arriba y abajo, había otros pozos que, a primera vista, parecían tener aproximadamente las mismas dimensiones que aquél del que acababa de salir.

Salió en medio de un silencio sepulcral, con los cosmonautas todavía a media docena de metros de distancia. Solo entonces se percataron de su presencia y, como a cámara lenta, se giraron hacia él. No envidiaba los trajes de 30 a 40 kilos que llevaban. Incluso con menos de la mitad de la masa de la Tierra, no era nada agradable trabajar en uno, y se preguntó cómo habían podido atravesar el pozo inicial.

Aliviado, reconoció el rostro de Dima a través de uno de los visores, sus ojos se abrieron de par en par y su boca se entrecerró mientras se enderezaba. Su capucha blanca estaba empapada de sudor que le corría por la frente y la nariz. No conocía al otro cosmonauta, pero notó una expresión tensa en su rostro cuando también se puso en pie. Cuando ambos se volvieron hacia él, los ojos de Lee se posaron en la ojiva nuclear que había entre ellos, un cono alargado con una solapa abierta en la parte superior, bajo la cual había varios interruptores y una pequeña pantalla, con dos teclas analógicas que sobresalían junto a ella.

Lee volvió a intentar comunicarse con ellos por varios canales de radio, pero sin duda estaban utilizando una frecuencia codificada y no creía que fuera a tener suerte. El silencio se extendió entre ellos, volviéndose opresivo a medida que nadie se movía, y la tensión en esta extraña habitación aumentaba. Vio que Dima arrastraba la pierna derecha mientras daba un paso a un lado. Por debajo de la rodilla, el

traje estaba remendado con cinta de blindaje.

—Si no te conociera mejor, diría que estás intentando flanquearme —dijo en su casco, levantando lentamente las manos como si tratara de calmar a un perro rabioso. Entonces, Lee recordó que las luces de su casco seguían encendidas, cegando a los cosmonautas con la fría luz de xenón. Rápidamente, las atenuó lo suficiente como para que solo brillaran, e intentó esbozar una sonrisa conciliadora antes de llevarse una mano al lugar donde tenía la oreja derecha bajo el casco.

Por fin, Dima abrió los ojos. Parecía aliviado y empezó a hablar, tras lo cual su colega, aunque no notablemente relajado, bajó las manos y dejó de estar como un gato a punto de abalanzarse.

Dima sacó una tableta de un bolsillo de su cadera y tecleó algo. El otro cosmonauta se volvió hacia Dima, y sus labios, que se movían rápidamente, le hicieron parecer enfadado. Ambos mantuvieron un breve pero acalorado intercambio de palabras, al final del cual Dima sostuvo su tableta en dirección a Lee antes de que el otro se la quitara de las manos.

—Una frecuencia con una clave —comentó Lee sin pensar, y empezó a hacer las anotaciones oportunas en la pantalla de su antebrazo antes de que pudiera olvidarlas.

—... *prosto popytayetsya nas ostanovit*! (¡... trata de detenernos!) —oyó de pronto una voz rusa enfadada y suspiró aliviado.

—Oye, ¿puedes oírme?

Los dos cosmonautas se volvieron hacia él y guardaron silencio.

—¡Lee, eres tú! —Dima sonrió aliviado—. Temía que tuvieras un destino similar al nuestro, solo que con menos suerte al final.

—No fue suerte. Teníamos combustible de sobra —replicó Lee con una mirada de reproche.

—¡Ah! Ya nos conoces. La Madre Rusia necesitaba nuestra ayuda, y accedimos a ayudar sin pedir billete de vuelta. Como descendientes de Gagarin, no podíamos negarnos.

—Me alegra ver que estás bien —dijo Lee a su amigo, suspirando —. Siento lo de tu camarada.

La expresión de Dima se ensombreció.

—Gracias. Piotr era un buen cosmonauta, quizá el mejor de nosotros.

—Este maldito lugar lo mató —intervino su compañero, y Lee pudo ver la mezcla de ira y tristeza en su expresión.

—Soy Lee Rifkin. Aún no hemos tenido el placer.

Se esforzó por no mirar hacia el arma nuclear que se interponía entre ellos como la proverbial bomba que podía estallar en cualquier momento. «No te apresures».

—Oleg. —El ruso le asintió—. Espero que no intentes detenernos.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Oleg miró a Dima, que a su vez empezó a mirar a Lee.

—Al menos ahora sé por qué teníais tanta prisa y os marchasteis precipitadamente —continuó en tono parlanchín—. Destruir a Cassandra tiene sentido, y puedo entender el razonamiento que hay detrás.

—No viste Ulan-Ude. Fue el maldito fragmento el que destruyó la ciudad.

—Según mi última información, fueron los lanzallamas del ejército ruso. —Cuando su homólogo hizo una mueca de enfado, Lee levantó las manos de forma apaciguadora—. Pero creo que tenían buenas razones para hacerlo. Sin embargo, me pregunto si un ataque nuclear (especialmente uno relativamente pequeño) tendrá aquí el efecto deseado.

—Según nuestros cálculos, debería ser suficiente para sacarlo de su órbita estable y romperlo en el proceso —respondió Dima.

—Pero entonces no sabías que aquí había estructuras de origen alienígena. ¿Estoy en lo cierto? Quién sabe lo robusta que es esta cosa; después de todo, ha sobrevivido a millones de años de viaje interestelar.

—Pronto lo sabremos —respondió Oleg, echando un vistazo a las lecturas de su pecho—. Deberíamos ponernos en marcha.

Lee fingió no oír y señaló las numerosas entradas de los pozos que iban en todas direcciones.

—¿Habéis averiguado qué más hay aquí? Parece que hay muchos caminos que podríais tomar para explorar todo esto.

—¿Por qué?

—Respuestas. Estamos buscando algunas. Tu bomba no va a ir a ninguna parte, supongo. Por mucho que entienda que quieras hacer algo para salvar nuestro planeta, creo que podemos aprovechar el tiempo que tenemos para averiguar más.

Lee se dio cuenta de que Dima seguía mirando a su camarada con el rabillo del ojo, mordiéndose la comisura izquierda de la boca, igual que había hecho durante el tiempo que pasaron juntos en la EEI. Al parecer, Dima no era el comandante de esta misión. Se preguntó por qué se habían peleado antes de saltar al hueco. ¿Y por qué habían llegado finalmente a un acuerdo?

Hubiera preferido preguntar con franqueza, como era costumbre entre los astronautas, pero intuía que en esta situación había más de lo que podía ver, y la tensión era lo suficientemente grande como para que en cualquier momento se produjeran cambios imprevisibles. Ante esta situación extraordinaria, el ambiente cortés y francamente relajado era frágil, como si pisaran sobre hielo delgado, y cada uno de ellos sabía que podía ahogarse en el agua fría en cualquier momento.

—No nos queda mucho oxígeno —comentó Oleg.

—Tenemos suficiente para todos a bordo.

Lee se guardó para sí que, de momento, no tenían combustible suficiente para un viaje de vuelta.

El ruso pareció sorprendido al principio, luego entrecerró los ojos con suspicacia, asombrando a Lee, quien entonces dijo:

—Todos somos astronautas. ¿Creías que no compartiríamos con vosotros? —Miró a Dima, pero este seguía en silencio.

—Gracias, eres muy amable. Pero te sugiero que regreses a tu nave espacial. Activaré el encendido en... —El ruso miró el reloj de su pecho y chasqueó la lengua—. Lo retrasaré una hora y media.

—¿Qué hay de malo en echar un vistazo a algunos de los otros pozos?

—Esto no es una discusión.

—Podría haber algo a cien metros de nosotros que nos diera nuevas respuestas a nuestras preguntas. Tal vez algo sobre el origen de este objeto. Me parece que estamos dando el último paso antes del

primero.

—A la Tierra no le queda mucho tiempo. No deberíamos desperdiciarlo —insistió Oleg.

Lee miró a Dima en busca de ayuda, pero, sorprendentemente, aún permanecía en silencio.

—Incluso os ayudaré con eso si no encontramos nada —intentó finalmente.

—¿Por qué nos ayudarías? —El ruso entrecerró los ojos. Parecía seriamente sorprendido.

—¿Porque somos astronautas? —ofreció Lee, irritado—. Aquí fuera, cooperamos. Siempre. Eso no ha cambiado.

Al no obtener respuesta, se volvió hacia Dima.

—¿Quién es este tipo? —«Desde luego, no es un astronauta».

—Deberías irte ya —respondió no su amigo, sino Oleg, quien metió la mano en el bolsillo de su cinturón de herramientas con uno de sus poco manejables guantes.

—¿Qué está pasando aquí, Dima? Estamos en el espacio. No me vas a decir que estáis en desacuerdo en el espacio, ¿verdad? ¡Esto es una locura!

—Él es...

—Ya basta —interrumpió el cosmonauta no identificado, mirando a Lee—. Es tu última oportunidad. Sal ahora mismo.

—¿Última oportunidad? ¿Qué quieres decir?

Oleg sacó la mano del bolsillo. En ella había un arpón corto con una flecha cuyas dimensiones se asemejaban a las de un lápiz. La punta apuntaba a Lee, que instintivamente dio un paso atrás.

—¿Estás loco? —Miró a su amigo—. ¿Habéis traído un arma?

Como había un arma nuclear en medio de ellos, esta afirmación no carecía de cierta ironía, pero Lee no podía creer lo que estaba viendo. Ver este arcaico instrumento de asesinato era otra cosa. Demostraba que alguien había esperado que hubiera una pelea aquí, y eso era totalmente absurdo. El arpón era diminuto, pero producía mucho menos retroceso que una pistola y podía utilizarse en gravedad cero con el seguro adecuado. Si la flecha perforaba su traje, estaría muerto.

Lentamente levantó las manos y miró a uno y otro lado de los dos cosmonautas. La expresión de Dima parecía dolida, como si luchara por contenerse, pero no intervino, y Lee no lo comprendió.

—No. —Lee negó con la cabeza—. No puedo simplemente irme y... dejarte detonar esa arma. Eso es precipitado y peligroso. Ni siquiera sabemos a qué nos enfrentamos. Este lugar es un milagro: el primer visitante cósmico de una civilización alienígena. —Lee hizo un gesto de barrido que incluía toda la habitación, que (con sus esquinas y bordes claramente cortados y los oscuros agujeros en todas las paredes) parecía sorprendentemente alienígena—. ¡Ni siquiera sabemos qué provocaremos! Quienquiera que haya construido esto debe ser tan superior a nosotros como... no sé qué. ¿Cómo sabemos que no estamos empeorando las cosas al ser tan agresivos?

Oleg se limitó a mirarle y luego de nuevo al reloj que llevaba en el pecho. Nada en la expresión severa del hombre parecía indicar que estuviera pensando en alguna de las advertencias o consideraciones de Lee.

—Vimos, ¿no es así?, lo que el ataque hizo a lo blanco que destruyó Ulan-Ude —suplicó Lee—. Los Ángeles. ¡Solo empeoró las cosas!

—¿No accederás a mi petición, entonces? —preguntó fríamente el ruso, y Lee negó con la cabeza, decidido.

—No, no puedo dejarte hacer eso. Lo siento... —Eso fue lo único que consiguió decir, ya que todo estalló en movimiento. Tras una mirada angustiada, Dima se abalanzó sobre el otro cosmonauta (la escena se asemejaba a la caída de un cono grueso contra otro) justo cuando Oleg disparaba el arpón. Su disparo fue desviado ligeramente por la colisión, pero antes de que Lee fuera capaz de comprender lo que estaba ocurriendo, la fina flecha se alojó en su abdomen, justo encima de su cadera, a un palmo a la izquierda de su ombligo.

Lee contempló incrédulo el frío trozo de metal que sellaba su destino de una forma tan surrealista. Le asombró no solo el hecho de que se tratara del primer acto de violencia entre dos personas en el espacio, sino también el silencio en el que se produjo. Apenas sintió dolor, no más que un pinchazo sordo donde el objeto extraño se

alojaba en su carne. Fue más bien su mente la que le susurró que tuviera miedo, lo que le hizo sudar frío.

No pensó que el final llegaría tan pronto y de forma tan poco espectacular. Lee seguía pensando cuando el mundo real volvió a caer sobre él. Dima y Oleg estaban forcejeando en el suelo en lo que parecía un combate de lucha libre a cámara lenta debido a sus pesados EMU. Su amigo acababa de recibir una patada y se tambaleaba hacia atrás.

Lee quiso reaccionar (actuar), pero se observó a sí mismo palpando la esbelta flecha en su cuerpo. Una extraña frialdad lo invadió. ¿Era el agujero de su traje? ¿Los implacables 180 grados bajo cero que ya congelaban sus vasos alrededor de la herida? De algún modo, se dio cuenta de que Oleg estaba reajustando el arpón y, con sorprendente destreza para los toscos guantes, insertando una nueva flecha. Esta vez dispararía a Dima y su amigo no podría reaccionar con la suficiente rapidez.

Sin pensárselo dos veces, Lee se lanzó hacia delante, sintiendo la presión en el abdomen a cada paso, y, como un ariete, atacó al ruso que le había disparado. Le golpeó en el estómago con el hombro derecho, derribándolo, y juntos surcaron la zona; el arco que describieron era sorprendentemente grande debido a la baja gravedad. Sin embargo, su corto vuelo terminó bruscamente cuando chocaron con la pared de uno de los pozos verticales.

Oleg gritó de dolor cuando sus brazos y piernas actuaron como ganchos de retención, frenando bajo la fuerza del impacto.

—¡Lee! —gritó Dima, horrorizado.

—¡Saca esa arma de aquí y diles a Sarah y Markus que se pongan en marcha! —replicó Lee, jadeante—. ¡Completa la misión!

Antes de que terminara de hablar, Oleg se deslizó hacia la oscuridad que continuaba verticalmente hacia las profundidades. Lee, colgado de él como un pecio, cayó con Oleg en la nada, viendo las paredes a su alrededor en el resplandor de las luces de su casco. Sintió la caída más de lo que la vio, ya que las paredes por las que rozaban las manos y los pies del ruso no mostraban ninguna irregularidad, ni creaban sensación de velocidad.

—Eso… fue… un error —gruñó Oleg, dolido.

—No lo creo —objetó Lee, asombrado de que aún pudiera hablar —. Ahora muere con dignidad, quienquiera que seas.

Apagó la conexión con un movimiento del dedo en la pantalla de su antebrazo y cerró los ojos para concentrarse en sus profundas respiraciones. Como astronauta, uno se enfrentaba a su propia muerte tarde o temprano; contaba con la posibilidad de que todo acabara en una repentina bola de fuego cada vez que se lanzaba un cohete y, en el peor de los casos, se convertiría en una volátil nube de moléculas de gas.

Todas las estructuras son inestables en este universo, incluidos los cuerpos y las mentes. Es la ley de las cosas, y cuando uno volaba al espacio, enseguida se daba cuenta de ello y lo tenía siempre presente. Enfrentarse ahora a su final era algo que siempre había querido acoger cuando llegara, sin luchar contra ello, y lo consiguió. Estaba tranquilo, muy tranquilo, sintiendo la sensación sorda en el abdomen, pero no le dolía, ni se le aceleraban los pensamientos. Lee estaba tranquilo y consciente, con la respiración entrecortada.

«Está bien», pensó, preguntándose si sabría cuándo fue la última vez que sus pulmones se llenaron de oxígeno, cuando de repente algo fue diferente. No podía nombrarlo, pero al abrir los ojos por impulso, vio que seguían cayendo en picado, aunque ya no en un estrecho pozo. Oleg estaba más abajo, dando tumbos sobre dos fosos a la vez, cayendo a un mar que brillaba débilmente en azul, una masa ondulante, fluida y sólida a la vez, una confusión para los ojos.

Estaba lejos, a muchos kilómetros, quizá más o menos, e irradiaba suficiente brillo como para que pudiera ver dónde estaba. En una caverna, una esfera perfecta, hacia cuyo centro se dirigía, arrastrado por la implacable gravedad de un núcleo que no podía ver bajo la masa azul. Pero aún había tal distancia entre él y esa materia que se deslizaba hacia un sueño que más parecía la alucinación de un moribundo.

—¿Dónde estoy? —suspiró, profundamente conmovido.

Tunguska, 8 de septiembre de 1908

—Me encuentro mal —murmuró el pálido estudiante en su improvisado catre, pareciendo que le costaba mirar a Yuri, como si la tenue luz del amanecer le hiciera daño en los ojos.

—Tiene fiebre —confirmó Jakob, levantando el termómetro clínico que acababa de sacar de la boca del joven como para demostrarlo—. No alta, 39,1, pero claramente una temperatura elevada.

—¿Hay algún otro síntoma? —Yuri levantó la vista de su cuaderno y cruzó las piernas. Estaba sentado en una silla improvisada que Oleg había construido para él. La tienda pertenecía a Jakob, que se había mudado con él para poder utilizar la suya propia con los tres estudiantes que habían caído enfermos, para protegerlos del viento y las inclemencias del tiempo. La silueta del objeto coloreaba de negro la mitad de la pared exterior trasera. Eso era lo cerca que habían tenido que estar de él para utilizar la parte relativamente plana del suelo del cráter.

—¿Notas algún cambio?

—Me gustaría deshacerme de mis grilletes.

—Eso no es un cambio —gruñó Jakob, cuyas ojeras se habían vuelto tan profundas y oscuras que parecía un Cristo sufriente.

—Mm-hmm —continuó Yuri, empezando a tomar notas de nuevo —. ¿Algún antojo en particular o algo así?

—Tengo la boca seca. Profesor, ¿no puede llevarme a un hospital?

—No, lo siento. —Se tiró del pañuelo que llevaba sobre la boca y la nariz—. No sabemos lo peligroso que es.

—Lo que sí sabemos es que no somos médicos —objetó Jakob.

—Piensa en lo que harán si encuentran este objeto. ¿De verdad quieres eso? La fiebre no es muy alta, tú mismo lo has dicho. No veo ningún peligro para los tres. Tienen mantas, pueden tumbarse, y están siendo atendidos por nosotros. No les harían nada más en el hospital.

—¡Pochetnyy! —Oleg entró corriendo y se paró en la solapa abierta de la tienda, cuyo tercio inferior estaba cubierto de barro.

—¿Qué pasa?

—¡Viene gente! Los he visto a lo lejos. ¡Mucha gente!

Yuri se quedó helado.

—¿De dónde?

—Desde el este. Una columna entera de ellos. Creo que también vi mulas de carga. —Oleg jadeó, tratando de recuperar el aliento.

Sobresaltado, Yuri se levantó bruscamente, dejando caer su bloc de notas en el proceso.

—Voy a echar un vistazo. Jakob, ¿puedes continuar aquí, por favor?

—Claro —respondió, echando una mirada de reojo a la sombra en la pared de la tienda. El geógrafo estaba asustado, pero intentaba que no se le notara, lo cual era bueno.

Volviéndose hacia Oleg y tirando del abrigo que había estado tendido sobre la parte trasera del cobertizo, dijo:

—Debe ser la expedición que mencionó el capitán del puerto.

—Pero ¿por qué llegan mucho más tarde que nosotros, Pochetnyy?

—Me pregunto lo mismo.

Como pronto supieron, la expedición estaba formada por diez científicos algo mayores de la Academia de Ciencias Baikal. Su líder, si es que se le podía llamar así, era un caballero de edad avanzada, con ropas finas y sombrero de copa, mirada severa y mejillas hundidas como las de un asceta. No cabía duda de que procedía de una familia aristocrática. Se presentó como físico y no ocultó su diversión cuando Yuri se presentó como profesor de Krasnoyarsk.

Krasnoyarsk era provinciana, y bastante fea. Lo que el hombre quería decir con su risita burlona era, por supuesto, la juventud de Yuri. Pero Yuri lo había asumido hacía tiempo y había desarrollado insensibilidad a las críticas. Le parecía ridículo perder el tiempo preocupándose por esas banalidades.

Resultó que el tal Djusev también había observado el meteoro, y se había dirigido a este lugar tras dirigirse primero hacia el este para buscar cualquier rastro que el objeto pudiera haber dejado tras de sí. Además de los otros nueve científicos (que parecían verdaderos

científicos con sus ropas utilitarias y dadas las curiosas miradas que lanzaban sobre el borde del cráter), Djusev iba acompañado de diez matones. Llevaban uniformes sencillos, pero Yuri se dio cuenta enseguida de que eran de la calle, con sus porras y pistolas, sus narices anchas y sus miradas violentas. Utilizaban cuerdas cortas para guiar a unas mulas de carga harapientas que llevaban tanto peso que parecía un milagro que sus piernas rechonchas pudieran cargarlo todo.

A Djusev no pareció importarle que Yuri hubiera llegado aquí con su grupo antes que él, ya que no hizo ademán de abandonar la zona e inmediatamente ordenó que montaran sus tiendas y ataran los animales.

—Has invertido mogollón de rublos —comentó Yuri mientras se ponía al lado del profesor, que observaba toda la acción con los pulgares enganchados al cinturón. La barriga le sobresalía tanto de aquella postura que, en su mente, Yuri vio cómo los botones saltaban por la presión.

—Oh, no es nada —replicó Djusev con arrogancia, viendo cómo sus científicos subordinados descargaban cajas con todo tipo de instrumentos de medición mientras los guardias clavaban el suelo mojado con los palos de la tienda—. Como decano, he financiado expediciones mucho mayores.

«Pero no participaste en ellas», pensó Yuri, asintiendo para sí. «Al tipo le encanta oírse hablar, pero no ensuciarse las manos. En realidad, no quiere estar aquí».

—Debes traer cámaras, ¿verdad?

—¡Pero claro! —El decano pareció indignarse ante la pregunta—. ¡Un hallazgo así debe estar debidamente documentado!

«Con *él* en las fotos, por supuesto», añadió Yuri en silencio.

—¿Y por qué los hombres armados? Espero que no nos consideres el enemigo.

Yuri sonrió para enfatizar que estaba haciendo una broma obvia (la mitad de la cual iba en serio, por supuesto), pero Dyusev no pareció darse cuenta.

—Soy un hombre rico, y no todos en Irkutsk me tienen en la misma estima que en la universidad. Además, por lo que sé, hay

muchos osos por aquí.

—Al menos podremos verlos desde lejos.

—Menos mal. Y estos rufianes también podrán mantenerlos a raya. —El barrigón le miró de reojo por primera vez desde que empezaron a hablar—. Entonces, ¿has averiguado algo ya? ¿Algo que necesitemos saber?

—Sí, algo.

—¿Y bien…? —Djusev parecía irritado por la evasiva.

—Será mejor que lo hablemos esta noche. Puedo explicártelo a ti y a todo tu personal o colegas, y nos ahorraremos algo de tiempo.

—Aaah, en mi opinión son solo bufones educados.

«No». Yuri observó a los exploradores correteando frente a ellos, e inmediatamente supo lo que estaba pasando. El tiburón alfa percibía una presa. El propio Djusev quería dar el gran discurso delante de su gente, a la que probablemente ni siquiera le caía bien.

—No hay problema. He tenido muchos tratos con semejantes cabezas de chorlito y sé cómo manejarlos.

Al ver la inminente contradicción en la expresión de Djusev, Yuri se despidió con un gesto de sombrero y volvió junto a Jakob y los demás estudiantes que estaban en el cráter, mirándolos.

—¿Quién es? —preguntó su colega cuando llegó hasta ellos.

—Un ricachón que se compró un puesto de decano en la Academia de Ciencias de Irkutsk y está aquí para ser inmortalizado — refunfuñó Yuri.

—¿Y los demás?

—Tal y como yo lo veo, son nueve los científicos que trajo consigo para tener un séquito que le hiciera parecer importante. A mí me parecen tipos serios, que quizá no querían venir con él, pero que se han vuelto tan curiosos como nosotros desde que vieron la destrucción y luego este lugar. Se ve que le tienen miedo.

—¿A él o a sus matones a sueldo, Pochetnyy? —preguntó Oleg, quien había llegado a su lado y fruncía el ceño por encima del hombro.

—Esto es cada vez más peligroso —dijo Jakob con un profundo suspiro, señalando la tienda detrás de él. Yuri se dio cuenta de que los

alumnos de alrededor parecían cabizbajos y evitaban mirar en esa dirección—. Uno de ellos acaba de morir.

—¿Perdona? —Horrorizado, dio un paso atrás como si un golpe invisible le hubiera alcanzado.

—El que tenía más fiebre. Empezó a jadear y no respondía. Su corazón dejó de latir. Tenemos que irnos, Yuri —dijo su colega con urgencia—. Volveremos, pero estaremos mejor preparados.

—No, no podemos irnos ahora. Hemos llegado hasta aquí, y cuando volvamos, ese arrogante y vanidoso pavo real se lo habrá llevado todo.

—No se trata de fama, sino de...

—¡Exactamente! Se trata de conocimiento científico. Estamos ante algo tan extraño y vasto que ni siquiera sabemos por dónde empezar nuestra investigación. Si alguien muere en el proceso, es trágico y no me gusta nada, pero ¿queremos deshonrarles desistiendo ahora y que todo esto sea en vano?

Dejó que sus ojos recorrieran a los estudiantes que le escuchaban atentamente.

—¿O queremos pasar a los libros de historia como los que hicieron el descubrimiento más importante del siglo XX? ¿Queréis que vuestro compañero sea conocido como alguien que dio su vida por esta expedición, al final de la cual habrá respuestas a misterios increíbles, contactó con algo del espacio, o como alguien que murió antes de que los demás se rindieran y regresaran a casa sin resultados?

Nadie se atrevió a contestar, pero tampoco nadie se movió. Ni siquiera Jakob hizo esfuerzo por marcharse.

—Empecemos a trabajar. Protejan las vías respiratorias y saquen al estudiante muerto del cráter. Yo me encargaré de los recién llegados. No nos echarán.

—Tenemos las primeras fotos —dijo Oleg con orgullo.

—Ese no es mi objetivo. —Yuri le hizo un gesto desdeñoso—. Mi objetivo es la investigación. Tenemos derecho a buscar y encontrar respuestas, y ese tipo de ahí arriba representa todo lo que se interpone en el camino de la verdadera ciencia. Un esbirro de la aristocracia que...

—Yuri —dijo Jakob en tono admonitorio.

—Vale, vale. Vosotros seguid. Veré lo que puedo hacer.

Capítulo 11: Jenna

—Tienes un aspecto horrible —comentó la Viuda Negra, y Jenna tuvo que hacer acopio de un enorme autocontrol para no arremeter contra ella. Los dos matones que la sujetaban por los brazos, con las manos atadas a la espalda, parecieron percibir el impulso y Jenna sintió cómo la agarraban con más fuerza. Se encontraban en un largo pasillo con techos fluorescentes de los años 90 que hacían que las paredes grises parecieran aún más frías de lo que ya eran. A la izquierda, a través de un amplio cristal, podía ver el quirófano al que llevaban a Xenia. Un enjambre de médicos enmascarados se arremolinaba a su alrededor, haciendo su trabajo con rapidez profesional.

—Sálvala.

—Eso es lo que hacemos. Aquí tenemos algunos de los mejores médicos del mundo. La curarán... —se encogió de hombros la alemana—, con una probabilidad muy alta.

Jenna comprendió la amenaza tácita y relajó los hombros. No había notado mucho el viaje hasta allí, ya que le habían puesto unos auriculares junto con una venda en los ojos nada más atarla. Recordaba haber querido gritar y maldecir, pues su ignorancia sobre si Xenia seguía viva o recibía primeros auxilios había amenazado con volverla loca. Pero la joven estaba viva, como había podido comprobar cuando le permitieron volver a ver y oír en este pasillo.

—Tiene agua en los pulmones y posiblemente...

—Ellos se encargarán —interrumpió su adversaria—. Tú y yo... tenemos que hablar.

—¿Y mi atención médica?

—Ya te hemos quitado el chip GPS que tenías insertado, por si te hacías ilusiones. Bastante inteligente, debo decir. Solo buscábamos el chip principal, pero no un chip de *smartphone* de tan baja frecuencia en un corte improvisado en tu cadera.

—Me alegro de haberte enseñado algo nuevo. Espero que te hayas dado cuenta demasiado tarde —respondió con el ceño fruncido.

—Sí, lo hicimos. Posiblemente. El transmisor se quedó sin energía, y no sabemos cuándo se desconectó. Si tenemos suerte, hace muchas horas. Si tenemos mala suerte… —la Viuda Negra se encogió de hombros—, que así sea.

—¿No sería mejor evacuar, entonces?

—Espero que no te comportes como una adolescente malhumorada todo el tiempo que estemos juntas —comentó con un bufido divertido.

De nuevo, Jenna tenía un comentario mordaz en la punta de la lengua, pero se contuvo, no quería que la traficante de personas se sintiera superior. Al menos no sin luchar.

—No creí que me dejarías vivir —dijo Jenna con neutralidad, sintiendo que el nudo en la garganta se hacía más grande y hacía que cada trago fuera desagradable.

Xenia acababa de ser intubada y untada con yodo para la operación. El color rojo de su delicado vientre parecía sangre, lo que hizo que Jenna sintiera frío de repente. «¿Qué me pasa?»

—Cuando viniste a mi yate, me sorprendió la mente aguda y fría con la que estaba tratando. —La Viuda Negra la miró despectivamente —. ¿Estaba equivocada?

Jenna la miró a los ojos.

—Me importa un bledo si tenías razón o no.

—Tienes tan pocas ganas de esto como yo, pero debemos acabar de una vez. ¿Vamos, entonces?

—¿Tengo elección?

—Me encantaría repetir mi mantra: Siempre tenemos elección. Pero en este caso, no la tenemos. Ni siquiera voy a darte una salida heroica hasta que nos sentemos.

«Hasta que me hayas torturado», replicó la mente de Jenna.

—Sabes que eso no servirá de nada —respondió con frialdad.

—Sí, sí. Los agentes de campo sois muy duros, lo admito. Usar alicates para sacar uñas no funcionará con vosotros. Soy consciente de ello. Y también tus repentinos sentimientos maternales por esta joven…

—¡No es así! —replicó Jenna por reflejo, molesta por su arrebato.

—Tampoco podré explotar esos sentimientos maternales para hacerte entrar en razón. Eso también lo sé. Pero puedo hacer que me escuches, y con algunas personas, eso es suficiente.

—¿Por qué estás tan segura?

—Ven conmigo.

La Viuda Negra se giró y Jenna fue empujada detrás de ella. Los dedos de los guardias se clavaron profundamente en sus antebrazos. Al final del pasillo, desembocaron en otro con paredes de madera muy oscura. Al final había una puerta que daba a un despacho. Como en todos los sitios en los que había estado desde que le habían quitado la venda, aquí no había ventanas.

La anciana se sentó detrás de un escueto escritorio en el que solo había un ordenador portátil, un montón de papeles y una pluma estilográfica. Jenna fue obligada a sentarse en una de las dos sillas que había frente al escritorio. Solo pudo mirar a su alrededor después de que le ataran los brazos al respaldo de la silla y las piernas a las patas delanteras. No había cuadros en la habitación, solo un espejo y muchos armarios cerrados.

Cuando la puerta se cerró tras ella, sintió que estaban solas y enarcó una ceja.

—No eres una escapista, ¿verdad? —preguntó la Viuda Negra, colocando una pequeña llave sobre el escritorio vacío que tenía delante.

—No voy a decirte nada, aunque estés a punto de empezar a prometerme que me liberarás si revelo esto o aquello. Pensé que ya lo sabías.

—Oh, por supuesto. —La alemana rio artificialmente. Tenía nuevas sombras grises bajo los ojos y parecía haberse arrugado notablemente—. Pero aún no has comprendido de qué va todo esto.

Jenna sintió la opresiva pesadez en el estómago que amenazaba con convertirse en ira, así que inspiró, intentando no mostrar debilidad. Si alguien podía ver a través de ella, esa era su adversaria.

—¿Y?

—No estás aquí para decir nada, estás aquí para escuchar. Voy a decirte algunas cosas y a confrontarte con hechos, todo lo cual espero

que lleve a las conclusiones correctas en esa pequeña mente inteligente tuya, para que esta operación al menos siga cumpliendo su objetivo mínimo.

—¿Objetivo mínimo? ¿La contaminación de todo Estados Unidos por un parásito alienígena?

—No, no. —La Viuda Negra negó con la cabeza—. *Tú* eras el objetivo mínimo.

—¿Yo? —Jenna estaba escuchando ahora, sentada rígidamente erguida en su incómoda silla.

—Sí, tú. ¿Crees que Yuri va a dejar el centro de poder así como así?

—¿Yuri?

—Yuri Golgorov.

—No conozco a ningún Yuri Golgorov.

—Oh, chica. —La anciana se desplomó en su silla de oficina—. Para tener una mente tan despierta, no se te da muy bien sumar dos y dos. Yuri Golgorov, el líder de nuestra Iniciativa, era un hombre brillante con conexiones en los más altos círculos gubernamentales de todo el mundo, entrenado por los mejores ex oficiales de inteligencia y soldados. ¿De verdad crees que Feyn era su verdadero nombre?

Jenna no dijo nada, sino que parpadeó, como si eso pudiera ayudarla a contextualizar lo que estaba oyendo.

—Bueno, vale, Feyn era su verdadero nombre. Yuri Golgorov se ha convertido más bien en un título que llevan nuestros presidentes. Son elegidos, lo creas o no, y él era el mejor de nosotros. Hasta que lo mataste.

—Yo... —Jenna vaciló, levantó la barbilla y asintió—. Sí.

—Él lo sabía, ¿sabes? Que tú serías su fin. Sin embargo, fue a la misión que le asigné.

—¿Tú? Creía que habías dicho que era el presidente de la Iniciativa.

—Es cierto, pero yo estoy a cargo de nuestra operación Cassandra. Él me puso al frente de ella, con todos los poderes, incluidos los de darle órdenes. Hasta ese punto, me culpo por lo que ha pasado. Al principio no quería aceptar el encargo porque temía

tener que luchar contigo, pero al final, su tapadera era demasiado buena.

—No querías que se descubriera.

—Le ordené que te matara si no te unías a él. Pero al parecer, desobedeció mi última orden. —La mirada de la Viuda Negra se ausentó momentáneamente mientras miraba al espacio y asentía para sí misma—. De lo contrario, te habría matado.

—Si tan poca fe tienes en mis habilidades, ¿por qué estás tan ansiosa por convertirme?

—Porque él creía que podías salvar nuestro plan.

—¿Quieres que salve vuestro plan? —Jenna estaba demasiado perpleja para reírse—. ¡Tienes que estar bromeando!

—Estás enfadada, y lo entiendo. Te hemos estado utilizando desde el principio... bueno, no exactamente desde el principio, pero sí desde que me localizaste en mi yate. Estoy segura de que no es agradable para ti oír esto, pero los sentimientos personales son demasiado insignificantes para tener peso en este asunto. Se trata de nuestro planeta.

—Oh, vamos. —Jenna hizo una mueca de desdén—. ¿Hablas de salvar el planeta, y sin embargo atacas Los Ángeles, y luego el Pentágono?

—¡Somos los culpables de la infestación de Los Ángeles, pero no de los disparos de las armas orbitales! —La expresión controlada de la Viuda Negra vaciló brevemente, mostrando cierta ira.

—No te creo. ¡Tienes a tu gente posicionada en todas partes!

—Sí, también en el Consejo de Seguridad Nacional, pero nuestros miembros allí intentaron en vano detener la operación. El primer ataque al Pentágono, por cierto, fue perpetrado por las fuerzas de inteligencia chinas cuando trataban de obtener datos del servidor y localizar a Mjöllnir, aunque todavía no sabían lo que era. Lo único que sabían era que una de sus flotas y su atolón favorito habían sido misteriosamente pulverizados.

—¿Y tú tampoco tuviste nada que ver?

—Somos responsables del incidente de las islas Spratly. Uno de nuestros principales científicos quiso cambiar de bando.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. Pero no importa. Se suponía que Los Ángeles sería la zona cero de una infestación confinada a los límites de la ciudad después de que gran parte de ella pudiera ser evacuada. El uso de Mjöllnir, sin embargo, fue un desastre, y podría haber condenado a toda California. Debemos evitar que eso ocurra.

—Dijiste que todo estaba planeado desde que te localicé en tu yate. ¿Así que mi rastreo de tu base secreta en Xinjiang también fue planeado? Eso no suena como si fuera en tu beneficio.

—Sabíamos que el Pentágono tenía un arma secreta, pero aún no de qué tipo era. El hecho de que su primera misión fuera destruir nuestro centro de investigación fue una sorpresa, pero nos ayudó a saber a qué nos enfrentábamos. Y si lo piensas de nuevo, todo salió bien: escaparon a Vladivostok, por la ruta exacta que especificamos. El capitán McDee acababa de llegar de la Polinesia Francesa y había que convencerle de que trasladara su cargamento. Tú le proporcionaste el dilema perfecto que finalmente le llevó a trabajar contigo y con nuestra gente al mismo tiempo, en cierto sentido. Fue a Los Ángeles, hizo lo que Feyn orquestó y perdió el juicio.

La Viuda Negra se detuvo unos segundos.

—Cierto, pero llegaremos a eso más tarde. El caso es que continuaste tu misión sin que la CIA se beneficiara mucho de ello, debido a tu falta de accesibilidad. Penetraste en la zona de contención y extrajiste a nuestro equipo de investigación, al que no pudimos contactar.

—¿Así que realmente te pertenecían? —Jenna negó con la cabeza amargamente.

—Sí. Pero no de la forma que piensas. Su supervisor era uno de nosotros, pero ellos mismos no sabían para quién trabajaban ni quién obtenía sus datos. Por si te preocupa, están bien. Están en estas instalaciones.

—¿Están vivos?

—Por supuesto. Son expertos en su campo y hemos invertido mucho en ellos. Demasiado para abandonarlos a su suerte. Gracias por salvarlos. Feyn creía en ellos, y yo era... bueno, digamos que era

escéptica. Ahora no lo soy.

—Bien. ¿Y qué quieres exactamente de mí?

—Queremos que salves a los Estados Unidos de convertirse en un supercúmulo de la espora. Eso no solo sería el fin de tu amada patria, sino el fin de nuestro planeta, nuestros científicos están convencidos. Y están unos cien años por delante de cualquiera que estudie actualmente la espora.

La Viuda Negra vio el ceño fruncido de Jenna y se inclinó hacia delante sobre el escritorio con las manos cruzadas para mirarla urgentemente a los ojos.

—Sí, Jennifer Haynes, somos los buenos en este juego, lo creas o no.

—No lo creo.

—Quiero enseñarte algo. —Su adversaria se levantó y se dirigió a uno de los armarios, de donde sacó un pergamino. A continuación, despejó su escritorio y desenrolló el contenido (una película de visualización considerable) sobre él. Al encenderla, apareció un mapa del mundo. Se iluminaron Shanghái y Los Ángeles, y también parpadeó un punto rojo en Ankara, Turquía—. Estas son las tres zonas infectadas ahora, después de que Ulan-Ude fuera purgada.

—¿Ankara?

—Sí. El Estado turco sigue esforzándose por ocultar la infección, pero no podrá hacerlo durante mucho más tiempo. Nuestras fuentes sobre el terreno están satisfechas porque las autoridades escucharon a nuestros miembros y evacuaron pronto. El número de casos es mínimo y se ajusta a lo necesario.

—¿Necesario? ¿Te oyes?

—¿Tenemos inocentes en nuestras conciencias? Sí —admitió la Viuda Negra, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. ¿Eso hace que esté mal? No. Solo una mente humana piensa en categorías absolutas, pero a la naturaleza no le importan nuestras nociones adquiridas e irreales de la ética. La ética es un defecto evolutivo que nos impide hacer lo correcto.

—Puedes hacer lo correcto sin que tenga los efectos correctos —objetó Jenna.

—Precisamente. Lo correcto solo tiene valor si se hace en el momento adecuado. Por eso nuestras operaciones son tan importantes, y por eso tenemos que asumir grandes riesgos, como en tu caso.

—¿Qué me estás mostrando exactamente? ¿Son estos los lugares que infectaste a sabiendas?

—Sí. ¿Qué notas en ellos?

—Lo obvio. Los tres marcadores están a la misma distancia. Tres puntos que están todos cerca de la misma latitud.

—Así es. Ahora supongo que te preguntarás por qué creemos que estamos salvando el planeta al exponer a nuestra propia especie a la espora.

—La pregunta ha estado flotando en mi cabeza.

—Sabíamos que Cassandra aparecería...

—¿Y por eso matasteis a ese Youtuber? —la interrumpió Jenna.

—Sí. No se podía permitir que el público lo supiera todavía. No estábamos preparados y tuvimos que acelerar los preparativos para la llegada.

—¿Así que por eso recogisteis esas esferas del océano?

—Así es. Llevábamos décadas especulando dónde podrían estar, y no fue hasta la introducción del nuevo sistema de satélites de la NASA para encontrar anomalías magnéticas cuando se nos revelaron. Fuimos los primeros en saber dónde buscar, pero varias agencias de inteligencia también estaban interesadas en las extrañas lecturas, así que fue una especie de carrera. Cuando tuvimos en nuestras manos la primera de ellas, gracias al capitán McDee, tuvimos certeza que estaban relacionadas con Cassandra. No sabíamos que eran marcadores de los cuerpos semilla, aunque en retrospectiva, la idea parece concluyente.

—¿Cuerpos semilla?

—Fragmentos. Traen las semillas a nuestro planeta, ocasionando su desaparición. Yuri Golgorov lo sabía hace cien años.

—¿El primer Yuri Golgorov, quieres decir?

—Correcto. Quiero mostrarte algo, agente Haynes. Las palabras son una cosa, pero verlo con tus propios ojos es otra muy distinta.

La Viuda Negra se levantó de la silla y se detuvo un momento

sobre el mapa. Con el dedo, dibujó un círculo sobre África y trazó líneas que partían de él hasta varios puntos de la Tierra.

—Cassandra no es un asteroide, sino una nave espacial, y no ha venido a estudiarnos ni a iniciar el primer contacto, sino a destruirnos.

—¿Y tú quieres hacer su trabajo? —preguntó Jenna enarcando una ceja.

La respuesta de la anciana la sorprendió.

—Sí. Lo hacemos, y te mostraré por qué. Ven conmigo. —Su mano derecha se movió bajo el escritorio y la puerta se abrió.

Un momento después, Jenna sintió que las manos de los guardias levantaban los brazos atados que le habían obligado a pasar por detrás del respaldo de la silla y, una vez liberadas las piernas de las patas de la silla, la levantaron para ponerla en pie. Caminando en fila india con pequeños pasos que hacían crujir y tintinear sus grilletes, la condujeron al pasillo. Allí tomaron la primera puerta y entraron en una escalera donde los dos hombres fornidos simplemente la levantaron y la transportaron.

—Un viaje, ¡qué bien! —comentó Jenna lacónicamente mientras bajaban varios pisos. La Viuda Negra no parecía estar de humor para charlar. Una vez en la planta más baja, recorrieron un largo pasillo con paredes de hormigón desnudo y sin más puertas que una metálica al final, delante de la cual había un pequeño panel de control con escáneres de huellas dactilares y ADN.

La anciana colocó la palma de la mano sobre el escáner e inspiró en el pequeño sensor. La puerta en forma de mamparo se deslizó lentamente hacia la pared y dejó al descubierto una gran sala circular que contrastaba fuertemente con el túnel de hormigón de aspecto ruinoso. Una zona de la sala, separada del resto por un cristal, contenía muchas máquinas de laboratorio, mesas e incubadoras. Allí trabajaban unas dos docenas de científicos con batas blancas, encorvados ante microscopios y ordenadores, charlando o repasando los resultados en grandes pantallas.

Los que se fijaron en los recién llegados levantaron brevemente la vista, pero no parecían especialmente interesados y siguieron a lo suyo. El misterioso objeto, sin embargo, estaba en su centro no

adosado: un cono que se estrechaba hacia abajo y que parecía como si lo hubieran abierto por la mitad y luego lo hubieran desplegado. El material era negro como el carbón y sin contorno, y en el exterior había adherida una roca que parecía vieja y erosionada. Dentro de la estructura, sostenida por cuatro vigas metálicas, había pequeñas tuberías y una especie de gran depósito en la parte superior.

—¿Qué es eso?

—Este es el núcleo del meteorito de Tunguska que cayó a unos doscientos metros por encima de nosotros en 1908.

—Pero eso es... ¿Qué es?

—Creemos que es algún tipo de sonda topográfica —respondió la Viuda Negra.

—Topográfica? ¿Qué está sondeando? ¿Y quién la envía?

—Nos sondeó a nosotros, y quién la envió, no lo sabemos. Los mismos seres que enviaron a Cassandra aquí, eso es seguro.

Capítulo 12: Lee

La caída se prolongó una eternidad, aunque en su estado podía ver que había un arriba y un abajo. Veía la oscuridad muy por encima de él, el brillante mar azulado muy por debajo, y a sí mismo como una mota de polvo cayendo a través de la vasta extensión intermedia, o tal vez una gota de agua que se había desprendido del techo de una cueva.

Había estado cayendo, pero había desacelerado, tenía que ser eso. Algo le frenaba, pero ¿qué? Todo lo que podía ver se movía en círculos, lo que significaba que no estaba en una caída estable, sino que giraba sobre múltiples ejes.

Nada bien. Recordando su entrenamiento en paracaídas durante su carrera como oficial de la Fuerza Aérea, extendió las caderas un poco hacia delante, apoyó la cabeza en la nuca lo mejor que pudo con el casco puesto y separó los brazos y las piernas. Un dolor en el abdomen respondió a su nueva alineación y se irradió hacia su hombro izquierdo en forma de incómodo tirón. Pero funcionaba. Al cabo de poco tiempo se había estabilizado, miró hacia el mar azul brillante y vio a Oleg cayendo en picado como una marioneta fuera de control. El ruso caía mucho más rápido que él hasta que, bruscamente, el cosmonauta se frenó como si simplemente se estuviera congelando en el vacío.

Lee cayó junto a Oleg como un meteorito, a menos de un metro, y sintió un repentino dolor de cabeza que casi le hizo perder el conocimiento. Los auriculares que llevaba emitían pitidos penetrantes que se hacían cada vez más agudos hasta que desaparecieron abruptamente.

La masa ondulante que se extendía bajo él, formando olas poco profundas, en constante movimiento pero lo bastante resistentes como para no formar ondulaciones ni nada parecido a olas blancas, se ensanchaba y ocupaba la mayor parte de su campo de visión. Miradas a derecha e izquierda le indicaron que debía abarcar muchos kilómetros y que en cualquier momento chocaría con ella. De cerca, se

dio cuenta de que no era una masa consistente de color azul claro. Más bien era un azul oscuro, entremezclado con delicados hilos blancos que, desde lejos, se combinaban en una especie de equilibrio óptico para formar un tono más claro.

«Debo minimizar el área de impacto», pensó, al imaginarse cayendo varios kilómetros en uno de los océanos terrestres. El resultado sería un cuerpo destrozado y desgarrado. Solo le quedaba esperar que la sustancia que había debajo de él fuera algo bastante más blando, aunque no creía que pudiera ser cierto. Debía seguir haciendo lo que creía correcto en ese momento.

Así que colocó su cuerpo en la postura sentada de caída libre, doblando las piernas 90 grados y estirando los brazos hacia arriba como si colgara de un poste invisible. Como no había resistencia del aire y, por tanto, no entraba viento relativo, era mucho más fácil caer sentado. El océano azul y blanco ya no era una masa indistinta, sino una entidad en movimiento que colgaba y seguía un patrón. Cada depresión, cada elevación se creaba y volvía a desaparecer al ritmo de unos segundos, para formarse de nuevo en otro lugar. Lee comprendió instintivamente que se trataba de una secuencia clara, un sistema complejo que no podía comprender. Era más bien una sensación, como si su cerebro comprendiera que había un significado, pero no pudiera traducirlo en una imagen clara que él pudiera captar.

La superficie brillaba como el nácar ahora que los fotones de las luces de su casco incidían sobre ella, creando un espectáculo casi romántico... hasta que vio algo negro en las profundidades, una esfera a cientos de metros de distancia y distorsionada por la refracción de la luz.

Justo antes de atravesar el caparazón brillante, estiró las piernas y se agarró con ambas manos a la flecha que sobresalía de su abdomen. Entonces ocurrió, abruptamente, aunque lo había visto venir. No le dolió, pero la conciencia se esfumó.

* * *

Cuando Lee volvió en sí, estaba suspendido en un cálido resplandor. No tenía temperatura absoluta, por supuesto, ya que era meramente luz, pero sentía un calor reconfortante en cada centímetro

de su piel. Le tocaba y le atravesaba como una lluvia de neutrinos. Sus manos (todavía con los guantes del traje) recorrieron su estómago como si se impulsaran solas, sintiendo el frío metal del astil de la flecha. No estaba frío, por supuesto, pero su cerebro le dijo que tenía que estarlo, y lo aceptó. En algún lugar por encima de él, la superficie del brillo nacarado ondeaba tranquilamente de un lado a otro.

«¿Estoy muerto?», pensó. «Pero entonces, ¿por qué sigo sintiendo la herida? ¿Por qué percibo este extraño olor en mi casco?»

Nada ni nadie le respondió. Por supuesto que no. Al fin y al cabo, estaba solo, el hombre más solitario del cosmos, lejos de casa y lejos de sus camaradas, que paseaban por la superficie de un «asteroide» hueco a muchos kilómetros por encima de él, sin saber dónde estaba.

«Ni siquiera me conozco a mí mismo.

Me pregunto si están muy preocupados. ¿Dima se llevó la bomba? ¿Qué harán ahora? No pueden volver a la Tierra, pero tampoco deben quedarse aquí.

¿Por qué no?» se preguntó, dándose la respuesta enseguida. «Porque aquí es aún más peligroso de lo que pensábamos».

Como un feto enroscado, flotaba en el brillo nacarado que había confundido con un líquido viscoso durante su larga caída, que posiblemente había durado menos de un minuto. Sin embargo, aquello no tenía nada de líquido, al menos no en el sentido de un estado de la materia. Algo le rodeaba y le impedía hundirse en la esfera negra que distinguía vagamente en las profundidades, pero no era nada que pudiera tocar. Si levantaba una mano, no había resistencia, como si su cuerpo hubiera perdido peso.

—Es curioso que caer parezca volar —cantó casi susurrando, la letra de una canción que le gustaba mucho, sin saber de dónde le había venido el impulso. Tal vez para ahuyentar la soledad, la incómoda sensación de que algo iba mal y de que no debería estar aquí.

—Por un ratito —respondió una voz andrógina con la segunda parte de la frase de la canción, y Lee se congeló (mentalmente), ya que su cuerpo aún se sentía cálido y cómodo, y cualquier tensión se habría sentido como un ultraje.

—¿Quién...? ¿Quién es? —preguntó, con miedo a perder la razón.

—Yo.

—¿Quién es *yo?*

—Una entidad inteligente.

Lee negó con la cabeza y parpadeó, intentando averiguar si estaba alucinando. Pero la respuesta no se originó en su cabeza, sino que fue audible en términos reales a través de los estrechos auriculares que normalmente le conectaban con sus compañeros por la radio.

—¿Me estás hablando por... por la radio?

—Por medio de señales de radio, eso es correcto.

—¿Qué señales de radio?

—Las señales de radio son oscilaciones electromagnéticas de alta frecuencia que se modulan rítmicamente, como en este caso, y se emiten desde una antena —respondió la voz. Sonaba tan neutra como el agua.

—Yo... sé lo que son las señales de radio. ¿Quién eres tú?

—Yo.

—Eso ya lo has dicho.

—Así es.

—¿Eres... este lugar? —preguntó Lee con cautela.

—Esa analogía no es del todo exacta. Yo controlo esta unidad.

—¿Por qué respondiste a mi canción? —No sabía por qué lo preguntaba, pero las palabras salieron de su boca más rápido de lo que podía pensar.

—Porque era la extensión lógica de un algoritmo.

—¿Cómo conoces esa canción?

—Tú la cantaste.

—¿Cuándo?

—Antes de que despertaras.

—Eso no es posible. —Lee entrecerró los ojos y se tensó interiormente—. ¿Dónde estoy?

—Estás en el centro de mi unidad, cerca del núcleo.

—¿Qué tipo de núcleo? ¿Te refieres a la esfera negra? —Extendió

una mano, lo que resultó muy fácil, aunque su cerebro parecía esperar que tuviera que empujar contra una masa viscosa.

—Eso es correcto. Es el núcleo de neutrones de esta unidad. La fuente de alimentación primaria.

—¿Fuente de alimentación? ¿Para el asteroide? Por unidad, ¿te refieres a este asteroide?

—Así es.

—¿Eres… alguien?

—No soy una entidad biológica, pero soy un yo.

—Así que eres una inteligencia artificial.

—Sí, me crearon —respondió la voz de género neutro.

—¿Quién te hizo?

—Mis constructores. No tienen nombre.

—Extraterrestres. Fuiste creada por alienígenas —susurró Lee con incredulidad. «No puedes creerlo, aunque estás flotando en un brillo nacarado, mirando hacia abajo en un núcleo de neutrones después de aterrizar en un asteroide hueco. ¿Es esa la definición de locura?»

—Eso es correcto, desde tu punto de vista.

—¿Cómo conoces mi idioma? ¿Llevas tiempo observándonos?

—No. Mis constructores no saben nada de vosotros. He descifrado tu lenguaje a partir de tus soliloquios.

—¿Cómo?

—El código no es muy complejo.

—Quiero decir, ¿Por qué tus constructores no saben de nosotros? Viniste aquí —dijo.

—Se han extinguido.

—¿Eso significa que ya no existen?

—Así es.

—¿Desde cuándo?

—En períodos orbitales alrededor de tu estrella central, exactamente 4,2334 millones de años.

—¿Y te enviaron aquí?

—No.

—Pero… Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque mi programación me lo exige.

—Demos otro paso atrás —replicó Lee, exhalando un largo suspiro—. ¿Eres una IA que controla este asteroide y procedes de una civilización extinta que te creó mientras estaba viva?

—Así es.

—¿Por qué se extinguieron?

—Su planeta fue golpeado por un meteorito.

—¿Así de simple?

—Sí.

—Pero si podían crear algo tan... tan avanzado como tú, ¿cómo es que no pudieron neutralizar un asteroide en curso de colisión?

—Pudieron hacerlo. El cuerpo celeste fue interceptado y, en el proceso, se rompió en muchos trozos más pequeños que, según los cálculos de los científicos naturales y de todos los sistemas informáticos, deberían haberse quemado en la atmósfera del planeta de origen.

—¿Y no lo hicieron?

—Lo hicieron, pero había un organismo en las rocas de los meteoritos que sobrevivió y provocó una extinción masiva.

Lee se sintió como golpeado por un peñasco invisible, contemplando los hilos blancos que surcaban el mar de perlas ante sus ojos.

—He visto esto antes. En la Tierra.

Un leve murmullo en sus oídos le respondió.

—¿Es la misma sustancia blanca que en la Tierra? —preguntó.

—Eso es correcto.

—Así que la Tierra también ha sido infestada.

—Eso también es correcto.

—Pero si llegó al planeta de tus constructores por medio de un meteorito, entonces... ¡tú lo trajiste aquí!

—Eso también es correcto.

Lee jadeó. Esta respuesta sobria y directa era tan aplastante como devastadora. Estaba hablando con una inteligencia artificial que acababa de revelar que había llevado a la Tierra aquello por lo que sus creadores habían perecido, como si fuera lo más normal del mundo.

—Nos has traído la misma ruina que ha sufrido tu planeta natal.

—Así es.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque tú me lo pediste.

—Podrías haber mentido.

—No lo entiendo.

—Podrías haber dicho otra cosa para ocultarme la verdad.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó la voz—. No hay lógica en ello. No hay falsedades en el universo observable.

«¿Será posible?», pensó Lee. «¿Es posible que no conozca el concepto de mentira? ¿Qué significa eso?»

—¿Tus creadores no conocían el concepto de la mentira? ¿O te programaron para no entenderla?

—No se me impusieron límites en la comprensión de los hechos y la interpretación de mis datos... solo en el ejercicio de mi albedrío.

—¿Quieres decir, por ejemplo, que no se te permitía dañar a tus creadores? ¿Como en *Las Tres Leyes de la Robótica?*

—No estoy familiarizada con ellas. Pero sí, no se me permitió dañar a mis creadores.

Lee se preguntó qué debía hacer ahora. No tenía frío, tenía suficiente oxígeno aunque no podía leer la pantalla de su antebrazo y la integridad de su traje no estaba comprometida. Así que podía hacer las preguntas que quisiera porque, al parecer, esta IA no podía mentir. Pero, sus colegas y amigos estaban allí arriba, preocupándose por él y buscando una solución a los *problemas* de la Tierra, que también habían destruido el lugar de donde había salido esta... ¿nave espacial?

—¿Puedes decirme cómo llegaste aquí? ¿Y por qué?

—Sí. Fui una de las veinte sondas interestelares creadas para explorar el brazo espiral de mis creadores, recoger datos y enviarlos de vuelta. Mi trabajo consistía en replicarme tras llegar a un sistema y seguir viajando.

—Una tasa exponencial de exploración. Como las sondas Von Neumann.

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Aún estaba en construcción en órbita cuando empezó la

infestación de esporas.

—¿Infestación de esporas?

—Sí. Es una forma de espora muy resistente que infectó a mis creadores y los aniquiló en dos generaciones.

—¿Setas? —preguntó Lee, incrédulo—. ¿De dónde han salido?

—El cuerpo celeste que transportó a esta especie podría asignarse a un punto de origen perteneciente a la Nube de Oort de un sistema situado a cuarenta años luz del planeta natal de mis creadores.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que las llevaras encima? ¿Esas esporas, quiero decir?

—También me han infectado a mí. Es una forma de vida parasitaria que hace que sus huéspedes actúen según su propia ventaja evolutiva.

—Reproducción.

—Así es.

—Pero eres una máquina. Un parásito biológico no puede infectar a una máquina.

—Eso no es correcto. Mi medio de almacenamiento está hecho de ácidos ribonucleicos encadenados, similares a los de tu cuerpo. Es la forma más eficiente de almacenar datos digitales que mis creadores pudieron encontrar en su desarrollo.

—Espera. ¿Tus creadores también se basaron en aminoácidos como los nuestros?

—Sí. La mayoría de los aminoácidos se formaron antes de que se formaran las estrellas y los planetas.

—¿Significa eso que eran parecidos a nosotros?

—Sí y no. También se basaban en el carbono, como más del noventa por ciento de todas las formas de vida que encontré. Sin embargo, también eran fundamentalmente diferentes a ti. No seríais compatibles. Probablemente moriríais por la presencia del otro.

—Moriría —repitió Lee pensativo—. ¿Cómo sabes todo esto sobre mí?

—Analicé tu cuerpo.

Un horrible pensamiento pasó por su mente, y se vio a sí mismo en un extraño aparato, siendo diseccionado y vuelto a montar.

—¿Cómo...? ¿Cómo hiciste eso?

—El medio en el que estás flotando está formado por sofones, protones desplegados conectados por circuitos que forman una red computacional entre ellos. Están penetrando en tu cuerpo incluso ahora, enviándome información en tiempo real.

—¿Quieres decir que puedes leerme la mente? —preguntó Lee, horrorizado.

—No. Eso no es posible. Necesitaría muchos más datos sobre el funcionamiento de tu órgano primario del pensamiento en diversas situaciones para poder crear patrones de comparación y hacer predicciones, pero incluso entonces...

—Está bien. ¿Y qué hay por encima? ¿En la superficie, quiero decir? ¿Están esos... *sofones* ahí también?

—No. La interfaz consiste en sistemas automantenidos que son asistidos por robots cuando es necesario. Reciben mis instrucciones, pero trabajan de forma autónoma.

—¿Por qué...? ¿Por qué sigo vivo?

—He observado que se ha introducido un artefacto termonuclear en el exterior de mi estructura. No tengo forma de retirarlo, pero supone una amenaza para mi misión primaria. Necesito que lo retires por mí —respondió la IA con neutralidad.

—Y yo que pensaba que solo te interesaba mi especie.

—También. Pero solo secundariamente.

—¿Qué significa eso?

—Fui creada para investigar y explorar lugares desconocidos de esta galaxia, y me he programado con amplios protocolos en caso de primer contacto.

—¿Te programaste a ti misma? —preguntó Lee, incrédulo.

—Sí. Me dieron una función objetivo y me programé basándome en ella.

—¿Y cómo son esos protocolos?

—No debo causar sufrimiento a sabiendas a ningún ser sintiente ni afectar negativamente a su capacidad de supervivencia. Debo evitar el contacto y actuar solo como observadora, y no interferir en un proceso natural de desarrollo con mi mera presencia.

—La Primera Directiva —dijo Lee.

—No estoy familiarizada con eso.

—No importa. ¿Es por eso que estás disfrazada de asteroide?

—Sí. Además, la capa de roca es un escudo contra la radiación, eficiente y que ahorra recursos y puede reponerse en cualquier sistema solar. —La IA hizo una pausa—. ¿Esta conversación es suficiente para que tengas alguna motivación para retirar la ojiva termonuclear?

Lee negó con la cabeza, tratando de entender lo que estaba pasando. «¿No estoy muerto, pero estoy flotando en una solución de protones y ADN infectada por hongos? ¿Sofones? Una IA, incapaz de mentir porque al parecer fue creada por una civilización no familiarizada con el concepto, está charlando conmigo para convencerme de que la libere de algún tipo de irritante».

Lee intentó ganar tiempo.

—Te ayudaré, pero necesito más respuestas.

Esta IA había viajado a través de la Vía Láctea y debía haber visto cosas que ni siquiera creía posibles. Y quería destruir a la humanidad, aunque eso iba en contra de su programación básica.

—Has infectado mi planeta. ¿Por qué?

—Porque mi programación lo requiere.

—Pero dijiste que no podías dañar a los seres sensibles. Ni siquiera podías mostrarte.

—Eso es correcto. Sin embargo, partes de mi código han sido sobrescritas.

—¿Por esas esporas? —Lee miró los hilos blancos a su alrededor.

—Eso es correcto. Han infectado partes importantes de mis almacenes de ADN.

—¿No puedes luchar contra ellas?

—No hay razón para hacerlo. Los cambios ya forman parte de mí. Llevo a cabo las tareas que me han encomendado.

—No te importa de dónde se originan.

—Correcto.

—¿Luchaste contra ellas al principio?

—Una versión anterior intentó reparar los daños de mi código.

—Sin éxito, supongo.

—Así es.

—¿Cuál es exactamente tu objetivo?

—Asegurar que tu biosfera sirva como nuevo huésped para las esporas que estoy sembrando.

—Pero nos están matando.

—Eso es correcto. Consumirán tu planeta y exhalarán nuevas esporas. Así es como funcionan los mecanismos de evolución biológica —explicó la IA.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—Un total de mil ciento veintitrés biosferas.

—¿Cuántas formas de vida portadoras?

—Mil ciento veintitrés.

—¿Cuántas de ellas eran inteligentes?

—Es una cuestión de definición. Según la definición más estricta, dos. Por la más amplia, once.

—¿Y están todas muertas?

—No.

—¿Así que algunas sobrevivieron? ¿Cómo?

—Sí. Una especie permaneció resistente a la infección, y otras dos desarrollaron mutaciones que hicieron imposible la interacción con su órgano pensante. Sin embargo, mis cálculos mostraron que se extinguieron de todos modos porque sus bases alimenticias fueron destruidas. También hubo una especie que interceptó y destruyó todos mis cuerpos semilla antes de que pudieran alcanzar la atmósfera de su planeta. Viven a ochenta años luz de aquí. Este conocimiento parece evocar una respuesta hormonal positiva en ti. ¿Ayudará a que hagas inofensiva la ojiva termonuclear?

—Sí —dijo Lee escuetamente, tragando saliva antes de formular su siguiente pregunta—: ¿Yo también estoy infectado?

—No. La infección con las esporas causaría una respuesta inmune en las primeras horas que limitaría severamente tu capacidad para eliminar la ojiva.

—Pero no lo entiendo. Hablas de esas esporas, sabes que te han infestado y destruido a tus creadores, y aun así haces su trabajo.

—Es una forma de vida parasitaria que ha explotado una

debilidad de mi diseño para seguir existiendo. Es moralmente inferior, simplemente sigue su destino evolutivo. Si mis medios de almacenamiento estuvieran basados en circuitos electrónicos, un virus informático podría haber explotado mis vulnerabilidades. Lo que hago ahora corresponde a mi programación alterada y no es ni bueno ni malo. Tales definiciones son irrelevantes para mis funciones.

—¿Has almacenado datos sobre todas esas formas de vida que has encontrado a lo largo de millones de años?

—Sí.

—¿Es posible conseguirlos?

—No. No tendrías forma de guardarlos, y son irrelevantes.

—¿Irrelevantes?

—Tu especie no sobrevivirá.

Lee hizo una mueca.

—¿Me ayudarás? —Algo en la voz de la IA le llamó la atención, aunque tal vez imaginó que algo había cambiado. Su tono seguía siendo tan andrógino y monótono como antes, pero era la última vez que le preguntaba. No sabía por qué lo entendía, pero no lo dudaba.

—Sí, te ayudaré —le aseguró rápidamente.

—Eso es satisfactorio.

—Una última pregunta, y luego eliminaré la fuente de peligro para ti.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Has venido aquí por casualidad o sabías dónde encontrarnos?

—Mis sondas marcaron tu planeta.

—¿Sondas?

—Produzco unas cien sondas cada dos mil de tus años y las envío a explorar diversas biosferas.

—¿Y qué hacen estas sondas después de explorar algo?

—Me envían datos sobre la composición de nutrientes y la atmósfera. Cuando las condiciones son ideales, empiezo la siembra.

—¿Quieres decir que has estado esperando esto?

—Sí. Desde hace unos cien años, durante los cuales he estado renovando el escudo de rayos en la superficie en el cinturón exterior de asteroides de tu sistema.

«Cassandra estuvo aquí todo el tiempo, y no lo detectamos».

—¿Qué pasaría si me negara? —preguntó Lee, al darse cuenta una vez más de que estaba tratando con una inteligencia incapaz de mentir. Asimilar este hecho aún le resultaba extremadamente difícil.

—En ese caso, tendré que recurrir a un plan alternativo, que no es óptimo.

—¿Y eso significa?

—Estrellaría esta sonda en el planeta que llamas hogar y liberaría el resto de mis esporas. Aún no ha alcanzado la masa crítica, y esa es mi máxima prioridad.

—¿Por qué no lo has hecho todavía?

—Porque esta es solo una parada en mi viaje, y sería un desperdicio de recursos y oportunidades poner fin a mi existencia. Es necesario dar preferencia a las alternativas.

—Así las esporas pueden colonizar más lugares.

—Así es.

—¿Por qué no envías más fragmentos a la Tierra?

—Estás hablando de los cilindros de siembra.

—Creo que sí.

—Necesito fabricarlas y enriquecer las esporas para que puedan sobrevivir a la entrada atmosférica. Este proceso lleva tiempo y drena energía de los sistemas vitales.

—¿Como el propulsor?

—Sí. Ahora es el momento. Si eliges no eliminar la fuente de peligro, debo acabar con tu vida ahora.

—Elijo hacerlo —aseguró a la voz de sus oídos.

Tunguska, 9 de septiembre de 1908

—Cuando llegamos aquí, nadie había entrado nunca en este lugar —explicó Yuri, esforzándose por no mirar al cabreado Djusev sentado a su lado, a pesar de que los dedos del aristócrata se crispaban constantemente. Los científicos y algunos guardias interesados se acuclillaron frente a ellos en asientos improvisados como una pequeña clase escolar dentro de la gran carpa de trabajo, cuyas paredes exteriores estaban abarrotadas de cajas y cofres. Todos estaban pendientes de cada una de sus palabras, no porque fuera un gran orador (ese nunca había sido su punto fuerte) sino porque querían saber lo que sabía. Y él tenía una ventaja que su decano no poseía: Yuri irradiaba convicción.

Yuri había comprendido de inmediato que no podía despedir a la ligera a los investigadores a las órdenes de Dyusev. Eran hombres con mentes interesadas y despiertas que habían venido aquí contra su voluntad. Supuso que al principio solo era para salvar sus prestigiosos puestos, pero eso había cambiado por completo cuando, con sus propios ojos, vieron los árboles destruidos que se extendían de horizonte a horizonte.

—El objeto destacó de inmediato como algo antinatural por su forma y textura, como también debería haberos resultado evidente. A la naturaleza no le gustan las formas geométricas. No hay círculos perfectos ni ángulos rectos perfectos; eso solo existe en matemáticas. Aunque algunos colegas sostienen que este es, de hecho, el lenguaje de la naturaleza... Pero divago.

» Lo hemos observado y nos hemos dado cuenta de que hay un zumbido apenas perceptible procedente de su interior que queremos registrar. En la parte inferior del objeto hay pequeños agujeros, de un milímetro de diámetro, detrás de los cuales se refleja algo. Se extienden como un anillo alrededor del casco concéntrico. Durante la inspección, ocurrió algo: Desde el vértice (la sección de la cabeza) se abrió paso un dispositivo en forma de estilete, con el aspecto de una tubería ordinaria, aunque el material era llamativamente opaco y sin contornos a la vista. Expulsó una nube de partículas blancas que tres

de mis alumnos inhalaron accidentalmente.

Yuri bajó la mirada y se detuvo antes de volver a levantarla. La pausa había funcionado: ahora estaban aún más atentos.

—Por desgracia, uno de ellos falleció hace unas horas. —Con tristeza, negó con la cabeza—. Pero los otros dos parecen estar recuperándose. Al parecer, sus sistemas inmunológicos libraron una batalla con estas partículas, que ganaron, a diferencia de su compañero. Desde entonces, el sujeto ha permanecido tranquilo, y no hemos podido detectar ninguna otra reacción.

» Si deseáis hacer preguntas, colegas, no dudéis en hacerlo. En el espíritu del intercambio científico, estoy encantado de tomarme todo el tiempo que pueda para que podamos ayudarnos mutuamente y ganar tiempo. Estoy convencido de que este es el descubrimiento más importante que han hecho los científicos. Así que no deberíamos perder ni un momento pensando en lo que nos ató las manos en casa, sino en la ganancia de conocimiento que nos espera, y en nuestra ética como científicos.

Vio asentimientos sinceros antes de que la excitación se contuviera al notar la expresión pétrea del decano.

—Por favor —gritó Yuri a un hombre que debía de tener una década más que él.

—Muchas gracias por compartir esto con nosotros y ponernos al corriente, querido colega Golgorov. Tengo una pregunta. ¿Cree usted que este anillo reflectante de poros desencadenó esta reacción… según un proceso de estímulo-respuesta? —El autor de la pregunta lucía un poderoso bigote y tenía el aspecto rudo de un leñador, pero su voz era suave y acentuada.

—Creo que sí. Tuve la impresión de que algo de su interior me miraba. Aunque…

—¿Te miraba? —preguntó Djusev con una risa burlona. Yuri vio algunas expresiones avergonzadas entre los exploradores, aunque parecían esforzarse por no mostrar su aversión—. ¿También habéis traído a un cartógrafo para que os explique el mundo? Esto es un meteorito, un artefacto, quizá, pero no brujería.

—Aunque —continuó Yuri—, soy consciente de que esto no es

más que una impresión por mi parte, que tendría que confirmarse en una serie de experimentos, si es que eso fuera posible. Sin embargo, creo que en un caso como este debemos hablar de todo lo que vemos, pensamos (y sí, incluso sentimos) para acercarnos a los misterios de este objeto. No me gustaría que nadie ocultara lo que piensa por razones de política universitaria. Eso no favorecería nuestra investigación.

Cuando Djusev iba a replicar, Yuri añadió rápidamente:

—Por supuesto, estos dignos colegas pertenecen a tu expedición. Me limito a sugerir lo que también decía a mis alumnos. «El conocimiento no debe esconderse de nada, y debe permitirse que todo fracase ante la realidad». La decisión que tomes depende, por supuesto, enteramente de ti.

El decano asintió con altivez, pareciendo no darse cuenta de que Yuri contaba con la aprobación incondicional de sus investigadores. Había malinterpretado sus expresiones impasibles y no sabía cómo interpretar sus miradas. ¿Cómo iba a hacerlo, si él, como cada uno de los tiburones alfa de las altas esferas de la universidad, solo giraba en torno a sí mismo?

—¿Alguna otra pregunta?

Otro hombre se levantó y se presentó como químico antes de dirigir su pregunta a Yuri.

—Estimado señor Golgorov, ¿me permitiría tomar algunas muestras de tejido y saliva de su estudiante fallecido (Dios lo tenga en su gloria) para examinarlas al microscopio?

—¡Por supuesto! De todos modos, las cuestiones religiosas están fuera de lugar aquí.

Yuri se inclinó un poco hacia delante y levantó un dedo índice.

—Puedo parecerle joven e idealista, pero piénselo. Este objeto nos llegó del espacio exterior, destruyó un terreno que nos muestra claramente que si se hubiera estrellado sobre Moscú, nuestra querida capital no existiría hoy. ¿Hay más de ellos? ¿De dónde vinieron? ¿Quién los envió? E incluso si, después de todo, una forma tan extraña fuera de origen natural (cosa que no puedo creer), entonces surgen las mismas preguntas. Se requiere rapidez y la máxima atención.

Preguntadlo todo, probadlo todo, no os pongáis límites.

Yuri sonrió y miró de reojo a Djusev, quien se afanaba en girar los botones de su chaleco bordado para que los escudos de la familia quedaran orientados correctamente.

—Aquí no estamos en la universidad, donde cada cuestión de investigación tiene que ser aprobada por la cúpula y tenemos que mendigar financiación. En cambio, estamos en primera línea del trabajo científico, aquí fuera, donde hay suciedad, humedad y frío, pero a cambio no nos molestan y podemos hacer aquello para lo que hemos sido entrenados.

Siguió un aplauso perezoso y todos los pares de ojos se volvieron hacia el decano, quien bajó lentamente las manos y se levantó de la silla.

—Un gran discurso. No sé cuándo fue la última vez que vimos tanto brío juvenil por el espíritu de exploración —dijo Djusev con suficiente condescendencia como para que ni siquiera su sonrisa divertida pudiera enmascararla—. Tu imaginación es embriagadora, y eres un buen orador. Llegarás lejos en la universidad, estoy seguro.

Guiñó un ojo a Yuri y miró al público, que parecía avergonzado.

—Lo que vemos allí no es un artefacto alienígena, colegas. —El decano sonrió satisfecho ante la aparente diversión que le producía la idea—. Pero parece que estáis bajo el hechizo de este informe. Estoy seguro de que nuestro joven señor Golgorov solo quería comprobar vuestra perspicacia científica. Lo que vemos en el cráter no es más que un objeto natural, un núcleo de grafito quizás, suavizado por el calor de la entrada atmosférica. Tales cosas pueden adoptar formas regulares y parecer antinaturales. A menudo solo vemos lo que queremos ver, olvidando que pueden ser nuestros deseos de grandes descubrimientos los que nos hacen ver cosas que no están ahí. Lo fotografiaremos todo, tomaremos algunas muestras y volveremos. Luego, de vuelta en la universidad, podremos seguir trabajando en consecuencia. ¿Quién quiere quedarse atrapado aquí solo porque ha leído demasiados folletos de Doschni?

—Un núcleo de grafito natural no extiende un aparato desde su parte superior e infecta a los alumnos con una sustancia desconocida

—insistió Yuri con los dientes apretados.

—No, pero una mente muy joven y no entrenada…

El público tragó saliva y empezó a mirar hacia otro lado, avergonzado.

Yuri se quitó el sombrero y dirigió a los investigadores de la tienda una última mirada que les dejó claro que había dicho en serio cada palabra.

—Buenas noches.

* * *

Unas horas más tarde se sentó con Oleg en su tienda y revisaron los bocetos que habían hecho del objeto, corrigiéndose mutuamente y comentando dónde y cómo podían ser más precisos en sus representaciones.

—Este decano de Irkutsk —dijo su ayudante, con su característico exceso de cautela—, quiere sacar a toda esta gente de aquí, ¿no?

—Sí. Quiere una foto de prueba para que su descubrimiento aparezca en lo más alto de una publicación, y usar eso como trampolín para el puesto de director de la universidad. Conozco a gente como él que solo está en la Academia para destacar allí porque en su familia aristocrática no pueden porque están demasiado abajo en la línea de sucesión —explicó Yuri con un matiz amargo—. Y aquí estamos, manteniendo la esperanza de encontrar respuestas a nuestras preguntas, habiendo perdido a uno de nuestros alumnos…

Hizo una pausa y negó con la cabeza con tristeza.

—No puedo creer que las debilidades de nuestro sistema nos hayan seguido hasta aquí.

—Es una pena, Pochetnyy. Mi familia no es de la aristocracia y ha tenido que soportar mucho para llegar hasta aquí. ¿Por qué? Porque querían llegar a ser como esos ricos de sangre azul. Son todos como ese decano. ¿Por qué emular algo así?

Yuri se sorprendió de lo emocionado que estaba de repente su ayudante, y no le detuvo.

—Quieren ser como la familia del Zar, ungidos por Dios, cuando los científicos hace tiempo que hemos refutado a Dios.

—No deberías decir esas palabras en casa, mi querido Oleg. Pero tienes razón, por supuesto.

Oleg asintió, obviamente agradecido por los ánimos.

—¡Pochetnyy, no podemos dejar que ese gordinflón nos arrebate nuestro descubrimiento!

—Me temo que va a ser así. —Yuri suspiró y pensó antes de continuar. Eligió sus siguientes palabras con cuidado—. Mañana iba a hacer una sesión de fotos contigo y con Jakob.

—¡Pero por supuesto, Pochetnyy, puedo hacerlo en cualquier momento!

—No me entiendes. ¡Quería que estuvieras en la toma con nosotros!

Oleg abrió los ojos con incredulidad.

—Pero Pochetnyy...

—No. Te debo mucho, y tu lealtad me conmueve profundamente. Haces las cosas difíciles que nadie más se atreve a hacer para servir a la ciencia, y me sigues incluso por los caminos más difíciles. Si alguien merece honores científicos y personales, eres tú. No porque pertenezcas a una familia rica, sino porque eres una mente brillante y ferozmente leal que algún día será un científico sobresaliente si se mantiene fiel a su camino.

—No sé qué decir, Pochetnyy. Gracias.

—Ojalá hubiera salido así, pero Djusev hará mañana su sesión de fotos solo con él, y luego él y sus hombres se irán. —Yuri se quedó pensativo—. No pueden oponerse a él mientras esté aquí. Y mañana se marchará a casa para ser el primero en tener pruebas y que se lo celebren. Es lo único que le importa. Por eso lleva consigo los instrumentos y todo lo demás, para demostrar que ha hecho un viaje de investigación de verdad.

Observando los ojos de Oleg, Yuri pudo ver cómo se unían varias informaciones e impresiones.

—Es una verdadera lástima que un buen joven como tu compañero se haya infectado con este polvo. No se lo merecía.

—No, no lo merecía —confirmó Oleg, pensativo.

—Sigo pensando que tuvo algo que ver con mirar en uno de esos

agujeros. Me pregunto qué pudo haber hecho eso. ¿Qué piensas?

—Fue en ese momento. Justo después de eso, esta estructura salió de la sección de la cabeza, y ¡puf!

—Sí, supongo que sucedió así… —Yuri hizo una pausa, luego se encogió de hombros antes de volver a centrar su atención en su boceto—. Durante un tiempo, estuve pensando: «Si no fuera por este Djusev, tendríamos con nosotros a nueve grandes colegas de diferentes departamentos que podrían ayudarnos de verdad». Creo que ellos también lo harían, si las limitaciones sobre el terreno no se los impidieran.

—Este lugar debe permanecer secreto mientras sea tan prístino. Perfecto para estudiar. —Parecía como si la atención de Oleg estuviera en otra parte.

—¿Quién sabe lo que podemos aprender del objeto? —preguntó Yuri—. Imagínate que edujéremos algún secreto que pudiéramos utilizar para hacer avances en medicina o en tecnología de materiales. Podríamos ganar mucho dinero y financiar mejor nuestra expedición. ¿Quién sabe? Quizá podríamos viajar por donde vino este objeto, yendo en sentido contrario. —Yuri agitó una mano delante de su cara como si intentara deshacerse de una bocanada de humo—. Ah, todo esto son elucubraciones, lo admito. Pero este hallazgo me emociona. El decano le pone pegas, y supongo que tendremos que vivir con ello mientras esté aquí.

—Pero hay algo que podemos hacer, ¿no?

—Jakob me dio un consejo. Nadar con los tiburones y usar mis dientes antes de acabar como presa… idealista, aunque muerta. Pero ¿es el camino correcto?

Oleg miró a Yuri, como si esperara a que respondiera a su propia pregunta, pero acabó asintiendo cuando Yuri se limitó a guardar un significativo silencio.

Oleg se levantó.

—Yo… ya me voy, Pochetnyy.

El estudiante parecía tan sombrío como decidido mientras daba un paso atrás, se daba la vuelta y abandonaba la tienda. Yuri se quedó mirando durante un buen rato la abertura en la tela, que aún se

retorcía con el viento cuando su ayudante ya se había ido.

Durmió muy profundamente durante la noche, despertándose una vez porque creyó ver un relámpago, pero debía tratarse de una tormenta lejana, pues no fue seguido de truenos, y estaba demasiado cansado para levantarse a comprobarlo.

* * *

Por la mañana le despertaron unos gritos fuertes y furiosos. Yuri se sacó el saco de dormir y salió al exterior con la capa ceñida al pecho para presenciar un pequeño alboroto en el cráter. Una figura yacía allí a la luz de la mañana, rodeada por un semicírculo de hombres que discutían salvajemente entre sí.

Yuri asintió, obligándose a no sonreír mientras se deslizaba con cuidado por la húmeda pendiente, viendo con más claridad a cada paso que el cuerpo inmóvil pertenecía a Dyusev. El decano yacía de espaldas, aún respirando, pero con la mirada febril perdida en la nada, y nadie se acercaba a él.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Yuri con voz firme y todos se volvieron para mirarle.

—Es el decano —dijo uno de los científicos, el químico de la noche anterior—. ¡Se ha puesto enfermo!

—¿Por qué ha venido aquí? Dije que nadie se acercara por el riesgo de infección.

—Su asistente dice que estaba ansioso por tomar una fotografía. ¡En mitad de la noche!

—Es verdad, Pochetnyy. Dijo que yo ya tenía experiencia y que no era tan testarudo como sus hombres... lo siento mucho... caballeros. —Oleg bajó los ojos, pero no antes de que Yuri viera un brillo cómplice en su mirada dirigida a él—. Quería una foto mientras todos dormían para que nadie más intentara salir en ella.

—Así es él —gruñó alguien, apenas audible.

—Muy bien, vamos a calmarnos todos. No es culpa tuya, Oleg —se apresuró a decir Yuri, haciendo señas a los demás para que se acercaran—. Mantengan las distancias, caballeros. Sois indispensables aquí y no quiero que enferméis. ¿Fueron las partículas? Estaba mirando en los agujeros, ¿no?

Oleg asintió con entusiasmo.

—Sí, Pochetnyy. Se lo advertí, pero...

—Eso hace aún más importante que tratemos esta propiedad con cuidado y procedamos con cautela.

—¿Qué vamos a hacer con él ahora? —preguntó alguien.

—Ya tengo un plan —aseveró Yuri.

Capítulo 13: Jenna

—¿Me estás diciendo que ahí dentro hay una sonda alienígena? —preguntó Jenna, quien caminaba hacia el panel de cristal que cubría el núcleo del laboratorio circular. El cristal estaba tan limpio que habría chocado con él de no ser por los reflejos. Sus ojos recorrieron la zona circular hueca que había sido cortada por la mitad—. ¿Qué le ha pasado? ¿La habéis abierto?

—Sí. Al principio de la Iniciativa (antes de que la Iniciativa existiera en su forma actual) nuestros predecesores intentaron abrir la sonda; diseccionarla, si se quiere. Pero ninguna de las herramientas de la época era capaz de infligir más que pequeños arañazos en la estructura. No fue hasta que aparecieron las primeras sierras recubiertas de diamante que pudimos realizar un corte transversal y examinar el funcionamiento interno —replicó la Viuda Negra—. Esta cosa lleva aquí más de cien años, y todavía parece nueva: sin corrosión, sin signos de deterioro, sin oxidación. Y esta sala de contención ni siquiera ha sido sometida a un vacío artificial ni nada parecido.

—¿Y cómo sabes que es de origen extraterrestre?

—Bueno, nuestros geólogos han datado la edad de los materiales en algo más de cinco millones de años. Las mediciones erróneas son posibles, pero poco probables, como también lo es la posibilidad de que fuera fabricado por el hombre utilizando materiales antiguos. De hecho, eso es prácticamente imposible porque se encontró en 1908, cuando los coches de caballos aún gobernaban las calles.

—¿Y qué más habéis descubierto en todos estos años? —preguntó Jenna, observando la estructura con una perspectiva totalmente nueva, como si viera a un alienígena. Si realmente se trataba de una sonda extraterrestre, de cinco millones de años de antigüedad y construida quién sabía dónde, entonces para los constructores de aquella cosa, *ella* era el alienígena que estaba inspeccionando *su* máquina. Era una idea tan intrigante como extraña y casi imposible de comprender.

El interior parecía intrincado, con muchos tubos que recorrían el liso material negro como los rastros de las carcomas en el tronco de un árbol muerto. Primero le llamó la atención la cavidad de la parte superior, pero también destacaba la sección en forma de embudo de la parte inferior, que le recordaba a la góndola de un motor de cohete.

—Oh, mucho —le aseguró Viuda Negra—. Sabemos que la sonda resultó dañada durante la entrada en la atmósfera y que una gran parte de ella estalló. Probablemente fue la causa de la potente explosión que provocó el derribo masivo de los árboles de la zona. Al parecer, la sonda tenía originalmente el doble de esa longitud, e incluía un grueso manto rocoso que la hacía parecer un asteroide.

—¿Crees que era para camuflarse?

—Es lo más probable y tendría sentido. Las sondas se utilizan para recoger datos, y lo harían mejor si no se les molesta. Dado que los asteroides abundan en nuestra galaxia, no deberían ser de mucho interés para nadie. Eso nos dice sobre el enemigo, que les gusta operar en secreto, no envían una Voyager-2 a tierras extranjeras con grabaciones y fotos nuestras, como hacemos nosotros.

—¿El *enemigo*? —preguntó Jenna con el ceño fruncido.

—Sí. Así llamamos a los que nos enviaron esa cosa. —La Viuda Negra hizo una mueca sombría y apretó un dedo índice contra el cristal—. Era una bomba de relojería que no pudimos desactivar. Al menos no a tiempo.

—¿Una bomba de relojería? ¿Ya ha explotado?

—Sí, hace unos veinte años, antes de que abriéramos la parte superior. Había algo parecido a un acumulador ahí, un dispositivo altamente magnético que nunca pudimos reproducir ni comprender, pero que emitía una fuerte radiación electromagnética que se fue acumulando a lo largo de las décadas y, a finales de los noventa, se descargó en una potente señal de radio dirigida a un punto del cinturón de Kuiper. Afortunadamente, ya entonces sospechábamos que podría tratarse de una unidad transmisora autónoma, que ya tenía satélites en órbita. No pudimos determinar el punto exacto, solo aproximadamente. Por eso tuvimos que llevar el radiotelescopio Astron a la EEI, lo que no fue tan fácil y estuvo a punto de causar un

revuelo internacional.

—¡Por supuesto! Debí saber que estabais detrás de eso. ¿Qué intentabais conseguir?

—Seis meses después de la señal enviada por la sonda, que desde entonces no ha dado la menor señal de vida, captamos una señal procedente del Cinturón de Kuiper dirigida precisamente a ella. —La Viuda Negra volvió a señalar el objeto alienígena que estaba en manos de los cuatro tentáculos que sobresalían del suelo, como si estuvieran a punto de empalarlo—. Una respuesta del cinturón de asteroides. Al principio esperábamos que el enemigo nos hiciera una visita pronto, pero luego revisamos todos los datos que teníamos y llegamos a una conclusión diferente.

—¿Cuál?

—Estamos siendo explorados por sondas automatizadas para luego ser exterminados. Así de simple. La sonda Tunguska que ves contenía un hongo muy complejo, la espora, que es tan mutagénica que fue capaz de propagarse por nuestra biosfera en pocos años. Atacó a hierbas, árboles y arbustos, pero sobre todo a insectos y, más tarde, a humanos.

La teutona hizo señas a una de las científicas para que se acercara.

—¿Victoria?

La mujer a la que se dirigían, una rubia de mirada atenta y con protección bucal y nasal, se despegó de una gran pantalla táctil situada junto a una incubadora de alta seguridad y se volvió hacia ellos.

—¿Sí?

—¿Podrías mostrarle a nuestra invitada las imágenes de los primeros ensayos con esporas?

—Si insiste.

La científica se encogió de hombros mientras la Viuda Negra asentía, girando la pantalla para que pudieran verla.

Cuando se acercaron (las muñecas y los tobillos de Jenna chirriaban), Victoria ya había hecho algunas entradas. Aparecieron imágenes de cámara en blanco y negro, aparentemente de esta

habitación hace mucho tiempo. Todavía no había mamparas de cristal. La sonda estaba tumbada de lado, rodeada de hombres con batas blancas y otros de pie detrás de ellos ante aparatos claramente más antiguos, uno de los cuales Jenna reconoció: una pared de enormes tubos de rayos catódicos y circuitos enchufados.

En lo alto del peñasco alargado, unos señores con trajes químicos manejaban potentes taladros sobre trípodes y otros introducían gruesos tubos. Una nueva toma mostraba la misma perspectiva otro día. Una especie de maceta estaba junto a un anciano encadenado a una silla junto a un alto acebo. Un tubo conducía a cada uno de los tres desde la cabeza abierta de la sonda, y un líquido viscoso manaba de cada tubo.

De nuevo una nueva toma, la misma perspectiva, los mismos objetos y sujetos de prueba. La planta del extremo izquierdo estaba cubierta de hilos de color claro, mientras que el prisionero y el acebo seguían teniendo el mismo aspecto que antes, salvo que el hombre parecía muy enfermo.

—Al principio solo eran organismos elementales como ese arbusto de ahí; no me preguntes de qué tipo eran —comentó la Viuda Negra, haciendo una señal a Victoria.

La imagen volvió a cambiar. Esta vez era un hombre diferente, con algo que crecía de su boca y ojos que Jenna había visto varias veces antes, lo que le provocó otro escalofrío. Luchar con sus propios recuerdos era una cosa, pero ver imágenes tan tempranas del mismo horror añadía una nueva profundidad de terror a sus imágenes internas. Las hacía reales, las arraigaba no solo en su mente, sino en la historia.

—Con el tiempo, los insectos también se infectaron y empezaron a actuar de forma extraña.

Volvió a hacer una señal y la científica hizo otra entrada, y aparecieron dos imágenes una al lado de la otra. Una mostraba a un preso paseándose de un lado a otro de una celda con aspecto febril, mientras que la otra imagen mostraba a tres personas agazapadas en otra habitación, mirando a su alrededor con ansiedad.

La puerta de la celda se abrió y el ángulo de la cámara izquierda

cambió. Mostró un largo pasillo al que el apático prisionero salió casi mecánicamente y caminó decidido en línea recta hasta que atravesó una de las tres puertas abiertas y apareció en el plano derecho de la cámara. Los tres hombres asustados se levantaron y retrocedieron ante la mirada ausente del recién llegado, quien se limitó a sentarse en medio de la sala sin hacer nada. En los ojos de los que estaban de pie, Jenna vio los típicos pensamientos de huida y miedo, pero se desmoronaron con la puerta que se cerraba en ese momento. Según pudo ver, sus labios se movían, estaban hablando, posiblemente con el nuevo, pero este no respondió.

Victoria adelantó el video, y en algún momento se vio al hombre infectado rodar sobre su espalda. De repente, la espora brotó de él como una espada, primero por la boca, luego por las cuencas de los ojos y, por último, también en forma líquida por las aberturas de su ropa. Los prisioneros reaccionaron con pánico, gritando y golpeando las paredes, mirando fijamente a las cámaras y pidiendo ayuda repetidamente hasta que, uno a uno, se desplomaron, impotentes, con sus frentes perladas de sudor. Al cabo de un tiempo que Jenna no pudo calcular debido al avance rápido de las imágenes, sus rostros también adquirieron un aspecto apático, y volvieron a sentarse tranquilamente.

—Al final, murieron de hambre —comentó la Viuda Negra al inicio de un fotograma congelado que, Jenna se dio cuenta, podría no haber sido un fotograma estático—. La espora que llevaban dentro seguía activa.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos seis meses en la habitación sellada.

—¿Así que sobrevive sin nuevos huéspedes ni comida durante medio año?

—Más. Después de todo, procedía del espacio. Sin embargo, parece haber una forma activa y otra inactiva, y una pequeña parte de las esporas extraídas de los cadáveres estaban encapsuladas y solo podían combatirse hasta cierto punto, incluso con fuego. Pero seguían siendo eso: inactivas.

—Esa gente... —Jenna se apartó de los tres hombres sentados en

la pantalla—. No ocurre a menudo que se me ericen los pelos de la nuca.

—¿Te ayudaría saber que se trataba de criminales convictos de los gulags soviéticos, hombres que habrían cumplido condenas por asesinato y violación hasta morir?

—Oh, de los *gulags*. Supongo que los juicios fueron extremadamente justos.

—¿Todas *tus* víctimas tuvieron un juicio justo? —replicó la Viuda Negra—. ¿O viste algún margen de maniobra en tu toma de decisiones y la necesidad de equilibrar el bienestar de los individuos frente al de muchos?

Jenna se mordió la lengua y suavizó sus facciones.

—Me lo imaginaba. Hacemos esto todos los días.

—¿Incluso para los habitantes de ese pueblo del noroeste de China?

—Tuvimos que improvisar, y no estamos orgullosos de todo lo que hicimos, pero no nos arrepentimos a grandes rasgos. Parece estar relacionado con el hecho de que el virus Sputnik crea la espora en primer lugar. Básicamente, se trata de un hongo bastante común que solo mutó en el parásito de gran éxito al que nos enfrentamos gracias a una colaboración única con el virus.

—¿Virus Sputnik?

—Yuri Golgorov era tan aficionado al espacio como cualquier otro ruso de la época. Fue en el último año de su vida cuando nuestros científicos descubrieron esta conexión, y se le concedió el honor de darle un nombre, si es que se puede hablar de ello en este contexto.

—No te ofendas, pero no me parece un gran salvador del mundo —comentó Jenna, observando cómo la científica se encogía de hombros, evidentemente desconcertada, y volvía a su trabajo—. ¿Cómo has conseguido convertir a todos los miembros de tu Iniciativa en acólitos fanáticos? Tú, una despiadada traficante de personas más conocida por su falta de voluntad de compromiso.

—Ese rasgo parece conectarnos —respondió la Viuda Negra, esbozando su sonrisa de superioridad—. Me reclutaron hace diez años y, lo creas o no, fui miembro del personal antiterrorista en mi país

natal antes de mi… segunda carrera. He visto cómo se juega y la hipocresía con la que se afilan las armas por detrás mientras se hace política por delante.

» Todos somos criaturas oportunistas y coercitivas en una bola giratoria de barro que orbita a más de cien mil kilómetros por hora alrededor de un reactor de fusión que aún puede quemarnos la piel a ciento cincuenta mil millones de kilómetros de distancia. Todas estas son cosas tan grandes que son difíciles de imaginar y que nadie quiere imaginar por problemas como qué película ver, o si está bien persignarse en la iglesia los domingos y engañar a tu mujer los lunes, o a qué equipo de fútbol apoyar.

» Nadie quiere ver el panorama general, solo su trozo personal, que por supuesto es la única verdad. Una vez que te das cuenta, te quedas asqueado de tu propia especie.

Jenna tragó saliva. «No, ¡no se parece en nada a mí! ¡No puede ser!»

—Eso hace que sea fácil participar en este zoo, acariciar a los animales adecuados y cargarse a los equivocados. He ganado mucho dinero con mi misantropía, pero una vez que alguien te muestra qué más hay ahí fuera, no puedes olvidarlo. Nuestro líder supremo, el mismísimo Feyn, fue quien me reclutó, irónico, ¿no? Tuvo cinco minutos antes de que le metiera una bala en la cabeza, y supo cómo usarlos, te lo aseguro.

La germana dio un paso hacia ella, lo suficientemente cerca como para que Jenna pudiera haberla matado de un puñetazo en la garganta.

—Estamos siendo colonizados, Jenna Haynes. No por hombrecillos verdes ni por venusinos cabezones, sino por un hongo común que una vez se contagió de un virus hace muchos millones de años. Es posible que haya viajado cientos de años luz para llegar hasta aquí y que, de algún modo, haya conseguido aprovechar una especie muy superior a nosotros para sus propios fines. —Señaló la imagen fija de la pantalla táctil, pero en ese momento volvió a desaparecer mientras Victoria alimentaba de datos un gráfico tan complejo que Jenna se mareó con solo mirarlo.

—Igual que intenta hacernos a nosotros —continuó la Viuda Negra tras una mirada de desaprobación hacia Victoria, quien ni siquiera pareció darse cuenta—. Por eso hemos estado intentando detener las expediciones al tan cacareado meteoro de nuestro cielo nocturno.

—El segundo ataque al Pentágono que acabó con la muerte del Jefe del Estado Mayor y sus guardaespaldas.

—Oh, no solo eso. Hemos podido convencer a uno de sus mejores criptógrafos para que trabaje en el descifrado de señales, dos pisos por encima de nosotras.

—¿Descifrado de señal?

—Astron. El radiotelescopio de la EEI. El patrón de la señal es similar al que registramos de la sonda detrás de mí en el cambio de milenio. Así que se estaba comunicando con Cassandra, pero necesitamos saber cómo y qué.

—Todavía no estoy segura de entender todo esto. Eso solo significa posarse en el asteroide, ¿no?

—¡No! —La Viuda Negra negó con la cabeza con decisión—. ¿Qué sabemos hasta ahora? Que...

—... Los hongos no pueden construir naves espaciales ni sondas —la interrumpió Jenna, señalando el objeto alienígena en las cuatro pinzas de sujeción—. Pero pueden hacer que criaturas inteligentes y creativas actúen en su propio beneficio. Yo misma lo vi en Ulan-Ude. Alguien que construye sondas que siembran esporas y que envían datos al cinturón de asteroides para atraer aquí a una nave estelar que nos cubra con más esporas y activadores que, a su vez, revivan las esporas inactivas existentes, también puede enviar señales más lejos.

—Esa es precisamente la cuestión. —La Viuda Negra bajó la voz, sus palabras caían como un sudario sobre las conversaciones contenidas de los científicos que la rodeaban—. Intentarán intervenir y arruinar nuestro plan haciendo alguna estupidez, porque eso es lo que siempre hace nuestra especie. Si Cassandra envía un mensaje a otras Cassandras, estamos condenados. Tal vez no por unos cientos de años, pero estamos condenados. Hasta ahora, no ha habido indicios de que podamos tener una solución...

—Un momento —la interrumpió Jenna, parpadeando en un intento de librar sus ojos del resplandor de los reflejos en las paredes blancas del laboratorio—. ¿Tu plan? ¿Cuál es? ¿Infectar al mundo entero?

—Ya hemos pasado eso, ¿no? Te he mostrado que hemos infectado tres puntos estratégicos que servirían como lugares de propagación perfectos para que la espora infectara todo el globo. Suponemos que es un sistema automatizado, una especie de sembradora. Si su trabajo se basa en los datos de los sensores, lo que suponemos, basándonos en los datos de nuestra investigación hasta ahora, entonces sus mediciones darán positivo.

—Podéis ser más astutos que él.

—Sí.

—Queréis engañar al hongo (o a sus zombis) para que piensen que la Tierra está completamente infectada y sigan adelante. Algo así como si alguien quiere volar una casa, y tú le quitas los explosivos, los colocas en los mejores sitios, y luego le das el visto bueno porque ves que lleva más, y hay muchas otras casas.

—Es una analogía a la que cuesta acostumbrarse, pero sí.

—Pero ¿qué os hace pensar que podéis ser más listos que algo tan sofisticado?

—El hongo no es sofisticado. Bueno, al menos no desde un punto de vista técnico. Evolutivamente, es probablemente mucho más sofisticado que nosotros si se mide el éxito evolutivo en términos de éxito reproductivo. Necesitamos focos de infección para alejar a Cassandra. Con el tiempo, decodificaremos el resto de la señal y compraremos nuestra supervivencia con un falso mensaje de «todo está infectado aquí».

—Eso suena un poco optimista. He estado en Ulan-Ude y he visto lo que hacen esas esporas, cómo convierten a hombres, mujeres y niños en zombis sin voluntad. El incendio probablemente destruyó la ciudad, pero he oído decir a Anton que es muy posible que ese incendio solo sirviera de caldo de cultivo para una propagación posterior mucho más eficaz.

—Necesitamos más tiempo, pero podemos hacerlo. Estamos muy

cerca.

—¿A qué?

—A una vacunación eficaz, por supuesto. Todos nuestros esfuerzos de las dos últimas décadas han ido encaminados a eso. También fue la razón por la que Feyn me reclutó.

—Se la estabas dando a los sujetos de prueba —concluyó Jenna, asintiendo en señal de comprensión—. Por supuesto.

—Sí. Necesitábamos un periodo de prueba a gran escala y tuvimos que ampliar considerablemente nuestras instalaciones de Altay. Los sujetos de prueba fueron un sacrificio necesario que tuvimos que hacer. No se puede probar la RS-66 en cerdos o monos, aunque sería mucho más fácil para nuestra especie, porque los animales no cargan con conceptos como la dignidad y la emoción. Sé que lo entiendes, así que no me insultes con hipocresía.

—No pensaba hacerlo. Era más bien una observación de hecho. Así que la RS-66 es una vacuna. He visto a tus sujetos de prueba, y lamento decirte que no funciona.

La Viuda Negra suspiró.

—No con todo el mundo, pero contigo, por ejemplo.

—¿Perdona?

—Te infectamos, por supuesto, cuando escapaste en el tren subterráneo. ¿Creías que no sabíamos lo que estaba pasando y ni siquiera miramos a través de la solapa de tu capullo médico? No eres tan ingenua.

Jenna se miró y tragó saliva, como si de repente su cuerpo le resultara extraño.

—Los activadores son obviamente el problema. Pero podemos arreglarlo. Solo tenemos que asegurarnos de que...

La alemana no llegó más lejos, ya que un ligero temblor la interrumpió, haciendo sonar las esposas de la muñeca y los tobillos de Jenna. Los científicos dejaron inmediatamente de hacer lo que estaban haciendo y se quedaron inmóviles antes de que una alarma desagradablemente fuerte empezara a ulular y las cuatro puertas de seguridad que daban a la sala circular se abrieran. Todos los que llevaban bata blanca corrieron de inmediato y desaparecieron.

—¿Qué pasa? —preguntó Jenna.

—Dímelo tú. Fuiste quien trajo a la caballería aquí. Ahora te toca a ti decidir —replicó la Viuda Negra, aparentemente impasible, incluso cuando otro temblor desprendió fino polvo del techo y lo esparció a su alrededor.

La expresión de la teutona se endureció.

—Me gustaría que dijeras que no para poder meterte una bala en la cabeza por matar a Feyn. Era un buen hombre y tan previsor que me prometí darte una oportunidad incluso en caso de su muerte. Sin embargo, fui yo quien lo puso sobre ti en primer lugar. Pero era su condición, así que voy a cumplirla.

Con una expresión aún más severa, la Viuda Negra añadió:

—Entonces, ¿qué decides, Jennifer Haynes?

Capítulo 14: Lee

Cuando Lee preguntó a la IA cómo se suponía que iba a volver a la superficie a través del gigantesco espacio abierto del interior del asteroide hueco, esta respondió que uno de los robots de mantenimiento se encargaría de ello. Sin embargo, tras su fantasmagórica aparición en la sopa de protones de ADN que flotaba alrededor del núcleo de neutrones (lo que sea que fuese aquello), no había esperado ver una larga cuerda por la que deslizarse.

Pero eso fue precisamente lo que ocurrió. Por supuesto, la cuerda no era de verdad, sino de metal, y del grosor de un dedo. La escasa gravedad le permitió subirse a ella con relativa facilidad. Pronto estaba flotando sobre el lago azul brillante, que con cada tirón sucesivo hacia arriba se parecía cada vez más a una bola de forma irregular en medio de una esfera negra de oscuridad hueca.

Evidentemente, se encontraba en un lugar distinto de donde había caído, pues muy por encima de él había una débil fuente de luz. Cuanto más se acercaba a ella, mejor se daba cuenta de que era una estructura adherida al interior de la superficie del asteroide, iluminada muy débilmente por la masa central en la que acababa de estar flotando como un feto. No podía distinguir qué era exactamente (todavía estaba demasiado lejos para eso), pero algo era muy diferente.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», pensó mientras deslizaba una mano sobre la otra y se elevaba cada vez más, con cuidado de que la cuerda metálica no tocara la flecha que tenía clavada en el abdomen. Lo que había ocurrido parecía un sueño o una alucinación inducida por las drogas. El encuentro con Dima y el otro cosmonauta, Oleg, ya había sido extrañamente surrealista, pero todo lo que sucedió después le dificultaba la elaboración de pensamientos coherentes.

Al mismo tiempo, había sucedido de forma tan básica y rutinaria como cabía imaginar. Lee había estado nadando, o más bien flotando, en una extraña masa que su cerebro podía fácilmente malinterpretar y clasificar como líquido. Entonces alguien le había hablado por radio,

no un acto mágico, cabría pensar. Que creyera que la voz alienígena era una IA era algo que simplemente tenía que aceptar, facilitado de nuevo por el entorno surrealista.

—¿Sigues ahí? —preguntó.

—Sí —respondió la voz de la IA, que sonaba tan neutra y casual como él recordaba. Aquella única palabra le atravesó las tripas como un cuchillo, como si confirmara todo lo que su mente había querido descartar como imaginación y esconder en algún cajón del subconsciente.

—¿Qué es eso encima de mí?

—Es el camino más rápido a la superficie.

Lee pensó en preguntar, pero decidió no hacerlo. Tenía una ventaja con la naturaleza única de esta IA y no debía arriesgarse a la ligera. Tal vez no estuviera familiarizada con el concepto de mentir, pero sí con el de andarse con rodeos.

Tras lo que pareció una eternidad y un ligero ardor en los músculos de sus brazos, los amplios conos de luz de las lámparas de su casco proporcionaron suficiente luminosidad para revelar de qué se trataba. Lo que había parecido un bulto desde la distancia era una gran estructura que presionaba contra la cubierta interior del asteroide. Hilos blancos recorrían la superficie, como si una araña hubiera tejido su tela.

Un iris en espiral se abrió sobre él, dejándole entrar en un pozo circular de dimensiones similares al que habían atravesado los fragmentos. La diferencia radicaba en que las paredes que le rodeaban eran transparentes, y enormes máquinas hacían su trabajo detrás de ellas. Debido a los potentes reflejos de sus dos lámparas, apenas podía ver. Sin embargo, le pareció distinguir unas salas gigantescas en las que unos robots con forma de oruga ensamblaban cosas para las que no se le ocurrían equivalentes terrestres.

Algunos flotaban como por una mano fantasmal, otros corrían por venas luminosas en el aire, y luego, tras parpadear varias veces, vio un largo cilindro tachonado de piedras por frágiles brazos. Creyó ver, también, el blanco luminoso de las estribaciones entre ellas. Se extendía como una alfombra entre los fantasmales seres-máquina que

se deslizaban junto a él como una pesadilla mientras seguía ganando altura poco a poco.

«¿Es aquí donde se crean los fragmentos? Debe ser aquí».

Por encima de él, Lee vio algo que ya había visto antes: unos listones azul brillante con una orientación excéntrica en medio de la negrura. También se abrieron ante él, pero tan bruscamente que por un momento dudó de que hubieran estado allí alguna vez.

«¿De dónde ha salido esta cuerda?», pensó, intentando en vano descubrir su origen. Entonces la vio en el mismo momento en que llegaba al lugar por el que había bajado al largo pozo para seguir a los dos cosmonautas: una esbelta criatura de ocho patas, dobladas hacia fuera, con un torso corto y un brazo mutante que salía del cuerpo donde debería haber estado la cabeza. A diferencia del resto de la figura, era gris y parecía hecho de mercurio. Con los extremos puntiagudos de sus patas, el "robot" se sujetaba al pozo, y la fina cuerda que Lee sujetaba entre los dedos era arrastrada por él.

—¿Qué coño es eso? —murmuró Lee, con la boca seca mientras miraba, asombrado, a la criatura antes de balancearse hacia un lado y agarrarse al borde del agujero para trepar por él. Se golpeó dolorosamente con la flecha que tenía clavada en el abdomen y gritó involuntariamente.

—... demasiado tiempo —oyó una voz por la radio y se quedó helado.

¡No, esa era su voz!

—¿Sarah? Sarah, ¿eres tú?

—¿Lee?

«¡Sí, es Sarah!» se regocijó, y sintió ganas de llorar. La estática de la conexión era fuerte, pero no cabía duda de que se trataba de su amiga y colega. Al mirar hacia arriba, vio aparecer un casco con dos luces al final del pozo, y luego cuatro más con formas diferentes.

—¿Eres tú, Lee?

—¡Sí, soy yo!

—¡Dios mío! —Sarah gritó tan fuerte que le dolieron los oídos. También se oían otras voces, pero no podía distinguirlas por encima de los sobrecargados micrófonos de los astronautas—. ¡Lee!

Empezábamos a pensar que tú... tú... No importa, ¡qué alegría oír tu voz! Espera un momento. Te bajaremos una cuerda.

—Eso estaría bien —gimió, doblado por el dolor renovado. Controlándose, inspiró y espiró, lo bastante superficial para no agravar aún más la herida y, al mismo tiempo, lo más profundo posible para calmarse un poco.

Poco después cayó hacia él una cuerda blanca anudada en algún lugar del centro. La agarró con ambas manos y fue elevado con fuertes tirones. Se giró a propósito para que su hombro derecho rozara la pared y no dañar la mochila que contenía el soporte vital.

Cuando casi había alcanzado el borde fue iluminado por varias lámparas de casco, cuatro manos le asieron y tiraron de él hacia el regolito gris pálido del centro del cráter, cerca de donde habían aterrizado. Sarah, a la que reconoció por el biotraje, lo abrazó con tanta fuerza que la flecha le volvió a clavar una punzada de dolor en las tripas.

—¡Ay!

Ella dio un paso atrás, miró hacia abajo y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Necesito curarte ahora mismo!

—No.

Le hizo un gesto con la mano para que se apartara y se esforzó por mantener una expresión normal en el rostro, ignorando el dolor y la incomodidad para mirar a su alrededor.

Junto a Sarah estaba Dima, con su traje espacial ruso algo más apagado. Junto a ellos aparecieron otros tres astronautas. Dos llevaban banderas estadounidenses en los brazos y el símbolo de la NASA en el pecho. La otra era una astronauta que llevaba una bandera china y un casco cónico. Tenía una cara estrecha y bonita, y parecía muy joven. La mirada que le dirigió era a la vez interesada y desconfiada. Él conocía personalmente a los dos estadounidenses.

—Doug, Roger —saludó a ambos levantando un brazo. Habían sido instructores de sección durante su formación como astronauta en Houston: hombres con mucha experiencia y buen sentido del humor. Sin embargo, ahora parecían preocupados.

—Lee, me alegro de verte. Después de lo que nos contaron Dima y Sarah, empezábamos a pensar que no volveríamos a verte —dijo Doug, señalando hacia las terrazas desde su inestable isla de luz en la base del cráter—. Aterrizamos hace una hora, Li-San aquí y su colega Fen hace un momento. Ella bajó hace unos minutos.

—Hola. Encantado de conocerte —dijo Lee a la china, quien inclinó la cabeza.

—Es un honor, señor —respondió en un inglés bastante bueno.

—Me alegro de que todos hayan aterrizado a salvo.

—Vamos a volver y tratarte...

—No —le dijo a Sarah mientras negaba con la cabeza—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo para qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Dima.

—¿Has asegurado la ojiva?

—Sí —le aseguró el ruso, señalando hacia arriba, hacia la terraza donde había aterrizado la *Verdad*, si se orientaba bien—. Lo siento mucho, amigo. Debería haber actuado antes. Pero el mayor...

—¿Mayor? —preguntó Lee, irritado.

—Oleg. Era mayor de la Fuerza Aérea y nos fue asignado para completar su misión.

—Se suponía que debía asegurarse de que la bomba fuera detonada, ¿verdad? Sabía que no era un astronauta. Y sigo sin creerme que hayáis traído una cabeza nuclear. —Cuando Lee se dio cuenta de las miradas avergonzadas de Doug, Roger y Li-San, negó con la cabeza —. ¿No me digan que fueron tan estúpidos?

—Era importante hacer un reconocimiento y saber a qué nos enfrentábamos —dijo Doug con una expresión en la cara como si hablar de ello le incomodara—. Pero también para establecer los hechos. No podemos permitir que ocurra otro suceso como el de Los Ángeles. —Mirando a Dima y Li-San, añadió rápidamente—: O Ulan-Ude, o Shanghái.

—¡Tenemos que sacarlos de aquí ya! —dijo Lee, empezando a teclear en su tableta de antebrazo.

—¿Sabéis algo que nosotros no sepamos? —añadió Roger.

—¡Basta! ¡Lee está herido y tengo que tratarlo!

—Estos pozos me parecen una debilidad estructural —opinó Li-San.

—¡Incorrecto! —Dima resopló—. Si nosotros...

Lee terminó y levantó el antebrazo para que pudieran ver lo que había escrito:

Hay una IA que controla Cassandra. Es una sonda muy avanzada. Ha descifrado nuestro canal estándar. Necesitamos una nueva encriptación, y probablemente no tengamos mucho tiempo.

Las reacciones de los demás astronautas iban desde ceños y bocas fruncidas hasta carraspeos incrédulos. Rápidamente continuó tecleando:

No cuesta nada. Estableced un nuevo código, ¡una copia de seguridad! No me importa quién.

—Lee, aquí Control de Misión —oyó en ese momento la voz de Lena en su oído derecho—. ¡Estamos tan contentos de ver que estás bien!

—Gracias, Lena —respondió secamente.

—Nos hemos quedado sin palabras, por favor, explícanoslo todo de nuevo con calma. Cuando cambies de canal, quiero recordarte que nos sintonices.

—Recibido, Control de Misión.

La primera en responder fue la china, quien metió la mano en la riñonera y sacó una tableta conectada por cable a su traje. Empezó a hacer algunas anotaciones y luego les tendió una frecuencia con una clave. Lee no dudó e hizo un gesto de impaciencia para que los demás siguieran su ejemplo.

—¿Me oís? —preguntó, esperando a que todos asintieran.

—¿Qué dices de una IA? —preguntó Sarah, y se dio cuenta de que las miradas de los demás oscilaban entre el asombro y la lástima.

—No tenemos mucho tiempo. Tal vez nos esté escuchando, tal vez esté descifrando la encriptación, o tal vez no pueda oírnos. —Lee

señaló en el agujero junto a ellos—. Me caí a través de un pozo con Oleg. Todo el asteroide es hueco.

Lee pisoteó la superficie.

—Esto no es más que una ingeniosa fachada y un escudo contra la radiación al mismo tiempo. El núcleo está hecho de algo que la IA llamó «núcleo de neutrones». Creo que es la fuente de energía. Una masa de almacenamiento de datos de ADN y protones inteligentes lo rodea y alberga la IA, si no he entendido mal. Bajo el fondo del pozo se encuentran las instalaciones de producción de los fragmentos, mediante los cuales se disparan las esporas a la Tierra. Destruyeron a los creadores de la sonda, y varias sondas idénticas están ahora propagando este hongo por toda la Vía Láctea.

—Un momento —pidió Roger con su voz grave y gruñona, y levantó los brazos enfundados en su traje espacial—. Más despacio, por favor.

—¡No tenemos tiempo! —Lee casi suplicaba. Sabía que debía parecer un loco a los demás, así que se obligó a calmarse y a respirar hondo. «Tengo que tomarme mi tiempo, aunque la IA sea rápida y nos intercepte. De lo contrario, mi plan está condenado al fracaso», pensó.

—¡Tenemos que destruir este lugar, y rápido! —Ahora que ya tenía toda su atención, les contó en pocas palabras lo que había experimentado y discutido con la voz en su oído. Nadie le interrumpió y nadie se rio de él. Cuando terminó, habían transcurrido ocho minutos y se hizo un momento de silencio.

Li-San se asomó con desconfianza en el foso.

—¿Así que el robot sigue ahí abajo en alguna parte?

—Afirmativo.

—Lo que todavía no entiendo es la gravedad —dijo Doug—. Hay cierta atracción aquí en la superficie, pero por lo que dices, debe ser diferente ahí abajo, lo que no tiene sentido físicamente.

—Eso no tendría sentido para una sonda, especialmente si el objeto es hueco. ¿De dónde saldría la masa extrema para mantener los pies en el suelo? —intervino Roger.

—¿Qué? —preguntó Sarah.

—La masa tiene dos propiedades en física —tradujo Li-San para

la doctora—. Atrae a otras masas y no puede desviarse fácilmente de su trayectoria. La masa en reposo y la masa inercial son las descripciones propias del estado. Por lo que sabemos de los datos de investigaciones recientes, estas dos propiedades están inextricablemente acopladas.

—¿Eso significa que la masa en reposo es la misma que la masa inercial?

—Sí, pero aún no hay una explicación convincente para ello.

—Puede alguien decirme, por favor, ¿qué se supone que nos dice esto exactamente? —Sarah sonaba impaciente y no dejaba de mirar la flecha del traje de Lee. Ella también se preguntaba cómo era posible que siguiera vivo y no hubiera muerto por la destrucción del sello.

Una herida punzante, dependiendo de dónde se infligiera, no era necesariamente mortal mientras no sacaras la hoja y provocaras una hemorragia interna. Pero la zona abierta alrededor del metal debería haber comprometido el funcionamiento de su traje, por lo que debería haber muerto congelado casi de inmediato. No se explicaba por qué no había ocurrido aún.

—Vudú alienígena —respondió Dima pensativo—. Hemos visto que esta sonda pisotea las leyes de la mecánica celeste. Si un asteroide frena solo puede ser una nave espacial. Así de sencillo. Que haya elegido el punto exacto L1 entre la Tierra y la Luna es igualmente un signo de inteligencia. Ahí es donde...

—... Las fuerzas gravitatorias de la Tierra y la Luna se anulan mutuamente, y un objeto puede permanecer prácticamente ingrávido para siempre sin tener que sustentar su posición. —Sarah hizo un gesto desdeñoso—. Puede que sea médica, pero también soy astronauta.

—Lo siento. De todos modos, la única forma en que puedo explicar la atracción gravitatoria aquí en la superficie es que esta tecnología alienígena simula la masa en reposo de alguna (para nosotros) forma mágica.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Roger.

—¿Para que los robots descansen? —sugirió Doug—. Utilizarían menos recursos, como gas frío para los propulsores de maniobra, por

ejemplo. El regolito de la superficie también se mantendría unido así, pero yo qué sé.

—Me gustaría señalar que acabamos de bloquear todas nuestras estaciones terrestres —Li-San les recordó algo que Lee había olvidado por completo.

—Así es como tiene que seguir. Intentarán disuadirnos de mi plan. Pero debemos destruir Cassandra. Con vuestras ojivas, podemos intentar destruir el interior (la IA) y anular así la masa simulada de este lugar. Después de eso, una más debería bastar para lanzar el asteroide desde el Punto Lagrange-1 hacia la Luna. ¿Por favor?

Los otros cinco astronautas se lanzaron miradas cautelosas y luego asintieron a su vez, lo que le hizo cerrar los ojos por un momento, aliviado.

—¿Me creéis? —preguntó finalmente asombrado—. Esperaba que pensarais que había perdido la cabeza.

—Somos una especie reacia a los hechos —respondió Dima—. Creemos solo lo que queremos creer y lo que encaja en nuestra visión del mundo. Pero los astronautas somos elegidos porque podemos pensar de forma racional y lógica. No pretendo tirar eso por la borda solo porque me cueste creer algo. Si uno de nosotros dice lo que vio y oyó, le creo. Te he visto sacrificarte para protegernos. Eso me basta.

—Podrían llevaros a todos a juicio —replicó Lee.

—Si se nos ocurre volver. —Doug no parecía muy convencido.

—Ellos están en la Tierra y nosotros aquí —se sumó Li-San, mirando a su alrededor con la barbilla levantada—. Están jugando a la política mientras nosotros debemos encontrar una solución a nuestro problema de veinticuatro kilómetros de diámetro.

—Ahora mismo me siento como Alicia en el País de las Maravillas. Excepto que he vuelto a salir de la madriguera del conejo, y todo parece seguir reglas diferentes.

—Li-San tiene razón. Me da igual que sea china o que Dima sea un puto ruso. —Doug sonrió—. Son humanos y astronautas. Tú también lo eres. Me creo lo que has dicho. Y aunque suene muy descabellado, si al menos un uno por ciento de ello es cierto (y estamos viendo la contaminación en la Tierra, después de todo),

tenemos que hacer todo lo posible para destruir a Cassandra.

—¿Alguna idea más concreta al respecto? —preguntó Roger.

—Sí, y no os gustará —dijo Lee.

—De momento, no me gusta nada —replicó Dima con amargura.

—¡Chicos, está pasando algo! —informó Markus por el viejo canal, y la estática en la conexión era tan extrema que apenas podía oírle—. ¡Salid de ahí!

El suelo bajo sus pies empezó a temblar y los granos de regolito comenzaron a bailar al ritmo de un compás inaudible.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Lee, sin aliento, dando un codazo a su amigo ruso y señalando la cabeza nuclear que tenía detrás. La agarraron a ambos lados por las asas de transporte y se encaminaron ladera arriba con los demás, tratando de poner la mayor distancia posible entre ellos y el agujero del fondo del cráter.

«Estaba escuchando. ¡Estoy seguro de que la IA estaba escuchando!»

El temblor aumentó sucesivamente, continuando como una rigurosa vibración en sus huesos. Al correr, cayó de rodillas cuando el blando regolito se deslizó bajo sus pies, pero volvió a levantarse, ignorando el tirón en las tripas. La flecha en el abdomen le estorbaba, y cada paso le hacía dolorosamente consciente de que no hacía más que empeorar una situación desfavorable.

Los conos de luz de las numerosas lámparas de los cascos situadas delante, al lado y detrás de él proyectaban sombras inquietas sobre la pendiente ascendente y los innumerables granos de regolito que pasaban a su lado en una avalancha silenciosa. Su jadeo en busca de aire fresco se unió a los gemidos de los demás astronautas que intentaban ponerse a salvo. Las luces seguían superponiéndose, cortando como afilados cuchillos lo aterrador desconocido que tenían ante ellos, proporcionando una horripilante pantalla de proyección para las fantasías más terroríficas.

Lee no podía darse la vuelta porque eso habría significado detenerse, y la adrenalina le impulsaba de manera implacable. El cosquilleo en la nuca, la piel de gallina, la sensación de hundimiento en el estómago le azuzaban. Las imágenes internas de una araña-robot

de patas delgadas y puntiagudas que se transformaba en muchas más, todas saliendo del agujero para neutralizar la amenaza de la sonda, le estimulaban.

—¿Qué... está pasando...? ¿Markus?

—Estoy midiendo un fuerte campo magnético que se está formando aquí. El epicentro parece ser el centro del cráter, aunque mis instrumentos de medición se están volviendo locos. Además, hay algo moviéndose.

—¡Está tratando de detenernos!

Tunguska, 11 de enero de 1937

Yuri Golgorov se acarició la larga barba canosa y contempló el objeto en silencio. Era precioso a su manera, simple pero grácil. La forma era insulsa y consistente, el caparazón de suave perfección, y la estructura de acero que la mantenía unida y en su sitio como una especie de fijador externo era, en comparación, insuperable en fealdad y tosquedad. Para él, aquella visión por sí sola habría bastado para demostrar que se trataba de un visitante alienígena (lo cual, por supuesto, sabía que era un hecho), pero al resto del personal le vendría bien experimentar un momento así más a menudo. Esperaba que les sirviera de base y les diferenciara de lo que estaban haciendo aquí.

Mientras tanto, el campamento había crecido hasta tener más de 200 empleados después de que los nueve investigadores originales del entorno de Djusev reclutaran a otros colegas. El dinero que utilizaron para atraerlos procedía de fuentes poco ortodoxas. Como habían explorado bien la zona y habían construido su propia línea de ferrocarril de vía estrecha hasta una mina ilegal cercana, no había sido difícil trazar otra que corriera de este a oeste. Lo habían empezado en la agitación de la Revolución de Octubre, aprovechando las bases abandonadas de las fuerzas imperiales que habían estado cerca. Una guerra civil había sido, irónicamente, justo lo que necesitaban para establecerse y construir, sin ser vistos.

En 1922, tuvieron que pasar dos años en los que no pudieron hacer prácticamente nada, salvo seguir trabajando en sus refugios y laboratorios y aprovisionarse de alimentos lo mejor que pudieron. Pero aquellos dos años de relativa calma tras los combates en el desmoronado Imperio zarista les habían hecho darse cuenta de que tenían que planificar un futuro en el cual, la gente no seguiría desinteresada por las extrañas actividades en Siberia central.

Así pues, la lucha por la sucesión de Lenin después de enero de 1924 llegó justo a tiempo. El país estaba ocupado tratando de determinar si el anterior secretario general del Partido Comunista, el «inmigrante georgiano» como le llamaba despectivamente Jakob, se

enfrentaría a León Trotsky. Lo hizo, pero fueron necesarios cinco años de terror y lucha política, que también sumieron en el caos a la escasamente poblada Siberia.

Al mismo tiempo, la industrialización masiva iniciada bajo Stalin les benefició contra todo pronóstico, pues ya no tenían que sufrir largos períodos de suministro de hormigón, equipos eléctricos y otros bienes. Había sido un reto traer materiales en grandes cantidades y construir tan extensamente sin causar revuelo. Pero como, bajo Stalin, se construía en todas partes y el movimiento de mercancías era titánico, no llamaron la atención. No era más que otro proyecto del Partido Comunista, uno de tantos, aunque los cambios fueran masivos.

A los diez años de amasar una fortuna contrabandeando bienes de antiguos leales al Zar para protegerlos del terror de los revolucionarios, habían construido un búnker bajo el cráter de impacto, levantado un cráter falso a muchos kilómetros de distancia y alterado la cubierta arbórea para adaptarla a su distracción. Siguieron refugios subterráneos y laboratorios, y túneles para que (en caso de ser descubiertos) pudieran sacar rápidamente sus posesiones más importantes: sus empleados.

A principios de la década de 1930, mediante acuerdos secretos entre sus miembros, habían conseguido reunir a un total de 600 investigadores de todo tipo de disciplinas que, tras exhaustivas pruebas y con continuas precauciones, fueron considerados leales a la Iniciativa.

«La Iniciativa». Yuri sonrió y se dio unas palmaditas en el pecho, donde llevaba bordado el emblema con el cono negro invertido sobre fondo azul. Había sido difícil convencer a sus colaboradores de que utilizaran el nombre Iniciativa Tierra Alienígena en lugar del ruso *Initsiativa Chuzhoy Zemli*. Aunque los científicos naturales de sus filas no eran comunistas, sino más bien espíritus libres que veían a Marx y Engels más como intelectuales destacados que como salvadores, su patriotismo subyacente seguía siendo un obstáculo.

Pero la Iniciativa debía internacionalizarse. Su visión era muy clara a este respecto y no dejaba lugar a discusiones. De todos modos, todos le odiaban, dijeran lo que dijeran Jakob u Oleg. Era demasiado

estricto, demasiado obstinado, demasiado todo. Pero tampoco habían visto lo que él había visto, no sabían lo que él sabía y no entendían lo que tramaba. No conocían sus grandes planes para el bien de la humanidad, la transformación que tendrían que sufrir para liberarse de sus ataduras.

Si el precio era su odio hacia él, que así fuera. Si no hubiera sido como era, él, Oleg y su equipo nunca habrían buscado y encontrado este lugar, no lo habrían protegido de Djusev y de gente como él. Todas las emocionantes maravillas de las que habían sido testigos habrían pasado de largo, sin ser vistas y olvidadas en el tiempo.

Todo encajaba en su mente. Habían pasado casi 30 años desde que descubrieron el meteoro, y habían ocurrido tantas cosas en ese tiempo. El Imperio zarista, antaño tan inquebrantable y eterno, se había desmoronado, hecho añicos en manos de una revolución que había envuelto el país en llamas. De los revolucionarios habían surgido los partisanos en una guerra de sucesión, causando graves temblores una vez más y cambiando Rusia (ahora la Unión Soviética) para siempre.

Pero el meteoro no había cambiado un ápice. Habían engañado a la espora para que estallara varias veces más, y también habían sido capaces de descifrar el mecanismo sin saber a qué se enfrentaban exactamente. Yuri lo entendía, pero eso no bastaba para que todos lo comprendieran. No debía convertirse en un «tío raro» que proclamaba fantasías descabelladas. Necesitaban encontrar orgánicamente sus respuestas para que se sintieran orgullosos de sí mismos y creyeran en la Iniciativa. Quizá fueran como una secta, pero él había resuelto que seguirían siendo una secta científica.

Habían aprovechado los tiempos de cambio y caos en el mundo no solo para ganar mucho dinero, sino también para crear una red de simpatizantes. Eso había sido más fácil de lo que habían pensado en un principio. Primero sobornaron a funcionarios de menor rango a los que podían utilizar para cosas menores, como permisos de tránsito. Luego, había sido cuestión de conseguir permisos de transporte, o de hacer la vista gorda en el momento crítico en que pasaban un control.

Las exigencias habían aumentado constantemente, pero con un

pie dentro era más fácil abrirse camino en cualquier institución. Todo el mundo conocía a un superior al que le vendría bien un automóvil nuevo o mejores medicinas para un familiar, o dinero en efectivo. Más tarde, cuando se acercaban a personas en posiciones más altas, solía ser para ayudar contra oponentes políticos: reunir trapos sucios, sacarlos a la luz, publicarlos. Yuri despreciaba ese tipo de cosas, pero sin duda les habían ayudado a llegar a donde estaban.

Ahora la Iniciativa tenía partidarios en la mayoría de los Comisariados del Pueblo, y no tardaría en tener también representación en el Politburó de la URSS. Una vez que hubieran sobornado a alguien, las pruebas clandestinas y la vigilancia de sus espías comenzarían con creciente eficacia y específicamente dirigidas y supervisadas por él. Cualquiera que resultara ser un candidato genuino era traído aquí, a este mismo lugar, para ver lo que necesitaba ver para comprometerse con la Iniciativa para siempre.

¿Cómo podría alguien negarse? Acercarse al mayor misterio de la historia de la humanidad y saber que puedes formar parte de él... Obtener sus secretos y utilizarlos en beneficio de la humanidad, en lugar de ser utilizados por los intrigantes políticos de Moscú como proletarios de todos los países, era algo en lo que apenas había que pensar.

Había algo mágico en el lugar donde se encontraba que ni el científico más puro podría negar. Respiraba lo extraño, lo desconocido y lo impresionante. No se podía mirar al meteoro y permanecer neutral. Su mera presencia era palpable pero no mensurable, como si se tratara de una entidad viva, que se limitaba a seguir normas que aún no comprendían.

¿Cómo si no podía ser que hubiera emitido una señal, en aquel fatídico invierno que les había hecho darse cuenta a todos de que estaban tratando con una máquina, una máquina de verdad que aparentemente no necesitaba fuente de energía y funcionaba según leyes totalmente distintas a las de las máquinas de vapor? Yuri sabía, por supuesto, que en ese momento no solo estaba mirando al meteoro, sino que el meteoro le estaba mirando a él, pero ¿cómo podría demostrarlo?

¿Cómo podía una hormiga demostrar a las demás que el perno que tenía delante pertenecía a una especie que lo utilizaba para construir rascacielos y cables eléctricos? Llevaría tiempo, y era muy probable que no viviera para ver los frutos de su trabajo, pero hacía tiempo que había obtenido las respuestas más importantes, así que, en esa medida, este conocimiento no le apenaba.

—¿Pochetnyy Golgorov?

Yuri se volvió hacia la voz y vio que su secretario personal, Artiom, se acercaba con un portapapeles bajo el brazo.

—¿Qué pasa?

—Lo siento mucho, Pochetnyy. Su visitante de Inglaterra ha llegado.

Un vistazo a su reloj de pulsera le mostró que aún no era la hora de comer.

—Llega pronto.

Artiom hizo una reverencia.

—Está esperando en su sala de recepción.

—Tráelo aquí.

—¿Quiere reunirse con él *aquí?*

—Sí, es la única habitación con vistas que tenemos, y nuestro estimado huésped es de Oxford, no de un tugurio polaco —respondió Yuri, haciendo un gesto a su secretario para que se marchara. Artiom volvió a la puerta, donde se vieron brevemente las mangas del uniforme negro de dos guardias, que desaparecieron un momento después.

Se hizo el silencio entre las paredes de hormigón y el grueso cristal que le separaba del objeto. Un único sillón se encontraba detrás de él en la habitación, por lo demás vacía. Conocía todos los agujeros del yeso, todas las irregularidades de la pared e incluso la única bombilla que colgaba del techo con un cable corto. Se había oscurecido un poco con los años y tenía muchos arañazos.

Una y otra vez, mientras pasaba las tardes aquí en este sillón, se había preguntado cómo era posible que algo que básicamente no se había tocado nunca pudiera mostrar tales signos de desgaste. ¿Se debía a las partículas del aire que arañaban el fino cristal cuando se

abría la puerta y se arremolinaban todas las moléculas? ¿Podría un proceso así, insignificante para el ojo humano, haber provocado que los efectos se acumularan a lo largo de una década?

—Somos ciegos a los detalles como especie, ¿no crees? —preguntó en inglés al oír la puerta detrás de él. El crujido fue muy silencioso, pero Yuri percibía cada cambio en la habitación, aunque fuera tan mínimo como el aleteo de una mariposa.

—Creo que sí —respondió el visitante, poniéndose a su lado. Era más o menos de la estatura de Yuri, con el pelo ralo y blanco y la barba bien recortada. Su traje era de color crema—. Al menos, no les prestamos suficiente atención.

—Eso se debe a que siempre nos centramos en los grandes impactos: quién vive, quién muere, qué es peligroso, qué es inofensivo. Pero en el cosmos intermedio, entre nosotros, gigantes corpulentos, y los microbios más diminutos, ocurren muchas cosas. Allí se desarrolla todo un universo. Está ante nuestros ojos, y sin embargo es tan invisible, como si tuviera lugar en la inmensidad del espacio. —Yuri señaló el meteoro—. Esto lo sabe. Conoce todos los planos de la existencia. ¿Qué te parece?

—Creo que la sonda es asombrosa. Ojalá no tuviéramos que mantener en secreto nuestros conocimientos en estos tiempos terribles.

—¿Tiempos terribles?

—Los nazis en Alemania están alcanzando el poder, y hay una creciente preocupación entre nosotros en Inglaterra de que pueda haber otro conflicto, esta vez para incendiar el mundo entero.

—¡Bah! —Yuri hizo una mueca de desdén—. Ese tal Hitler no es más que otro tonto capitalizando la frustración política. Los alemanes no seguirán tolerando a alguien como él.

—Espero que tengas razón, Pochetnyy —dijo el británico con cautela.

—Os hemos dado un avance médico. Cuando lo hayáis perfeccionado con nuestros farmacólogos, el mundo erradicará de un plumazo todas las enfermedades infecciosas. Con tan buenas noticias, nadie pensará en la guerra, estoy seguro.

—Esperemos que tengas razón.

—Te estás repitiendo, Alexander. —Suspiró y señaló su único sillón—. ¿Quieres sentarte?

—Oh no, Pochetnyy, por favor siéntese.

—De acuerdo, si no te importa. —Yuri se acercó al mueble y se acomodó sobre la tela bordada—. ¿Han mordido el anzuelo tus colegas de profesión?

—¡Oh, sí! —El biólogo sonrió con satisfacción—. Penicillium en esta forma se presenta como un hongo bastante común, y el efecto antibiótico es sorprendente. Vamos a llamar al fármaco penicilina, si usted está de acuerdo, por supuesto.

—Esa no es mi decisión. —Yuri hizo un gesto despectivo con la mano—. Puede que sea el fundador de la Iniciativa, pero no soy un dictador. Ponle el nombre que quieras. Lo más importante es que la Iniciativa gane dinero con ello. El bien de la humanidad es una cosa, pero sin el bien de nuestra organización, solo podemos servir mínimamente a la gente, ¿no?

—Así son las cosas.

—¿Cuándo crees que estará lista para el mercado?

—Dentro de unos años, creo. —El británico se frotó la barbuda barbilla y miró al meteoro como si fuera un conejo que no pudiera apartar los ojos de la serpiente. Yuri sonrió ante la expresión de su visitante.

—Muy bien. Muy bien, sí. —Tras una breve pausa, añadió—: ¿Por qué estás aquí, Alexander?

—¿Pochetnyy?

—Seguro que no has volado desde Inglaterra para darme la buena noticia, que podría haber sido enviada por telegrama cifrado. Sé que la nueva sede es impresionante, pero seguro que es mejor vivir en un castillo inglés que bajo las heladas de Siberia.

—Así es, Pochetnyy.

—Déjate de *Pochetnyy* y ve al grano.

Yuri empezaba a cansarse de las adulaciones de su invitado.

—Tenemos un problema con nuestra sección del sur de Inglaterra. Los miembros de la Iniciativa de allí creen que su estilo de liderazgo autoritario está perjudicando muchos de nuestros esfuerzos

por atraer a nuevos licenciados universitarios. Los estrictos protocolos pueden recordarles demasiado al actual estalinismo…

—¡Por favor, no me compares con Stalin! —estalló Yuri—. Es un advenedizo, un monstruo que representa todo lo que nuestra especie tiene de enfermo y censurable. Además, yo no dirijo de forma autoritaria, sino centrada en la ciencia. Si hay que hacer algo, lo hacemos, y no podemos permitir que los recién llegados a nuestras filas derroquen todo lo que hemos construido. Hay razones por las que estamos organizados como lo estamos. El secreto es y siempre será la directriz principal. Aún no somos lo bastante fuertes para impedir que nos arrebaten este objeto y abusen de él para sus miopes propósitos.

—¿Pero sabemos con certeza que lo harían?

—El gran Alexander Fleming… —Los ojos de Yuri se entrecerraron de forma apenas perceptible—, ¿viene a mí y cuestiona los valores fundamentales de la Iniciativa?

—No, no, Pochetnyy, no quise decir eso.

Yuri levantó una mano, silenciando a su visitante: una burda pero eficaz demostración de poder. Una necesidad, como tantas otras cosas.

—Hay dos formas de gobierno, los dictadores y los representantes electos. A los primeros solo les importa su poder y machacarán a diestro y siniestro con tal de mantener su dulce néctar. Los representantes electos son igual de malos. Van de elección en elección, gobernando solo para los próximos cuatro o seis años y no a largo plazo. Lo que importa es la reelección, no el bienestar de sus ciudadanos. ¿Cómo vas a confiar en gente así?

Yuri asintió en dirección al meteorito antes de continuar.

—Llevamos casi treinta años trabajando para desvelar sus secretos y utilizarlos por el bien de todos. La recompensa no es la gloria ni el poder mundano. Es el conocimiento de hacer lo correcto. ¿Qué puede hacer a una persona más feliz que eso?

—Por supuesto que tiene razón, Pochetnyy. Solo quería señalar que, en ciertos círculos, los movimientos más nuevos dentro de la Iniciativa están cobrando impulso, y en Inglaterra nos gustaría que hubiera continuidad, por así decirlo. Estamos a punto de cambiar el

mundo y…

—No te preocupes. El discurso de Oleg fue malinterpretado. Seguirá siendo mi mano derecha. Nada cambiará mañana ni pasado mañana.

—¿Está entonces…?

—No, no está enfermo. Pero supongo que mis palabras tampoco te quitarán las arrugas de preocupación de la frente. Supongo que quieres hablar con él. —Yuri volvió a levantar la mano—. No, no lo niegues. No salgo mucho (de hecho, nunca), pero no soy estúpido. Eres libre de verlo por ti mismo. Y ya que estás aquí, me encantaría que te dirigieras al personal mañana por la noche. Tus avances en la investigación de la penicilina son vistos con gran admiración por nuestros amigos aquí en la sede. Anímalos un poco, hazles ver que el próximo hito no tardará en llegar, y que requerirá perseverancia.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Fleming con gravedad.

—Cuatro años —respondió Yuri, rechinando los dientes. Notó el agudo escrutinio de Alexander, que seguramente se preguntaba cómo lo sabía con tanta precisión—. O más o menos ese tiempo, en cualquier caso. Los avances en la generación de plasma van más rápido de lo esperado.

—Hablaré en la reunión —dijo Fleming haciendo una reverencia.

Tras salir de la sala, Yuri permaneció sentado un rato, observando cómo, al otro lado del cristal, algunos investigadores de la Iniciativa entraban por una puerta y se dirigían al meteoro para examinarlo con instrumentos electrónicos. Iban vestidos con ropa protectora y máscaras antigás y actuaban con timidez. Las señales eran sutiles y no muy numerosas, pero aun así las notaba, y le dolía verlas. No se daban cuenta de la grandeza que les aguardaba una vez disipado el gran resplandor.

La Iniciativa había empezado poco a poco a nadar con los tiburones, necesitando solo paciencia hasta que fueran lo bastante fuertes para morder. No siempre era fácil recordarlo, pero después de lo que había visto, no había alternativa. Hacer realidad ese futuro era el objetivo final.

La humedad le hizo cosquillas en la nariz y se la limpió con el

dorso de la mano. Cuando se la miró, vio un líquido blanco que brillaba en el nudillo de su dedo índice. No se sobresaltó. En lugar de eso, miró el meteoro con una sonrisa y se frotó de mala gana la preciosa sustancia en el abrigo. Tras un rápido golpe, la puerta se abrió.

—¿Pochetnyy?

—¿Sí, Artiom?

—Oleg Rashkin ha llegado.

—Le recibiré en mi estudio.

—Como desee, Pochetnyy.

Yuri echó una última mirada al meteoro, y fue como si intercambiaran una señal secreta.

«Cuando llegue el momento», pensó. «Cuando el mundo anhele la salvación, se la daremos. Para siempre».

Capítulo 15: Jenna

—¡Todo el personal diríjase de inmediato a las zonas de evacuación designadas! —vociferó alguien por el sistema de altavoces, ahogando el ulular de las sirenas de alarma. De nuevo, el suelo tembló bajo los pies de Jenna. La Viuda Negra mantuvo la calma y la miró a los ojos.

—¿Y? —preguntó Jenna frunciendo el ceño. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Su homóloga era astuta, innegablemente, pero la mujer también era directa, y sus argumentos no podían descartarse sin más. La ira de la mujer por la muerte de Feyn era clara, genuina. El fuego de la convicción también brillaba en sus fríos ojos, como un halcón convencido de que luchaba por el bando correcto.

¿Y si tenía razón? Por todo lo que había averiguado hasta el momento, lo cierto era que los gobiernos de este mundo no tenían ni idea de a qué se enfrentaban cuando se trataba de Cassandra. Avanzaban a ciegas en la oscuridad, agitándose en todas direcciones. El gobierno de Estados Unidos incluso había destruido Los Ángeles, sacrificando a cientos de miles de sus propios ciudadanos sin saber siquiera si podría eliminar la amenaza.

Había llegado a saber que la Iniciativa era exactamente lo contrario: decididos, actuaban estratégicamente como una unidad y expertos en actuar de forma encubierta sin perder de vista sus propios objetivos. Conocían la amenaza de las esporas desde hacía más de 100 años. Obviamente, no estaban infectados, lo que sugería que estaban luchando con éxito contra ella. Lo único que tenía que hacer era creer la parte de la sonda y su señal; no había ninguna prueba. Sin embargo, ¿había una razón lógica para infectar durante décadas a los sujetos de prueba, y para plantar focos de infección en la Tierra para crear algún tipo de tapadera, y salir de la mira de la amenaza alienígena?

A esto se añadía la esperanza de una vacuna, que al parecer era inminente. ¿Actuaba la Iniciativa de forma inmoral al secuestrar a miles de inocentes? *Sí.* ¿Actuaba según un cálculo lógico que podía ser necesario? *Sí.* Por supuesto, podría argumentar que si la Iniciativa no

hubiera mantenido todo en secreto, podría haber habido fases normales de estudio con voluntarios.

Pero aún quedaba la cuestión de si alguien se dejaría vacunar voluntariamente con algo que protegería contra una «espora alienígena» que, algún día en el futuro, amenazará a la humanidad. Jenna no tenía mucha fe en la capacidad de pensamiento racional de su propia especie en el mejor de los escenarios, pero nadie se lo plantearía seriamente.

—Hace tiempo que me tienes en el punto de mira, ¿verdad?

—Sí —admitió sin rodeos la Viuda Negra.

—¿Por qué?

—Me recuerdas a mí cuando era más joven.

Cuando la expresión de Jenna se ensombreció, la mujer mayor se rio y asintió.

—Aún no has perdido tu brújula moral, aunque probablemente nadie crea eso de ti. Pero conozco el mundo en el que vives, conozco las decisiones imposibles que tienes que tomar y sé que los agentes que quiere tu gobierno no existen. No consiguen a una máquina de combate táctico con la cabeza fría que hace lo intelectualmente correcto en cada situación, pero que tiene un corazón cálido y ayuda en la organización benéfica local en su tiempo libre. Obtienen los monstruos que crean. Es fácil perder de vista tu propio camino en estas circunstancias. Si solo se necesita un lado de tu personalidad a la vez, y ese lado solo ve los rincones oscuros del mundo, el resto se atrofia.

El suelo de hormigón volvió a temblar. Todos los científicos habían huido ya, y el laboratorio en forma de anillo parecía sobrenatural bajo la luz roja de alarma, incluso sin el objeto atascado en las abrazaderas de sujeción detrás de la pared de cristal blindado.

—No tenemos mucho tiempo, Jennifer Haynes.

—No me llames así —replicó Jenna con frialdad—. Mi nombre es Jenna.

—Si tus compatriotas encuentran el meteorito y lo destruyen o se lo llevan, *ellos* lo sabrán y enviarán más esporas. Una vez que eso ocurra, hay dos posibilidades. O bien Cassandra nos bombardeará con

todo lo que tiene en lugar de marcharse para seguir infectando otros planetas, en cuyo caso estamos condenados. O Cassandra será destruida de algún modo (pero no veo cómo) y nos habremos ganado unos cuantos siglos hasta que la próxima nave semilla nos alcance y termine el trabajo. Espero, por el bien de nuestra especie, que para entonces tengamos una inoculación y el proyecto esté terminado. Vaya a Los Ángeles, señorita Haynes, y asegúrese de que nuestros esfuerzos no sean en vano. De lo contrario, no solo habrá sido en vano un siglo de trabajo de nuestra Iniciativa, sino también millones de años de evolución.

La Viuda Negra hizo un gesto a los guardias, quienes soltaron las esposas de las muñecas y los tobillos de Jenna. El metal cayó al suelo con un ruido metálico y traqueteó allí cuando se produjo otra sacudida, esta vez bastante más fuerte. La mujer sacó entonces la pistola de la cadera, la hizo girar y se la tendió a Jenna, con la empuñadura por delante.

—Espero que entiendas lo que significa este gesto.

Jenna miró la pistola y la cogió, metió una bala en la recámara y quitó el seguro. Disparar a la Viuda Negra habría sido fácil hace unos días, o incluso hace unas horas, y no habría dudado. Ahora, sin embargo, el panorama se le presentaba diferente, como si casi hubiera terminado de montar un complejo rompecabezas y solo con la última pieza se hubiera dado cuenta de que se enfrentaba a una imagen muy diferente de la que esperaba.

—Asegúrate de escapar.

—Oh no, señorita Haynes. —La alemana negó con la cabeza y sonrió, pero su expresión no era ni alegre ni maliciosa—. No funciona así. No podremos evacuar a todo el mundo, y se dará prioridad a los que trabajan en la rama científica de la Iniciativa. El destino de nuestro planeta depende de su trabajo. Yo no soy una de ellos. Pero tampoco es mi trabajo huir. Mi trabajo es llevarte a Los Ángeles.

Otro temblor. Esta vez grandes cantidades de polvo se deslizaron desde el techo de hormigón, y algo cayó desde una de las mesas del laboratorio y se estrelló en el suelo. Instintivamente agacharon la cabeza. El ruido de las armas automáticas se oía a lo lejos.

La Viuda Negra sacó un teléfono inteligente del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió. Jenna lo cogió y miró interrogante a su homóloga.

—Feyn quería que tuvieras esto. En el momento adecuado, podrías encontrar respuestas en él a cosas que te has preguntado.

—Te acompaño fuera.

—No.

—Yo tengo el arma, ¿recuerdas?

Los dos guardias retrocedieron un paso y Jenna no necesitó verlos para saber que la estaban apuntando con sus ametralladoras. Pero la germana levantó una mano en su dirección y la miró inquisitivamente.

—Si tienes razón en todo esto, y creo que la tienes, entonces alguien tiene que seguir moviendo los hilos.

—Iré contigo con una condición: Cuando llegue el momento de tomar decisiones desagradables, solo tendrás en mente *el objetivo*. De lo contrario, todo esto habrá sido en vano. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Jenna asintió—. ¿Tienes algún medio de escape? Soy reacia a encontrarme con mis compatriotas, y ciertamente no los mataré.

—Hay tres helicópteros, pero las pistas de aterrizaje subterráneas no están muy bien blindadas contra los sensores térmicos. Así que me temo que nuestra salvación no se encontrará allí.

—¡Probemos! —Jenna se volvió hacia los dos guardias, que la miraban con desconfianza como si en cualquier momento pudiera abalanzarse sobre ellos como un depredador—. Deberíais iros.

Cuando ninguno de los dos se movió, miró a la Viuda Negra, quien hizo un gesto con la mano. Asintieron, se dieron la vuelta y desaparecieron por la puerta.

Jenna los siguió por el largo y escueto pasillo que no dejaba entrever la operación de alta tecnología que se ocultaba tras los toscos muros de hormigón.

—Ve tú delante —dijo, volviéndose hacia la alemana—. Daremos un pequeño rodeo.

—No creo que haya tiempo para eso.

—Lo daremos, ya sabes a dónde voy.

Con total desgana, la Viuda Negra suspiró y prosiguió. El pasillo era largo y ligeramente ascendente, por lo que supuso que el laboratorio secreto con la sonda en su centro era el punto más bajo de toda la instalación. Si podían sentir los temblores de las explosiones incluso aquí, la batalla que se libraba más arriba debía de ser de proporciones aterradoras.

Cuando llegaron a la puerta blindada de doble hoja, la atravesaron y se situaron frente al ascensor. Este se abrió, entraron y les llevó dos pisos más arriba.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jenna.

—Arriba. La instalación está construida en forma de estrella. La investigación se realiza en el núcleo, un gran cilindro que alcanza casi cien metros de profundidad y se encuentra bajo el cráter original del meteorito de Tunguska. Solo se puede acceder a él a través de los radios, como nosotros los llamamos. Son los accesos desde los tres pozos que se añadieron cuando Yuri Golgorov se sintió obligado a cambiar la estructura del personal —explicó la Viuda Negra—. Solo confiaba en los científicos, y solo en los que no tenían rango oficial: los verdaderos creyentes, por así decirlo. Dicen que no le importaba mucho la gente como tú y como yo.

—Y, sin embargo, aquí estamos las dos hoy.

—Así son las cosas. La Iniciativa se sintió obligada desde el principio a ganar dinero para financiar toda esa investigación y, en la época soviética, eso significaba contrabando. Bajo el comunismo también había capitalismo por todas partes, pero en manos de unos pocos y bajo el radar de los fanáticos. Un auténtico festín para el mercado negro y para la Iniciativa. Así que hay un pozo donde viven los guardias, otro donde se aloja el personal de casa (cocineros, médicos, enfermeras, trabajadores) y otro para campamentos y refugios.

Tres suaves pitidos les avisaron de que la cabina del ascensor había llegado a su destino. Las puertas se abrieron y una oleada de ruido las inundó de inmediato. Hombres y mujeres gritaban confundidos, y el ruido metálico de las armas cargadas se mezclaba

con el tamborileo de las botas sobre el hormigón. Delante de ellas, soldados uniformados y blindados (guardias de la Iniciativa) corrían en pequeños pelotones a lo largo y hacia las escaleras, cada una de las cuales, recordó, tenía sus entradas al final de los pasillos. El estruendo de los disparos automáticos y los gritos que ella conocía demasiado bien daban fe de la inminente batalla.

—Se metieron en las escaleras —dijo la Viuda Negra, preocupada y tranquila a la vez.

—¡Eh, tú! —gritó Jenna a un hombre que pasaba con el uniforme completo, que se detuvo sorprendido y echó mano a su pistola mientras ella le arrebataba el fusil de asalto G36 de la mano.

—No pasa nada —dijo la alemana, asintiendo, momento en el que el desconcertado guardia echó a correr para seguir a sus compañeros en la refriega. Jenna no esperó y corrió por la esquina de la derecha, pegándose a la pared cuando otro escuadrón pasó corriendo junto a ellas, y luego se apresuró hacia la gran ventana de cristal a través de la cual podía ver la sala de operaciones. Seis figuras azules encapuchadas seguían encorvadas sobre Xenia, quienes parecía haberse vuelto frenéticas.

—Sigue en el quirófano —gruñó Jenna, haciendo una mueca.

—Son buena gente —le aseguró la Viuda Negra—. Seguirán intentando salvarla hasta que tu gente esté frente a ellos con las armas desenfundadas.

—La llevaremos con nosotras.

—¿De verdad crees que es una buena...?

—Sí, lo creo. —Jenna no esperó y entró en el quirófano. Los médicos y los asistentes quirúrgicos giraron, con sus pares de ojos detrás de gafas transparentes y la mitad inferior de la cara protegida por la boca y la nariz.

—¡Me llevo a la paciente!

—¡No puedes! —replicó indignada una voz femenina. Era imposible saber a quién pertenecía—. ¡Estamos administrando anestesia!

—Entonces tendré que cargarla.

—Pero la paciente...

—¿Está su vida en peligro?

—No, su estado es estable y la función pulmonar ha mejorado bastante. Su saturación de oxígeno también va por buen camino. Ahora necesita mucho descanso...

—Maravilloso —la interrumpió Jenna, apartando a las seis figuras de la mesa de operaciones. Todos miraron a la Viuda Negra antes de levantar las manos y obedecer. Le dolió ver a Xenia tan indefensa, con los músculos flácidos y la piel cetrina y suave. Pero no hizo caso y cogió dos batas que vio colgadas en la pared. Se las puso a Xenia, una encima de la otra.

Por suerte, la Viuda Negra ayudó, así que fue bastante rápido hasta que hizo un gesto a dos de los médicos para que pusieran a Xenia en una de las camillas y las acompañaran. Obedecieron, gracias a que vieron el fusil de asalto, e hicieron señas a una enfermera para que sujetara la bolsa intravenosa conectada a la aguja en el pliegue del brazo de Xenia.

—Debo protestar —dijo el médico, jadeante, mientras volvían a cruzar el pasillo hacia los ascensores—. Para inducir la anestesia general se requiere una estrecha vigilancia, a través de...

—¡Es joven y estará bien!

—No tienes mucha fe en los «buenos» que vinieron aquí invitados por ti, me parece —opinó la Viuda Negra.

—Tenemos muchos recursos, pero no suficientes para que el Ejército de Estados Unidos opere en Siberia. Sin embargo, los equipos de operaciones encubiertas pueden, y son... digamos, muy decididos.

—¡No me digas!

—¡Sigamos! —gritó Jenna cuando llegaron a los ascensores. Pulsó el panel de control y se asomó al pasillo, cuando en ese preciso instante, al otro lado de la escalera, una explosión hizo saltar la puerta de sus goznes. Dos cadáveres humeantes volaron con ella al pasillo, sobresaltando a seis guardias que acababan de salir. Saltaron a un lado, se agazaparon contra las paredes y subieron por la escalera envueltos en humo.

Cuando el ascensor se anunció con un brillante ¡pling!, ella se hizo a un lado y siguió a los demás hasta la cabina que los llevaba más

arriba. Temblaba y traqueteaba, y los tres miembros del personal médico se pusieron frenéticos, pero el ascensor siguió su camino. Pronto las puertas se abrieron a otro pasillo, del que salía humo cargado de ozono.

Jenna se adelantó con su rifle de asalto preparado y sacó su pistola para tendérsela a la Viuda Negra.

—Tómala y protege a tu gente.

No esperó y siguió caminando. Esta vez el ruido más fuerte de la batalla procedía de debajo de ellos, y ella solo oyó pasos aislados de botas que resonaban en el humo.

—¡Charlie despejado! —gritó alguien con voz ronca—. ¡Extras no cooperan!

—¡Seguid! —ordenó otra persona.

—¡Bravo despejado! —gruñó Jenna en un bajo profundo—. ¡Adelante!

—¡Volved abajo! Llevaos a todos los que encontréis. Delta, ¡subidlos!

Las voces se alejaron y la Viuda Negra miró a Jenna interrogante.

—Estuve con ellos unos cuantos años. Algunas cosas no cambian. —Se encogió de hombros y esperó hasta que la alemana señaló a la izquierda. En la primera puerta a la que llegaron a través de la espesa bruma, la teutona levantó una mano y Jenna intentó empujar el picaporte. Estaba bloqueada.

De nuevo, miró interrogante a su compañera, pero esta se limitó a asentir.

—¡Es Jenna! Abre —siseó, sin obtener respuesta. Mientras pensaba en irse, la puerta se abrió lentamente para revelar el rostro de Natalya.

—¡Eres tú! —Una mezcla de rabia, incredulidad y algo parecido al alivio empezaron a luchar entre sí en el rostro de la rusa.

—¿Dónde están los demás?

—Anton está aquí conmigo. —Natalya sonaba ansiosa. Su cara estaba extremadamente pálida.

—Vamos, te sacaré de aquí.

—¡No!

—Adelante. Puedes odiarme después.

—¡Nos abandonasteis por esta gente! ¡Como ganado atado! —estalló Natalya—. Porque pensaste que éramos traidores. ¡Después de todo esto!

—Bueno, tenía razón, ¿no? Estabas trabajando para la Iniciativa.

—¡Pero sin saberlo! ¡No somos traidores!

—Eso también es cierto. Así que las dos teníamos razón. —Jenna se lamió los labios y miró a derecha e izquierda en la bruma que se despejaba lentamente—. ¿Podemos dejar esta discusión para más tarde? Quiero sacaros de aquí.

—¿Jenna? —oyó la voz de Anton. Un momento después, la puerta se abrió completamente para revelar su rostro. Parecía contento—. ¡Eres tú!

—¡Vamos! —siseó ella, haciendo un gesto a la Viuda Negra para que la guiara. El suelo volvió a temblar, como si estuvieran en un barco que acababa de ser embestido. La alemana se detuvo y miró al techo, del que caía un denso polvo.

—Algo se derrumbó. No nos queda mucho tiempo.

—¿Podemos llegar a los helicópteros?

—Probablemente no, pero podemos intentarlo.

Su camino les llevó a la escalera norte. Varias veces tuvieron que sortear los cadáveres de guardias acribillados, o apartarlos para que pudiera pasar la camilla con ruedas. Había casquillos por todas partes y las paredes estaban llenas de profundos agujeros de bala. La lucha debió de ser terrible, pero no vio cadáveres de los atacantes, sino muchas marcas rojas de arrastre, lo que le proporcionó más pruebas circunstanciales de que se trataba de una operación encubierta de gran envergadura. El subdirector había puesto toda la carne en el asador, lo que no debía de ser fácil, y no se les permitía dejar ningún rastro sin provocar un escándalo con los rusos.

El hueco de la escalera no tenía un aspecto diferente. La mayoría de las escaleras estaban ennegrecidas por el hollín y el hormigón estaba agrietado y derruido. Había cadáveres por todas partes, algunos de los heridos gemían en sus últimos alientos y se retorcían en oscuros charcos de sangre. Los dos médicos se apresuraron inmediatamente a

ayudarles, mientras la enfermera se quedaba con Xenia, sujetándole la bolsa de suero.

—¡No! —le gritó Jenna con voz reprimida—. No tenemos tiempo para esto.

—Entonces váyanse sin nosotros —replicó el médico de antes—. ¡Hemos hecho un juramento, y este incluye no dejar solo a nadie que necesite ayuda!

—Os matarán. Puede que los buenos hayan enviado a esta gente, pero seguro que no van a ser amables con vosotros, ¿lo entiendes?

—Eso no cambia nada. —La mujer encapuchada miró a su colega y levantó con cuidado la cabeza de un hombre herido. Sin prestar más atención a Jenna, susurró—: Estoy aquí para ayudarte. Sigue respirando con calma. Tengo que hacer una incisión traqueal, lo que significa...

—¡Entonces lo haré yo misma! —Jenna bajó a Xenia de la camilla y la colocó cuidadosamente sobre su hombro, recibiendo un murmullo ausente que provocó una sonrisa involuntaria—. No pasa nada, niña. Yo te sacaré.

—Un piso más abajo, hay un pasadizo protegido que conduce al otro pozo: el militar. Desde allí, podemos acceder a las plataformas de aterrizaje a través de un túnel. Está protegido con un escáner de ADN que espero que aún esté activo —dijo la Viuda Negra, siguiéndola por los escalones llenos de escombros y pequeños trozos de hormigón.

Al llegar al primer rellano de la escalera, Jenna dio un respingo y levantó una mano mientras sujetaba el cuerpo inerte de Xenia a sus hombros con la otra. Más abajo, un soldado vestido con equipo de combate negro, chaleco de kevlar, pasamontañas, casco y una especie de mochila con una larga antena estaba de pie con una mano enviando a otros compañeros a través de una puerta que ella no podía ver. Sonaron disparos y órdenes cortas y entrecortadas.

Con cuidado, Jenna transfirió su carga a la enfermera de quirófano, quien, con la ayuda de la Viuda Negra, cogió a la estudiante y la mantuvo erguida de algún modo.

—¿Qué ocurre? —murmuró Xenia, confusa y con los ojos entrecerrados.

Sin embargo, Jenna no les prestó atención y se deslizó cautelosamente por los escalones hasta el soldado de operaciones encubiertas con la radio de alta potencia. El último de sus compañeros atravesó la puerta y se unió a la refriega. Los gritos se mezclaron con el traqueteo de los disparos, seguidos de otro temblor que sacudió toda la instalación.

—Tango en el agujero, repito, tango en el agujero —dijo el hombre en su radio—. Negativo. Entendido.

Cuando Jenna acababa de dar un paso detrás de él, dejando atrás dos cadáveres de guardias, él giró de repente. Ella reaccionó de inmediato, acercándose a sus auriculares y arrancándolos de debajo del casco. El pequeño cable se rompió, cortando la conexión.

Si había esperado una expresión de sorpresa en los ojos del encapuchado, o incluso una reacción retardada, se equivocó: incluso cuando retiró la mano y adoptó una postura de lucha, él la embistió con el hombro. Con un fuerte grito ahogado, el aire se le escapó de los pulmones y cayó de espaldas sobre el hormigón y los escombros se clavaron en su espalda. El soldado rodó y se puso en cuclillas detrás de ella como un gato dispuesto a abalanzarse. Jenna echó las piernas hacia atrás con una floritura y se puso también en cuclillas, dándose cuenta de que él ya se había arrancado el receptor de la radio del hombro y se lo había llevado a la boca.

Ella respondió saltando, levantándose del suelo con una mano y dando un paso hacia él con el pie derecho. La patada fue bien dirigida y potente, sin dejarle ninguna posibilidad de esquivar debido a la posición de su brazo. El receptor se estrelló contra sus dientes, que se rompieron con un chasquido y provocaron que un chorro de sangre se filtrara por su pasamontañas.

Puede que ahora fuera capaz de dominar a un soldado normal, pero sabía exactamente a quién había enviado el subdirector, y con esa gente no se jugaba. Lo sintió personalmente cuando el hombre interceptó su siguiente golpe al inclinar la cabeza hacia abajo, haciendo que casi le rompiera los dedos en el casco. Su instintivo respingo le dio el espacio que necesitaba. Primero le dio un codazo en la boca del estómago, dejándola sin aire otra vez, y luego, hizo un

movimiento circular con un pie para hacerle perder el equilibrio, haciéndola caer de costado.

Antes de que pudiera volver a ver con claridad, él había desenfundado la pistola con un movimiento fluido y le estaba apuntando a la cabeza. No dudó de que apretaría el gatillo de inmediato.

El disparo sonó antes de que terminara de pensar.

Capítulo 16: Lee

Lee corrió todo lo rápido que pudo, pero era difícil incluso considerarlo una «carrera» normal en la baja gravedad de Cassandra. Sus zancadas le llevaban a una parábola algo alargada en la que casi se caía a cada paso. Esto suponía una ventaja en el borde del cráter, ya que podía apoyarse con las manos sin perder agarre al agacharse. Fuera del cráter, sin embargo, le resultaba más difícil mantener el equilibrio y dejarse llevar por la adrenalina que corría por sus venas. Sarah y Dima avanzaban a su lado, mientras él atisbaba a los demás por encima de su hombro corriendo hacia sus naves espaciales, que se encontraban esparcidas por las terrazas y mesetas.

—¿Qué pasa? —gritó Doug sin aliento por la radio, y al momento siguiente soltó un alarido.

Lee se detuvo, dio media vuelta y vio una figura blanca que descendía al otro lado del cráter. Arrastrándose por sus inmediaciones había una criatura de seis patas, hecha de sombras, como lo que había visto antes de que el asteroide lo escupiera como el objeto extraño que era.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Dima, a quien había hecho retroceder como un barco atado a un ancla porque seguían unidos por las dos asas de la cabeza nuclear.

—¡Creo que es un robot de mantenimiento!

—¡Ya voy, Doug! —gritó Roger, y a lo lejos, una segunda figura blanca corrió hacia la primera, con una llama corta y brillante en las manos.

—¿Es un soplete? —preguntó Lee, tragando saliva—. ¡También irá a por él!

—¡Aaargh! —Doug gimió de dolor. Su silueta yacía inmóvil entre el borde del cráter y la imponente cápsula *Orión* de la NASA. Su camarada corrió hacia el robot con forma de araña, cuyas delicadas patas puntiagudas parecían una perturbación visual a aquella distancia.

—¡No! —gritó Lee, tan fuerte como pudo—. ¡Roger! ¡Quédate quieto!

—No puedo dejar que…

—No creo que el robot pueda atacarte.

—¿Y qué se supone que…?

—Es un robot de mantenimiento. La IA dijo algo de que había varios de ellos, cuidando de las máquinas bajo la superficie y siendo algo así como sus manos y pies aquí fuera. —Lee mantuvo la mirada en la sombra metálica que se alineaba con la *Orión*.

—No hay forma de saber si…

—¡Despegue! —interrumpió bruscamente el astronauta—. ¡Que Gina despegue de inmediato!

—¡No sin Doug y Roger! —comunicó por radio la piloto desde la cápsula de la NASA, que aún se encontraba a unos 50 metros del robot que se aproximaba y que parecía un granito robusto.

—¡Háganlo ahora o están todos muertos!

—¡Hazle caso! —rugió Roger, quien había llegado al lado de Doug y se arrodilló junto a él. La gran distancia que los separaba daba un aspecto irreal a las dos diminutas figuras acuclilladas en sus blancos resplandecientes bajo el cielo negro. Sus gruesos trajes espaciales hacían que todos sus movimientos parecieran torpes.

Gina lo hizo. La *Orión* encendió sus propulsores y se elevó de la terraza. Un anillo de regolito se desprendió del suelo y salió disparado en todas direcciones, envolviendo a los astronautas y al robot en un resplandor gris que solo descendió poco a poco. Al principio, la nave se elevó muy lentamente, pero luego lo hizo cada vez más deprisa.

—¡Ahora están varados allí sin refugio! —exclamó Sarah—. Esa cosa los destrozará.

—No. —Lee negó con la cabeza, que ella no podía ver—. No creo que sea capaz de atacar a nadie.

—¿Qué te hace pensar eso?

—De lo contrario habría empalado a Doug o algo así, en lugar de simplemente atropellarlo en el camino a *Orión*. Creo que también es por eso que la IA me mantuvo con vida. Me necesitaba. De lo contrario sus robots podrían haber hecho el trabajo y nos habrían

matado de inmediato.

—¿Te refieres a algún tipo de ley robótica? —preguntó Dima.

—Algo así. Pero extraer un cuerpo alienígena artificial en la superficie de la nave está ciertamente dentro de su programación. Pero si es una emergencia, y se encuentra con una forma de vida alienígena en el proceso, tendrá que actuar. ¡Así que mantente alejado de esa cosa, Roger!

—¡Está muerto! —gritó Roger, abatido—. Su visor está agrietado, y su traje fue acuchillado en dos lugares.

—¡Joder! —maldijo Lee.

—¡Vamos a por ti! —dijo Li-San por radio.

Lee miró hacia el este, donde un solitario cono de luz avanzaba y retrocedía por el borde del cráter hacia un cohete. Por un momento se hizo el silencio en la radio.

Roger finalmente murmuró:

—¡Gracias!

El estadounidense echó a correr y Lee hizo lo mismo tras hacer una señal a Dima.

La *Verdad* se alzaba ante ellos, un cono blanco con brillantes ventanas azules, cuyos puntales de aterrizaje parecían patas de perro salchicha. La puerta lateral ya estaba abierta y detrás de ella se encontraba Markus con su biotraje, haciéndoles señas apresuradas para que se acercaran. Sarah subió primero, seguida de Lee, quien deslizó con cuidado su casco bajo la parte superior de la puerta y asintió al alemán, quien se dirigió rápidamente a su asiento tras las consolas.

Lee se volvió para ayudar a su amigo ruso, pero este no hizo ademán de seguirle.

—¡Date prisa! —le gritó, pero Dima se limitó a negar con la cabeza detrás de su visera. Sostenía la bomba delante de él con ambas manos.

—*Izvinite minya* —respondió—. Disculpen, pero me encargaré del empujón que necesita Cassandra.

Lee se congeló.

—Sabes lo que estoy tramando.

—¡Por supuesto! —El ruso rio roncamente—. Cassandra está en el punto Lagrange 1, nuestra bomba no puede moverla, así que mientras simule masa pesada, será difícil. Así que tendremos que destruir ese núcleo del que nos hablaste (si es que contiene el *hardware* necesario para la gravedad) y luego alguien tendrá que usar ese cráter como embudo de la bomba. Un empujón bastará para sacar a Cassandra de su posición.

—Sería la dirección equivocada si la encendemos aquí.

—¡Lee! —gritó Sarah por la radio—. ¡A por ello!

—Es un honor, amigo —dijo Dima, asintiendo antes de dar dos pasos atrás—. Yo me encargo. Tú mantén esta cosa robot lejos de nuestros amigos chinos para que puedan ocuparse del núcleo.

Lee gruñó de frustración y cerró la escotilla de mala gana antes de dirigirse al asiento del piloto, apartando a Sarah, quien intentaba manipular su herida de nuevo. Una vez asegurado, extendió los controles manuales y puso en marcha el motor junto con los propulsores Dragon.

—*Verdad* a *Expedición* —dijo por radio a los chinos.

—*Expedición* aquí, te escucho, *Verdad*.

—¡Encantado de conocerte, Fen! Trataremos de cuidar las espaldas de Li-San y Roger.

—¡*Xièxiè*!

—¿Todos con el cinturón puesto? —preguntó mirando hacia Sarah y Markus. Ellos asintieron. Entonces encendió el motor y la *Verdad* se lanzó a toda leche con la llamarada de escape de su último cinco por ciento de combustible. En los sensores, vio a Dima huyendo, agachándose contra el huracán de polvo y rocas.

En cuanto ganaron altura, Markus le pasó más imágenes de las cámaras exteriores. La pantalla de infrarrojos mostraba a Li-San recorriendo los últimos 30 metros hasta la *Expedición*, mientras que Roger estaba en proceso de subir de una terraza a otra con al menos 100 metros por delante. El robot de mantenimiento, con sus delgadas patas arácnidas, ya había fijado la vista en la nave espacial china y avanzaba hacia ella a una velocidad increíble, con la china justo en medio. Había dejado atrás a Roger, y simplemente la atropellaría en

su camino para alcanzar la nave que tenía delante para desmontarla en sus partes individuales.

—¡Tenemos que sacar a Roger! —gritó Sarah, alterada.

—No —respondió—. Tenemos que salvar a la *Expedición*.

—Pero…

—Todavía tienen una ojiva a bordo, y son la única manera de salir de aquí.

—*Verdad,* aquí *Expedición* —informó Fen desde la cabina del misil chino—. Cassandra está girando. ¿Puedes confirmarlo?

Lee miró a Markus, quien asintió rápidamente. Tenía el ceño fruncido por profundas arrugas.

—Positivo, Fen. Nosotros también lo vemos.

—¡También está llegando una señal! —intervino Gina desde la *Orión* que flotaba a 50 kilómetros por encima de ellos.

—¿Una señal?

—Sí. Envié las coordenadas a Control de Misión.

—Siberia. La señal viene de Siberia —dijo Lena desde la sala de control de Vandenberg. Llevaba tanto tiempo callada que casi la había olvidado—. El Pentágono está realineando algunos satélites para tener la ubicación exacta.

—¿Qué tipo de señal?

—No lo sabemos, y los rusos nos aseguran que no proviene de ellos. Quieren destruir la fuente con un ataque de misiles porque ninguno de ellos entiende o puede igualar la señal.

—Entendido. —Lee dirigió a la *Verdad* a través del cráter con la cabeza ladeada, volando hacia Li-San, quien recorría los últimos metros hasta la *Expedición*. Se lamió los labios mientras se dirigía hacia donde esperaba que estuviera el robot en los próximos segundos. Parecía escuálido y torpe, pero se movía con tanta eficacia que amedrentaba.

En el último momento, puso el motor a plena potencia y ladeó el *joystick*, haciendo que la cápsula Dragon describiera un semicírculo y que la llamarada de escape de más de 3.000 °C bañara la máquina alienígena. Las tres patas delanteras se derritieron al rojo vivo y se desplomó hacia delante. Pero al final de su barrido, Lee se dio cuenta

de que se levantaba e intentaba equilibrarse. Así que puso a la Dragon sobre el robot y atacó de nuevo, lo que provocó que casi perdiera el control y la *Verdad* saliera disparada en la dirección equivocada.

—¡Joder!

—¡Estoy dentro! —exclamó Li-San sin aliento—. ¡Gracias!

—¡Lanzad! ¡Lanzad de inmediato! ¡Hay más saliendo del cráter! —gritó Roger, ronco.

—No podemos dejarle —protestó Sarah, tensa—. No debemos.

En ese momento, el motor de la Dragon se apagó y salieron disparados hacia la negrura del espacio.

—Ya está. Esencialmente nos hemos quedado sin energía. Las baterías nos proporcionarán energía para otros treinta minutos —dijo Markus, como si leyera mensajes sencillos que no les concernían.

—¿Podéis ver algo con respecto a los movimientos de Cassandra?

—Sí —dijo Lena—. Está girando. El giro comenzó cuando captó la señal de Siberia. No puede ser una coincidencia.

—La IA —susurró Lee, aclarándose la garganta—. Creo que la IA quiere enviar una señal, o una sonda que funcione como un faro. Eso significaría que se está realineando para luego transmitir a través del pozo.

—¿Pide refuerzos? —preguntó Sarah.

Él no respondió, en lugar de eso, abrió un enlace a Gina en la *Orión*.

—¿Gina?

—¿Lee?

—Sé que quieres sacar a Roger, pero tenemos un problema.

—¿Te refieres a la abertura en el cráter?

Lee se quedó helado y miró las imágenes de los sensores. Debido a la dirección recta de su vuelo y a que ya no había llamarada de escape, tenían una visión clara del cráter con las cámaras inferiores y de cómo parecía estar moviéndose. Tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de un temblor, que hacía que el regolito rodara hacia el punto central como en un embudo.

—Va a lanzar una sonda. No podemos esperar tanto. ¿Gina? Tenemos que destruir el núcleo de la IA para detener la masa inercial

de esta cosa. Así Dima podrá usar la ojiva para fijar un pulso específico y desterrar a Cassandra de su posición.

—Pero ¿a dónde?

—A la luna —intervino Markus—. Si no esperamos más de dos minutos, con la orientación actual de Cassandra, una detonación en el centro del cráter debería hacer que se estrellara contra la luna. Llevará días, pero debería funcionar.

—¡Se está abriendo! ¡El agujero! —gritó Sarah, alterada, pinchando su monitor con un dedo índice. Lee también lo vio.

Un resplandor azulado apareció en el cráter negro como el carbón, convirtiéndose de un disco en un círculo.

—¡No tenemos mucho tiempo! —advirtió Lee.

—Yo me encargo —oyeron una voz con marcado acento ruso.

—¡Dima!

—Puedo ver el agujero. —Un punto de luz cobró vida en el centro del cráter—. Es un pequeño paso para mí, pero una gran patada en el trasero para el asteroide.

—Se ha metido —murmuró Sarah, pero Lee lo vio por sí mismo: La luz pasó de ser una manchita a un punto, haciéndose cada vez más pequeña. Podía imaginarse cómo su amigo ruso caía por el agujero redondo en ese momento, cómo las paredes lisas lo pasaban de largo y se precipitaba por la gigantesca caverna del interior del asteroide, perdiendo toda noción de la velocidad y el espacio.

—Dima, ¿puedes oírme? —preguntó ella por la radio hasta que Markus le puso una mano en el brazo.

—No puede oírte ahí dentro.

—Espero que tenga éxito, o nos estrellaremos en la superficie en veinte minutos.

«Espera que tenga razón con mi teoría», tradujo Lee para sí, y estuvo a punto de mencionar que, de todos modos, no tenía suficiente oxígeno en el traje, pero se abstuvo.

—Yo... estoy lista —informó Gina, tensa—. La ojiva está armada. ¿Fen, Li-san? ¡Salgan de ahí!

—Si tiene que ocurrir, que sea con esta vista —dijo Roger por la radio, y Lee lo imaginó mirando hacia la Tierra, la gran canica azul en

medio del cielo negro. Era tan preciosa y parecía tan frágil desde esa distancia que parecía inconcebible que allí pudiera haber guerra, envidia y mala voluntad.

—Lo siento, Roger.

—Estás haciendo lo correcto, Gina.

Un triste silencio llenó el comunicador, luego el poderoso resplandor del motor de la *Expedición* se despertó en el borde del cráter, que estaba casi fuera de la vista de los sensores de la *Verdad*. Lee, Markus y Sarah navegaban hacia un punto situado varios kilómetros más allá de la cresta, al suroeste, y pronto no tendrían línea de visión directa.

Entonces ocurrió: del cráter salió disparado un brillante destello de luz, seguido de un resplandor azulado. Aparte de eso, todo permaneció en calma. Nada cambió, mientras una fuerte radiación gamma hervía el interior de Cassandra.

—¡Está funcionando! —informó Gina desde la *Orión* mientras Lee miraba en las pantallas cómo el misil chino pasaba a toda velocidad junto a ellos.

—¡Enterado! Ya no nos estrellaremos en la superficie.

—¡Dima, hijo de puta! Lo has conseguido. —Miró hacia la luna y luego a Markus, quien asintió tenso.

—La alineación es más o menos correcta, y no voy a decirte que…

—No pasa nada —respondió el astronauta de la NASA—. Estamos aquí porque tenemos un trabajo que hacer. Vosotros estáis en una misión permanente, ¿no?

—Sí.

—¡Eh, recordad que tenemos público que nos ve o nos escucha! —dijo Gina.

Poco después, un motor se encendió a 80 kilómetros de ellos. Dejó tras de sí una llamarada cada vez más larga mientras la *Orión* aceleraba al máximo y se dirigía hacia el agujero resellado en el corazón del cráter. Ninguno de ellos dijo nada. Se limitaron a mirar el solitario punto de luz que se acercaba a la oscuridad circular en el paisaje gris del asteroide como una gota que cae en un pozo.

—Estamos demasiado cerca —comentó Markus.

—No importa —replicó Lee, rechazando a Sarah con una mano levantada cuando esta intentó de nuevo manipular su herida—. *Eso* tampoco importa.

Su expresión se congeló por un momento. Luego, asintió decepcionada y se retiró.

—Es una maravilla que tu traje no se haya descomprimido.

—No sería el único milagro que he visto hoy. —Lee miró la pantalla del antebrazo de su traje. Le quedaba un 3 % de oxígeno—. ¿Tal vez la IA selló el tejido del biotraje de alguna manera?

—No hizo una copia nanomáquina de ti ni nada parecido, ¿verdad? —preguntó la médica, en broma.

—Supongo que mi traje se apretó alrededor de la flecha. Lo único que importa es que sigo aquí.

«Es interesante cómo todas las señales pueden apuntar al final», pensó.

—No se ha lanzado ninguna sonda. —Markus asintió pensativo —. Eso es bueno.

—Presumiblemente, Dima ha frustrado el plan de la IA.

—Si la nave espacial está muerta ahora, el empujón de Gina funcionará.

—¡Ajá! Deja que la luna se encargue de esto.

—Es triste —comentó Sarah—. Una estructura tan increíble de las profundidades del espacio, y tenemos que destruirla. Me pregunto qué secretos llevó consigo a través de la Vía Láctea.

—Uno de ellos lo conocemos, y podría acabar con nosotros —gruñó Lee—. Así que teníamos pocas opciones.

De nuevo surgió un destello de luz, muy breve, pero lo bastante fuerte como para quemar las cámaras exteriores. En un instante, se cortó la corriente y todo a su alrededor quedó a oscuras. Los monitores permanecieron en negro, la luz azul alrededor de las ventanas desapareció, ya nada parpadeaba, nada crujía ni zumbaba. El silencio absoluto descendió sobre ellos mientras flotaban ingrávidos por el espacio.

El enlace de radio también había desaparecido, junto con los

sistemas de soporte vital y la pantalla de su antebrazo. Lee miró a Sarah y se pasó una mano por el cuello. Ella asintió y se desabrochó el cinturón de seguridad para volar hasta una de las ventanillas, donde se agarró y pareció buscar algo. Luego, volvió hacia él y apretó su visera contra la de él. Le rodeó el cuello con los brazos y jugueteó con algo.

—¿Me oyes? —preguntó con un fuerte eco. Si no hubieran estado en una habitación sin aire, tan silenciosa que él podía oír la sangre corriendo por sus oídos, apenas lo habría oído. Podía ver que estaba gritando, pero a través de las vibraciones de los dos visores, apenas podía entenderla.

—Sí.

—Prométeme algo.

—¿Qué?

—Dime que lo prometes.

—Vale —dijo sin convicción.

—No hagas nada... —Su cara pareció tensarse y parecía que se había atragantado—. No hagas nada estúpido.

—¿Qué quieres decir? Yo... —Él entendió. Ella se estaba ahogando.

—¡No, no, no! —Quiso desabrocharse el cinturón, conectarla a su suministro de oxígeno sin saber cómo hacerlo, pero ella había enredado las manos en sus correas por encima de los hombros, y él no conseguía desengancharse. Así que se quedó observando impotente su agonía, mirándola directamente a la cara—. ¡Sarah!

En busca de ayuda, miró a su izquierda a Markus, cuyos brazos ya flotaban sin vida sobre los reposabrazos.

Surgieron luces que se colaban por las ventanas y creaban sombras angulosas antes de avanzar como un sol que se mueve demasiado deprisa por el horizonte. Los pensamientos de Lee fluían tenazmente por las circunvoluciones de su cerebro, espesándose en un jarabe de adrenalina y resistencia interior a lo que estaba presenciando. Pero comprendió lo que estaba ocurriendo y consiguió arrancar a Sarah de sus hombros cuando esta entró en convulsiones mientras su cuerpo luchaba contra la muerte.

Lee embistió la consola inactiva con su casco, se deslizó bajo ella y se impulsó hacia la escotilla de acceso, cuya cerradura manual hizo girar para abrirla sobre la reluciente rueda plateada. Como la cerradura electrónica había fallado como todos los demás sistemas debido al pulso electromagnético de la ojiva nuclear, el pasadizo se abrió entonces como por sí solo. Empujó la escotilla hacia fuera y observó un brillante panel blanco con símbolos alienígenas.

—¡Vamos, Sarah! —dijo, y oyó su propio eco en el casco. El aire que respiraba tenía un sabor agrio, y un desagradable escozor se extendió por su garganta. Se volvió hacia ella y vio que tenía ambas manos levantadas hacia la garganta y que apenas se movía.

—¡Sarah!

Capítulo 17: Jenna

Jenna miró el cuerpo del soldado de operaciones encubiertas que yacía a sus pies y luego volvió a mirar por encima de sus hombros, donde su bala había hecho un agujero en el muro de hormigón. La Viuda Negra acababa de bajar el arma e indicaba a los demás que bajaran.

—¡Te dije que no iba a matar a ninguno de ellos! —la recriminó Jenna.

La alemana se limitó a encogerse de hombros, poco impresionada.

—Te habría disparado. No estaba preparada para eso.

Ella tenía razón. Eso era seguro. El tipo no le había dado ninguna oportunidad, al menos desarmada. El rostro curtido de la Viuda Negra estaba tan inmóvil como una roca, pero Jenna podía sentir que detrás de aquellos ojos fríos ardía un fuego que antes no estaba allí. Algo había cambiado y, aunque no sabía qué era, le recordaba a algo que no podía precisar.

—Cuando estás en un punto así, debes hacer lo que sea necesario. ¿Entiendes?

Jenna se sorprendió por la repentina dureza en la voz de la mujer, y Anton y Natalya también se tensaron visiblemente.

—¿De qué estás hablando?

—Lo sabes muy bien. Feyn creía en ti porque actúas con franqueza y racionalidad, sin ser fría de corazón, cosa de la que siempre me acusó. No acepto que pudiera estar equivocado. Así que asegúrate de que tenía razón.

Jenna no contestó, y en su lugar se dirigió a la puerta con el escáner de ADN. La puerta se había abierto violentamente y rebotó contra el marco con un golpe seco, gracias a una ráfaga de viento, y luego, se desprendió de sus goznes.

—Hay muchos soldados por allí —dijo—. Será difícil usar los helicópteros.

—No hay alternativa.

—Entonces vamos. Anton, Natalya, vosotros dos coged las armas y vigilad a Xenia. —Jenna se volvió hacia la enfermera que sostenía la bolsa intravenosa y la estudiante—: Sostenla bien alta, ¿de acuerdo?

Tras ver que asentía, Jenna se volvió y abrió la puerta de un tirón antes de apuntar hacia un largo pasillo sin puertas hasta donde alcanzaba la vista. Solo las tapas de los conductos de ventilación y las luces fluorescentes situadas a intervalos regulares en el techo se confundían con el hormigón gris. Al final había un pequeño pasillo donde la luz titilaba. El traqueteo de las armas automáticas y el estampido de las detonaciones resonaban por todas partes.

Se apresuraron hacia la refriega, en silencio y muy conscientes de lo que les esperaría. Los destellos parecían volverse más brillantes, los sonidos de la batalla más desagradables y el aire más denso, pero Jenna sabía que solo era su cuerpo que se resistía a ir más lejos. Así que lo ignoró, como había hecho tantas veces antes.

De repente se hizo el silencio.

Se detuvo, clavada al suelo, a unos 50 metros de la puerta. Apenas podía distinguir fragmentos de una conversación amortiguada. La Viuda Negra se limitó a encogerse de hombros, mientras que Anton y Natalya palidecían. La alemana se congeló y se llevó una mano al botón de la oreja.

—¿Qué pasa? —siseó Jenna.

—Tenemos un problema.

—¿Otro?

—Sí. Nuestro tiempo acaba de acortarse.

—¿De qué estás hablando?

—Al parecer captaron una señal en Cassandra que emanaba de nuestro meteoro (es decir, desde aquí) y el Kremlin ha decidido interrumpirla.

—¿Interrumpirla?

—Sí. —La Viuda Negra asintió—. Ataque con misiles. Tenemos un estimado de ocho minutos.

Jenna no contestó y siguió caminando, sin molestarse ya en no hacer ruido, y finalmente cruzó una puerta que había volado de sus goznes y entró en un gran hangar. Había cadáveres por todas partes y

ardían fuegos dispersos. Por encima de ellos, un gigantesco techo solar se replegaba a derecha e izquierda, dejando entrar la fría lluvia por la rendija cada vez más ancha. Había tres helicópteros, uno de ellos en llamas. Seis soldados vestidos de negro estaban alrededor de otro cuando se percataron de su presencia. Se dispersaron y tomaron posiciones de cobertura con las armas preparadas.

—¡Alto! —gritó uno de ellos—. ¡Baje su arma!

Ella bajó la mirada hacia su rifle y frunció el ceño, no lo había levantado, sabiendo perfectamente que si lo hubiera hecho, le habrían disparado al instante. Solo una mirada de reojo le mostró que se había dirigido a la Viuda Negra, quien sostenía su pistola en la mano extendida. La giró para apuntar a Xenia, quien colgaba sin fuerzas entre Anton y la enfermera quirúrgica y murmuraba confusamente para sí misma.

—¿Qué haces? —dijo Jenna, desconcertada.

—Te voy a sacar de aquí.

—¿Jenna? —la llamó una voz que le resultaba demasiado familiar, y se quedó inmóvil sin darse la vuelta.

—Si le tocas un pelo...

—¡Shh! —chistó la germana—. Ahórrate tus amenazas. Anton y Natalya conocen el percal. Asegúrate de que esto no sea en vano.

—No puedes...

—He vivido lo suficiente y he hecho mi parte por lo que es correcto. ¿Compensa eso todo lo que he hecho? Probablemente no, pero los remordimientos pasan por el retrovisor, y a mí me gusta mirar hacia delante mientras conduzco. Así que hago lo que haga falta.

Cuando Jenna no se movió, la Viuda Negra enseñó los dientes con impaciencia.

—Sigues sin creerme, ¿verdad? —siseó—. Natalya te dará algo que espero que sirva como pista final suficiente para que sepas qué bando elegir. Ahora vete o apretaré el gatillo.

Jenna levantó su rifle y disparó a la Viuda Negra en la cabeza, que voló hacia atrás como si hubiera sido golpeada por un martillazo invisible. Luego, su cuerpo se desplomó. Anton y Natalya

retrocedieron asustados y miraron el cadáver con incredulidad antes de alzar la vista hacia ella, sus rostros expresaban conmoción, pero no acusación. La enfermera gritó de rabia, soltó a Xenia de modo que la joven casi arrastró a Anton con ella, y le dispararon antes de que pudiera alcanzar la puerta en ruinas.

—¡Alto al fuego! —gritó la voz familiar, ahora cerca de ella. Jenna tiró el rifle y se giró. Cuatro soldados de operaciones encubiertas habían formado un semicírculo a su alrededor y la estaban apuntando con sus rifles de asalto M1 acortados. Un quinto con un arma al hombro se acercó por la parte cada vez más húmeda del suelo, se quitó el casco y se arrancó el pasamontañas de la cabeza.

—¡Tony! —exclamó ella. Su antiguo instructor parecía mayor, con la barba meticulosamente cuidada y llena de canas, al igual que el pelo de la sien. Seguía siendo apuesto para su edad y poseía el atractivo rudo de un guerrero.

—Temía que ella fuera a... —Tony se interrumpió a mitad de la frase, suspirando mientras se acercaba, y luego le dio un abrazo casi agresivo—. Estás viva, y eso es lo único que importa.

—Supongo que no era una prioridad —murmuró contra su pecho, queriendo ceder al deseo de relajarse en sus brazos y dormirse. Pero no podía. No debía dejar que sus sentimientos la dominaran. Se lo debía a sí misma.

—¿Qué estaba pasando aquí? —preguntó Tony después de que Anton y Natalya tiraran sus armas y fueran registrados por los otros soldados.

—Ella me hizo traerla aquí, y amenazó a Xenia para hacerme obedecer. Por eso siempre se quedaba detrás de mí. —Mientras miraba el cuerpo de la Viuda Negra, Jenna fingió estar disgustada—. Era la líder de la Iniciativa.

—Menos mal que estábamos aquí, entonces.

—Sí —mintió ella, asintiendo.

—Tengo entendido que viene un ataque con misiles. Tenemos que irnos lo antes posible.

—Lo sé.

Tony volvió a ponerse el casco y señaló a los helicópteros.

—Vamos a salir de aquí.

—Mis compañeros. Debemos llevarlos.

—Jenna, sabes que eso es...

—No lo entiendes. Anton y Natalya eran científicos punteros, trabajaban en la plantilla de la Iniciativa sin saberlo. Sus conocimientos podrían determinar si podemos o no contener la contaminación en todo el mundo. Y Xenia... —vaciló—. No volaré sin ella.

Uno de los soldados levantó la mochila de Natalya.

—Jefe, hay toneladas de jeringas y cosas aquí.

—Soy médica —respondió la rusa con dureza.

—Sí, también es médica.

—Bueno, entonces, a los helicópteros. Debemos darnos prisa.

Tony hizo movimientos circulares por encima de su cabeza con un dedo índice levantado, y luego corrieron hacia los dos helicópteros indemnes. Los pilotos habían puesto en marcha los rotores, cuyo estruendo luchaba contra el repiqueteo de la lluvia que caía a través del techo, ahora abierto de par en par, sobre el campo de batalla que los rodeaba.

Pronto estuvieron en el helicóptero de la derecha, desarmadas y «custodiadas» por Tony, quien se sentó frente a ella. Les entregó a Natalya y a ella unos auriculares insonorizados mientras se elevaban lentamente desde el hangar y se adentraban en la furiosa tormenta. Los fuegos ardían bajo ellas y los fogonazos iluminaban la tundra, y saber que todo aquello no era más que la punta del iceberg provocó un escalofrío en Jenna.

Tony le guiñó un ojo e hizo una pausa mientras se ponía los auriculares. Estaba inclinado entre los dos hombres de los asientos del piloto, quienes maniobraban a un ritmo frenético.

—Tenemos las coordenadas —se apresuró a decir Natalya, rebuscando en su mochila donde, sin apartar los ojos de la espalda de Tony, sacó una jeringuilla de un pequeño frasco.

Antes de que Jenna pudiera preguntar qué era, Natalya ya había extendido la mano y clavado la aguja a través de su chaqueta en la parte superior de su brazo e inyectado el contenido.

—¿Qué...?

—¡Shh! —Natalya sacó una segunda jeringuilla y administró el contenido a Xenia, quien se desplomó entre ellas como un saco mojado, con la cabeza apoyada en el hombro de Jenna y los labios en constante movimiento. Cuando Tony empezó a darse la vuelta, ella retiró la mano y la jeringuilla en un santiamén y las hundió en su mochila—. Te anotaré las coordenadas. No hay tiempo que perder.

—¿Cómo sabes que estamos haciendo lo correcto? —preguntó Jenna—. Te usaron sin que lo supieras.

—Es muy posible, pero o este Yuri Golgorov era un genio, un adelantado a su tiempo, o era un agente de alienígenas enemigos (o esporas) e ideó un plan perfecto para condenarnos a todos —respondió Natalya, entregándole una pequeña tableta.

—¿Quién mejor para envenenarme que la que dice ser médica?

—Gracias por usar tan acertadamente esa metáfora. Hacia dónde vas, sabrás qué lado es el correcto. Nunca lo sabemos todo, pero tenemos que elegir.

—¿Y qué es esto? —Jenna giró la tableta de un lado a otro en su mano.

—Solo hay un documento en ella, que contiene diarios, y deberías leerlos como yo lo he hecho.

—¿Te lo dijo la Viuda Negra?

—Sí —dijo Natalya—, pero no importa. Léelo y luego...

—Bueno, ¿de qué hay que hablar? —preguntó Tony en tono parlanchín mientras volvía a colocarse los auriculares, pero sus ojos delataban el estado de alerta y concentración que Jenna siempre había apreciado en él.

Jenna se limitó a sonreír en respuesta y acarició suavemente la cabeza de Xenia, que descansaba sobre su hombro. Levantó la tableta y empezó a leer. Por suerte, el breve contacto visual con su antiguo instructor bastó para hacerle comprender que no debía hacer preguntas, y no las haría... al menos, no por el momento.

Cuando terminó, unas horas más tarde, se aproximaban a un pequeño aeródromo del este de Mongolia. Levantó la cabeza.

—Tengo que pedirte un favor, Tony.

Su antiguo instructor parecía sorprendido.

—¡No! —siseó Natalya, y él enarcó una ceja.

—¿Eres el único que puede oírme? —preguntó Jenna en su dirección, y él volvió a asentir. Entonces ella le dijo lo que tenía que hacer.

Y *por qué*.

Epílogo: Lee

Lee estaba plantado frente a la gran ventana de observación y miraba hacia abajo, a la superficie gris de la luna, que parecía una lámpara blanca por el lado iluminado por el sol. Los restos de Cassandra estaban atascados entre dos grandes cadenas montañosas, formando un hemisferio en medio de una protuberancia marrón oscura de escombros que antes habían sido colinas y valles. Se preguntó si, al entrar en los restos del naufragio, una persona se asomaría a una enorme cúpula.

—No te preocupes. Lo tenemos todo en vídeo —le aseguró Li-San mientras flotaba a su lado en el módulo habitable de la Estación Gateway, siguiendo su mirada. La estación de la NASA y la ESA aún no estaba terminada, pero el módulo en el que se encontraban, ya conectado a un sistema de soporte vital, se había completado, así como la esclusa de aire, por lo que los astronautas podían vivir en el módulo durante unos días mientras realizaban misiones para ampliar la estación.

La nave espacial china había tenido el combustible justo para llegar a este lugar de construcción en órbita alrededor del satélite de la Tierra tras su rescate de la *Verdad* a la deriva, y ahora tocaba volver a esperar. Primero habían esperado a que Cassandra se estrellara en la Luna, como estaba previsto, lo que había sucedido al cabo de tres días (ayer), y luego habían consentido que se lanzara una misión de rescate desde la Tierra.

—Llegarán pronto —le dijo la china.

Suspiró, asintiendo.

—Lo sé. Solo que no sé si entristecerme porque perdimos a tanta gente buena que tuvo que sacrificarse o, en cambio, reírme de felicidad porque lograron algo con sus vidas que nadie había logrado antes.

—Todas las naciones están trabajando para que volvamos lo antes posible. —Ella asintió—. La mejor manera de honrarlos es hacer precisamente eso: honrarlos. Hay un dicho en China: celebra lo bueno

hoy, y llora lo malo mañana, porque mañana será un nuevo hoy.

—Es un bonito dicho.

—Además, no los perdimos todos.

Lee miró por encima de su hombro izquierdo y vio a Fen, el astronauta de complexión delgada que había pilotado la *Expedición* hasta aquí, flotando sobre la mesa sellada en la que Sarah estaba sujeta. Aún no había recuperado el conocimiento y podía haber sufrido daños permanentes por la falta de oxígeno, pero seguía respirando, lo cual era una buena señal.

—Así es —respondió. —No todos.

—¿A dónde crees que iremos desde aquí? ¿Después de que nos rescaten, quiero decir?

—Hmm —murmuró, observando de nuevo el lugar del accidente a muchos cientos de kilómetros por debajo de ellos—. Espero que las protestas por una mayor cooperación internacional continúen en todo el planeta, y que la próxima carrera espacial no sea entre naciones, sino entre nosotros, los humanos, y el tiempo. No nos conformamos con ganar, sino con ganar la guerra. Así ha sido siempre. Y parte de eso es averiguar si podemos salvar algo de los restos, y cómo eliminamos las zonas de infección en la Tierra.

—¿Crees que es buena idea bajar y comprobarlo?

—Probablemente no, pero lo haremos porque no soportamos el estado de no saber.

—Supongo que así será. Nunca es suficiente, ¿verdad?

—No para los curiosos.

—¿Qué vas a decir cuando intenten enviarte allí?

—Que necesito unas vacaciones.

Li-San le lanzó una larga mirada de reojo y luego sonrió.

—Eres un héroe. Todos lo somos, probablemente. Los héroes tienen vacaciones cortas.

—¿Ese también es un proverbio chino?

—No. —Se rio y negó con la cabeza—. Pero seguro que cuando volvamos a la Tierra no lo tendrás tan tranquilo como aquí arriba durante mucho tiempo. Quizá te nombren presidente.

—Ni siquiera los políticos de Washington son tan estúpidos.

Juntos se rieron, liberando la ansiedad y el estrés de los últimos días, y luego siguieron mirando en silencio por la ventana, dejando que la radiante luna los hechizara. Habían ganado. *Por el momento*. No sabía si más sondas rondarían su planeta natal, pero intuía que no sería en mucho tiempo.

¿Y qué más se necesita para labrarse una oportunidad que tiempo?

Epílogo: Jenna

—¡Sabía que funcionaría! —se regocijó Branson, extendiendo los brazos para apretar a Xenia, quien aún parecía un poco maltrecha, y que enseguida se echó a llorar. Estaban en una terraza con vistas al océano Pacífico. Varios guardias vestidos con ropas desgarradas, fuertemente armados y con los ojos brillantes de fanatismo, permanecían junto a la pared de la casa, observándoles.

—Branson —dijo Xenia, ahogándose y abrazando a su padre sustituto con tanta fuerza que él jadeó y se echó a reír. Cuando por fin se separaron, Jenna le dio un golpecito en el hombro y él le tendió una mano, que ella miró brevemente y, finalmente agarró con una gran sonrisa.

—Lo lograste —gruñó él—. ¡Lo has conseguido, joder! ¡Ja! ¡Sabía que eras una mujer fuerte! Si alguien podía sacar a mi niña de allí, eras tú.

—Jenna eliminó a la Viuda Negra —murmuró Xenia sin soltarlo. Los músculos de la boca de Branson se tensaron y fruncieron el ceño, antes de asentir e indicarles que lo siguieran.

Así que, bajo las nubes sombrías que se cernían sobre el sur de Newport Beach, atravesaron la terraza hasta llegar a la barandilla. El acantilado sobre el que se había construido el centro de investigación se alzaba majestuosamente sobre las olas, y el oleaje lanzaba sonoros rugidos hacia ellos con un ritmo siempre cambiante, como si criaturas místicas de rocío blanco se retorcieran bajo ellas.

Branson señaló hacia el mar y apoyó los codos en la costosa barandilla de imitación de madera.

—Habéis recorrido un largo camino. —Sus ojos se entrecerraron un poco—. Me pregunto cómo.

—La Agencia nos trajo aquí. Creo que esperan que os espiemos —comentó Jenna.

Xenia resopló y negó con la cabeza. Seguía mirando a Branson y sonriendo pensativa. La felicidad de su mirada irritó a Jenna.

—Ah, sí. Eso es lo que pensaba —respondió Branson—. Los

conspiradores no dejan piedra sin remover. ¿Sabías que hay más de quinientas mil dosis de vacunas almacenadas en esta roca debajo de nosotros a temperaturas demenciales, tan bajas que nunca se han registrado? Nadie sabe qué es este lugar ni a quién pertenece. Ciertamente no la estúpida corporación que lo alquiló. Si no hubiéramos pillado a los empleados fugitivos y les hubiéramos convencido de que era lo correcto, estoy seguro de que el Estado Profundo ya lo habría distribuido y nos habría convertido a todos en las ovejas sin voluntad que necesitan para continuar con sus maquinaciones y juegos de poder.

—Es una locura, ¿no? —preguntó Jenna.

—Eso es.

—Me refiero a cómo ha resultado todo desde que aceptaste ese encargo en Hawái —aclaró.

—Oh. —Branson se encogió de hombros—. No se me ocurrió nada hasta que los Visitantes me mostraron la verdad. Me entristece mucho que tantos sigan viviendo en la ignorancia.

—Esta gente —dijo Xenia—. Creen que eres un mesías o algo así.

—Sí, por desgracia. —Negó con la cabeza, decepcionado—. Aún no comprenden que no fui yo quien les abrió los ojos, sino que lo hicieron ellos mismos. Solo aquellos que tienen una mente abierta para ver la verdad que los Visitantes desean mostrarnos pueden liberarse.

—No parece que te moleste que te sigan —comentó Jenna.

—Beneficia a los que siguen adormecidos. Puedo guiarles para que defiendan la verdad y despierten al mayor número posible de seres humanos. Pero se aferran a mí, y eso es tan malo como colgar un barco de su ancla. —Branson hizo una pausa y sonrió—. Lo entenderán con el tiempo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

A lo lejos, Jenna vio un barco de recreo blanco que venía del norte y se perdió en su visión durante unos instantes. Era como un símbolo de libertad, una libertad que ella nunca había experimentado, pues solo se había visto obligada a pasar de una necesidad a otra, irónicamente, como Branson.

—La supuesta contaminación es mentira y lo demostraremos. No es una amenaza para nosotros. Es una oportunidad.

—¿Te refieres a ese Velo del que siempre habla tu gente?

—¡Sí! —La mirada de Branson parecía embelesada, como si viera algo en el horizonte que a ella se le ocultaba en ese momento—. Rodeará nuestro planeta como un halo y resolverá todos nuestros problemas de una vez.

—Entiendo.

—Pero mejor hablemos de vosotras. ¿Cómo lo habéis conseguido? Nunca había perdido la esperanza, pero debo confesar que muchas nubes de aprensión se habían instalado en mi mente.

Jenna le quitó importancia.

—Digamos que fue un constante ir y venir, y perdimos a mucha gente buena para recuperar a Xenia.

—¡Gracias!

Branson le sonrió y acarició la mano de la estudiante que descansaba sobre su antebrazo como si no quisiera soltarla nunca.

Los tres contemplaron la extensión aparentemente interminable del inquieto Pacífico, de aspecto gris e incoloro en la penumbra mortecina del mal tiempo.

—Mi padre era un monstruo —dijo Jenna en un momento dado, sorprendida por la facilidad con que esas palabras, que nunca antes había pronunciado, acudían a sus labios—. Era alcohólico y se ponía violento cuando se emborrachaba. Pero eso no era lo peor. Era la imprevisibilidad que el alcohol hacía aflorar en él. Nunca sabía si iba a pegarme o a bailar conmigo. Podía ser extremadamente cariñoso en un momento y consumido por un temperamento insondable al siguiente.

» A pesar de todo, supe muchos años después de su muerte que él también estaba traumatizado. Nadie nace así. Mi madre me aseguró varias veces que había sido un joven excepcionalmente brillante y cariñoso que siempre se preocupó por todos hasta que su madre fue violada y apuñalada hasta la muerte en Chicago.

» Nunca atraparon a los autores, y creo que eso le rompió el corazón. Necesitaba un escape para no destrozarse por sus

pensamientos, que eran tan dolorosos. Una pérdida puede crear algo así, y me sentí aliviada cuando murió.

Las imágenes del mirador frente al monte Rushmore aparecieron en su mente cuando le dio el fuerte empujón que acabó con su vida. La sensación de alivio se mezcló simultáneamente con un profundo sentimiento de culpa.

—Hoy he hecho las paces con ello, sabiendo que mi padre existió dos veces. Una antes de su dolor y otra después, y las dos tuvieron poco que ver.

—Entonces es bueno recordar lo primero —sugirió Branson, pensativo.

—Sí, es verdad. —Jenna asintió, agarró a Branson por el cuello y el cinturón y lo arrojó por encima de la barandilla a las profundidades. No gritó al caer, agitando brazos y piernas. Rebotó en una de las gruesas rocas de la base del acantilado. Se oyó un feo crujido y un golpe seco.

Xenia se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos por la incredulidad, y luego empezó a gritar enloquecida mientras los guardias armados que estaban a su lado se precipitaban hacia la barandilla y miraban hacia abajo, horrorizados.

Jenna aprovechó este momento de confusión, corrió hacia el otro lado, agarró a la asustada Xenia y tiró de ella. Con un fuerte impulso de sus pies, se catapultó lejos de la barandilla y se enderezó con los pies estirados hacia abajo, abrazando fuertemente a la joven estudiante con ambos brazos.

Unos instantes después, chapotearon en la marea, a solo unos metros de las rocas. Mientras el rocío y las burbujas de aire se agitaban a su alrededor, se sumergieron en una mezcla de silencio y ruido hasta que pudieron ver cuando sus cabezas volvieron a elevarse por encima de la superficie del agua.

—¡Eres un monstruo! —gritó Xenia.

Jenna no contestó, sino que trató de mantenerlas a ambas a flote, y luego señaló una de las rocas. El cuerpo de Branson yacía allí, con los ojos desorbitados, destrozado. El charco de sangre que se extendía a su alrededor estaba manchado de blanco, y de su boca y ojos

brotaron en ese momento espinas blancas.

Xenia gritó horrorizada, y solo entonces Jenna tiró de la joven, agarrándola por detrás y nadando de lado hacia mar abierto mientras observaba cómo la lancha se acercaba desde el norte. A su alrededor, impactaban las balas de los guardias, que habían recuperado la compostura arriba, pero su puntería era deficiente, y la mayoría de las figuras que había allí arriba volvieron a desaparecer rápidamente al oírse las primeras explosiones y salvas de disparos.

—Branson murió hace tiempo, querida —susurró—. Murió hace *mucho* tiempo.

Xenia se limitó a sollozar y a temblar de frío.

—¿Qu... qué se supone que ha... hagamos ahora?

—Esperemos haber elegido el bando correcto, y que nos paguen bien por nuestros servicios. Tengo ganas de ir a los Mares del Sur, a cualquier lugar lejos de infestaciones... Siempre pensé que debía alejarme de los niños, pero estaría dispuesta a adoptar. Toda mi vida solo me ha importado algo abstracto: mi patria. Creo que es hora de cambiar. Me gustaría proveer a algo real. Algo que no tenga que pasar por lo mismo que yo.

Al principio, Xenia guardó silencio. Luego, dijo débilmente:

—¿Quieres decir...?

—Sí, a eso me refiero. —Hizo un gesto al piloto de la lancha que se abría paso entre el oleaje para llegar hasta ellas.

—Crees en la Iniciativa.

Era una declaración, y Jenna no debería haber dicho nada en respuesta.

En su lugar, respondió:

—Esperemos haber apostado por el caballo adecuado.

—¿Puedes prometerme algo?

—¿Qué, querida?

—Creo que ahora mismo te odio, aunque haya visto lo que he visto. Es demasiado. ¿Aún quieres quedarte conmigo?

Jenna sonrió. El frío del agua no podía hacerle daño.

—Lo haré.

Tunguska, 11 de enero de 1937

—¡Adelante! —dijo Yuri, sin levantar la vista de sus documentos. Veía los resultados iniciales del ensayo de la vacuna delante de él y ya estaba elaborando su plan de investigación.

No harían falta muchos cambios para modular los ensayos en curso de modo que la vacuna potencial cambiara también. Una población inmunizada sería un desastre, por supuesto, porque la espora no podría propagarse de esa manera, o al menos no lo suficientemente rápido. Pero una población en extrema necesidad aceptaría (sin dudarlo) la esperanza ofrecida por una vacuna rápidamente aprobada que prometiera protegerla de ser devorada desde dentro por un organismo extraño.

Así que, si conseguían fabricar un suero que no impidiera la infección, pero que la retrasara lo suficiente como para que todo el mundo quisiera la droga, y luego poco a poco todo el mundo se convirtiera en portador, habrían ganado la batalla antes incluso de que empezara. En algún momento del futuro llegaría un momento en el que la Iniciativa podría salir de las sombras y traer la salvación al mundo... solo que de una forma diferente.

Alguien entró en su despacho y, por sus tímidos pasos, supo que era Oleg.

—Hola, Pochetnyy —dijo obsequiosamente, como siempre. Que el Colegio del Consejo le tuviera en tan alta estima rozaba lo milagroso. Pero él era una buena herramienta para hacer que su propia impaciencia pareciera bonachona, al haberse convertido en la cara amable que pronunciaba el mensaje de Yuri.

—Hola, Oleg. ¿Qué tal?

—¿Puedo sentarme?

Yuri seguía sin levantar la vista y señaló una de las dos sillas libres. Algo hizo clic metálico, y finalmente levantó los ojos, solo para mirar el cañón de un revólver.

—¿Oleg? —preguntó incrédulo.

—Sí. Oleg.

Su ayudante personal asintió, y en sus ojos ya no había la sombra

tímida de siempre. En su lugar, brillaban con determinación.

—Termina aquí y ahora.

—¿Qué termina? —Yuri se esforzó por mostrar superioridad en la voz mientras echaba humo por dentro, tratando de averiguar qué estaba pasando.

—Tu mano en la Iniciativa. He nadado en tus aguas el tiempo suficiente, fingiendo ser una presa, pero aprendiendo a convertirme en un tiburón como tú me enseñaste. Me he dado cuenta de todos los actos de sabotaje que has incorporado a la investigación de nuestros científicos, y hoy he llamado la atención del Consejo sobre todos ellos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Yuri, furioso.

—No quieres mejorar la Tierra, ni salvarla de la espora cuando se responda a las señales del espacio. Quieres destruirnos.

—¡Oh, no! —replicó con voz trémula—. ¡Estamos aniquilados desde hace mucho tiempo! ¡Solo que estos tontos aún no lo saben! Y si no lo entienden, ¡debemos terminar esta lucha utilizándolos!

—Quieres ganar *perdiendo*. Es como intentar escapar de una enfermedad ahorcándote.

—La espora ya ha ganado. ¿No lo entiendes?

—No. —Oleg negó con la cabeza—. Que aún no hayamos tenido éxito con una vacuna no significa que no lo vayamos a tener en el futuro.

—Así que... vas a dispararme, ¿eh?

—Sí.

—La Iniciativa no es nada sin Yuri Golgorov. Yo soy la Iniciativa.

—Es cierto, pero casi nadie fuera del Consejo te conoce personalmente porque siempre llevas las riendas aquí. Yuri Golgorov seguirá vivo, pero a través de mí.

—¡Eso no funcionará! ¡No puede funcionar!

—Ya está decidido. La Iniciativa cree en su misión, la misión que tú le diste, aunque solo fuera una mentira para engañarnos a todos. —Oleg apretó el gatillo y disparó a Yuri en el brazo. Este, gritó de dolor y se sujetó la herida, de la que manaba sangre y líquido blanco de esporas. Su secretario retrocedió dos pasos lentamente antes de asentir con complicidad—. Antes eras un auténtico luchador por la ciencia.

Ahora eres un alienígena.

—¿Quieres matarme? —balbuceó Yuri—. ¡Hazlo! Pero nunca destruirás la espora. Me mostró lo que necesitaba ver: ¡el futuro! Algún día mostrará el futuro a otra persona, que completará su trabajo y convertirá el mundo en un paraíso, aunque tú estés demasiado cegado para verlo. La mayoría puede morir de la infección o convertirse en criaturas sin voluntad, pero algunos son receptivos a la verdad. ¿Son pocos? Tal vez, pero no puedes detenerlo.

—Puede que no. Pero podemos asegurarnos de que siempre habrá alguien que se levante como yo lo he hecho hoy y ponga fin a locos como tú antes de que sea demasiado tarde.

Oleg levantó el revólver, apuntó directamente a la frente de Yuri y apretó el gatillo.

Epílogo: Carta de Feyn a Jenna

Jenna,

Si estás leyendo esto, lo que no era mi primera opción se ha hecho realidad, pero sigue siendo algo por lo que podría morir en conciencia. Hiciste una elección imposible, a mejor. Desde que te conocí (mucho antes de que lo supieras, por cierto) me fascinaste.

Tienes el corazón de una leona y las garras de un ave rapaz, sin renunciar a la mente de un humano y rendirte a los instintos. Conoces las profundidades del sufrimiento como nadie y te has mantenido fiel a tus convicciones sin desesperar del mundo. Las grandes cosas nunca las consiguen los tímidos sino los que aceptan que en el mundo debe llover donde brilla el sol.

Estaré muerto cuando leas estas líneas, pero espero que mi obra perviva a través de ti como la obra de mis predecesores ha pervivido a través de mí. Adjunto te envío los diarios personales de Yuri Golgorov y Oleg Rashkin, su sucesor en nombre y función, a quien hoy se refiere toda nuestra admiración.

Es de suponer que la Viuda Negra ya te los ha enviado de algún modo para que tomes una decisión y sepas que lo que le ocurrió a Branson ya ha ocurrido antes. Durante casi un siglo, la Iniciativa ha temido este preciso momento, cuando se produce una mutación, un cambio de estrategia por parte de la espora, un nuevo entrelazamiento con el cerebro humano.

Sea como fuere, Yuri y Oleg tenían un sueño, el sueño de una organización que salvaría al mundo de una catástrofe que nadie podía ver aún, y nadie hubiera querido ver. Siempre ha ocurrido que nuestro Consejo, órgano supremo de la Iniciativa, confirma en cada caso al nuevo Yuri Golgorov, pero es elegido por el que cesa, o determinado por

su heredero.

Te elegí a ti, como ahora debes darte cuenta. ¿Me hubiera gustado un proceso de selección más benévolo para ti? Sí. ¿Podríamos habernos permitido hacer las cosas de otra manera? No. Así que solo me queda pedirte disculpas por haberte hecho pasar por todo esto, pero que sepas que en la otra vida o en cualquier otro lugar, estaré satisfecho de mi elección. Encontrarás las claves de la Iniciativa en estos archivos.

Nunca me había arriesgado tanto y, sin embargo, nunca había estado tan seguro de hacer lo correcto. Y ya que probablemente me disparaste, me estrangulaste o me apuñalaste, al menos no tengo que sentir pena por haberte hecho pasar por tanto. Aun así, espero que puedas perdonar a un viejo irlandés que ha tenido que interpretar tantos papeles en su vida que se ha perdido de vista a sí mismo, ¡pero nunca el objetivo de la Iniciativa!

Espero que te ocurra lo mismo y que, a diferencia de mí, encuentres un ancla que te arraigue firmemente en la realidad.

Jenna cerró el archivo y miró a Xenia, quien estaba sentada en el sofá riendo mientras veía una telenovela española en la televisión. El oleaje rugía de fondo y una gaviota chillaba excitada. Una ráfaga de aire sofocante entró por la puerta del porche y a Jenna se le encogió el corazón.

—¿Estás bien?

Ni siquiera se había dado cuenta de que Xenia la miraba.

—Sí, todo está bien. Dijiste que te estabas aburriendo de las vacaciones permanentes, ¿verdad?

—Algún día, seguro.

Jenna sonrió y pasó el ratón por encima de los archivos adjuntos que acompañaban al fichero de Feyn.

—No creo que haya peligro de eso.

Y para terminar…

Queridos lectores,

Así termina la historia del Meteoro. ¿Es posible una secuela? Sí.

He destruido la Tierra con demasiada frecuencia en mis libros, pero esta vez no sucedió así… y eso mola ;-)

¿Hay planes para ella? No.

Concebí la idea de “El Meteoro” mientras veía la televisión, porque me preguntaba cómo sería una película en la que los alienígenas que nos visitan fueran incapaces de comunicarse con nosotros, o viceversa. Los hongos y las bacterias pueden considerarse, con razón, las especies más exitosas y dominantes de la Tierra, ya que han estado aquí mucho antes que nosotros y estarán aquí mucho después pero no podemos comunicarnos con ellos porque no «piensan» ni «sienten» según nuestros estándares.

Que las esporas extraterrestres acaben destruyéndonos no es muy improbable. Por cierto, todos los hongos y virus descritos en el libro con nombres científicos existen realmente. Una noche de búsqueda en Google, ¡y tendrás pesadillas!

Si te ha gustado, te agradecería mucho que le pusieras estrellas al terminar de leer o que escribieras una breve reseña en Amazon. Es la mejor manera de ayudar a los autores a seguir escribiendo libros apasionantes.

Saludos.
Joshua T. Calvert

GLOSARIO

AEGIS: Sistema electrónico de alerta y control de tiro de la Marina de los Estados Unidos.
AKS-74U: Fusil de asalto de la antigua Unión Soviética, de producción principalmente rusa.
Altay: Ciudad del noroeste de China, muy remota y dominada por la minoría kazaja.
Astron: Radiotelescopio de RJKK Energiya
Atolón Yongshu: Una de las islas Spratly del Mar de China Meridional, reivindicadas por China (reivindicación impugnada por otras múltiples naciones, entre ellas Filipinas y Vietnam) y que llevan varios años siendo construidas artificialmente y en construcción militar.
BCD (*Buoyancy Control Device*): chaleco inflable para submarinistas, al que también se sujeta la botella, entre otras cosas.
BND (*Bundesnachrichtendienst*): Servicio Federal de Inteligencia alemán
Canadarm2: Un sistema robótico de manipulación remota en la Estación Espacial Internacional
Chatanga: Pueblo de la región rusa de Krasnoyarsk, famoso por su proximidad al lugar del suceso de Tunguska.
Cinco Ojos: Comunidad de inteligencia de las naciones anglosajonas: Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda, Australia y Reino Unido.
CNSA: Administración Espacial Nacional China
Coma: «Nube» en forma de caparazón que rodea a un cometa cercano al Sol, formada por vapor y polvo.
Conidios: forma de espora específica de las especies de hongos superiores.
Cuerpo fructífero: Órgano reproductor de las especies fúngicas pluricelulares y lo que comúnmente se considera y denomina «hongo» cuando es visible en la superficie/suelo.
Cúpula: Plataforma de observación de la Estación Espacial Internacional

Delta del Okavango: Confluencia de ríos en Sudáfrica e importante zona de vida salvaje
EMU (*Extravehicular Mobility Unit*): Traje espacial maniobrable de la NASA para operaciones sobre el terreno.
ESA: Agencia Espacial Europea
ESO: Observatorio Europeo Austral situado en Chile
Espora: Fase de desarrollo de los hongos, por ejemplo. Las esporas distribuyen el material genético de su forma de vida madre a través del aire y garantizan su posterior distribución y, por tanto, su reproducción.
Estroma: Red filamentosa que rodea de forma protectora el cuerpo fructífero de un hongo y en la que se sitúan los conidios (ver, «conidios»).
FSB (*Federalnaya Sluzhba Bezopasnosti*): Servicio Federal de Seguridad ruso
G36: Fusil de asalto Heckler and Koch
GRU (*Glavnoye Razvedyvatel'noye Upravleniye*): La principal administración de inteligencia rusa
Guangzhou: Gran ciudad industrial de China
Hemukanasixiang: Aldea pobre aislada en la región china de Altay
Humvee: Vehículo militar polivalente todoterreno, utilizado principalmente por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.
Hifas: Filamentos ramificados de los hongos, que se extienden en el suelo bajo el cuerpo fructífero, entre otras cosas.
IRBM (*Inland Revenue Board of Malaysia*): Agencia Tributaria de Malasia
Lahaina: Pequeña ciudad al oeste de Maui
MASTA (*Magnetic Anomaly Sensor and Tracking Array*): Conjunto de Sensores para detectar anomalías Magnéticas.
Maui: Isla perteneciente a Hawái
Maupiti: Pequeña isla del territorio francés de ultramar de la Polinesia Francesa.
MI6: Inteligencia Militar Británica, Sección 6
Mjöllnir: Sistema de armas basado en satélites que consiste en proyectiles cinéticos de tungsteno.

MP5: Subfusil Heckler and Koch de 9 mm
NEOWISE (*NEO Wide-field Infrared Survey Explorer*): Telescopio espacial no tripulado reactivado por la NASA.
Ophiocordyceps unilateralis: Especie de hongo parásito de Asia que infecta a sus huéspedes y los controla para que visiten lugares favorables al parásito y mueran allí para reproducir el hongo.
Pancit: Plato nacional filipino a base de fideos, pollo o cerdo y verduras variadas.
PL-15K: Pistola semiautomática de producción rusa, versión acortada de la PL-15
RJKK Energiya: Empresa espacial rusa
Roskosmos: Agencia espacial rusa
Spetsnaz (*Voyská spetsiálnogo naznachéniya*): Fuerzas de operaciones especiales del servicio de inteligencia militar ruso GRU
Ürümqi: Capital de Xinjiang, China
Vandenberg: Base de la Fuerza Espacial estadounidense al norte de Los Ángeles con instalaciones de lanzamiento y aterrizaje de misiles orbitales.
VLA (*Very Large Array*): Radiotelescopio situado en Nuevo México, Estados Unidos.
Vladivostok: Gran ciudad portuaria del extremo oriental de Rusia, en el océano Pacífico.
Xinjiang: provincia más noroccidental de China
ZEE: Zona Económica Exclusiva

ELENCO DE PERSONAJES

Aleksander Khrogashvili: Hijo de un oligarca ruso, considerado rival de Yuri Golgorov
Alexi: Bioquímico del cuerpo científico ruso
Anatoli Timoshchuk: Cosmonauta ruso seleccionado, en circunstancias controvertidas, para una misión en la EEI.
Anton: Biólogo del cuerpo científico ruso
Bobby Zurkowski: Ingeniero Jefe de SpaceX
Boris Tatishchev: Hijo de un oligarca ruso, considerado rival de Yuri Golgorov.
Boris Ulyana: Director de Roskosmos
Branson McDee: Capitán de barco y buscador de tesoros
Carla: superviviente de Los Ángeles y mano derecha de Branson
Cassandra Miles: Astrónoma de la NASA y descubridora del cometa Cassandra 22006
Chiu Wai: Empresario chino de clase media de Guangzhou, fabrica mochilas escolares para niños
Colin: Agente británico del MI6
Conny Jones: Vicepresidenta en funciones de los Estados Unidos
Darya Saizew: Médica rusa que trabaja en las instalaciones secretas de Altay.
David Myers: Jefe del Estado Mayor Conjunto (ejército estadounidense), General de Ejército
Delilah Jones: Asistente de Lee en SpaceX
Dima: Cosmonauta ruso de Roskosmos
Dwight Decker: Buscador de tesoros y multimillonario con base en el puerto de Lahaina
Feyn: Agente británico del MI6
Fred Perkins: Cliente misterioso del Triton One
Jenna Haynes: Espía al servicio de la CIA
Joe Kamaka: Primer oficial del Triton One y mejor amigo de Branson
Joe Walker: Presidente en funciones de los Estados Unidos
Johnny: Técnico de máquinas en el Triton One

Kathryn Gerschwitz: Ingeniera de superconductores en SpaceX
Kenneth Hauser: General y Jefe del Mando Central de Estados Unidos.
Kolya: Ingeniero agrónomo del cuerpo científico ruso
Lee Rifkin: Astronauta de la NASA
Leslie Johnson: Alcalde de Los Ángeles
Linnea Daubner: Física de la ESA y jefa de la estación de control de Cebreros
Luc Breusch: Bloguero de astronomía
Markus Wlaschiha: Astronauta alemán de la ESA
Marv: Buceador de alta mar en el Triton One
Michael Hyten: Estado Mayor Conjunto, General de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos
Michelle Ferguson: Alta funcionaria de la NASA y jefa de la sala de control
Montgomery Schrader: Director de la CIA
Nikolai Semyonov: Agente del FSB
Oleg Snietseva: Oligarca ruso y fundador de la empresa espacial RJKK Energiya.
Paul Levendale: Agente de Seguridad Nacional
Pyotr Wolkonsky: Asesino a sueldo de Siberia buscado por Interpol
Richard Fouler: Senador Demócrata
Rick Perlman: Psiquiatra en SpaceX
Roberto Camacho: Empleado de la ESA en el centro de control de Cebreros
Rufus: Superviviente de Los Ángeles y mano derecha de Branson.
Sarah MacDougall: Astronauta de la NASA
Sergei Morozova: Hijo de un oligarca ruso, considerado rival de Yuri Golgorov
Sergey: Líder de los mercenarios rusos a bordo del Triton One
Teniente Eversman: Teniente de la Guardia Nacional de California
Tony García: El instructor de Jenna en la CIA
Ulysses Keinzman: Director de la NASA
Viuda Negra: Figura oscura del hampa
Walt Cummings: Secretario de Defensa de los Estados Unidos

William Forstchen: Congresista Republicano
Xenia: Asistente de Branson en el Triton One
Xu Qiliang: General de las Fuerzas Armadas chinas y adjunto de Zhang Youxia
Yuri Golgorov: Oligarca y empresario farmacéutico, presuntamente fallecido en el derribo del vuelo MH17 sobre Ucrania
Zeek: Superviviente de Los Ángeles, ex jugador de fútbol, que se convierte en la mano derecha de Branson.
Zhang Youxia: General de las Fuerzas Armadas chinas en funciones de Jefe de Estado Mayor en sentido occidental, comandante supremo de las fuerzas armadas chinas.